

PENSAR LA CRISIS DEL CORONAVIRUS COVID-19

EMERGENCIA CIVILIZATORIA

VOLUMEN 5



INDICE

- ✚ Žižek y la refundación del comunismo. [Beatriz Silva / Lluís Rabell](#)
- ✚ LLAMAMIENTO. “Europa solo podrá continuar existiendo si los europeos nos apoyamos mutuamente”. [J. Habermas / J. Fischer / M. Von Trotta](#) y 70 firmas más
- ✚ Esta crisis ha mostrado lo absurdo del neoliberalismo. Eso no significa que vaya a destruirlo. [Costas Lapavitsas](#)
- ✚ La falsa dicotomía entre mantener la salud o salvar la economía. [Vicenç Navarro](#)
- ✚ Entrevista con David Quammen
- ✚ Tocarnos. [Fernando Molina Aparicio](#)
- ✚ El impacto de la COVID-19 es directamente proporcional a las patologías previas. [Javier Pérez Royo](#)
- ✚ Regreso al futuro: el derecho a la ciudad tras la covid-19. [Janet Sanz / Daniel Granados](#)
- ✚ Preguntas para después de una pandemia. [J.R. Mora](#)

VISIT...

LANZAROTE
Caliente.COM

- ✚ Coronavirus: detonador de crisis sistémica, semilla de cambio sistémico. [Lucía Muñoz Sueiro](#)
- ✚ Jeremy Rifkin: “Estamos ante la amenaza de una extinción y la gente ni siquiera lo sabe”. [Juan M. Zafra](#)
- ✚ Instrucciones para ser hongo. [Gabi Martínez](#)
- ✚ El Terror de Estos Días. [Alejandro Martín Rojas Medina](#)
- ✚ PASAJES HACIA LA INCERTIDUMBRE (I). “Virus reaccionario NRx”
- ✚ ¿Estamos viviendo realmente una distopía? [Francisco Martorell Campos](#)
- ✚ De estancos y farmacias. [Karima Ziali](#)
- ✚ Necropolítica y barrios populares. [Said Bouamama](#)
- ✚ Movilización en todo el mundo para pedir una salida con justicia climática a la crisis sanitaria. [Ecologistas en Acción](#)
- ✚ La tentación del confinamiento. [Santiago Alba Rico](#)
- ✚ Israel estudió cómo aplastar una posible revuelta civil armada por el coronavirus. [Eugenio García Gascón](#)
- ✚ La ausencia del ruido humano atrae a ballenas y delfines hasta las costas. [Agencia Atlas](#)
- ✚ Las mascarillas se convierten en un nuevo reflejo de la diversidad cultural del mundo. [Clara Giménez Lorenzo](#)
- ✚ Wuhan: de repente, el coronavirus tomó el poder. [Ai Xiaoming](#)
- ✚ Entrevista a Beatriz González López-Valcárcel Miembro del comité de expertos que asesora al Ministerio de Ciencia e Innovación (Fragmentos). [Gumersindo Lafuente](#)
- ✚ Uso de los dispositivos y tradiciones en la pandemia: hacia un paradigma de los cuidados. [Roque Farrán](#)
- ✚ Pestes, pandemias y cambios sociales. [Miguel Salas](#)
- ✚ Reflexiones para un mundo alternativo necesario. [Marco Bersani](#)
- ✚ ¿Por qué los ricos temen a las pandemias? [Walter Scheidel](#)
- ✚ Contra el ‘coronaoptimismo’. [Àngel Ferrero](#)
- ✚ La depresión pospandémica. [Michael Roberts](#)
- ✚ El coronavirus y el eclipse neoliberal. [Rodrigo Amírola](#)
- ✚ El coronavirus (Covid19), la “república de la ciencia” y los derechos humanos. [María Julia Bertomeu](#)
- ✚ Situación de la economía mundial al principio de la gran recesión Covid-19: referencias históricas, análisis y gráficos. [François Chesnais](#)
- ✚ Es la hora de lo impensable. [Jorge Moruno Danzi](#)
- ✚ El coronavirus nos aconseja sabiamente. [Julio García Camarero](#)
- ✚ Precio negativo del petróleo y ley del valor trabajo. [Rolando Astarita](#)
- ✚ Covid-19, el petróleo, el virus de Wall Street y Estados Unidos. [Tom Kucharz](#)
- ✚ La tormenta negra. [Antonio Turiel](#)
- ✚ La pandemia y el sistema-mundo. [Ignacio Ramonet](#)

Žižek y la refundación del comunismo

Espejismos ideológicos

Proponer un nuevo papel reforzado para los Estados-nación se contradice con la realidad. La Covid-19 y otros retos, como el cambio climático, muestran que las estructuras supranacionales federalistas son la única vía de respuesta

Beatriz Silva / Lluís Rabell

17/04/2020



¿Es un comunismo refundado la salida a la crisis global que sucederá a la pandemia? Hace unas semanas el filósofo esloveno Slavoj Žižek puso esta provocadora idea sobre la mesa a la vez que anunciaba que en la segunda semana de confinamiento había escrito un libro de 120 páginas, *'Pandemic!'*, sobre el mundo que emergerá tras la Covid-19. El libro ha salido a la venta recientemente –previamente habían circulado fragmentos y Žižek había concedido bastantes entrevistas–. A partir de su lectura hemos identificado algunas ideas fuerza en las que nos gustaría profundizar. Una de ellas es si el comunismo sigue siendo un proyecto vigente que ofrece alternativas a un mundo inmerso en problemas de escala planetaria, como el cambio climático, la desigualdad o las

migraciones. La segunda, es el papel de los Estados-nación en este nuevo orden mundial post crisis.

Jamás en la historia han existido tan numerosas y densas concentraciones de obreros industriales como hoy

Es llamativo que sea Žižek quien proponga un comunismo refundado en el actual contexto de emergencia sanitaria ya que ha sido una de las voces más críticas con los sistemas de socialismo de Estado, sobre todo con el que él vivió en primera persona en la antigua Yugoslavia. Durante dos décadas, a través de escritos, entrevistas y conferencias, se ha esforzado en demostrar el fracaso de un sistema en el que, con la perspectiva del tiempo, otros pensadores sí han sido capaces de ver un legado que debería ser puesto en valor en muchos aspectos.

Hace dos años, en *La vigencia del manifiesto comunista*, Žižek planteó que la revolución que anunciaron Marx y Engels no era posible porque la clase obrera, tal y como la había concebido el marxismo clásico, había dejado de ser el motor fundamental de la producción y el elemento generador de valor. Nos señalaba entonces que, al no darse las condiciones de partida del diagnóstico, su posible realización se colocaba en un horizonte inalcanzable.

Mirada global

En primer lugar, sin embargo, hay que considerar que el *Manifiesto comunista* fue escrito en un contexto totalmente distinto al del siglo XXI, donde las desigualdades apuntadas se producen con fórmulas más sofisticadas y a escala planetaria. De hecho, Marx y Engels constataron en vida que algunos aspectos habían quedado obsoletos en su obra. Por ejemplo, los partidos obreros que mencionaba el *Manifiesto Comunista* ya no existían unos años después. Sin embargo, tanto entonces como ahora, los grandes principios siguen vigentes. Como el hecho que los comunistas no defiendan intereses particulares distintos de los del conjunto de la clase trabajadora. Una idea que supone un rechazo del corporativismo y del sectarismo, y que contiene la semilla de todas las políticas unitarias de las izquierdas. El paradigma de la lucha de clases es igualmente actual, pero, justamente hay que leerlo en el marco de la *economía-mundo*, de la globalización. Y esto es algo que Žižek no consideró, así como tampoco otras cuestiones del *Manifiesto comunista* que se apresuró a dar por superadas, como la vigencia del patriarcado o el reconocimiento de los derechos de las minorías sexuales, que como demuestran los movimientos feminista y LGTBI, siguen plenamente vigentes.

Los críticos posmodernos del marxismo se han apresurado a declarar la “desaparición del proletariado”... cuando, en realidad, jamás en la historia han existido tan numerosas y densas concentraciones de obreros

industriales como hoy. Que el centro de gravedad de tales concentraciones se haya desplazado al continente asiático nos dice que la clase trabajadora ha cambiado de semblante. Pero sobre todo pone de relieve que su programa de tránsito al socialismo requiere una gobernanza transformadora supranacional. Žižek afirma que no es posible alcanzar la solidaridad entre los distintos grupos de explotados del siglo XXI. Pero creemos que justamente son las herramientas de la globalización las que pueden facilitarlo. Una prueba de ello es el movimiento feminista, que ha conseguido movilizarse a escala planetaria a pesar de las aparentes diferencias que puedan tener las reivindicaciones de las mujeres de Europa, América Latina o el subcontinente asiático.

¿De qué hablamos?

Al plantear un comunismo refundado habría que definir también de qué hablamos exactamente. ¿De la antigua URSS? ¿De China? Está muy en boga hablar de “modelos” para radiografiar a sus regímenes. La expresión, sin embargo, es equívoca. Sugiere un diseño, una idea preconcebida, cuando en realidad, al hablar de tales experiencias, deberíamos entender que supusieron para sus propios actores un curso imprevisto de acontecimientos –sobre los que hubo ulteriores e interesadas mistificaciones–. Los propios bolcheviques nunca creyeron en la posibilidad de un desarrollo socialista en un solo país. Ni siquiera pensaron que su gobierno pudiera sobrevivir sin el concurso de la clase trabajadora alemana. Sin embargo, el aislamiento de la revolución rusa, el atraso secular del país y la devastación provocada por la intervención de las potencias y la guerra civil, determinaron el crecimiento imparable de una burocracia que tomó rápidamente conciencia de sus propios intereses, se adueñó del Estado y concibió una teoría destinada a legitimar su poder. La historia del siglo XX –y la del movimiento obrero internacional– han quedado profundamente marcadas por el destino de la URSS.

En cierto modo, la izquierda todavía no ha asimilado las múltiples enseñanzas de aquellos acontecimientos. Pero dos conclusiones parecen, cuando menos, irrefutables. Una es que el desarrollo mundial de las fuerzas productivas y la división internacional del trabajo hacen que, en el marco de un solo Estado, el socialismo apenas pueda dar sus primeros pasos, pero en modo alguno alcanzar su plenitud. La segunda es que no tiene sentido reivindicar como perspectiva emancipadora lo que fue un tremendo rodeo de la Historia, el episodio de un combate secular por la emancipación. Se trata de aprender del pasado para abordar los problemas del presente, no de idealizar el ayer en busca de atajos hacia un radiante mañana.

Estado-nación

Asistiremos sin duda en el próximo período a momentos de crispación y a tentativas de encerrar el conflicto social en el marco de los Estados-nación. Pero el retorno a las soberanías nacionales es un espejismo populista. La crisis de la globalización neoliberal resulta, en última instancia, de la rebelión de las fuerzas productivas contra las fronteras nacionales, cuando no han surgido aún instituciones superiores capaces de gobernar esas fuerzas y ponerlas al servicio del progreso de la humanidad. Marx no podía escribir el programa socialista del siglo XXI. Pero nos legó un pensamiento crítico que nos permite hacerlo concretamente.

Proponer como hace Žižek un nuevo papel para los Estados-nación, reforzando su función, es una idea que se contradice en parte con sus planteamientos recientes pero también con la realidad de la globalización. La Covid-19 y otros retos, como el hambre o el cambio climático, dejan patente que las estructuras supranacionales que propone el federalismo son la única vía de respuesta a un mundo donde las fronteras y el Estado-nación son un obstáculo a las soluciones. Sólo mediante la cooperación y la superación de una estructura concebida para el siglo XIX podemos combatir estas cuestiones, al igual que otras igualmente importantes como el crimen organizado o el tráfico de capitales y personas.

Esta pandemia ha puesto de relieve la fragilidad de la globalización neoliberal. Una recesión de la economía mundial podría dislocarla por completo. Se habla ya de una fase de “desglobalización”. Es en ese contexto, y ante las incertidumbres que genera, en el que resurge la idea de un retorno a las soberanías nacionales. Cabe esperar que los movimientos populistas, que ya han enarbolado esa bandera en los últimos años, la agiten ahora con redoblado vigor. Pero, insistimos, se trata de un espejismo. Y, como tal, de una ilusión óptica que confiere apariencia de proximidad al reflejo de lejanas realidades. Lo que revela esta crisis es la contradicción entre la formidable internacionalización de la economía, la producción y el comercio... y la ausencia de una gobernanza a la altura de semejante potencial. Hace mucho tiempo que los Estados-nación se han visto rebasados por esa realidad. Y no hay marcha atrás posible. No obstante, hay dos razones, con una importante carga de verdad, que llevan a pensar lo contrario. La primera es que el impacto de la epidemia obliga en todas partes a la intervención de los Estados. La segunda, que se abre una etapa de redefinición geoestratégica.

En efecto. Frente al declive del imperio americano y la desazón de Europa, grandes Estados como China y Rusia, pero también otras potencias regionales, pugnan por conquistar una nueva hegemonía mundial o ampliar su influencia. Pero no hay esperanza de progreso en el horizonte del Estado-nación. Es imposible desandar siglos de desarrollo histórico. Cualquier tentativa en ese sentido está condenada de antemano al fracaso.

No cabe un repliegue nacional que no suponga una amenaza para la democracia. La imperiosa necesidad de comprimir los conflictos de clase comporta regresión social y degradación de las instituciones representativas. El sueño de una segunda juventud del Estado nación contiene la semilla del autoritarismo, e incluso del neofascismo y la guerra.

Refundaciones

No es una casualidad que las “refundaciones” suelen tener un tono un tanto doctrinario. Como si ya hubiésemos dado con la poción mágica, pero –no se sabe muy bien por qué– hubiésemos extraviado la fórmula. Parece más riguroso y materialista considerar la experiencia del movimiento obrero, los partidos y sindicatos que ha levantado, sus gestas y sus fracasos, como etapas y tanteos de un proceso histórico. El capitalismo ha tardado siglos en alcanzar el desarrollo que hoy conocemos y subyugar al conjunto de la humanidad. Nada dice que el socialismo tenga que consumir el mismo tiempo. Pero, desde luego, no será de la noche a la mañana, ni sin requerir nuevos y grandiosos esfuerzos.

Una “rehabilitación del comunismo” confusa e inconcreta puede cruzarse, además, con un inquietante *air du temps*. Los métodos de gobierno de la autocracia de Pekín empiezan a fascinar a una parte de la opinión pública: los éxitos en la contención de la epidemia demostrarían la superioridad del autoritarismo asiático, con su avanzada tecnología de control de masas, sobre las democracias liberales occidentales. Pero hay trampa en esa aseveración. En realidad, a lo largo de las últimas décadas, el régimen chino no ha hecho sino facilitar el avance impetuoso del capitalismo. Un desarrollo que arrasa ecosistemas y propicia la aparición de nuevas epidemias que se propagan a escala planetaria. El régimen dictatorial de Xi Jinping se ha mostrado eficaz a la hora de movilizar los recursos del Estado ante una emergencia sanitaria. Bajo la férula de la burocracia, sin embargo, no prospera la crítica de la ecología política, ni son bien recibidos los tempranos avisos de los científicos. La disyuntiva que se nos plantea no es la de escoger entre eficientes dictaduras y torpes democracias. Porque no se trata tanto de gestionar catástrofes como de prevenirlas y evitarlas. Y eso exige una gobernanza compleja y participativa a todos los niveles, una movilización de la inteligencia colectiva y del potencial creativo de la sociedad al servicio del progreso general.

La emancipación de la clase trabajadora será la obra de la misma clase trabajadora, del triunfo de su espíritu de cooperación. El horizonte socialista se confunde con el de una gobernanza democrática del enorme potencial material y cultural acumulado por la humanidad. Ante esa perspectiva, la idea misma de un “comunismo nacional” se antoja una sombría caricatura.

Pronósticos arriesgados

Hay algo profundamente erróneo en la forma en que vivimos. Sabemos qué cuestan las cosas pero no lo que valen. Era lo que nos recordaba Tony Judt en *Algo va mal*, un texto de 2010 en el que hacía una acérrima defensa de lo público, de aquello que sólo es posible gracias al esfuerzo colectivo y que está al servicio de toda la ciudadanía. La sanidad, la educación, el transporte público, cuestiones que permiten luchar contra la desigualdad y que todas las personas, más allá de sus ingresos individuales, tengan una vida digna. Alertaba sobre la creciente obsesión por la creación de riqueza pero también se preguntaba por qué nos mostrábamos tan seguros de que no se avecinaban “inundaciones”. Esta pandemia global es una de esas inundaciones, un reto inesperado que nos pone de nuevo frente al espejo: hemos dejado que el estilo de vida egoísta se imponga en vez de buscar el bienestar colectivo.

En estos momentos es arriesgado proponer fórmulas y hacer pronósticos, pero es probable que salgamos de la pandemia para adentrarnos en una recesión de la economía mundial. Será una fase de áspera lucha de clases, de convulsiones sociales y políticas. Una fase llena de bifurcaciones, de alternativas en disputa. Sería iluso pensar que alguna salida progresista pueda surgir automáticamente, sin un periodo de transición, como sugiere *Pandemic!*. Aunque coincidimos con Žižek en que en la búsqueda de la supervivencia, el ser humano no puede olvidarse de la necesidad del cambio y de imaginar un mundo mejor. Y en que renunciar a la lucha por salvar vidas, porque el virus se ha cebado en las personas mayores y más débiles, sería un equivalente a abandonarnos a la barbarie.

El marxismo no es, desde luego, un arte adivinatorio. El análisis permite identificar grandes tendencias. Pero difícilmente los ritmos o el orden de los acontecimientos. Tenemos una larga experiencia de pronósticos fallidos. La vida siempre acaba dibujando situaciones híbridas y más complejas de lo que es capaz de concebir nuestra imaginación. “La teoría es gris, pero el árbol de la vida permanece eternamente verde”, decía Goethe. Toca, pues, ser humildes en las previsiones. Aunque sí podemos intuir que lo que se nos viene encima puede ser un reto de grandes proporciones. Por eso se ha vuelto tan importante para la izquierda recuperar el debate sobre su horizonte estratégico que debería seguir teniendo como referencia la construcción de un proyecto universal de justicia social.

LLAMAMIENTO

“Europa solo podrá continuar existiendo si los europeos nos apoyamos mutuamente”

10/04/2020

Intelectuales, artistas, economistas y políticos de Alemania y Austria piden a la Comisión Europea la creación de un ‘Fondo Corona’ para asumir el endeudamiento provocado por la pandemia de forma conjunta

J. Habermas / J. Fischer / M. Von Trotta y 70 firmas más

[Peter Bofinger](#), [Daniel Cohn-Bendit](#), [Joschka Fischer](#), [Rainer Forst](#), [Marcel Fratzscher](#), [Ulrike Guérot](#), [Jürgen Habermas](#), [Axel Honneth](#), [Eva Menasse](#), [Julian Nida-Rümelin](#), [Volker Schlöndorff](#), [Peter Schneider](#) y [Margarethe von Trotta](#).

Los y las arriba firmantes dirigen directamente este llamamiento a la Comisión Europea.

En los últimos días se han contabilizado en Italia y España miles de muertes por coronavirus. En Italia han sido 1.000 los muertos en las últimas 24 horas y en España, 800 [principios de abril]. Estas noticias no provienen de otro planeta o de un continente alejado del nuestro. Las cifras nos llegan desde nuestros países vecinos, a los que estamos unidos. Nosotros, los autores de este texto, pertenecemos a los que aman la cultura mediterránea. Pero no es necesario amar esta cultura para horrorizarse por el tamaño de la destrucción que el coronavirus está dejando en estos países.

La pandemia ha dado lugar en toda Europa a testimonios impresionantes de ayuda mutua y de solidaridad. Miles de jóvenes se prestan como voluntarios para ayudar a los mayores confinados en sus viviendas. El *Land* de Sajonia está acogiendo pacientes graves de Italia afectados por el coronavirus. El Sarre ofrece ayuda a pacientes franceses que no han tenido acceso a los cuidados necesarios. Otros *bundesländer*, así como el Estado Federal, también están ofreciendo su apoyo. Se está instaurando un nuevo clima. La disposición a ayudar, la empatía y la esperanza son cada vez más populares.

Sin embargo, por lo que concierne a la cuestión decisiva, los países del norte responden a sus hermanos y hermanas del sur con reticencias. Rechazan la propuesta de un fondo garantizado por todos los países de la UE, con el cual sería posible asumir conjuntamente las enormes pérdidas generadas por esta crisis. Este fondo evitaría que el *shock* que, en principio, va a afectar a todos los países miembros termine por desbordar a aquellos que, antes de esta crisis, ya luchaban contra un alto endeudamiento público.

Por esta razón, la Comisión Europea debería establecer un “Fondo Corona” que esté en condiciones de endeudarse en los mercados de capital internacionales a largo plazo. Desde este fondo fluirían los recursos en forma de transferencias a los Estados miembros. Gracias a este dispositivo se impediría que aumentara el endeudamiento de cada Estado miembro. El fondo obtendría del presupuesto común europeo los recursos para subsanar los intereses ligados a esa deuda.

El fondo que proponemos no debe confundirse con el modelo de los eurobonos que se propuso como solución a la crisis del euro entre 2010 y 2012. En el caso de los eurobonos se trataba de establecer una responsabilidad conjunta por una parte importante del endeudamiento nacional anterior a la crisis financiera. En el caso de los *coronabonos* se trataría de asumir la responsabilidad conjunta del endeudamiento de los próximos meses. Se trataría de una medida temporal que permitiría a Italia y a otros países en riesgo existencial sobrevivir a esta crisis, así como a los meses que la seguirán. Negarse a hacer algo significa omitir nuestro deber de ayuda.

Nos cuesta sobremanera entender por qué la canciller y el vicescanciller alemanes muestran tantas reservas frente a este paso tan necesario para la solidaridad y estabilidad europeas. Nuestra solidaridad también está ligada a una conciencia común sobre esta crisis. En el momento presente, tenemos que encontrar fórmulas que dejen claro que vamos juntos de la mano, que estamos todos “unidos por el hechizo”, tal como reza nuestro himno. ¿Para qué puede servir la UE si en tiempos del coronavirus no muestra que los europeos se apoyan mutuamente y luchan por un futuro común? No se trata tan solo un deber por solidaridad, sino que también responde a nuestro propio interés. En esta crisis estamos todos los europeos en el mismo barco. Si el Norte no ayuda al Sur, entonces no solo se perderá a sí mismo, sino también a Europa.

Se unen al llamamiento:

Johanna Adorján, Adriana Altaras, Aleida Assmann, Jan Assmann, Sibylle Berg, Manuela Bojadžijev, Nora Bossong, Emma Braslavsky, Sonja vom Brocke, Heinrich Detering, Heinz Drügh, Carolin Emcke, Yannic Han Biao Federer, Gunther Geltinger, Dietrich Grönemeyer, Sabine Hark, Josef Haslinger, Jakob Hein, Wilhelm Heitmeyer, Julia Holbe, Rahel Jaeggi,

Hilary Jeffery, Dirk Jörke, Esther Kinsky, Wolfgang Kaschuba, Jörn Klare, Albrecht Koschorke, Claus Leggewie, Svenja Leiber, Stephan Lessenich, Sibylle Lewitscharoff, Steffen Mau, Kristof Magnusson, Ethel Matala de Mazza, Thomas Meinecke, Eva Menasse, Robert Menasse, Christoph Menke, Robert Misik, Oliver Nachtwey, Falk Nordmann, Christoph Nußbaumer, Claus Offe, Christoph Ransmayr, Moritz Rinke, Hartmut Rosa, Sasha Marianna Salzmann, Frank Schätzing, Wilhelm Schmid, Peter Stamm, Dorian Steinhoff, Mark Terkessidis, Philipp Ther, Stephan Thome, Uwe Timm, Joseph Vogl, Michael Wildt, Hubert Winkels, Roger de Weck, Thomas Winkler, Michael Zürn.

Esta crisis ha mostrado lo absurdo del neoliberalismo. Eso no significa que vaya a destruirlo

Hay una necesidad urgente de enfrentarse al caos de la globalización y la financiarización con propuestas radicales, algo que requiere alterar la balanza a favor de la clase trabajadora

Costas Lapavistas

17/04/2020

La emergencia de salud pública de la Covid-19 se ha convertido rápidamente en una crisis en el núcleo de la economía mundial, la cual amenaza también a los países periféricos en vías de desarrollo. Ha alterado las relaciones entre Estado y mercado, mostrando una vez más la vacuidad de la ideología neoliberal. Esta crisis arroja una cruda luz sobre el capitalismo contemporáneo, y será incluso más seria en su vertiente económica que el golpe propinado a la salud pública.

De hecho, esta crisis tiene sus raíces más profundas en los enfermos tejemanejes del capitalismo financiero globalizado a lo largo de la última década. La gran crisis de 2007-9 puso punto y final a la “época dorada” de las finanzas de las décadas de los 90 y los 2000. Le siguieron unos años de crecimiento marcadamente deficiente en el núcleo de la economía mundial: los beneficios fueron escasos, el incremento de la productividad fue limitado y las inversiones no mostraron ningún dinamismo. Las finanzas se encontraron, a su vez, en serios problemas, mostrando una baja rentabilidad y nada del extraordinario dinamismo que habían experimentado las décadas anteriores. Allí donde la crisis, históricamente

sin precedentes, de 2007-9 señaló el pico de la financiarización, la igualmente inaudita crisis de coronavirus cristaliza su deterioro.

Por supuesto, el acicate principal de la crisis se debe a las acciones de los Estados nación que se han enfrentado a la epidemia. Tras ignorar en un principio la emergencia médica, muchos Estados han confinado después frenéticamente áreas geográficas y países enteros, restringido la circulación, cerrado escuelas y universidades, etc. Lo que ha resultado un duro golpe a las ya de por sí debilitadas economías avanzadas, produciendo un colapso completo de la demanda, una interrupción de las cadenas de suministros, una caída de la producción, millones de trabajadores despedidos y una enorme pérdida de beneficios para las empresas. Todo esto ha provocado un desplome sin precedentes en los principales mercados de valores y un ataque de pánico en los mercados monetarios.

Es como si se tratase de un retorno de la peste negra del siglo XIV; y las sociedades del siglo XXI han respondido con una mezcla similar de miedo irracional y de aislamiento de comunidades. Sin embargo, la peste mató un tercio de la población europea cuando los Estados eran pobres y estaban gobernados por retrógradas monarquías feudales; en cambio, el coronavirus parece tener una tasa de mortalidad baja y ha golpeado países capitalistas avanzados de incomparables logros tecnológicos. Ya hay un intenso debate entre epidemiólogos sobre si los confinamientos masivos son una respuesta apropiada y sostenible, o si hubiese sido más apropiado que los Estados se hubiesen centrado en realizar intensivamente pruebas a toda la población.

Las medidas epidemiológicas no deberían dejarse a los economistas políticos. En cualquier caso, hay pocas dudas de que las mencionadas reacciones de algunos países y el subsiguiente colapso de la actividad económica van de la mano con la naturaleza fundamentalmente defectuosa del capitalismo financiero neoliberal. Un sistema económico basado en la competitividad y en la mera búsqueda de beneficio (ambas garantizadas por un fuerte poder estatal) se ha mostrado incapaz de lidiar calmadamente y de manera efectiva con una emergencia de salud pública cuya gravedad todavía desconocemos.

Muchos países avanzados carecían de la infraestructura de salud pública básica para tratar a aquellos que han enfermado seriamente, así como del equipamiento necesario para realizar pruebas a gran escala a la población y para proteger a aquellos con más probabilidades de enfermar. Los cierres y confinamientos masivos de grandes sectores de la sociedad tendrán, por otra parte, implicaciones realmente graves para los trabajadores asalariados, así como para los más pobres y débiles, y en general para las capas más marginales de la población. Las repercusiones mentales y psicológicas serán, a su vez, devastadoras. La organización social del

capitalismo contemporáneo se ha demostrado disfuncional incluso desde el punto de vista de la eficiencia.

En cualquier caso, han sido igualmente chocantes las acciones de algunos de los principales Estados tras hacerse evidente la magnitud del colapso económico que estaba desencadenándose. En marzo, los bancos centrales de EE.UU., la Unión Europea y Japón realizaron inyecciones masivas de liquidez y bajaron las tasas de interés al cero, intentando estabilizar la situación de los mercados de valores y mitigar el déficit de liquidez. La Reserva Federal (Fed), por ejemplo, anunció que compraría un volumen ilimitado de bonos del Estado e incluso de bonos corporativos privados recién emitidos. Mientras, los gobiernos de los Estados Unidos y la Unión Europea, entre otros, planificaban expansiones fiscales masivas en forma de crédito y préstamos garantizados para las empresas, subsidios para los trabajadores afectados, aplazamientos en los pagos de impuestos, subvenciones para la seguridad social, suspensión temporal de los reembolsos de deudas, etc.

En un movimiento extraordinario, la administración Trump anunció el plan de entregar 1.200 dólares a cada adulto, o 2.400 a cada pareja, con pagos adicionales en caso de tener niños, empezando por las familias más pobres. Este desembolso forma parte de un paquete de ayuda que podría exceder los dos billones de dólares (aproximadamente el 10% del PIB estadounidense), incluyendo 500.000 millones en préstamos a empresas afectadas, 150.000 millones a hospitales y trabajadores del sector sanitario y 370.000 millones en préstamos y subvenciones a pequeñas y medianas empresas. En otro movimiento igualmente extraordinario, el gobierno Tory británico declaró sus firmes intenciones de convertirse en empleador de última instancia, ofreciéndose a pagar el 80% del sueldo de los trabajadores si las compañías decidían mantenerlos en nómina; pagos que podrían llegar a un máximo de 2.500 libras al mes, dinero algo superior al salario medio. No contento con esto, el Gobierno británico ha nacionalizado eficazmente los ferrocarriles durante seis meses. El debate sobre la nacionalización de las aerolíneas está abierto.

Apenas unos días antes, incluso los académicos de izquierdas habrían considerado estas medidas como radicales. Los *shibboleths* de la ideología neoliberal de las últimas cuatro décadas han sido rápidamente dejados de lado, y el Estado se ha presentado como regulador de la economía, aglutinando un enorme poder. Para gran parte de la izquierda no ha sido difícil dar la bienvenida a semejantes medidas estatales, pensando que apuntaban hacia un “regreso del keynesianismo” y la sentencia de muerte del neoliberalismo. Sin embargo, llegar a tales conclusiones sería precipitarse.

Por un lado, el Estado nación siempre ha estado en el corazón del capitalismo neoliberal, garantizando la dominación de clase de los bloques

corporativos y financieros a través de intervenciones selectivas en momentos críticos. Más aún, estas intervenciones han venido acompañadas de medidas fuertemente autoritarias, confinando a la gente en sus hogares y aislando metrópolis gigantescas. El Estado también ha demostrado un vasto poder de vigilancia sobre la sociedad recolectando información a través del *big data*: el gobierno derechista de Israel, por ejemplo, ha aprobado que la policía controle los teléfonos móviles de la población con el fin de mensajear a quienes, sin darse cuenta, hayan entrado en contacto con pacientes confirmados de coronavirus. No solamente sabemos dónde estás, sino que sabemos mejor que tú con quién has estado.

Este autoritarismo está completamente en consonancia con la ideología neoliberal dominante en las últimas cuatro décadas. Las órdenes estatales se combinan con la fragmentación de la sociedad cuando la gente es encerrada en sus casas y se pone un gran énfasis en la “responsabilidad individual” de mantener la distancia social. Al mismo tiempo, mucha gente necesita todavía usar el transporte público para ir a trabajar, mientras los derechos laborales son destruidos, los despidos se disparan sin tenerse en cuenta el debido procedimiento y el teletrabajo acaba con los límites de la semana laboral.

Sigue sin resultar claro qué dirección tomará el capitalismo global sometido a la presión del coronavirus, sin haber terminado de superar siquiera las duraderas secuelas de la crisis de 2007-9. El poder colosal del Estado y su capacidad de intervenir tanto en la economía como en la sociedad podría resultar, por ejemplo, en una forma más autoritaria de capitalismo en el que los intereses de las élites corporativas y financieras fueran primordiales. Todo esto requiere que los socialistas analicen cuidadosa y críticamente las medidas adoptadas por los Estados para responder a la crisis del coronavirus.

La crisis hasta ahora

Las crisis siempre han sido acontecimientos históricos concretos que reflejan el desarrollo institucional del capitalismo. El primer paso es tener un sencillo sumario analítico de la evolución de la crisis hasta ahora; cuyas principales etapas pueden ser recogidas de una serie de publicaciones (a veces rápidamente obsoletas) de organizaciones multilaterales y prensa, entre otros lugares. Así:

1. La Covid-19 surgió en China a finales de 2019, aunque la respuesta del Estado chino fue inicialmente lenta, lo cual podría adscribirse quizá a la falta de conocimiento sobre la gravedad del virus. En cualquier caso, otros países han tardado en responder incluso tras la explosión de la epidemia en China. Hasta principios de marzo, por ejemplo, el número diario de casos

confirmados en Reino Unido era de unas pocas decenas, y, a pesar de tener delante la experiencia china, el gobierno británico apenas hizo nada.

2. Eventualmente, el Estado chino confinó grandes áreas del país, medida imitada por otros países, restringiendo el movimiento de cientos de millones de personas. La demanda de turismo, vuelos, hoteles, restaurantes y bares... se vino abajo y se vio seriamente afectada también la de comida, ropa, mobiliario, etc., aunque las dimensiones del impacto aún no están claras. La incertidumbre generada por el descenso del consumo golpeó inevitablemente los planes de inversión, pero, de nuevo, se hace imposible determinar el impacto en esta fase temprana.

3. El confinamiento y las restricciones de movimiento de los trabajadores interrumpió seriamente las cadenas de suministros; primero en China, que provee una gran parte de los equipos de producción de todo el mundo, y luego en otras partes de Asia, Europa y los Estados Unidos. Unido a la disminución de la demanda, esto dio lugar al cercenamiento de la producción.

4. Una producción en caída libre, una disminución de la demanda y una creciente incertidumbre han destruido las ganancias empresariales. Se avecinaba una oleada de bancarrotas. Los empleos de millones de trabajadores estaban amenazados, especialmente en el sector servicios, y otros tantos millones fueron despedidos en marzo; esta pérdida de puestos de trabajo disminuye el consumo, lo que, a su vez, socava aún más la producción. Mientras los ingresos bajaban, las empresas fueron perdiendo la capacidad de pagar sus deudas, el crédito comercial se desvaneció y, para mediados de marzo, la liquidez (esto es, dinero en efectivo) era un bienpreciado. La crisis adquirió una dimensión crediticia, agravando aún más los efectos sobre el proceso productivo.

5. La situación china puede darnos una ligera idea de la potencial devastación económica. De acuerdo a las estadísticas oficiales, a lo largo de enero y febrero el valor añadido en la producción cayó un 13,5% más que en la misma etapa de 2019 (en la que la manufactura descendió un 15,7%). Más aún, las inversiones, exportaciones e importaciones cayeron, respectivamente, un 24,5%, un 15,9% y un 2,4%. Por sí sola, la contracción china ya hubiese supuesto un impacto severo en la economía global; con otros países completamente clausurados, la caída será vertical, especialmente en sectores como las aerolíneas y el turismo.

6. Las repercusiones sobre la clase trabajadora serán demoledoras; los sectores debilitados por años de políticas neoliberales, como, por ejemplo, trabajadores informales, con contratos flexibles o autónomos, serán especialmente vulnerables. También se verán afectados los trabajadores altamente endeudados (o aquellos sin ahorros) que carezcan de ayudas o de acceso a los servicios públicos, y especialmente las mujeres, tanto por su sobrerrepresentación en dichos grupos, como por el incremento del trabajo

de cuidados que acompaña a las emergencias sanitarias (atención a quienes sufren, niños que no van a la escuela, etc.).

7. Las condiciones globales empeoraron todavía más cuando la crisis desencadenó un espectacular colapso de los mercados de valores. Durante años, los principales mercados de valores de todo el mundo han estado enormemente inflados, y ya en 2008 se había hecho evidente el riesgo de una crisis severa. El shock del coronavirus dio lugar a una impresionante caída de más de un tercio entre febrero y marzo. El resultado fue una dramática contracción de la liquidez que arrastró a los EE.UU., centro de las finanzas mundiales, a una crisis del mercado monetario para mediados de marzo. El impacto inicial se ha metamorfoseado en una completa crisis capitalista.

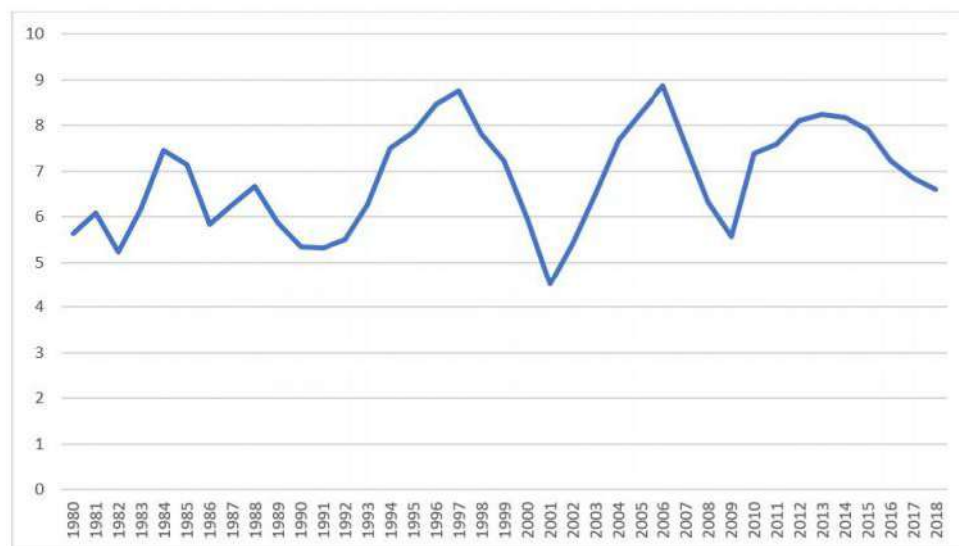
8. A medida que los mercados mundiales eran presos del miedo, el flujo de capital transnacional se vio seriamente afectado, especialmente aquel que va del centro a la periferia de la economía mundial. Las evidencias existentes no permiten alcanzar aún conclusiones sólidas, aunque sí hay una clara posibilidad de una “detención repentina” que impida a los países en desarrollo pagar sus deudas debidas a importaciones y servicios prestados, aumentando así la perspectiva de una crisis de divisas. En medio de semejante agitación, una guerra de precios entre los productores de petróleo hizo descender el valor del barril de Brent aproximadamente un 50% entre finales de febrero y finales de marzo. Semejante caída descomunal amenazó directamente la viabilidad de una serie de productores en todo el mundo, incluyendo la industria del fracking estadounidense.

Este fenómeno de crisis encadenadas solo tiene sentido analítico dentro de las coordenadas de la resaca de la crisis de 2007-9. Tras dicha crisis, el capitalismo financiero perdió dinamismo en los Estados centrales, a pesar de mantenerse, de manera subordinada, en los países en desarrollo. Nuestras estimaciones, basadas en los datos del Banco Mundial sugieren que las tasas medias de desarrollo en 2010-19 fueron las más bajas en 40 años: 1,4% en Japón, 1,8% en la Unión Europea, 2,5% en los Estados Unidos y 8,5% en China (donde el crecimiento se redujo especialmente en la segunda mitad de la década). Estos índices apuntan al agotamiento de las fuerzas impulsoras de la acumulación capitalista particularmente durante esta última década. Por lo tanto, para conocer más profundamente las raíces más profundas de la crisis, basta considerar algunos aspectos claves de la actuación de la economía norteamericana, la veta madre de la globalización y la financiarización.

Acumulación débil

La forma más simple de resumir el comportamiento subyacente del capitalismo estadounidense es considerar la tasa de ganancia de empresas sin carácter financiero, mostrada en la figura 1.

Fig. 1: Tasa de ganancia de empresas de carácter no financiero, EE.UU.



1980-2018

Fuente: Cálculos del autor; BEA, datos de la NIPA.

La trayectoria de la tasa de ganancia ha sido principalmente cíclica y mayormente en consonancia con las fluctuaciones generales de la economía estadounidense. Tras la crisis financiera de 2007-9, la tasa de ganancia se recuperó semana a semana, alcanzando su máximo en 2014, para después entrar en declive. Claramente, el coronavirus ha golpeado la economía de los EE.UU. en un momento en el que ya estaba débil de por sí, y la acumulación ha mostrado signos de agotamiento. La fragilidad subyacente también puede verse en otro tipo de informaciones: tras 2007-9, la productividad laboral creció a apenas un 1% anual, las inversiones se mantuvieron desinfladas y aplanadas en, más o menos, un 18% del PIB y las existencias de capital real se contrajeron.

Aquí es esclarecedora la comparación con China, la segunda economía más grande del mundo. Tras la crisis del 2007-9, se estima que en China la tasa de ganancia siguió aumentando durante varios años, pero empezó a caer en 2014. La economía china se mantuvo sustancialmente más sólida que la estadounidense, a pesar de que la debilidad subyacente de la acumulación puede verse en diversos datos. Así, la productividad laboral aumentó entre un 7% y un 8% al año, las inversiones se mantuvieron estancadas en un 45% del PIB y la utilización de la capacidad industrial cayó abruptamente. El coronavirus ha golpeado la economía china en uno de sus momentos más frágiles desde el comienzo de su conversión al capitalismo.

La comparación con la Unión Europea, que es, en conjunto, más grande que China pero más pequeña que Estados Unidos, arroja más luz aún. Después de 2007-9 el crecimiento de la productividad fue más bajo que en los EE.UU., especialmente el de los Estados de la Unión Económica y Monetaria de la Unión Europea (UEM), con los países líderes desplazándose por debajo del 1% anual (Polonia, que no forma parte de la UEM, destacó con un incremento de la producción por encima del 3%). A pesar de su escaso crecimiento de la productividad, la producción industrial aumentó considerablemente en Alemania, ya que los capitalistas se aprovecharon de una ventaja competitiva derivada de un largo periodo de suspensión de los salarios. En 2019 dicha producción cayó, revelando también la fragilidad subyacente en Alemania.

La Unión Europea, sobrecargada por el marco de la austeridad del euro, se mantuvo completamente estancada durante la última década; mismo periodo en que comenzó a surgir un nuevo complejo industrial en Europa del Este (en Polonia, por ejemplo), fuertemente asociado a la industria alemana. La repartición del valor agregado del PIB se mantuvo estancada debido a la defensa del capital de sus propios intereses, excepto en Alemania, donde el crecimiento de los salarios había sido significativo por primera vez en varias décadas. Sin embargo, dada la ausencia de un incremento significativo de la productividad, la competitividad alemana terminó por descender. Así con todo, el coronavirus ha golpeado también a la Unión Europea en uno de sus momentos más frágiles económicamente.

Dado que los confinamientos masivos afectan desproporcionadamente a los servicios, es probable que EE.UU. se vea mucho más afectado que China, al menos en un primer momento

Las raíces de la crisis económica derivada del coronavirus descansan en el debilitamiento de la acumulación capitalista en el periodo precedente, que es evidente en Estados Unidos, China y la Unión Europea. El impacto de la crisis será, en cualquier caso, probablemente muy distinto en cada una de estas economías debido a sus diversas estructuraciones. China se ha convertido en un taller para el mundo entero, con un valor añadido de la manufactura de, más o menos, un 30% del PIB (valor que en EE.UU. apenas llega al 10%). Mientras la economía china maduraba, el valor añadido del sector servicios creció sensiblemente, aunque sigue siendo meramente un 50% del PIB, mientras que en los Estados Unidos supera el 75%. Dado que los confinamientos masivos afectan desproporcionadamente a los servicios, es probable que EE.UU. se vea mucho más afectado que China, al menos en un primer momento.

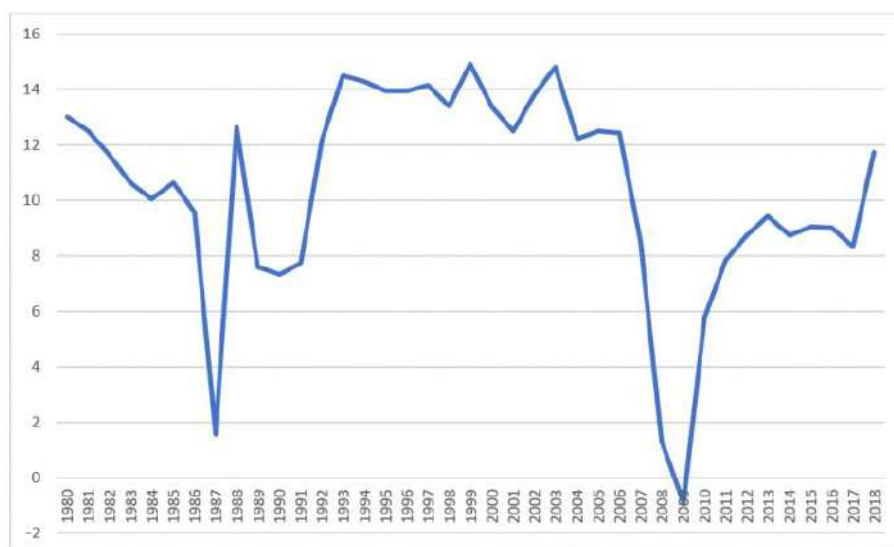
Lo mismo se aplica en gran medida para la Unión Europea, cuya economía está fuertemente basada en los servicios, particularmente en los países de la periferia sur, como España, Portugal y Grecia, que carecen de una industria fuerte y son ampliamente dependientes del turismo. El impacto

será incluso mayor en Italia, estancada desde hace dos décadas y, desde 2010, lejos de poder devolver su deuda. Así, los líderes de la UE tienen razón al entender la crisis del coronavirus como una amenaza existencial; lo cual es la causa de las intervenciones masivas del Banco Central Europeo (BCE) y de las acciones emprendidas por muchos de los Estados nación europeos, cuyos gastos derivados de la crisis han aflojado, en la vida práctica, el corsé de la austeridad que asfixiaba a Europa.

La angustia de las finanzas

La fragilidad del capitalismo financiero en los Estados Unidos puede ser evaluada más profundamente considerando la tasa de ganancia de los bancos comerciales estadounidenses que aparece en la figura 2.

Fig. 2: Tasa de ganancia de bancos comerciales (rentabilidad financiera).



EE.UU., 1980-2018.

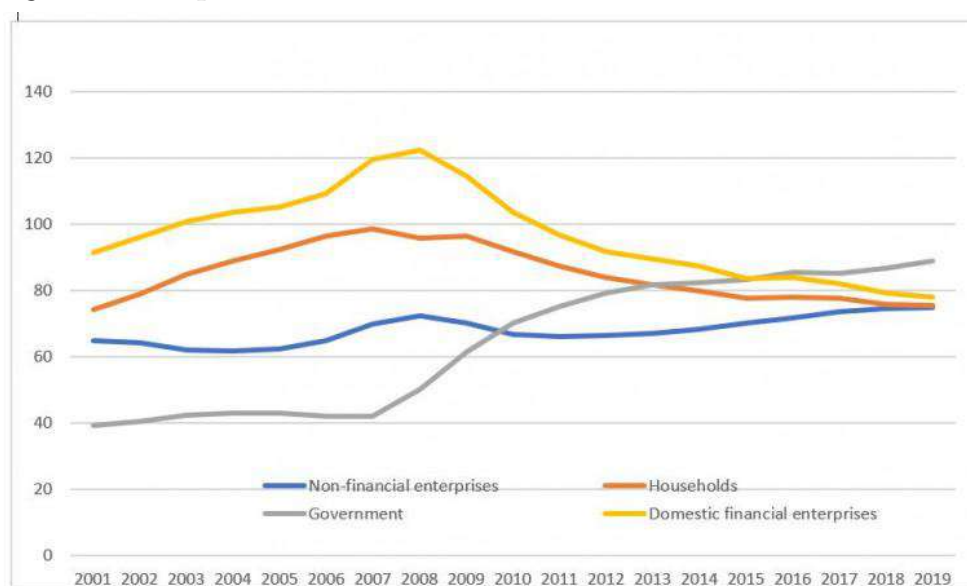
Fuente: cálculos del autor; datos de la FDIC.

La rentabilidad de los bancos comerciales norteamericanos, eje del sistema financiero, alcanzó su pico histórico entre principios de la década de 1990 y poco antes de la crisis de 2007-9, la “época dorada” de la financiarización estadounidense. Dos factores explican estas ganancias excepcionales: primero, su capacidad para asegurar un “spread” considerable entre los tipos de interés de los préstamos y los de los depósitos; y segundo, su habilidad para obtener beneficio a través de grandes tasas y comisiones cobradas por mediar transacciones financieras entre empresas, particulares [households], y otros agentes financieros. Tras 2007-9, la rentabilidad bancaria nunca ha alcanzado semejantes cotas. Esto ocurrió debido, en primer lugar, a que la Reserva Federal bajó las tasas de interés casi al cero, comprimiendo así los “spreads” bancarios, y, en segundo lugar, a la

reducción de los ingresos provenientes de tasas y comisiones que produjo el declive del volumen de las transacciones financieras. La rentabilidad bancaria resurgió brevemente en 2018, pero esto fue debido principalmente a que la Fed subió ligeramente los tipos de interés en 2017-18.

Se puede arrojar más luz aún sobre la década posterior a 2007-9 considerando la trayectoria de la deuda de los EE.UU. (figura 3); dividida en 1) la de las empresas de carácter no financiero, 2) la de los particulares, 3) la del gobierno, y 4) la de las compañías financieras nacionales; todo en relación al PIB.

Fig. 3: Deuda por sectores en relación al PIB, EE.UU., 2001-2019.



Fuente: cálculos del autor; datos de la FRED de San Luis.

La deuda privada norteamericana (en proporción al PIB) cayó tras 2007-9, a pesar de mucho comentario exaltado sobre una “explosión de la deuda”. La deuda hipotecaria bajó sustancialmente, debido al duro golpe que recibieron los particulares durante la crisis. También decreció la deuda de las empresas financieras nacionales, dejando así menos margen para que los bancos se llevasen tasas y comisiones. En cambio, la deuda de las corporaciones no financieras comenzó a crecer en 2015, superando eventualmente sus máximos previos a la crisis; aumento que ha facilitado la supervivencia de una infinidad de empresas débiles de escaso beneficio, que son altamente vulnerables frente a las conmociones. Se estimó en 2017 que estas “compañías zombis” representaban el 12% del total de compañías en 14 países desarrollados. Aún queda por ver cómo afectará la crisis del coronavirus a la capacidad que tienen estas empresas de devolver su deuda, teniendo en mente que mantener las tasas de interés al cero trae consigo una bajada de los costes de servicio de dicha deuda.

Sin embargo, lo que creció de manera verdaderamente significativa durante este periodo fue el déficit estatal, dejando al gobierno estadounidense endeudado a un nivel nunca visto desde la Segunda Guerra Mundial. La financiarización tras la crisis de 2007-9, en la medida en que apenas mostró un mínimo de dinamismo, se convirtió en un proceso de crecimiento desenfrenado del endeudamiento estatal, conectado al endeudamiento empresarial en mercados financieros abiertos, incluyendo el mercado de valores.

La función del Estado y el estallido de la burbuja bursátil

Tras la crisis de 2007-9, el Gobierno de EE.UU. se situó en primera línea, usando su masivo poder para defender la financiarización y el capitalismo globalizado. Sobre todo, mantuvo un elevado nivel de déficit fiscal durante toda la década (especialmente en 2009-12 y en 2018-19), sustentando así el crecimiento del PIB mientras incrementaba enormemente su deuda. El aumento de la deuda pública hizo posible que la Reserva Federal sustentase una tremenda capacidad de creación de dinero, mientras mantenía los tipos de interés casi al cero: la oferta de dinero (M3) aumentó de un 50% del PIB en 2007 a un 70% en 2017-19.

Los tipos de interés bajos y la abundante liquidez permitieron que las empresas no financieras pidieran préstamos baratos en mercados abiertos e iniciaran el clásico juego financiero de la “recompra de acciones”, subiendo el precio de las mismas y asegurando grandes beneficios para los accionistas. Con esta disponibilidad de dinero fácil, otros agentes financieros se lanzaron a expandir sus actividades, especialmente los fondos de inversión cotizados (ETF, por sus siglas en inglés) y los fondos de cobertura. El resultado fue un ascenso constante y gradual en el mercado de valores, con el índice de Standard and Poor’s (S&P) subiendo de 735 en febrero de 2009 a 3337 en febrero de 2020. En resumen, tras 2007-9, las intervenciones del Estado norteamericano para apuntalar el capitalismo financiero dieron lugar a una burbuja bursátil que no se correspondía con la fragilidad subyacente de la rentabilidad, las tasas de crecimiento, el crecimiento productivo, etc.

Todo este contexto hace mucho más fácil de entender el shock que ha supuesto el coronavirus. Ya era evidente en 2017-18 que la burbuja del mercado de valores no duraría, dado que la Reserva Federal comenzó a subir lentamente las tasas de interés, pretendiendo recuperar condiciones normales en los mercados financieros. En diciembre de 2018 el índice de S&P colapsó brevemente, bajando a 2416, pero la Fed reaccionó rápidamente bajando de nuevo las tasas de interés, reanudándose la burbuja. En cualquier caso, por razones ya mencionadas, el coronavirus asestó un golpe a una escala totalmente distinta, colapsando el mercado de valores de forma espectacular, con una bajada a 2237 el 23 de marzo de

2020. El subsecuente anuncio de la administración Trump de gigantescas intervenciones fiscales hizo rebotar el índice de S&P, aunque la volatilidad continúa siendo muy alta.

El colapso del mercado de valores ha revelado nuevas operaciones especulativas que han empeorado dramáticamente las condiciones de los mercados financieros: la caída de los precios ha puesto una enorme presión en los ETF y en los fondos de inversión, forzándoles a una búsqueda desesperada de efectivo para poder cumplir con sus obligaciones. Salió a la luz, entonces, que se habían creado cadenas especulativas mediante las cuales estos fondos habían pedido préstamos en el mercado de reportos (principal mercado para la obtención de liquidez entre las instituciones financieras) vendiendo letras del Tesoro estadounidenses, para luego usar el dinero obtenido en comprar letras del Tesoro en mercados de futuros, lucrándose así de diferencias mínimas entre los precios. Las cifras fueron descomunales. Mientras los precios de las acciones se derrumbaban, los fondos vendían letras del Tesoro de forma cada vez más desesperada, provocando la subida de las tasas de interés.

La Reserva Federal se enfrentó así a la estafalaria situación de unas crecientes tasas de interés en los mercados monetarios y una falta de liquidez cada vez más acuciante en una economía que había estado inundada en dólares durante más de una década. Raramente ha sido demostrada tan claramente la absurdez del capitalismo. La Fed se vio obligada a intervenir de urgencia, prometiendo comprar un volumen ilimitado de bonos públicos e incluso privados, aumentando así la oferta de dinero. Su gigantesca intervención fue rápidamente acompañada del igualmente masivo paquete de ayuda fiscal que lanzó el gobierno de los EE.UU.; una vez más el Estado norteamericano apuntaló el capitalismo financiero en un momento en que estaba colapsando.

Es importante notar la diferencia a este respecto entre Estados Unidos y la Unión Europea: la Comisión Europea ha permitido tácitamente a los Estados miembros que ignoren el Pacto de estabilidad y crecimiento, mientras el BCE ha abandonado sus propias normas al respecto de la compra de bonos, en un esfuerzo para evitar el impago de la deuda italiana; algo que provocaría inmediatamente una nueva crisis del euro. Estas son acciones importantes que han permitido operar a los Estados nación europeos sin obstáculos innecesarios; sin embargo, no ha habido ninguna intervención fiscal coordinada por parte de las instituciones europeas que sea ni remotamente comparable a la estadounidense o incluso a la británica.

En efecto, la crisis ha obligado a la Unión Europea a adoptar una política económica que deja de lado su propio “libro de normas”. Hasta ahora, los Estados nación han estado haciendo el trabajo por sí mismos, sin apenas cooperación o disciplina mutua; la prolongada cuestión de los conflictos y

jerarquías entre los países no ha desaparecido, lo cual explica la fuerte resistencia a la propuesta de la Unión Europea de emitir “coronabonos” para financiar el gasto fiscal. Si el dinero se pone a disposición de los países afectados, podría ser a través del Mecanismo Europeo de Estabilidad, algo que implicaría no pocos requisitos. Simplemente no hay comparación posible con la respuesta de los Estados Unidos.

¿Qué viene ahora?

La crisis del coronavirus representa un momento crítico en el desarrollo del capitalismo contemporáneo. Para estar seguros de nuestros análisis, la crisis tiene que desarrollarse más: aún está por verse su dimensión completa en EE.UU., la UE, China, Japón, y los países en desarrollo, pero no hay duda alguna de que ha planteado la amenaza de una depresión masiva a lo largo de toda la economía mundial. Los fallos sistémicos de la financiarización y la globalización han sido crudamente revelados por una emergencia de salud pública, y el Estado se ha implicado aún más en sostener este sistema defectuoso. En cualquier caso, el carácter de las intervenciones no da ninguna razón para concluir que habrá una transformación en las élites sociales y políticas que dé lugar a medidas que favorezcan los intereses de los trabajadores.

La decisión del gobierno de los EE.UU. de aumentar masivamente su déficit (y, por tanto, su endeudamiento) mientras expande, simultáneamente, la oferta de dinero y baja las tasas de interés al cero, es fundamentalmente la misma que tras 2007-9. Incluso se evita una depresión, los resultados a medio plazo serán probablemente los mismos, dado que no se está confrontando en ningún momento la debilidad subyacente de la acumulación capitalista. Sin embargo, ciertamente habrá contradicciones políticas en la defensa del régimen neoliberal, especialmente dada la demostración de poder de intervención sobre la economía de los Estados nación; algo particularmente importante en la Unión Europea, donde la respuesta a la emergencia sanitaria y fiscal viene siendo dada por los Estados Nación individuales, más que por las instituciones colectivas.

Esta crisis, que ha revelado crudamente la incapacidad del capitalismo neoliberal, ha planteado la cuestión de una reorganización democrática de la economía y la sociedad en beneficio de los trabajadores. Hay una necesidad urgente de enfrentarse al caos de la globalización y la financiarización con propuestas radicales concretas, algo que requiere de formas de organización capaces de alterar la balanza social y política a favor de la clase de trabajadora.

La pandemia ha traído al ágora cuestiones vitales de transformación social: ha ilustrado vívidamente el imperativo de tener un sistema de salud

pública racionalmente organizado que sea capaz de lidiar con este tipo de epidemias, así como mostrando la urgente necesidad de solidaridad, acción colectiva y políticas públicas que apoyen a los más pobres y a los trabajadores que se enfrentan al confinamiento, al desempleo y al colapso económico.

A un nivel más amplio, ha reafirmado la necesidad histórica de luchar contra un sistema en declive encerrado en sus propios absurdos. Incapaz de transformarse racionalmente a sí mismo, el capitalismo globalizado y financiero sigue dependiendo en dosis cada vez más altas de los mismos paliativos desastrosos. Los primeros requisitos a este respecto son la defensa de los derechos democráticos frente a un Estado amenazador y la insistencia en el poder de los trabajadores en los procesos de toma de decisiones. Solo sobre esta base se pueden proponer alternativas radicales, que incluyan medidas a gran escala como el diseño de políticas industriales que afronten la flaqueza de la producción, faciliten una transición ecológica; resuelvan las desigualdades económicas y la creación de instituciones financieras públicas que acaben con la financiarización. La crisis del coronavirus ha transformado ya los términos del conflicto político, y los socialistas deben responder urgentemente.

La falsa dicotomía entre mantener la salud o salvar la economía

Vicenç Navarro

| 18/04/2020

Un argumento que están promoviendo opinadores y políticos de sensibilidad neoliberal próximos a sectores del mundo empresarial de la mayoría de los países a los dos lados del Atlántico Norte es que **hay que terminar con las medidas de confinamiento (que algunos, incluso, subrayan que nunca tendrían que haberse iniciado), pues estas medidas están amenazando con colapsar la actividad económica del país.** En su mayoría, dichos opinadores son conscientes de que tales medidas son necesarias para controlar la propagación del coronavirus, que está causando un gran número de muertes. Aun así, argumentan que tal número es relativamente bajo, pues la gran mayoría de personas contagiadas con tal virus sobreviven y solo entre los ancianos la mortalidad es elevada. **Consideran, pues, que tales muertes significan un coste relativamente menor y asumible** (pues la mayoría de la población no queda afectada), **coste que, además, es necesario para salvar la**

economía. Como dijo el vicegobernador del Estado de Texas en EEUU, Dan Patrick, en una entrevista en el canal *Fox News*, los abuelos de ese país deberían aceptar su muerte a fin de salvar la economía para sus nietos. **Y hay algunas de estas voces que incluso piensan (aunque no lo dicen) que esta alta mortalidad entre la gente mayor facilitaría la salvación del sistema de pensiones público, que hoy consideran insostenible.** El ministro de Finanzas japonés, Tarō Asō, así lo insinuó en una ocasión. Para tales voces, lo más importante ahora es salvar la economía y reanimarla para que continúe. De lo contrario, todos tendremos problemas más graves que la pandemia: el paro y la falta de trabajo. **Como dijo el presidente de EEUU, Donald Trump, «no podemos permitir que la cura sea peor que el problema».**

¿Cuál es la economía que se quiere salvar?

Tal argumento podría parecer lógico y coherente, pues la actividad económica es imprescindible en cualquier país. **Pero tiene un fallo muy grave. Y es que lo que se quiere salvar (y que llaman «la economía») son las políticas económicas que han sido, en gran parte, la causa de las enormes tragedias que están amenazando la propia supervivencia del ser humano (tanto la crisis climática como la enormemente insuficiente respuesta a la epidemia),** consecuencia del enorme debilitamiento de los servicios de protección social como resultado de la aplicación de las políticas públicas neoliberales (que incluyen medidas como las de austeridad, que han mermado sectores como el sanitario y los servicios sociales, y reformas laborales que han incrementado masivamente la precariedad), las cuales caracterizan la economía que quiere salvarse.

En realidad, el sistema económico dominante se basa, hoy, en una producción y distribución de bienes y servicios que se rige por unas leyes del mercado que priorizan sistemáticamente a aquellos individuos y sectores de la población que tienen mayor capacidad adquisitiva, a costa de todos los demás. Y todo ello para el beneficio de minorías propietarias y gestoras de los medios de producción y distribución, cuyos beneficios económicos –sus intereses particulares– se anteponen al bien común de toda la ciudadanía.

¿Quiénes son los ganadores y los perdedores en esta economía?

La pandemia ha mostrado con toda claridad las consecuencias de este sistema económico. Durante los últimos años de la Gran Recesión se optimizaron estos intereses particulares, de manera que los beneficios de las minorías que derivan sus rentas de la propiedad y gestión de tales medios de producción y distribución se conseguían a costa de la reducción

de los ingresos de la gran mayoría de la población, que adquiere sus rentas a través del trabajo y ocupación en tales medios, predominantemente mediante salarios. **Un ejemplo de ello es España, donde las primeras rentas (las del capital) subieron, pasando de representar un 42,8% de todas las rentas en 2008 a un 46,5% en 2019, mientras que las segundas (las del trabajo) descendían durante el mismo período de un 57,4% a un 53,5%. Y ello se consiguió, primordialmente, a costa de reformas laborales regresivas (que aumentaron la precariedad) y de unos recortes del gasto público, primordialmente social, que debilitaron enormemente el mundo del trabajo. Tales recortes causaron las enormes carencias del sector sanitario, incluyendo la falta de respiradores (que se necesitan para poder salvar vidas) y de equipamiento protector (como son las mascarillas, las batas, los guantes y un largo etcétera) para los profesionales y trabajadores del sector sanitario y de todos los servicios esenciales. Todos estos recortes y reformas laborales se hicieron para «salvar la economía» (es decir, los intereses del mundo del capital), interpretando la economía como un sistema que favorece a una minoría (las clases pudientes) a costa de la gran mayoría de la población. Hoy, los niveles de vida y la protección social de esta mayoría están peor que antes de que se iniciaran tales políticas neoliberales. Y estamos viendo ahora las mismas voces utilizando el mismo argumento, subrayando que hay que permitir que la gente (y muy en especial, los ancianos) se mueran para salvar tal economía (esto es, sus intereses).**

El orden económico de España como causa de la elevadísima mortalidad por la pandemia

España está entre los países donde las desigualdades entre las minorías financieras y económicas que obtienen sus ingresos de la propiedad del capital, y la mayoría de la población, que los obtiene a partir de su trabajo, son mayores, unas desigualdades que son de las más altas de los países desarrollados. A su vez, el gasto social (incluido el sanitario) público es muy bajo y hay una gran escasez de recursos (ver mi artículo «Las políticas económicas neoliberales matan. Hay que cambiarlas», *Público*, 03.04.20). Estos son los resultados de la economía neoliberal que existe en este y otros países. **¿Es esta economía la que se desea recuperar?**

La respuesta popular: los aplausos a las 8 de la tarde

Hoy estamos viendo una movilización diaria y masiva en apoyo a los bien definidos como «héroes» en esta guerra contra el virus. Cada día, a las 8 de la tarde, millones de ciudadanos españoles e italianos salen al balcón para

aplaudir y agradecer a todos los profesionales y trabajadores que se están jugando la vida para el bien común de salvar la vida de las personas (la gran mayoría perteneciente a las clases populares). Estos aplausos llevan implícita una protesta frente al orden económico (sostenido por el sistema político-mediático del país) que, en una guerra contra el virus, ha enviado a estos soldados a las trincheras sin haberles dado las armas suficientes. La muerte de tantos profesionales y trabajadores del sector sanitario no está causada por el virus. Está causada por la falta de protección frente al virus.

Es un movimiento, pues, de protesta frente a los causantes de tanta insuficiencia y escasez, que son los que gobernaron el país durante tantos años en los que se aplicaron esas políticas públicas por parte de los establishments político-mediáticos influenciados por los poderes económicos y financieros que dirigen la economía que se intenta salvar ahora. En este sentido, hay que aplaudir los pasos realizados por el nuevo gobierno de coalición de izquierdas para cambiar las prioridades del Estado y dar mayor importancia al sector social, cuya primera prioridad es defender la calidad de vida y el bienestar de la población. Pero hay que alertar de que, como consecuencia del excesivo poder que grandes sectores del mundo empresarial tienen sobre el ejecutivo y el poder judicial en España, sería un gran error intentar continuar las políticas económicas de austeridad (dictadas por el establishment dirigente de la eurozona) que han hecho tanto daño a nuestro país.

El reto de la futura economía: poner lo social en el centro

Y es ahí donde se requiere una respuesta a las excelentes e impresionantes manifestaciones diarias y pasar de esta economía neoliberal a otra que ponga en su centro «la economía de los cuidados». Es urgente y necesario priorizar la producción y distribución de los bienes y servicios que favorezcan el bien común en lugar de intereses minoritarios particulares. No hace falta que se fabriquen tantos automóviles a costa de tan pocos respiradores. O tanta ropa para las clases pudientes cuando hacen falta mascarillas, batas y guantes. El Estado, en sus distintos niveles, como responsable del bien común, tiene la autoridad para incentivar, y si ello falla, ordenar la fabricación de productos y de regular los precios de productos esenciales para garantizar el bienestar de la población, priorizando lo social y común sobre beneficios económicos particulares. No se puede permitir que los productores de tales productos se estén aprovechando de la escasez (que mata a la gente) para incrementar el coste de sus productos.

Hoy hará falta que el Estado cree empleo. **Y es ahí donde la necesaria expansión de los servicios del Estado del bienestar** (desde los servicios de sanidad y sociales hasta la educación, la vivienda y otros servicios, además de la reconversión industrial y energética para protegernos también del cambio climático) **es de una enorme importancia. En España, solo un adulto de cada diez** (y en Catalunya, donde las medidas neoliberales se han impuesto incluso con mayor dureza por parte de la derecha neoliberal catalana, hoy secesionista, uno de cada once) **trabaja en los servicios públicos (primordialmente, en los servicios del Estado del Bienestar).** En Suecia es uno de cada cinco. Y Suecia, así como otros países escandinavos (que durante la mayor parte del periodo 1945-2020 han sido gobernados por partidos socialdemócratas en alianza con partidos a su izquierda), son los países que tienen menos desigualdades sociales (de clase social y género), mayor conciencia ambiental y mejores indicadores de calidad de vida en el mundo. Y mayor eficiencia económica, como incluso el Vaticano del neoliberalismo, Davos, ha tenido que reconocer en su informe *The Global Competitiveness Report 2019* (ver mi artículo «Cómo el pensamiento económico dominante, causante de tanto sufrimiento, se reproduce: Davos», *Público*, 03.02.20). Concretamente, en dicho informe se reconoce que *«Suecia, Dinamarca y Finlandia no sólo se han convertido en unas de las economías del mundo más avanzadas a nivel tecnológico, más innovadoras y dinámicas, sino que también proporcionan mejores condiciones de vida y mejor protección social, están más cohesionadas y son más sostenibles que sus iguales»*. No se podía decir más claro.

Es un error (motivado por razones ideológicas) **considerar que las medidas neoliberales** (neoliberalismo es la ideología del mundo del capital) son las más eficientes para recuperar la economía. Lo que ha ocurrido con la Gran Recesión es un claro ejemplo de ello. Cualquier evaluación hecha prueba que han sido un desastre (y no hay otra manera de definirlo) para la calidad de vida de las clases populares (que son la mayoría de la ciudadanía). Se necesitan políticas que vean la inversión social como algo central en la necesaria redefinición de la economía. Hoy, la salida de la crisis económica tiene que pasar por el aumento de la población empleada en los servicios públicos del Estado del Bienestar (expandiendo los ya existentes y creando nuevos como los del 4º pilar del bienestar –escuelas de infancia y servicios de atención a las personas dependientes–), muy poco desarrollados en nuestro país. Tal inversión, no solo estimularía la economía a través del aumento de la demanda, sino que reforzaría los servicios básicos para mejorar la seguridad, felicidad y bienestar de la población (que debería ser el objetivo principal de cualquier Estado), aumentando con ello la productividad económica, bajando a la

vez el tiempo de trabajo semanal y mejorando los salarios, reforzando los instrumentos –como los sindicatos– garantes de la defensa de los derechos de la población trabajadora. En contra de lo que se ha creído, la experiencia muestra que la expansión del Estado del Bienestar (incluyendo la «economía de los cuidados») es una necesaria inversión en el desarrollo humano, social y económico de un país. Los datos así lo confirman.

Entrevista con David Quammen

Pregunta. ¿Le sorprende lo que está ocurriendo?

Respuesta. En absoluto. Todo —el virus procedente de un murciélago que después pasa a los humanos, la conexión con un mercado en China, el hecho de que se trate de un coronavirus— era predecible. Es lo que los expertos a los que entrevisté para mi libro me decían.

P. ¿Nada le sorprende?

R. Sí, la falta de preparación de los Gobiernos y los sistemas sanitarios públicos para afrontar un virus como este. Me sorprende y me decepciona. La ciencia sabía que iba a ocurrir. Los Gobiernos sabían que podía ocurrir, pero no se molestaron en prepararse.

P. ¿Por qué?

R. Los avisos decían: podría pasar el año próximo, en tres años, o en ocho. Los políticos se decían: no gastaré el dinero por algo que quizá no ocurra bajo mi mandato. Este es el motivo por el que no se gastó dinero en más camas de hospital, en unidades de cuidados intensivos, en respiradores, en máscaras, en guantes.

P. Sin esta falta de preparación, ¿no estaríamos todos confinados?

R. En efecto. La ciencia y la tecnología adecuada para afrontar el virus existe. Pero no había voluntad política y, por tanto, el dinero, y la coordinación entre Gobiernos locales y nacionales, y entre Gobiernos en el mundo. Tampoco hay voluntad para combatir el cambio climático. La diferencia entre esto y el cambio climático es que esto está matando más rápido.

P. ¿Por qué el murciélago se vincula al origen de tantos virus, desde el SARS hasta el ébola, y también el SARS-CoV-2?

R. Los murciélagos parecen sobrerrepresentados como anfitriones naturales de estos virus peligrosos. Por varios motivos. Primero, están

sobrerrepresentados en la diversidad de los mamíferos. Una de cada cuatro especies de mamíferos es una especie de murciélago.

P. ¿Esto significa que hay muchos murciélagos?

R. No es simplemente que haya muchos en cuanto al número, sino que hay una gran diversidad de murciélagos. Y es posible que cada diferente especie de murciélago tenga sus propias especies de virus. Esta diversidad de especies ofrece un margen amplio para la diversidad de virus.

P. ¿Qué otros motivos explican que los murciélagos sean el origen de tantos virus?

R. Los murciélagos viven mucho. Uno del tamaño de un ratón puede vivir 18 o 20 años. Un ratón vive uno o dos años. Los murciélagos anidan juntos en colonias multitudinarias. He visto 60.000 en una cueva, todos apretujados. La longevidad y la masificación son circunstancias óptimas para que los virus pasen sin cesar de un individuo a otro. Y otra cosa: hay pruebas ahora, aunque no es seguro, que indican que los murciélagos tienen sistemas de inmunidad que han evolucionado para ser más hospitalarios ante cuerpos ajenos.

P. Y cada vez están más cerca de zonas urbanas, ¿no?

R. Así es. En particular los grandes murciélagos de los trópicos y subtropicales. Estamos destruyendo sus hábitats y ellos buscan comida en áreas humanas donde haya huertos y árboles frutales en los parques. Todo esto les acerca a los humanos, lo que, a través de sus heces y su orina, aumenta las posibilidades de que los virus se extiendan directamente o a través de los animales domésticos.

P. ¿Debemos temer a los murciélagos?

R. No, no. Son animales bellos, magníficos, necesarios para la integridad de los ecosistemas. La solución no es quitarnos a los murciélagos de encima sino dejarlos en paz.

P. ¿Cómo?

R. Esta pandemia es una oportunidad terrible para educar, para entender nuestra relación con el mundo natural.

P. ¿Somos responsables los humanos de lo que está ocurriendo?

R. Sin duda. Todos los humanos, todas nuestras decisiones: lo que comemos, la ropa que vestimos, los productos electrónicos que poseemos, los hijos que queramos tener, cuánto viajamos, cuánta energía quemamos. Todas estas decisiones suponen una presión al mundo natural. Y estas demandas al mundo natural tienden a acercar a nosotros a los virus que viven en animales salvajes.

P. ¿Es la revancha de la naturaleza?

R. No lo diría así, porque soy un materialista darwiniano. No personalizo la naturaleza. No creo en una naturaleza con N mayúscula capaz de revancha ni de emociones. Los humanos somos más abundantes que cualquier otro gran animal en la historia de la Tierra. Y esto representa una forma de desequilibrio ecológico que no puede continuar para siempre. En algún momento habrá una corrección natural. Les ocurre a muchas especies: cuando son demasiado abundantes para los ecosistemas, les ocurre algo. Se quedan sin comida, o nuevos depredadores evolucionan para devorarles, o pandemias virales las derrumban. Pandemias virales interrumpen, por ejemplo, explosiones de población de insectos que parasitan árboles. Ahí hay una analogía con los humanos.

P. ¿Somos como estos insectos?

R. No. Somos mucho más inteligentes que los insectos de la selva. Debemos ser capaces de ver lo que se nos viene encima y transformar el choque en un reajuste de nuestra manera de vivir en este planeta.

P. “Ofrecemos más oportunidades que nunca a los virus”, escribe usted.

R. Porque somos más y porque estamos más conectados entre nosotros. Cuando entramos en la selva y capturamos a un animal salvaje —un roedor, un murciélago, un pangolín, un chimpancé—, y este animal tiene un virus, y este virus salta hacia nosotros, y descubre que en nuestro interior puede replicarse, y que puede transmitirse de un humano a otro... Cuando ha ocurrido todo esto, a este virus le ha tocado el Gordo. Se ha metido por una puerta que le ofrece una enorme oportunidad. Porque somos 7.700 millones de anfitriones potenciales para ellos y porque estamos hiperconectados: la peste bubónica mató quizá a un tercio de la población europea, pero en el siglo XIV no podía pasar a Norteamérica ni a Australia. El virus que causa la covid-19 es uno de los virus de más éxito del planeta, junto a la cepa pandémica del VIH. Y nosotros le hemos invitado a tener tanto éxito.

P. ¿Qué ha aprendido en los últimos tres meses sobre los virus?

R. Algo que me sorprende es que, hasta ahora, este virus no está evolucionando demasiado rápido. Algunos científicos, como Trevor Bedford en Seattle, han tomado muestras de varias personas en diversos momentos y en distintas partes del mundo, y han dibujado un árbol genealógico del virus. Han descubierto que los genomas del virus no varían mucho en el espacio y el tiempo. El virus no cambia porque no necesita hacerlo. Está teniendo tanto éxito —yendo de un humano a otro, en todos los países del planeta— que, desde el punto de vista de la evolución, no está sometido a ninguna presión para cambiar: ya le va bien siendo como es.

P. ¿Durante cuánto tiempo puede tener tanto éxito?

R. Hasta que tengamos una vacuna. En este momento, es posible que intente evolucionar. No es que lo intente en realidad, porque no tiene intención, solo es un virus. Pero por selección natural es posible que, accidentalmente, encuentre maneras de esquivar la vacuna. Y entonces empezará la carrera para encontrar vacunas mejores y nuevas. Pero es lo que ya hacemos con la gripe: necesitamos una vacuna nueva cada año porque cambia constantemente.

P. Mientras tanto, ¿el distanciamiento social y el confinamiento tienen un efecto en el virus?

R. Sí. Al confinarnos, le retiramos una oportunidad de extenderse de manera tan amplia e intensa como ha hecho hasta ahora. Una manera de pensar en pandemias es la siguiente. En toda población de víctimas potenciales, hay personas susceptibles al virus. Hay personas infectadas por el virus. Hay personas muertas. Y hay personas que se han recuperado. Y, una vez que se han recuperado, es más difícil que sean reinfectadas. De modo que se llega a un punto en el que el número de muertos es alto, el número de recuperados es alto y el número de infectados puede ser todavía alto, pero el número de personas susceptibles puede ser relativamente bajo y estar disperso. En ese momento, el virus que se encuentra en los infectados no tiene oportunidades de contactar con los susceptibles.

P. ¿Y entonces?

R. En este punto, la pandemia tiende a terminar.

Tocarnos

Fernando Molina Aparicio

17 abril 2020

A Isabel no la toca nadie desde hace semanas. Solo un hijo que vive cerca podía acercarse y le daba unos besos y le cogía la mano agrietada mientras en la televisión, permanentemente encendida, la pandemia surgía como un apocalipsis cotidiano que le resultaba a ratos cercano y a ratos lejano, en una sala de estar sombría de una casa sombría, la casa en donde ha vivido siempre, una casa pequeña para la familia que la habitó y grande para la Isabel que permanece en ella. Isabel vive sola, apenas recibe visitas y, ahora, con el confinamiento, lleva tres semanas encerrada, solo ve a una asistente municipal tres días a la semana durante una hora y media, una asistente que llega con mascarilla y guantes y que no la toca. Desde que el

hijo dejó de ir por tener que confinarse solo recibe la visita de la novia de él, que también vive cerca y tiene que permanecer a un metro de distancia con una mascarilla. Y aun así esta mujer que le visita y la asistente que le cocina son su único nexo de unión con el mundo que hay más allá de su casa. Y ese nexo excluye el tacto. Isabel está sola en su cuerpo, nadie la visita en él en forma de abrazo, de caricia o de beso.

Hace unos días en la televisión brasileña dos tertulianos discutían las medidas idóneas a tomar en su país contra la epidemia según los modelos existentes. El exitoso modelo oriental, de China, Japón o Corea del Sur, causaba admiración. Uno de ellos, sin embargo, precisaba que estas sociedades llevan una ventaja cultural en las medidas profilácticas que resulta insalvable en su país. En Japón, por ejemplo, rara vez se tocan, su cultura está bien adaptada a las medidas que separan los cuerpos. En cambio, en Brasil, decía, no sabemos vivir sin tocarnos y no podemos reprogramar en unos días una forma de estar y ser en la vida.

Tocar se ha convertido, en este contexto pandémico, en un gesto revolucionario. La reclusión en que vivimos finalizará no cuando podamos salir a la calle o asistir a un espectáculo: finalizará cuando podamos tocar(nos). Cuando podamos volver a tocar a la persona amada a la que ahora solo vemos por una pantalla digital, cuando podamos volver a abrazar, a besar, a acariciar a quien nos demanda cariño o a quien, libremente, deseemos dárselo. No hay nada nuevo en lo que pasa que no haya pasado antes. Daniel Defoe cuenta en su crónica de la epidemia de peste que asoló Londres en 1665 cómo la primera víctima de la plaga fue el tacto. Las personas no se tocaban, especialmente se repelía a las sospechosas de tener la enfermedad, que eran apartadas y recluidas. Para atenderlas los médicos bajomedievales del norte de Italia inventaron unas máscaras con picos alargados que les mantenían a distancia física y que, tontamente, nos dedicábamos a comprar cuando visitábamos Venecia sin saber que lo que nos traíamos a casa era un recuerdo de una de las situaciones más terribles que puede experimentar el ser humano: la incomunicación, el abandono, la soledad...

La modernidad industrial replanteó, en el siglo XIX, los códigos culturales de los europeos, cuenta la historiadora Constance Classen en su bellísima *Historia cultural del tacto*. La alta cultura asociada a la civilización fue reinventada de acuerdo al sentido visual, propio de seres racionales, mientras que la baja cultura (y su correlato, la barbarie) quedó reflejada en sentidos proscritos por su mayor componente emotivo, como el tacto. Nutrida de influencias judeocristianas y, especialmente, protestantes, la nueva cultura de la modernidad liberal fue centrándose en ver y fue despreciando el tocar. Los hombres y las mujeres comenzaron a alejarse entre ellos y ellas frente a lo que había pasado en la primera modernidad y, especialmente, en la Edad Media. No nos sorprenderá que buena parte de

lo que somos o, mejor dicho, lo que éramos antes de la pandemia, se fundara en lo visual: nuestros perfiles de whatsapp y de redes sociales, las fotos que nos hacíamos con afán bulímico, la televisión, internet, la publicidad, la pornografía, todo nos traducía la preeminencia de lo visual en nuestra manera de estar en el mundo. Es curioso que esta modalidad sensorial podamos seguir cultivándola en estos días de confinamiento pero que la sintamos insatisfactoria. Es, al menos, lo que me pasa. Se me queda limitada y me resulta, en buena medida, impostada porque le falta la dimensión humana, el latido, el temblor, el olor que nos proporciona la otra persona. Es decir, todo lo que nos hace frágiles, todo lo que nos hace humanos.

Classen cuenta que en el tacto encontramos los mensajes ocultos en nuestros cuerpos y exploramos nuestras relaciones más íntimas. Y nos recuerda que un mundo de significados puede residir en el más simple gesto, en dar un beso, en acariciar una mano. No concibo mayor comunicación del amor en todas sus formas que la que sale del tacto que ahora nos es vetado.

Saldremos de esta crisis solo cuando reinventemos una normalidad que sea menos visual y más táctil, más fundada en la cercanía entre nosotras y nosotros, en el cuidado a las y los demás, en el abrazo y el beso desinteresados. Y yo sé que solo saldré de ella cuando pueda tocar la mano de Isabel y besar los labios de mi compañera. Y saldré para contribuir a reinventar una normalidad diferente que la que el capitalismo posindustrial y la sociedad de consumo nos han traído a este tiempo frío en el que lo más humano nos ha sido vetado.

El impacto de la COVID-19 es directamente proporcional a las patologías previas de las que es portador el afectado; esto vale para los individuos, pero también para las sociedades de las que forman parte

Javier Pérez Royo

19/04/2020



De las pocas cosas que sabemos con seguridad de la COVID-19 es que, cuando ataca a personas con patologías previas, su efectividad es muy superior. El número de infectados que acaban desarrollando una enfermedad grave y que fallecen como consecuencia de ella está directamente vinculado con las patologías previas de las que dichos infectados eran portadores. A más patologías previas, más riesgo de infección y de muerte.

Esto que vale para los individuos, vale también para los países en los que viven, sean ciudadanos o extranjeros, ya que el virus no distingue entre unos y otros. Cuantas menos patologías tenga el sistema político del país, tanto mejor reacciona frente a la COVID-19. Y a la inversa.

El impacto de la COVID-19 es un indicador de la salud de los individuos y de las sociedades en que se integran. Un indicador también, en consecuencia, de la relación entre la salud individual y la del conjunto de la

sociedad. No es lo mismo ser afroamericano o latino que blanco en los Estados Unidos. No es lo mismo ser anciano en Alemania, que en Francia, España o Italia. No es lo mismo tener un sistema nacional de salud que no tenerlo o tenerlo mejor o peor dotado...

Pero, sobre todo, no es lo mismo tener un sistema político, parlamento y gobierno, con capacidad de reacción frente a la emergencia, que no tenerlo con la misma capacidad. Aquí está la diferencia esencial en lo que al impacto de la COVID-19 se refiere.

Porque la COVID-19 se trata de una catástrofe natural que se singulariza por dos características aparentemente contradictorias, pero que, sin embargo, acaban siendo complementarias.

Por una parte es, en palabras del más conocido virólogo alemán, el profesor Christian Drosten, "una catástrofe natural a cámara lenta" (Naturkatastrophe in Zeitlupe). No es un terremoto o una inundación, sino que es una catástrofe que se puede detectar y ante la que se puede reaccionar en el momento en que empieza a hacerse presente.

Por otra parte, es una catástrofe a la que, si no se le hace frente cuando empieza a hacerse presente, se expande a una velocidad extraordinaria, asentándose además de manera persistente.

Se trata, por tanto, de una catástrofe natural ante la que una sociedad puede reaccionar de manera política exclusivamente. La sociedad no dispone nada más que del Estado para hacerle frente. Por muy rica que sea la sociedad, por muy poderosas que sean sus multinacionales, si el Estado no reacciona, la COVID-19 se expande de manera descontrolada.

Por muy rica que sea una sociedad, por muy bueno que sea su sistema de ciencia e investigación, por muy buenos que sean sus centros de salud, por mucha que sea su capacidad industrial... sin una respuesta políticamente unificada por quien únicamente puede hacerlo, el gobierno y el parlamento de cada país, no hay manera de hacer frente a una catástrofe de esta naturaleza. Una sociedad vale en estas circunstancias lo que vale su sistema político, lo que vale su "representante político".

Parece claro que los países más ricos y con sistemas democráticos más reconocidos no han tenido la capacidad de reacción que cabía esperar de ellos. Los países de Europa Occidental primero y Estados Unidos a continuación se han convertido en el centro de la catástrofe. En el origen de la dimensión global de la catástrofe está la inadecuada reacción de los países europeos occidentales y de los Estados Unidos de América. De haber reaccionado como Corea del Sur, no estaríamos ante el problema ante el que estamos. La COVID-19 pudo ser detenida en ese momento y no lo fue. Ahora ya veremos que ocurre.

Pienso que no es casualidad que haya ocurrido lo que ha ocurrido. Aunque no todas las democracias reconocidas como las más consolidadas y de más

calidad de forma general se han visto afectadas por patologías políticas de la misma naturaleza y con la misma intensidad, todas han ido deteriorándose desde hace decenios. No de otra manera se explican anomalías como la presidencia de Donald Trump en Estados Unidos, o el Brexit en el Reino Unido, o la erosión por fenómenos populistas de prácticamente todos los sistemas políticos europeos.

La COVID-19 es una luz roja de alerta que se ha encendido. Así no se puede seguir, si no se quiere acabar en un proceso de descomposición general. Si las democracias no son capaces de extraer la lección y fortalecer su sistema inmunológico, continuaremos deslizándonos por la pendiente por la que ahora mismo estamos cayendo. Lo acabaremos haciendo todas, aunque no todas lo iremos haciendo a la misma velocidad y con los mismos costes.

El caso de España es particularmente preocupante. Las patologías se ha acumulado en el último decenio. El sistema constitucional diseñado en 1978 no permite que la sociedad española haga una síntesis política de sí misma que le permita autogobernarse con regularidad. Por eso, hemos tenido que repetir dos veces elecciones por la imposibilidad de investir a un presidente de gobierno. Por eso, el Parlamento no legisla y tiene que ser el Gobierno el que lo haga mediante Decreto-ley. Por eso, ha desaparecido la práctica del principio de anualidad presupuestaria. Por eso, no se renuevan los órganos constitucionales para los que se exige mayoría cualificada. Por eso, se produjo la abdicación del Rey Juan Carlos I de la forma en que se produjo. Por eso, su hijo tuvo que tomar la decisión de excluir a su padre de la Casa Real y la anunció el mismo día en que se decretó el estado de alarma... Es un sistema que está pidiendo a voces reformas desde hace muchos años y, sin embargo, no se produce ninguna.

Como consecuencia de ello, estamos teniendo que hacer frente a la COVID-19 con un sistema político muy debilitado por patologías diversas. El pueblo español está reaccionando de manera impecable, pero no se puede decir lo mismo del sistema de partidos y de los órganos constitucionales. Cada sesión parlamentaria es un mazazo para la ciudadanía. Y todavía queda lo más difícil.

O el sistema político es capaz de reaccionar ante esta crisis o, simplemente, implosionará y el sol acabará saliendo por Antequera.

Regreso al futuro: el derecho a la ciudad tras la covid-19

Urbanismo. Cuando la distopía es el presente, sólo nos queda inventarnos un nuevo porvenir

Janet Sanz / Daniel Granados

21/04/2020



Barcelona desde Montjuïc.

*“Supongo que ustedes no están preparados para esta música.
Pero a sus hijos les encantará.”
Marty McFly*

Nada volverá a ser lo que era porque no puede y porque no debe. La proyección que partía de una extraña normalidad –más o menos asumida– ha quedado profundamente afectada por una crisis que atraviesa casi todos los aspectos de la vida tal y como la hemos conocido durante generaciones. Y afecta a cuestiones tan arraigadas como nuestras costumbres y hábitos vinculados a la cultura mediterránea –que se urde en gran medida desde la proximidad y la vida comunitaria en el espacio público– y las propias normas que nos regulan como sociedad.

Si las ciudades han sido al mismo tiempo el problema y la solución a los retos del futuro (hay quien pueda caer en la nostalgia de ese futuro), las estrategias actuales para hacer frente a la crisis de la covid-19 deben indefectiblemente pasar por ellas. Son parte del problema, pero también de la solución para un nuevo y distinto futuro. Cuando la distopía es el presente, sólo nos queda inventarnos un nuevo porvenir. Si el municipalismo era campo de batalla de las políticas progresistas transformadoras a escala global, hoy es la primera línea del frente. La pregunta es: ¿cómo será la ciudad del futuro que nos permita acometer con más y mejores garantías los nuevos retos y hacer frente al resto de crisis estructurales que nos atraviesan?

El Plan Cerdà supuso una primera combinación de urbanismo social y ecológico en busca de una mejora en la calidad urbana para la clase trabajadora

La crisis sanitaria global viene de la mano de una crisis social y económica sin precedentes. La falta de equidad, los problemas de la masificación desordenada, el acceso a la vivienda digna o la emergencia climática golpean sobre la mesa más fuerte que nunca como retos ineludibles. Cabe construir un nuevo futuro urbano que dé respuesta a este presente y no al de hace escasas semanas. Y es necesario encontrar en nuestras ciudades los activos y fortalezas que nos harán menos vulnerables en nuestro conjunto.

La proximidad y el derecho a la ciudad

A lo largo de la historia, sucesivas crisis sanitarias han tenido como respuesta diferentes procesos de planificación urbana. La Barcelona del siglo XIX, por ejemplo, se rediseñó a sabiendas de que su gente moría más rápido en una ciudad con un diseño urbano con graves carencias: la escasez de luz solar y la pésima ventilación en el interior de las viviendas o la falta de espacio público común, ponían a la mayoría de la población en una clara situación de riesgo ante cualquier epidemia de turno. Aunque en su implementación quedaron fuera muchos de los elementos más revolucionarios, el Plan Cerdà supuso una primera combinación de urbanismo social y ecológico en busca de una mejora en la calidad urbana para la clase trabajadora castigada por unas condiciones de vida precarias.

Fruto de ese y otros procesos urbanísticos, vivimos en ciudades con una densidad urbana considerable, donde ésta se presenta habitualmente como un arma de doble filo. Aunque la masificación desordenada ha generado muchos de los problemas que padecemos desde hace décadas en las grandes ciudades, la alta densidad urbana se ha convertido durante esta crisis en una de nuestras fortalezas que deberá proyectarse en los nuevos escenarios. Frente al paradigma de la dispersión de otros grandes núcleos urbanos, las ciudades mediterráneas hacen de la proximidad una

oportunidad. El acceso a servicios esenciales como centros de salud, los mercados de abastos municipales y la enorme diversidad del pequeño comercio de sus barrios son algunos de los activos de los que disponemos sin depender de automóvil privado. [1]



“¡Viva en la casa del futuro hoy!”, Cartel que aparece en la película “Regreso al Futuro” (1995).

Una densidad urbana razonable sujeta a nuevas condiciones sociales como el confinamiento y el distanciamiento social, nos plantea nuevos y grandes retos muy distintos a los de finales del siglo XIX. “Quédate en casa” hemos rezado administraciones y ciudadanía desde hace días. ¿Pero qué casas? Cuando se cierra el espacio público –la extensión de nuestras casas en nuestra cultura mediterránea–, el confinamiento obliga a repensar el privado y sus necesidades básicas. Nos han hecho creer que balcones, terrazas y amplios espacios particulares o comunitarios eran un lujo del todo ajeno a normativa pública para la construcción de viviendas. Es imprescindible plantear una nueva forma de hacer viviendas, habilitar nuevos espacios comunitarios como azoteas infrautilizadas y afectar desde esta lógica equipamientos más adaptativos y modulables y otros ámbitos cotidianos como nuestras formas de consumo o la gestión de los residuos que generamos entre todos.

Reprogramar la ciudad: tecnologías libres, abiertas y neutrales

Si el automóvil y el ascensor son tecnologías que cambiaron radicalmente la ciudad del siglo XX, debemos decidir ahora los usos de las nuevas tecnologías del siglo XXI para salir de esta crisis como ciudades más responsables, equitativas y sostenibles.

El teletrabajo y el estudio a distancia mediante herramientas digitales resignifican de nuevo el papel de la tecnología como una herramienta en la que apoyarnos para devenir masivamente un medio desde el que producimos. Pero la renta por barrios continúa marcando otra curva vigente, la de la brecha digital que limita el acceso a internet en función de los ingresos por familia. [2]

La salida de esta crisis pasa también por la recuperación del control público de las infraestructuras TIC para que sean accesibles, libres y neutrales

La salida de esta crisis pasa también por la recuperación del control público de las infraestructuras TIC para que sean accesibles, libres y neutrales. La lógica más o menos abierta de estos medios determinará también nuestra calidad democrática. Debemos decidir, por ejemplo, entre el uso de software propietario para educar a nuestros hijos –como GSuite–, o plataformas libres como Moodle concebida para ayudar a los docentes a crear comunidades de aprendizaje cooperativo en línea. Resulta imprescindible abordar las posibilidades de una nueva cultura tecnológica y científica innovadora, que apueste por nuevos bienes comunes digitales y que aborde las oportunidades de un nuevo modelo productivo con mayor retorno social.

Nuevas mutualidades para la coproducción urbana

La centralidad de un modelo improductivo basado en la especulación del suelo y el turismo extractivista, junto con la fragilidad de una economía globalizada, ha acabado por demostrar hoy la urgencia de transformar nuestra forma de producir y redistribuir riqueza.

Frente a una nueva doctrina del *shock* no podremos aceptar nuevas recetas de activación económica que no sitúen la vida en el centro. Necesitamos proyectar ya una nueva economía social innovadora que priorice y fortalezca derechos básicos como la sanidad, la educación, la cultura, la vivienda digna y asequible y que apueste de manera decidida por una industria verde e inteligente de alto valor añadido. En el desarrollo de estas nuevas fuentes de abastecimiento social la coproducción de políticas públicas será una fortaleza para transformación social. La reprogramación de nuestras ciudades deberá pasar por una nueva mutualidad entre lo público, lo privado y lo comunitario como un nuevo capital social sobre el que desarrollar nuevas formas socioeconómicas más resilientes y justas para las ciudades. Difícilmente la transformación será efectiva sin un papel estratégico de la sociedad civil organizada a través de la economía social y solidaria, los proyectos de investigación e innovación ciudadana, la cultura libre, el movimiento ecologista y un conjunto de iniciativas que a menudo van por delante y marcan el paso de la administración pública.

El derecho a la cultura

Si la educación y la sanidad fueron elementos que caracterizaron la predistribución de la riqueza en la segunda mitad del siglo XX, el bagaje cultural se muestra hoy también como un tercer elemento esencial [3].

Los derechos culturales deberán ser también una expresión significativa de las nuevas configuraciones de la ciudadanía en este siglo

Una nueva cultura tecnológica y económica deberá ir acompañada de una nueva forma de entender el papel de la cultura y su relación entre lo público, lo privado y el tejido social comunitario. Hoy más que nunca cabe reafirmar que todo proyecto colectivo basado en los derechos y las libertades de las personas que habitan una ciudad debe ir de la mano de políticas ambiciosas que sitúan el hecho cultural a disposición de todo el mundo al mismo tiempo que genere los medios para combatir la precariedad de su tejido productivo. Las capacidades culturales son fundamentales para la vida democrática: la expresión, la autonomía personal, el emprendimiento, la experimentación, el conocimiento crítico y la diversidad son aspectos relevantes estrechamente ligados a las posibilidades reales de progreso de nuestras comunidades urbanas. Los derechos culturales deberán ser también una expresión significativa de las nuevas configuraciones de la ciudadanía en este nuevo siglo XXI que se acaba de reiniciar.

Un nuevo ecologismo administrativo

Y entonces llegan los límites. Las competencias y los recursos como grandes cotos que dificultan el dibujo de este nuevo futuro post Covid-19. Dificilmente se podrán ni tan siquiera plantear ciertos retos si instituciones europeas y los Estados tradicionales no afrontan la necesidad de una segunda oleada de descentralización como un fenómeno improrrogable. La necesidad de reconocer y reforzar nuevas centralidades en la gestión de las crisis viene definida por algunos autores como un nuevo “ecologismo administrativo” que, mediante un regreso a la idea de pueblo o a lo rural, se accede a la organización democrática natural más cercana, participativa y eficiente.

Cuando el confinamiento acabe y finalmente tengamos la vacuna, deberemos regresar a un lugar con un futuro que reconstruir. Transformación urbana, derechos y poder municipalista para poner la vida en el corazón de las ciudades.

Janet Sanz es teniente de ecología, urbanismo, infraestructuras y movilidad del Ayuntamiento de Barcelona. **Daniel Granados** es delegado de derechos culturales del Ayuntamiento de Barcelona.

Algunos datos centrados en Barcelona:

[1] En Barcelona un 25% de la población de más de 65 años vive sola (de las cuales un 75% son mujeres), según datos del Padrón Municipal del 2019. Tener acceso a servicios básicos desde la proximidad les garantiza derechos.

[2] En Barcelona, el 20% de los hogares con rentas bajas no disponen de conexión a internet. (frente a un 99% de los hogares con rentas altas que si disponen) y un 66% de los hogares con rentas bajas no dispone de ordenador, según la Encuesta de Servicios Municipales de Barcelona del 2019.

[3] El 62,4% de la población accede a menudo o muy a menudo a actividades culturales mientras que el 38% no lo hace nunca. Mientras en los barrios de renta baja más del 50% de la población no accede a actividades culturales (exactamente el 50,3% de la población de los barrios de renta baja), este dato es de solo el 28,1% en los barrios de renta alta y del 31,6% en los barrios de renta mediana, según los datos de la “Encuesta de participación y necesidades culturales de Barcelona” del 2019.

Preguntas para después de una pandemia

J.R. Mora

23/04/2020



Mascarillas anticapitalistas.

Cuando todo esto pase, será el momento de buscar respuestas. Nos va mucho en ello. Sin respuestas no volveremos a la normalidad, ni a la antigua ni a la que está por venir.

¿Por qué se mandó al personal sanitario a enfermar?

Tras decenas de miles de trabajadores sanitarios infectados y algunos de ellos muertos por la ausencia del material necesario que los debía proteger, una excusa, una mentira, una media verdad, será imperdonable. No había material de protección suficiente y tampoco había más remedio que hacerlos trabajar sin esos sistemas de protección necesarios. Les damos las gracias y les pedimos perdón por haberlos puesto en riesgo, por no haber previsto que, como la realidad ha demostrado, el peor escenario era posible: una pandemia que destrozase un sistema de salud recortado y sin recursos suficientes. Necesitamos oír esto de la boca de los responsables políticos. De quienes tomaron el mando de la crisis en el Gobierno central y de las Comunidades Autónomas, que tienen, por mucho que algunas intenten disimularlo, las competencias en Sanidad transferidas desde 2002.

¿Por qué la Sanidad Pública no tenía suficiente material para atender la crisis sanitaria? ¿Por qué no hubo profesionales ni medios suficientes? ¿Por qué los sanitarios tuvieron que ser héroes en vez de trabajadores?

Gobiernos como el de la Comunidad de Madrid o el de la Generalitat de Catalunya, que en los últimos años han optado por debilitar la sanidad pública a base de privatizaciones y recortes de personal y medios, también deberán responder y asumir su responsabilidad. ¿Cuál es el daño que todos esos trabajos recortados, esas privatizaciones han provocado durante esta crisis sanitaria? Que no se escondan tras los errores del Gobierno central. No es casual que Madrid y Catalunya, feudos de privatizaciones y corrupción, encabecen las listas de fallecidos. Pero la pregunta de fondo es: ¿Vamos a mantener un modelo productivo basado en el beneficio a corto plazo o introduciremos por fin criterios como sostenibilidad, ecología y protección social? El problema del abastecimiento de material sanitario está relacionado con la profunda desindustrialización del país. Aquí no hemos tenido capacidad de fabricar siquiera simples mascarillas. Y no sólo sucede en España. Casi todo viene de China, la fábrica del mundo, y muchas cosas casi en régimen de monopolio. En nombre de la globalización se prescindió de industrias estratégicas que aseguraran el bienestar de la población y la seguridad del país. Es urgente un pacto nacional para que esto cambie.

¿Quién dará explicaciones por el drama de las residencias privadas?

Quién dará explicaciones no lo sabemos. Quién debería darlas, sí. Los responsables de Comunidades Autónomas que, como Madrid, debían vigilar lo que allí sucedía. Cuál era el estado de esos ancianos en unas

residencias privadas que, en demasiados casos, habían sido denunciadas por familiares sin que la administración competente hiciera nada. Sólo en Madrid, más de 5.000 personas han fallecido por COVID-19 en residencias gestionadas, en la mayoría de los casos, por multinacionales y fondos buitres que llevan años obteniendo enormes ganancias con el negocio de la asistencia a mayores. ¿Cambiará después de esto el concepto de residencia de la tercera edad convirtiéndose en algo más que un aparcamiento de mayores y un negocio especulativo de multinacionales? ¿Asumirá alguna responsabilidad quien, debiendo controlar lo que allí pasaba, no lo hizo?

¿Por qué se apostó por militarizar una crisis que era sanitaria y social?

¿Tan poco confiaba el Gobierno de España en la responsabilidad de los ciudadanos que tuvo que colocarnos cada día a policías y militares en ruedas de prensa que informaban sobre sus operativos de control social y represión de quienes se saltan la restricción de movimientos? ¿Era esa la única forma de que nos quedásemos en casa? Quizá sí, lo que diría poco de España como país. Quizá no, lo que diría poco del Gobierno. ¿Ha sido un acierto la creación de un ambiente de estado policial? La cantidad de imágenes de Fuerzas de Seguridad maltratando a ciudadanos inermes y actuando con desproporción, cuando no abuso, ¿las piensan pasar por alto?

La sociedad que cada tarde ha salido a aplaudir al balcón, ¿apoyará las reivindicaciones de los trabajadores sanitarios cuando esto pase?

La Marea Blanca, el movimiento de profesionales sanitarios que durante la crisis anterior protestó por los recortes de la sanidad pública, fue ignorada, menospreciada o incluso criminalizada por muchos que hoy aplauden desde el balcón. ¿Cuando todo esto acabe, volverán a acogerse al argumentario de su partido de cabecera y mirarán para otro lado ante el maltrato a la sanidad de todos? ¿O habrán aprendido algo? No sirve de nada llamar héroe a un trabajador que no quiere heroicidad, sino buenas condiciones para cuidar a la población.

¿Quiénes se dedicaron a difundir bulos durante una alerta sanitaria, a pedir boicots contra medidas de salud pública adoptadas por el gobierno, tendrán algún tipo de castigo penal, administrativo o social?

Respecto a lo penal, es una decisión política el dejarlo estar, para no judicializar el debate público. Nos parece sensato. En lo social, tendremos que esperar a que las urnas salgan a la calle para averiguar qué premio tienen quienes, durante la mayor crisis sanitaria que una generación ha conocido, se dedicaron al juego sucio. Sobre lo administrativo, hay que

recordar que la Constitución protege la información veraz, solo la veraz. Los bulos son, por definición, información falsa difundida intencionalmente con fines perversos. Eso es criticable tanto si se difunde desde un medio de comunicación como desde un púlpito. Tratar de obviarlo, como a veces se hace, en defensa de la libertad de información, es tan perverso y corporativista cómo no criticar a un médico que realiza prácticas lesivas para sus pacientes. Nuestra propuesta es que el Gobierno aísle y excluya a los medios que propagan mentiras y bulos, negándoles el derecho a recibir ayudas y subvenciones públicas, y dejándolos fuera de la publicidad institucional. Que existan tabloides llenos de basura es inevitable, ha pasado toda la vida y en todas partes. Pero financiarlos con dinero público es intolerable.

¿Qué hacemos con Europa? ¿Será capaz de frenar el auge de la extrema derecha?

El Gobierno ha actuado con firmeza y coherencia en el frente europeo. Aunque no somos un país fundador, y Francia e Italia cuentan evidentemente más que España en Bruselas y en Berlín, Madrid ha presionado en la dirección correcta y ha flexibilizado sus peticiones de forma que Alemania y sus satélites del norte no puedan poner excusas. Del Consejo Europeo de esta semana debería salir un fondo para la reconstrucción suficientemente amplio como para permitir rescatar a los más vulnerables de una manera directa y sencilla, sin tener que pasar por los bancos, sin aumentar la deuda pública y sin condiciones leoninas. Pero no debemos olvidar que el gusto de los ortodoxos por el austericidio, y el dominio que ejercen las grandes corporaciones sobre las políticas europeas son una combinación terrorífica. Si la Unión Europea no es capaz de estar a la altura, si las economías del sur siguen sufriendo la intolerancia del norte y sus ciudadanos no reciben de la UE la protección suficiente, el panorama será espantoso: el fascismo seguirá avanzando en el continente y llegará al poder en distintos países. Y lamentablemente, España tiene todas las papeletas para ser uno de esos países.

Coronavirus: detonador de crisis sistémica, semilla de cambio sistémico

Cuando algo se reconoce como una crisis, muchas medidas se vuelven posibles y deseables: la economía se puede regular, ciertos comportamientos sociales pueden limitarse

Lucía Muñoz Sueiro

18/04/2020

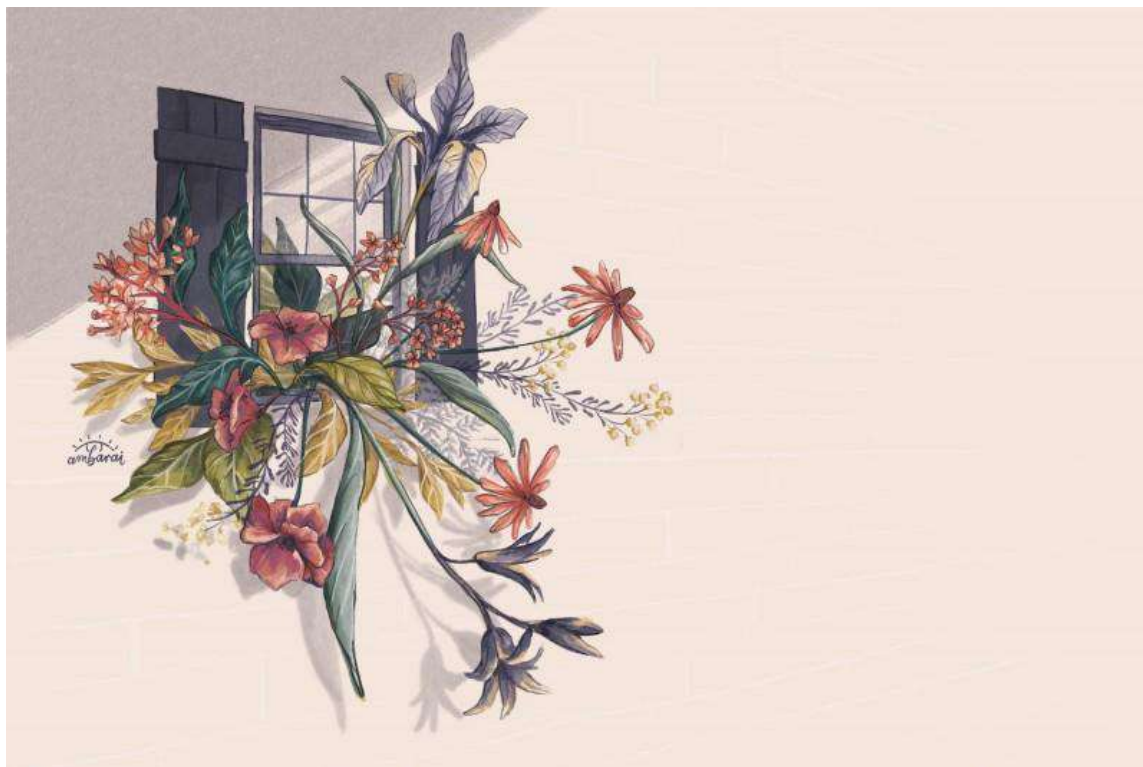


Ilustración de Verónica Sánchez

Contrariamente a lo que se suele suponer, el surgimiento y propagación del coronavirus no es un puro accidente o catástrofe natural. Lo que llamamos “catástrofe natural” es en realidad una “catástrofe” para los seres humanos no solo porque tenga un impacto en nuestros cuerpos, sino porque tiene graves efectos en nuestras economías y en nuestras sociedades. Como dice David Harvey, “las circunstancias en que una mutación se vuelve una amenaza letal para la vida dependen de las acciones humanas”. Así, en realidad la actual crisis de la covid-19 tiene mucho que ver tanto con las lógicas de la globalización como con las del capitalismo: la forma en que mercantilizamos los animales en las cadenas alimentarias industriales, la forma en que los seres humanos habitamos el planeta, concentrados en megaciudades y el flujo constante e imparable de personas que se mueven por todo el mundo han sido elementos esenciales para que el virus haya mutado y se haya propagado dando lugar a lo que llamamos “pandemia”.

Las consecuencias de la expansión de la covid-19, aparentemente enmarcadas como una crisis sanitaria, están poniendo al descubierto una pandemia mucho más grave, mucho más arraigada, mucho más peligrosa: la de una crisis sistémica que va mucho más allá de la esfera de la salud y que estaba ahí mucho antes de que escucháramos la palabra coronavirus. La covid-19 está teniendo el efecto de hacer aún más visibles, a nivel mundial, una crisis climática, una crisis del sistema alimenticio, una crisis de la ciencia, una crisis migratoria, una crisis de gobernanza y una crisis económica que están inextricablemente conectadas entre sí y que componen la crisis sistémica a la que se enfrenta la humanidad bajo el sistema capitalista.

Cambio climático y coronavirus

El medio ambiente es una de las pocas esferas en las que el coronavirus está teniendo un impacto temporal positivo. Como resultado del cierre de fábricas, la caída de la demanda de electricidad, la reducción de la actividad de las refinerías y la disminución del número de vuelos se respira hoy en muchos países un aire más limpio. Han caído los niveles de dióxido de nitrógeno, las emisiones de dióxido de carbono y la vida recupera terreno. Vemos en las redes vídeos de unos canales en Venecia absolutamente cristalinos, donde peces y cisnes campan a sus anchas, algo que no se había visto en los últimos 60 años.

Parece que solo una pandemia global es capaz de frenar el absurdo imperativo de crecimiento ilimitado. Por supuesto, es solo un alivio temporal. Como dijo el secretario general de la ONU, António Guterres, “no vamos a luchar contra el cambio climático con un virus”. En cuanto la epidemia termine, todo volverá a la normalidad y la máquina devastadora de nuestro sistema económico seguirá su curso habitual. Pero mientras tanto, el planeta se está tomando un descanso y los ciudadanos estamos siendo testigos de lo que es posible hacer cuando una “crisis” es reconocida como tal. La paradoja es que el cambio climático es también una amenaza para todos los seres humanos, mucho más dañina y destructiva a largo plazo que el coronavirus.

Sistemas alimentarios y coronavirus

La covid-19 está desvelando tres aspectos de la crisis del sistema alimentario global. En primer lugar, los peligros de las cadenas alimentarias industriales y la intensiva mercantilización de la vida animal. En segundo lugar, la precaria situación en la que viven los pequeños agricultores y pescadores y su dependencia de las fuerzas del mercado. Y, en tercer lugar, la injusta distribución de alimentos en el mundo y las dificultades que este sistema plantea para proteger a todas las personas de

la desnutrición. Estos tres puntos ilustran la vulnerabilidad y las deficiencias del sistema alimentario mundial y la necesidad de un cambio de sistema para lograr una soberanía alimentaria mundial.

La drástica disminución de la oferta de carne de cerdo, derivada de la epidemia que asoló las granjas porcinas chinas, habría provocado un aumento de la demanda de animales salvajes

En relación con el primer punto, diversos estudios han señalado desde hace años que los recientes brotes de virus tienen su origen en las explotaciones industriales de ganadería intensiva. En 2004, un estudio de la OMS, la Organización Mundial de Sanidad Animal (OIE por sus siglas en inglés) y la FAO, identificó el factor antropogénico (consecuencia de acciones humanas), incluyendo la intensificación de la producción industrial animal, como la principal causa de la aparición de nuevas patologías desconocidas transmitidas de los animales a los seres humanos. La industrialización y la urbanización desempeñan un papel fundamental. Sólo en 50 años se ha urbanizado e industrializado la ganadería que antes se distribuía en pequeñas explotaciones familiares, hacinando a los animales en macro-granjas intensivas y haciendo así más propenso el desarrollo de mutaciones víricas. Se ha señalado que el origen de la covid-19 podría provenir de los cerdos de las macro-granjas o del consumo de animales salvajes. Pero incluso si fuera la última opción, la producción industrial intensiva habría sido la causa del problema, puesto que la industria ganadera es responsable de la epidemia que asoló las granjas porcinas chinas el año pasado, y la drástica disminución de la oferta de carne de cerdo habría provocado un aumento de la demanda de animales salvajes.

En segundo lugar, la covid-19 revela la precaria situación de los pequeños agricultores y pescadores, especialmente en el Sur Global. Como afirma la FAO, la paradoja es que “los pequeños agricultores de las zonas rurales de los países en desarrollo corren un riesgo desproporcionado de inseguridad alimentaria”. En esta situación, las restricciones en los movimientos y las congregaciones afectarán a su capacidad de vender productos en los mercados locales. Además, sus productos frescos tienen ahora menos demanda que los alimentos enlatados, más fáciles de almacenar. Todo ello pone a los pequeños agricultores y pescadores en una situación muy vulnerable. La agricultura familiar es la responsable de la producción del 80% de los alimentos del mundo.

En tercer lugar, el coronavirus está teniendo consecuencias extremadamente graves en el acceso a los alimentos de las personas más vulnerables en muchas partes del mundo. Durante la pandemia, los trabajadores más precarios están perdiendo sus empleos y con ellos, los medios para comprar alimentos. Las cadenas de suministro se están viendo afectadas, por lo que quienes normalmente tienen un menor acceso a ellas

(zonas rurales, pequeños ingresos, limitaciones de movimiento, etc.) experimentan ahora un mayor riesgo de desnutrición y, a su vez, de sufrir la enfermedad más gravemente.

Ciencia y coronavirus

La ciencia está también atrapada en el sistema capitalista neoliberal, algo que se revela especialmente con el problema de las patentes. En este momento, los científicos de muchos países diferentes trabajan sin descanso para encontrar la vacuna contra la covid-19. Podríamos decir que es uno de los beneficios de vivir en el mundo moderno con su revolución tecnocientífica. Pero hay un problema: como ha explicado Dean Baker, están trabajando solos, cada uno por su cuenta, compitiendo en lugar de cooperar entre ellos. La lógica neoliberal que produce un ansia por desarrollar una vacuna patentable como propiedad intelectual por parte de las farmacéuticas, corporaciones y organismos científicos no está ayudando a la humanidad a detener la propagación del virus.

Por otro lado, Trump ha intentado comprar los derechos exclusivos de una vacuna desarrollada por una empresa alemana. El político alemán Karl Lauterbach tuiteó que “la venta exclusiva de una potencial vacuna a los Estados Unidos debe evitarse por todos los medios” y que “el capitalismo tiene límites”. La venta potencial significaría derechos exclusivos y, por lo tanto, el pueblo alemán no podría utilizarla, por lo que, en este caso, “el capitalismo tiene límites”. Pero cabe preguntarse: ¿qué pasaría si, por lo que fuera, los alemanes no necesitaran la vacuna?, ¿habría tenido límites el capitalismo en ese caso? Y en el caso de que Trump hubiera tenido éxito, ¿habrían sido excluidos de la vacuna los ciudadanos no estadounidenses, o los de los Estados que no pudieran comprarla, bajo la explicación de que así es como funcionan las sagradas fuerzas del mercado? Pero es que incluso, aunque la nacionalidad no fuera una limitación para el acceso a la vacuna, como sugiere la filósofa Judith Butler, “seguramente veremos a los ricos y a los que poseen seguros de cobertura de salud apresurarse para garantizarse el acceso a dicha vacuna cuando esté disponible, aun cuando esto implique que solo algunos tendrán acceso y otros queden condenados a una mayor precariedad”.

Todo ello apunta a una crisis del sistema científico y sanitario global que opera bajo las reglas del mercado y que lo trata todo –incluyendo las ideas, la investigación, los medios y la infraestructura cruciales para salvar vidas humanas– como mercancías, como objetos para ser vendidos y comprados, y, por lo tanto, no logran el propósito para el que se supone que existen: ayudarnos a vivir y prosperar.

Migración y coronavirus

La pandemia de covid-19 ha agravado aún más la crisis de los migrantes y refugiados en todo el mundo. El coronavirus está mostrando cómo, ante una catástrofe global, los más afectados son los mismos de siempre: las personas “sin Estado” y por lo tanto sin derecho a tener derechos, usando términos de Hannah Arendt. Ahora que los gobiernos están utilizando todos sus recursos para sus ciudadanos, los refugiados, que ya de por sí están en un segundo plano, quedan en el total abandono. En algunos países como Libia e Italia se han suspendido algunas actividades en los campos de refugiados, incluyendo programas de suministro de alimentos, dejándoles aún más indefensos. Además, la realidad de los campos de refugiados hace muy difícil aplicar las recomendaciones de “distanciamiento social”. Para los refugiados, la capacidad de cruzar las fronteras y buscar protección se ha vuelto aún más difícil y el acceso al reasentamiento también se ha paralizado.

En el éxodo, algunos ya han muerto. Otros están siendo tratados como escoria por el gobierno de Narendra Modi, siendo rociados con un desinfectante tóxico

En cuanto a los trabajadores migrantes, corren un mayor riesgo de perder sus empleos, de infectarse, de sufrir privaciones y ser discriminados. En Europa, los líderes populistas se han apresurado a culparles: en Italia, Salvini culpa a los migrantes africanos y en Hungría, Orbán ha dicho que los migrantes iraníes son los responsables. En la India se está produciendo un éxodo de migrantes que, tras el decreto de cuarentena, están regresando a sus hogares recorriendo miles de kilómetros caminando por carreteras en condiciones inhumanas. Los 139 millones de migrantes internos en la India son en su mayoría trabajadores pobres precarios, sin ahorros ni refugio en las grandes ciudades y cuya única opción es tratar de regresar a sus aldeas, a pesar de que los trenes y autobuses no están funcionando con normalidad. En el éxodo, algunos ya han muerto. Otros están siendo tratados como escoria por el gobierno de Narendra Modi, siendo rociados con un desinfectante tóxico utilizado para limpiar autobuses. La pandemia, como vemos, agrava una crisis de migrantes y refugiados que no debería ni existir.

Gobernanza y coronavirus

Este momento de crisis mundial representa un gran peligro para los sistemas de gobernanza. El filósofo marxista Antonio Gramsci escribió que “la crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo está muriendo pero lo nuevo no puede nacer; en este interregno aparece una gran variedad de síntomas mórbidos”. Se refería al fascismo. Corremos, por un lado, el riesgo de sufrir lo que Naomi Klein llama “doctrina del *shock*”,

estrategias políticas que utilizan las crisis para hacer políticas que “profundicen sistemáticamente las desigualdades, enriqueciendo a las élites y debilitando a los demás”.

Además, con la covid-19 reaparece un viejo debate: ¿se maneja mejor la pandemia con un sistema democrático o con uno autoritario? ¿Podría un sistema más autoritario ser el “síntoma mórbido” que aparece como consecuencia de esta crisis? Este debate se alimenta de que China ha sido capaz de gestionar y controlar el virus sin tener que detener toda la economía, como está ocurriendo en muchos países europeos. El *big data* y los mecanismos de vigilancia digital desempeñan un papel fundamental en este sentido; en palabras del filósofo surcoreano Byung-Chul Han, “se podría decir que en Asia las epidemias no las combaten solo los virólogos y epidemiólogos, sino sobre todo también los informáticos y los especialistas en macrodatos”. En algunos países europeos también se han desplegado frente a la pandemia las fuerzas policiales e incluso las militares, sistemas de control social masivo y tecnologías de vigilancia para controlar a los habitantes. Usando términos de Foucault, nos encontramos ante un aumento del uso de biopoder por parte de los Estados, lo que supone un mayor control de la población a través de técnicas disciplinarias y de administración de la vida y los cuerpos. El orden bélico empieza a impregnar el imaginario colectivo: nos vemos en guerra contra el coronavirus. El problema es que en una guerra parece como si casi todo estuviese justificado y corremos el peligro de un aumento de autoritarismo, violencia y vigilancia estatal.

Sistema económico y coronavirus

La crisis de la covid-19 revela, de múltiples formas, las deficiencias de nuestro sistema económico. Me limitaré a señalar las dos más obvias. En primer lugar, desvela y acrecienta la desigualdad intrínseca al capitalismo. Suele escucharse eso de que el virus afecta a todos de la misma manera, independientemente de su clase, raza, género, etc. Esto es completamente falso. En palabras de David Harvey, “el desarrollo de la covid-19 muestra todos los elementos de una pandemia marcada por la clase, el género y la raza”. Judith Butler lo expresa de manera similar: “El virus por sí solo no discrimina, pero los humanos seguramente lo hacemos, modelados como estamos por los poderes entrelazados del nacionalismo, el racismo, la xenofobia y el capitalismo”. Nuestro sistema económico refuerza estas desigualdades en lugar de mitigarlas. Una vez más, comprobamos que unas vidas valen más que otras.

En segundo lugar, deja en evidencia la fragilidad de la economía del crecimiento. La caída de la oferta y la demanda como consecuencia de las cuarentenas, el teletrabajo, el cierre de fábricas, la reducción de los viajes y todas las medidas que el virus está desencadenando están teniendo y

tendrán un gran impacto en la economía. Algunos expertos hablan ya de una grave depresión económica. En un informe titulado *Coronavirus: la economía mundial en peligro*, la OCDE asegura que “la economía mundial está en su mayor peligro desde la crisis financiera”. Nouriel Roubini, el economista que predijo la crisis de 2008, asegura que “el riesgo de una nueva Gran Depresión, peor que la original –una Mayor Depresión– crece día a día”. Como ya habían señalado varios economistas, todos los factores para una nueva crisis estaban presentes desde al menos 2017. El coronavirus no es más que el detonante de una crisis que de todas formas se avecinaba, ya que el capitalismo se caracteriza por ciclos económicos que, antes o después, conducen a crisis.

El coronavirus no es más que el detonante de una crisis que de todas formas se avecinaba, ya que el capitalismo se caracteriza por ciclos económicos

Algunos se han apresurado a relacionar la situación con la tesis del decrecimiento, cuando en realidad no es ni de lejos parecida al escenario soñado por los decrecentistas. En concreto, el conocido economista Branko Milanović ha publicado algunos tweets refiriéndose seguramente al artículo de *The New Yorker* que aparecía hace unas semanas sobre la posibilidad de tener prosperidad sin crecimiento, la tesis mantenida por los decrecentistas que empieza muy poco a poco a cobrar presencia pública en Estados Unidos:

“¿Es que tenemos creencias contradictorias? Hace solo un mes, ‘nosotros’ pedíamos el boicot de los viajes aéreos, el ‘decrecimiento’, destacando cómo ‘el crecimiento infinito es incompatible con un planeta finito’. Y hoy, las noticias están llenas de temor sobre la recesión mundial, sobre los aviones que vuelan vacíos, sobre el exceso de petróleo y sobre los ingresos de todos en peligro. ¿Mantenemos (o pretendemos mantener) el primer conjunto de creencias con la esperanza de que nunca se conviertan en realidad?”

“Si crees en el decrecimiento, este es tu momento”.

El coronavirus es, sin duda, un detonador de la crisis sistémica del capitalismo, pero las consecuencias que tenga en la economía no pueden identificarse con el objetivo del proyecto decrecentista. Los decrecentistas defienden que el crecimiento económico perpetuo no tiene sentido en términos ecológicos, puesto que vivimos en un planeta con recursos limitados y propone una dirección hacia la que avanzar para construir una sociedad que produzca y consuma menos, pero que mantenga e incluso incremente los niveles de bienestar y felicidad. Por lo tanto, aunque la disminución del PIB sea un resultado del decrecimiento, este no es su objetivo *per se*. El objetivo principal del decrecimiento es la transición hacia otro sistema socioeconómico en el que la disminución del PIB sea sostenible desde el punto de vista social y ambiental. El economista

ecológico Giorgos Kallis resume esta idea así: “El decrecimiento sostenible no equivale a un crecimiento negativo del PIB en una economía en crecimiento. Esto tiene su propio nombre: recesión, o si se prolonga, depresión. Estas provocan una cascada de efectos en términos de desempleo, inseguridad económica, falta de crédito y, finalmente, el colapso de la paz social. El decrecimiento sostenible es, en cambio, la hipótesis de que el inevitable –y deseable– decrecimiento económico puede convertirse en socialmente sostenible”. Muchas crisis han tenido un efecto positivo sobre el medioambiente debido al impacto en la economía. Pero el resultado de ello no puede llamarse estrictamente decrecimiento, ya que este supone un proyecto de transformación fruto de todo un plan socio-político consciente en lugar de fruto de una crisis.

Aún así, no podemos subestimar las posibilidades de cambio sistémico que toda crisis abre a pesar de los grandes trastornos sociales que supone. El filósofo, sociólogo y psicoanalista esloveno Slavoj Žižek ha sugerido que “quizá otro virus ideológico, mucho más beneficioso, se extenderá y con suerte nos infectará: el virus de pensar en una sociedad alternativa, una sociedad más allá del Estado nación, una sociedad que se actualice a sí misma en la forma de la solidaridad y la cooperación global”.

Para lo que este momento sí puede ayudarnos es para desbloquear nuestro imaginario colectivo y comenzar a construir una transición planificada hacia un sistema post-capitalista. En palabras de la antropóloga ecofeminista Yayo Herrero, debemos replantearnos la organización material de nuestra sociedad que actualmente está “en contra de la naturaleza de la que formamos parte y en contra de los vínculos y las relaciones que sostienen la vida”.

Con la propagación de la covid-19, estamos siendo testigos de cómo se adoptan algunas medidas que antes se calificaban como políticamente imposibles o se denunciaban como utópicas en un sentido peyorativo. Estamos viendo que cuando algo se reconoce como una crisis, muchas medidas se vuelven al instante posibles y deseables: la economía se puede regular, ciertos comportamientos sociales pueden limitarse, la sociedad puede cooperar, nuestras vidas pueden ralentizarse, el consumo material y el turismo depredador pueden reducirse.

A nivel personal y con un poco de resiliencia, si algo podemos sacar de la situación es el replanteamiento de qué es realmente necesario para llevar una vida plena y qué es, en realidad, innecesario. Volviendo al tweet de Milanovic, que habla del “temor acerca de la recesión mundial, los aviones que vuelan vacíos, el exceso de petróleo y los ingresos de todos en peligro”, a lo mejor es el momento de repensar, mientras estamos en cuarentena en nuestras casas observando cómo se para el mundo ante nosotros, si realmente necesitamos un crecimiento económico ilimitado, miles de aviones sobrevolando nuestros cielos a diario, industrias petroleras para las

que nunca es suficiente y que nos llevan directos a la extinción de la vida sobre el planeta. Este replanteamiento supone ya un gran primer paso para el proyecto decrecentista.

En definitiva, la pandemia del coronavirus tan solo ha hecho aún más visible la fragilidad, la insostenibilidad, la injusticia y la desigualdad inherentes al actual sistema económico mundial que sigue las reglas del capitalismo neoliberal. Pero también ha desatado emociones que, si las encaminamos adecuadamente, pueden conducirnos a reflexiones fructíferas que generen las condiciones necesarias para una transición sistémica, consciente y planificada hacia una sociedad decrecentista, en la que se produzca y se consuma menos, pero en la que disfrutemos de mayor bienestar, más tiempo de ocio, más cuidados, más introspección, más vínculos sociales. Ojalá, asomados a nuestras ventanas, plantemos las semillas de un cambio sistémico que nos haga, realmente, florecer como sociedades.

Jeremy Rifkin: “Estamos ante la amenaza de una extinción y la gente ni siquiera lo sabe”

Juan M. Zafra

El sociólogo Jeremy Rifkin (Denver, 1945), que se define como activista en favor de una transformación radical del sistema basado en el petróleo y en otros combustibles fósiles, lleva décadas reclamando un cambio de la sociedad industrial hacia modelos más sostenibles. Asesor de gobiernos y corporaciones de todo el mundo, ha escrito más de veinte libros dedicados a proponer fórmulas que garanticen nuestra pervivencia en el planeta, en equilibrio con el medio ambiente y también con nuestra propia especie.

-¿Cuál cree que será el impacto de la pandemia de la COVID-19 en el camino hacia la tercera revolución industrial?

-No podemos decir que esto nos haya cogido por sorpresa. Todo lo que nos está ocurriendo se deriva del cambio climático, del que han venido advirtiéndolo los investigadores y yo mismo desde hace tiempo. Hemos tenido otras pandemias en los últimos años y se han lanzado advertencias de que algo muy grave podría ocurrir. La actividad humana ha generado estas pandemias porque hemos alterado el ciclo del agua y el ecosistema que mantiene el equilibrio en el planeta. Los desastres naturales – pandemias, incendios, huracanes, inundaciones...– van a continuar porque

la temperatura en la Tierra sigue subiendo y porque hemos arruinado el suelo. Hay dos factores que no podemos dejar de considerar: el cambio climático provoca movimientos de población humana y de otras especies; el segundo es que la vida animal y la humana se acercan cada día más como consecuencia de la emergencia climática y, por ello, sus virus viajan juntos.

-Es esta una buena oportunidad para extraer lecciones y actuar en consecuencia, ¿no cree?

-Ya nada volverá a ser normal. Esta es una llamada de alarma en todo el planeta. Lo que toca ahora es construir las infraestructuras que nos permitan vivir de una manera distinta. Debemos asumir que estamos en una nueva era. Si no lo hacemos, habrá más pandemias y desastres naturales. Estamos ante la amenaza de una extinción.

-Usted trabaja, estará trabajando estos días, con gobiernos e instituciones de todo el mundo. No parece que impere el consenso respecto al futuro inmediato.

-Lo primero que debemos hacer es tener una relación distinta con el planeta. Cada comunidad debe responsabilizarse de cómo establecer esa relación en su ámbito más cercano. Y sí, tenemos que emprender la revolución hacia el *Green New Deal* global, un modelo digital de cero emisiones; tenemos que desarrollar nuevas actividades, crear nuevos empleos, para reducir el riesgo de nuevos desastres. La globalización se ha terminado, debemos pensar en términos de *glocalización*. Esta es la crisis de nuestra civilización, pero no podemos seguir pensando en la globalización como hasta ahora, se necesitan soluciones *glocales* para desarrollar las infraestructuras de energía, comunicaciones, transportes, logísticas...

-¿Cree que durante esta crisis, o incluso cuando se rebaje la tensión, los gobiernos y las empresas tomarán medidas en esa dirección?

-No. Corea del Sur está combatiendo la pandemia con tecnología. Otros países lo están haciendo. Pero no estamos cambiando nuestro modo de vida. Necesitamos una nueva visión, una visión distinta del futuro, y los líderes en los principales países no tienen esa visión. Son las nuevas generaciones las que pueden realmente actuar.

-Usted plantea un cambio radical en la forma de ser y de estar en el mundo. ¿Por dónde empezamos?

-Tenemos que empezar con la manera en la que organizamos nuestra economía, nuestra sociedad, nuestros gobiernos; por cambiar la forma de ser en este planeta. La nuestra es la civilización de los combustibles fósiles. Se ha cimentado durante los últimos 200 años en la explotación de la Tierra. El suelo se había mantenido intacto hasta que empezamos a excavar los cimientos de la tierra para transformarlo en gas, petróleo y carbón. Y pensábamos que la Tierra permanecería allí siempre, intacta. Hemos creado una civilización entera basada en el uso de los fósiles. Hemos utilizado tantos recursos que ahora estamos recurriendo al capital de la tierra en vez de obtener beneficios de ella. Estamos usando una tierra y media cuando solo tenemos una. Hemos perdido el 60% de la superficie del suelo del planeta; ha desaparecido y se tardará miles de años en recuperarlo.

-¿Qué les diría a quienes creen que es mejor vivir el momento, el aquí y el ahora, y esperan que en el futuro vengan otros para arreglarlo?

-Estamos realmente ante un cambio climático, pero también a tiempo de cambiarlo. El cambio climático provocado por el calentamiento global y las emisiones de CO₂ altera el ciclo del agua de la tierra. Somos el planeta del agua, nuestro ecosistema ha emergido y evolucionado a lo largo de millones de años gracias al agua. El ciclo del agua permite vivir y desarrollarse. Y aquí está el problema: por cada grado de temperatura que aumenta como consecuencia de las emisiones de gases de efecto invernadero, la atmósfera absorbe un siete por ciento más de precipitaciones del suelo y este calentamiento las fuerza a caer más rápido, más concentradas y provocando más catástrofes naturales relacionadas con el agua. Por ejemplo, grandes nevadas en invierno, inundaciones en primavera por todas las partes del mundo, sequías e incendios en toda la temporada de verano y huracanes y tifones en otoño barriendo nuestras costas.

-Las consecuencias se irán agravando con el tiempo.

-Nos enfrentamos a la sexta extinción y la gente ni siquiera lo sabe. Dicen los científicos que van a desaparecer la mitad de todos los hábitats y animales de la tierra en ocho décadas. Ese es el marco en el que estamos, nos encontramos cara a cara con una extinción en potencia de la naturaleza para la que no estamos preparados.

-¿Cuán grave es esa emergencia global? ¿Cuánto tiempo nos queda?

-No lo sé. He sido parte de este movimiento en favor del cambio desde los años 70 y creo que se nos ha pasado el tiempo que necesitábamos. Nunca

volveremos dónde estábamos, a la buena temperatura, a un clima adecuado... El cambio climático va a estar con nosotros por miles y miles de años; la pregunta es: ¿podemos nosotros, como especie, ser resilientes y adaptarnos a ambientes totalmente distintos y que nuestros compañeros en la tierra puedan tener también la oportunidad de adaptarse?

Si me pregunta cuánto tiempo nos llevará cambiar a una economía no contaminante, nuestros científicos en la cumbre europea del cambio climático en 2018 dijeron que nos quedaban 12 años; ya es menos lo que nos queda para transformar completamente la civilización y empezar este cambio. La Segunda Revolución Industrial, que provocó el cambio climático, está muriendo. Y es gracias al bajo coste de la energía solar, que es más rentable que el carbón, el petróleo, el gas y la energía nuclear. Nos estamos moviendo hacia una Tercera Revolución Industrial.

-¿Es posible un cambio de tendencia global sin EE UU de nuestro lado?

-La Unión Europea y China se han unido para trabajar conjuntamente y Estados Unidos está avanzando porque los estados desarrollan las infraestructuras necesarias para lograrlo. No olviden que somos una república federal. El gobierno federal solo crea los códigos, las regulaciones, los estándares, los incentivos; en Europa sucede lo mismo: sus estados miembros han creado las infraestructuras. Lo que ocurre en Estados Unidos es que prestamos mucha atención al señor Trump pero, de los 50 estados, 29 han desarrollado planes para el desarrollo de energías renovables y están integrando la energía solar. El año pasado en la conferencia europea por la emergencia climática, las ciudades estadounidenses declararon una emergencia climática y ahora están lanzando su *Green New Deal*. Están sucediendo bastantes cambios en Estados Unidos. Si tuviéramos una Casa Blanca diferente sería genial pero, aún así, esta Tercera Revolución Industrial está emergiendo en la UE y en China y ha comenzado en California, en el estado de Nueva York y en parte de Texas.

-¿Cuáles son los componentes básicos de esos cambios tan relevantes en diferentes regiones del mundo?

-La nueva Revolución Industrial trae consigo nuevos medios de comunicación, energía, medios de transporte y logística. La revolución comunicativa es Internet, como lo fueron la imprenta y el telégrafo en la Primera Revolución Industrial en el siglo XIX en Reino Unido o el teléfono, la radio y la televisión en la segunda revolución en el siglo XX en Estados Unidos. Hoy tenemos más de 4 000 millones de personas conectadas y pronto tendremos a todos los seres humanos comunicados a través de

Internet; todo el mundo ahora está conectado. En un periodo como el que vivimos, las tecnologías nos permiten integrar a un gran número de personas en un nuevo marco de relaciones económicas. El Internet del conocimiento se combina con el Internet de la energía y con el Internet de la movilidad. Estos tres Internet crean la infraestructura de la Tercera Revolución Industrial. Estos tres Internet convergerán y se desarrollarán sobre una infraestructura de Internet de las cosas que reconfigurará la forma en que se gestiona toda la actividad en el siglo XXI.

-¿Qué papel van a jugar los nuevos agentes económicos en la formación de ese nuevo modelo económico y social?

-Estamos creando una nueva era llamada *glocalización*. La tecnología cero emisiones de esta tercera revolución será tan barata que nos permitirá crear nuestras propias cooperativas y nuestros propios negocios tanto física como virtualmente. Las grandes compañías desaparecerán. Algunas de ellas continuarán pero tendrán que trabajar con pequeñas y medianas empresas con las que estarán conectadas por todo el mundo. Estas grandes empresas serán proveedoras de las redes y trabajarán juntas en lugar de competir entre ellas. En la primera y en la segunda revolución, las infraestructuras se hicieron para ser centralizadas, privadas. Sin embargo, la tercera revolución tiene infraestructuras inteligentes para unir el mundo de una manera *glocal*, distribuida, con redes abiertas.

-¿De qué forma afecta la superpoblación a la sostenibilidad del planeta en el modelo industrial?

-Somos 7 000 millones de personas y llegaremos muy pronto a 9 000 millones. Esa progresión, sin embargo, se va a terminar. Las razones para ello tienen que ver con el papel de las mujeres y su relación con la energía. En la antigüedad las mujeres eran esclavas, eran las proveedoras de energía, tenían que mantener el agua y el fuego. La llegada de la electricidad está íntimamente relacionada con los movimientos sufragistas en América; liberó a las mujeres jóvenes, que iban a la escuela y podían continuar su formación hasta la universidad. Cuando las mujeres se volvieron más autónomas, libres, más independientes, hubo menos nacimientos.

-No parece usted optimista y, sin embargo, sus libros son una guía para un futuro sostenible. ¿Tenemos o no un futuro mejor a la vista?

-Todas mis esperanzas están depositadas en la generación milenial. Los mileniales han salido de sus clases para expresar su inquietud. Millones y millones de ellos reclaman la declaración de una emergencia climática y piden un *Green New Deal*. Lo interesante es que esta no es como ninguna

otra protesta en la historia, y ha habido muchas, pero esta es diferente: mueve esperanza, es la primera revuelta planetaria del ser humano en toda la historia en la que dos generaciones se han visto como especies, especies en peligro. Proponen eliminar todos los límites y fronteras, los prejuicios, todo aquello que nos separa; empiezan a verse como una especie en peligro e intentan preservar a las demás criaturas del planeta. Esta es probablemente la transformación más trascendente de la conciencia humana en la historia.

Instrucciones para ser hongo

En 2019, la Tierra llegó a su Nivel de Sobrecapacidad el 29 de julio. En 2020, el planeta, desde su fascinante indiferencia, ha activado un mecanismo para restablecer un cierto orden

Gabi Martínez

24/04/2020



1971 es un año memorable por motivos bien distintos. Uno es estupendo: nació. El otro es fatal: es **el primer año de la Historia en el que el Nivel de Sobrecapacidad de la Tierra se alcanzó antes del 31 de diciembre**. Este indicador fija la fecha en la que los humanos han consumido todos los recursos naturales que la Tierra es capaz de regenerar en un año. En 1970, la humanidad alcanzó su nivel de sobrecapacidad el día 31 de diciembre. Fue el último en el que el balance Tierra-humanos resultó equilibrado y,

cuando el otro día se celebró el 50 aniversario del Día de la Tierra, pensé que este dato tendría algo que ver con la fecha. Pero no. Aunque quizá sea el mejor motivo de todos, porque 1970 marca el último año en el que vivimos (más o menos) compensados. 1971 inaugura el tiempo del desequilibrio evidente, científicamente inexorable, porque la Tierra entró en déficit el 21 de diciembre. Es decir, durante diez días estuvimos arrancando excedentes que la Tierra no iba a ser capaz de reponer.

A este dato accedí leyendo un libro al que llegué a través de otro al que me había conducido un tercero. Y así. Vincular esa fecha tremenda a algo tan personal fue posible gracias a las invisibles rutas que a lo largo de una vida han ido trazando la cultura adquirida y la naturaleza existente. De cómo se fusionan ambas es de lo que va este texto.

Como el optimismo es una opción, y pese al ninguneo sistemático que en España (y muchos otros países del mundo) experimenta tanta gente dedicada a la naturaleza y la cultura, podemos pensar que esta pandemia brinda una oportunidad para que los ninguneados habituales incidan de otro modo en la sociedad. Se está abriendo una ventana de ansia regeneradora que a saber cuánto dura pero, sea como sea, podría amortizarse para plasmar los beneficios que puede proporcionar una alianza cultura-naturaleza bien gestionada. Por eso, a continuación se sugieren algunas instrucciones básicas para lograr un primer impacto que luego, con un poco de suerte, quizás anime a que se reproduzcan alianzas por el estilo.

Con buenas palabras no bastará

El mundo va a querer, ya quiere, soluciones. Concreciones. Pero como casi todo cambio humano empieza por variar la percepción, de partida hablaremos de palabras. Y de términos o frases hechas que no hay que acatar porque sí. Por ejemplo: "Estamos en la Sexta Extinción". Error. Estamos en otra cosa. Porque, al incluir el presente destrozo en ese grupo, se confiere a la palabra Extinción una falsa normalidad, describiéndola como si se tratara de una rutina planetaria, cuando lo cierto es que la aniquilación actual no tiene precedentes: por la inusitada velocidad, porque la lleva a cabo una especie determinada y, la diferencia más dolorosa, porque es consciente. Sabemos lo que estamos haciendo. Así que estamos ante la alevosa destrucción de un espacio común habitado por otros seres vivos, y esa peculiaridad es un agravante que obliga a cambiar el término Extinción por otro menos amable. Uno podría ser masacre.

Algunas voces proponen que los incendios provocados del Amazonas sean declarados crimen contra la humanidad. **En Nueva Zelanda ya lo entienden así tras haber concedido estatus de persona a un Parque Nacional, a un río y sus afluentes, de modo que quien agrede a esos**

espacios será juzgado como si atacara a alguien. Modificar la terminología va a resultar urgente, teniendo en cuenta que nuestra presuntuosa especie se autodenomina *sapiens*, como si el resto de especies fueran tontas. Así nos va.

Ejercita la mirada periférica

Aparca las pantallas y haz excursiones, exponte a territorios ajenos que obliguen a desarrollar los sentidos. Los expertos aseguran que poseemos catorce sentidos, nada de esos trillados cinco. Catorce. Parece que la intuición es el resultado de conjugarlos todos a la vez. Puedes ejercitar este tipo de mirada acercándote a exteriores asilvestrados, pero también la pulirás con el conocimiento que hayas acumulado a base de lecturas, música, de cualquier arte que te haya hecho pensar que hay un mundo interesante ahí fuera. La Teoría de las Inteligencias Múltiples explica cómo ordenamos la información de esos sentidos y la utilizamos para sobrevivir. Hasta hace poco decían que teníamos siete inteligencias pero alguien se dio cuenta de que faltaba una y en 1995 se añadió la Naturalista. Sintomático que no hubieran pensado en ella. Da igual, ya está ahí.

Sé hongo

De manera que, si aprendemos a exprimir el potencial latente de catorce sentidos y ocho inteligencias confiando en el valor de la acción colectiva, se pueden registrar logros como el protagonizado por los coreanos del sur, que frenaron al coronavirus sin prácticamente muertes. ¿Por qué reaccionaron tan bien? Tampoco es que los coreanos sean iconos de lo ejemplar pero han demostrado que saben organizarse cuando les va la vida en ello, y un porqué de su eficiencia ecológica podría responderse a través de la cultura: en un momento de su historia reciente, Corea del Sur decidió convertir la industria cultural en uno de sus motores clave. Desde entonces, no solo se ha convertido en la gran suministradora de contenidos audiovisuales para Asia y más allá sino que, durante la pandemia, uno de los filósofos más citados ha sido Byung-Chul Han, surcoreano residente en Alemania (exiliado debido al horror que le causaba el ultracapitalismo de su país, pero un pensador de primera); hace cuatro años, Han Kang ganó el premio Booker de literatura por su obra, atención al título, *La vegetariana*; y dos productos ultracríticos con el clasismo de aquella sociedad -el temazo *Gangnam Style* y la película *Parásitos*- han arrasado mundialmente. Corea del Sur está habitado por unos 51 millones de personas. El país, uno de los primeros en sufrir el virus, cuenta 240 fallecidos mientras escribo estas líneas. ¿Por qué tan pocos? Desde luego que se puede responder de muchas formas pero el estrecho lazo que une a los surcoreanos con la naturaleza, haciendo de las salidas al aire libre un hábito casi sagrado y de

la dieta de posguerra (ejemplificada en el kimchi, ese fermento de col destinado a durar meses) un principio nacional, sumado a la fresca memoria de un siglo de penurias y guerras y -¡atención!- a la citada megaapuesta por la cultura, hace pensar que esta gente conserva y sabe aplicar ciertas enseñanzas de ahorro y respeto mutuo decisivas a la hora de sobrevivir en grupo.

Habrà quien achaque este concreto éxito coreano al sistema paternalista y a la sumisa obediencia de la población. Podría ser. Pero como se publican todo tipo de teorías sobre por qué el coronavirus impacta más en unos lugares que otros, ahí va esta invitación a pensar que la inyección de tecnología, educación y cultura que las últimas dos décadas ha removido los cimientos espirituales del país, ha contribuido decisivamente a que los surcoreanos se defiendan, se protejan desplegando el mutualismo que caracteriza a los árboles, las plantas o los hongos, especialistas en sostenerse unos a otros cubriendo los déficits de este con los excedentes de aquel. Sería una demostración de que la alianza entre naturaleza vivida y cultura interiorizada es una vía para que sobreviva esta especie nuestra, la única no realista, la única que actúa como si viviera en un planeta de recursos infinitos.

En 2019, la Tierra llegó a su Nivel de Sobrecapacidad el 29 de julio. En 2020, el planeta, desde su fascinante indiferencia, ha activado un mecanismo para restablecer un cierto orden y nos ha parado los pies. El año que viene cumpliré medio siglo. Hoy quiero tener un sueño, porque para eso también somos conscientes, para soñar con ojos abiertos, y por eso quiero soñar que este virus ha hecho germinar grupos que se están juntando para diseñar espacios y relaciones que amortiguen el daño al entorno. Y que el virus se va diluyendo, o aparece pronto la vacuna, mientras la gente afina sus cuidados, y las semanas pasan y los meses también y entonces, el 31 de diciembre de 2020 aún no hemos superado el Nivel de Sobrecapacidad. Y entro en el año que cumpliré medio siglo con una sonrisa que no te quiero contar.

El Terror de Estos Días

Alejandro Martín Rojas Medina

abril 19, 2020

“No hay en el mundo fortuna mayor, creo, que la incapacidad de la mente humana para relacionar entre sí todo lo que hay en ella. Vivimos en una isla de plácida ignorancia, rodeados por los negros mares de lo infinito, y no es

nuestro destino emprender largos viajes. Las ciencias, que siguen sus caminos propios, no han causado mucho daño hasta ahora; pero algún día la unión de esos disociados conocimientos nos abrirá a la realidad, y a la endeble posición que en ella ocupamos, perspectivas tan terribles que enloqueceremos ante la revelación, o huiremos de esa funesta luz, refugiándonos en la seguridad y la paz de una nueva edad de las tinieblas.”

(Lovecraft, La llamada de Cthulhu, 1928)

Ciencia, Racionalidad y Humanismo

La incertidumbre de que nuestra mera existencia sea inverosímil siempre ha sido nuestro terror primario desde los inicios de la humanidad. Desde las edades más tempranas siempre se ha intentado buscar una explicación “lógica” a todos los misterios de nuestra propia existencia y del mundo que nos rodea. La existencia misma busca justificar su aquí y ahora encontrando un punto de inicio del cual deducir el sentido de ser.

La edad moderna, anclada sobre la ciencia, excomulgó todas las explicaciones mitológicas sobre el mundo, al remplazarlos por conocimientos científicos. Pero quizás algunos no hayan reparado en que la ciencia ya es de por sí un metadiscurso más; un discurso que presenta el mundo como absolutamente cognoscible, y de ahí previsible al pretender hallar en las causas de los fenómenos un sentido intrínseco a la misma. De las teorías devinieron los nuevos dioses y las obras de divulgación científica las nuevas leyendas. La ciencia permite introducir todo lo que sea explicable por sus leyes físicas, pero lo demás no le toca otro remedio que refugiarse en lo divino y en lo mágico.

Desde la antigüedad, la humanidad no ha dejado de despreciar y temer lo inexplicable; no está dispuesto a someterse a lo ignoto. Su arrogancia es mayor que antaño, pues se siente demiurgo y dueño del universo cognoscible y conquistador de lo por descubrir. A tal punto se ha llegado que lo numinoso, lo a todas luces caótico y misterioso del mundo, es forzado para confort de los adoradores del antropocentrismo a mostrar una explicación siempre dependiente de la humanidad.

Así todo tiene una explicación racional. Los errores, los imprevistos, los fenómenos naturales, las catástrofes, las crisis económicas, lo injustificable, todo se le busca y/o se le inventa una cadena de causación. Aparecen las conspiraciones, las mentes maestras, los planes secretos, las elites misteriosas, las sectas, los *aliens*. Incluso el más reciente de nuestros azotes, *–last but not least*, lo acompañan las más “elocuentes” teorías.

Covid-19 y sus Momentos

La pandemia del SARS Covid-19 ya ha cobrado decenas de miles de vidas y todavía las cifras siguen creciendo por días. El mundo occidental comienza

a pedir cuentas y a buscar culpables. Y cual si la urgencia hubiera pasado pululan las teorías sobre conspiraciones sobre la epidemia.

Así está la teoría de que es un arma biológica creada por China para apoderarse de los mercados del mundo; otra que se trata de un arma mortífera creada en laboratorios norteamericanos para destruir sus competidores asiáticos, y que obviamente se salió de control; algunas más “vanguardistas” hablan de que se trata de la activación de un mecanismo inmunológico del planeta ante tanta contaminación y maltrato. El último lugar lo ocupa la explicación menos original: una persona contrajo el virus de un murciélago destinado para su –exótica y desagradable– alimentación en Wuhan; quizás la cuota del propio azar la hace menos atractiva o tal vez la más terrorífica de todas.

Si seguimos la evolución de los comentarios en redes sociales a lo largo de la expansión mundial del Coronavirus veremos tres epicentros. El primero desde enero se refería a Wuhan, como si se estuviese dando lugar un Chernóbil chino, todo con un tono bromista.

El segundo momento, aparece a finales de febrero; acá toda la atención empezó a enfocarse en el distanciamiento social, el llamado a la cuarentena y a los efectos positivos en el medio ambiente por la inactividad del hombre. A este optimismo le siguió la idea de que “la humanidad era el verdadero virus”; consustancial con esto se asociaban los efectos económicos, sociales y políticos suscitados por el coronavirus con el comunismo y el capitalismo –asunto cual fue explotado por no pocos intelectuales.

La tercera, con un profundo enfoque pesimista y mucho más perturbadora, comenzó a darse a mediados de marzo. Con esta aparece la idea de la desaparición de la humanidad, el fin de la civilización y la muerte aderezada con un bizarro sentido salvífico, liberador. Los memes, imágenes y artículos de ascendencia e inspiración *Lovecraftiana* inundaron por completo las redes sociales.

El centro del estado de opinión sobre el Coronavirus fue deviniendo en un camino cada vez más oscuro a medida que la crisis se salía de control y la reclusión más insoportable. Juntamente con el surgimiento de teorías conspirativas y los miedos ilógicos a la 5G, apareció su contraparte en las ideas de salvación encarnadas en el imaginario de HP Lovecraft. Ha sido una suerte de catarsis donde las personas se libraban de la idea de ser capaces de controlar los designios del mundo. Buscaron refugio en el infinito imaginario del horror cósmico.

El Virus y el Racionalismo

El escritor H. P. Lovecraft creía en un universo carente de significado, mecánico y desinteresado de la humanidad la cual con sus innatamente

limitadas facultades nunca podrían comprender en su totalidad. Las leyes morales, científicas y religiosas de los humanos y su tecnología son aplastadas todas sin mero esfuerzo por el infinito del cosmos.

Su punto de vista no encontraba una contradicción sustancial entre las creencias religiosas y científicas. Intuía en el discurso científico los mismos mecanismos del discurso mitológico y religioso de antaño. Contemplaba con recelo la capacidad de la ciencia de abarcar totalmente sus objetos de estudio. Desconfiaba de sus posibles resultados negativos; una desconfianza que se confirmó luego del conflicto bélico de la Segunda Guerra Mundial.

Lo incomprensible. Lo inconmensurable. Las fuerzas cósmicas de sus relatos tienen tan poco interés en la humanidad como los humanos interés en las cucarachas. La verdadera pregunta sería ¿la especie humana tiene alguna relevancia en su propia galaxia que le justifique los egoísmos que la motiva?

Un elemento microscópico infinitamente básico, un virus, a pesar del inmenso y triunfal desarrollo científico ha bastado para poner en crisis la civilización humana. Uno de los productos más simples de la naturaleza ha hecho que hinquemos la rodilla. Pero lo más atemorizante es el nivel de casualidad, del jugueteón azar que ha impregnado este acontecimiento. Por más que los políticos, los intelectuales y los teóricos de la conspiración busquen explicaciones, análisis, y propuestas, por más que las teorías pretendan dominar los fenómenos solo por describirlos o “explicarlos” el mundo se cierne indomable.

“El universo no fue hecho a la medida del hombre, no le es hostil, le es indiferente” (Carl Sagan)

Las cucarachas no pueden hacer nada contra los insecticidas y las pisadas que les trituran sus cuerpos; de la misma forma la egocéntrica humanidad, que ha abusado de la tierra -su único hogar o roca insignificante estelar- no ha podido lidiar con que un ser microscópico haya hecho tambalear su civilización. No somos personajes ni protagonistas de esta novela de ciencia ficción sin autor. Al final el hombre moderno sigue siendo incapaz de soportar la realidad del cosmos. En estos días de miedo el planeta está recibiendo el respiro o descanso que se merece obligándonos a replantearnos seriamente quién es, en sí, la verdadera plaga.

“(...) habría sido por cualquiera otra cosa. La moda está en culpar a la «tecnología»; pero ésta es el tronco del árbol, no las raíces. Las raíces son el racionalismo, y yo definiría así esa palabra: racionalismo es la idea de que siempre podemos comprenderlo todo respecto a la condición de ser. Es una trampa mortal. Siempre lo ha sido. De manera que, si os place, podéis culpar de la supergripe al racionalismo.” (Stephen King, 1978)

- Howard Phillips Lovecraft La llamada de Cthulhu, 1928
- Cita de Carl Sagan <http://hugopacilio.blogspot.com> Tercer Planeta
- (Stephen King, The Stand La Danza de la muerte. Capitán Trotamundos, 1978)

PASAJES HACIA LA INCERTIDUMBRE (I).

“Virus reaccionario NRx”

Contamos con diversos indicadores que permiten sostener razonablemente que “el mundo de ayer” no es que haya pasado a la historia, ni mucho menos, pero se ha abierto un horizonte de contornos imprecisos para cuya exploración son necesarios análisis que desbordan una área de conocimiento. Esta nueva serie acude a la historia política, de la economía o del pensamiento para explorar ese territorio, conscientes de que nadie tiene la bola de cristal, pero preocupados por la pesadilla autoritaria. Sí nos acordamos –parafraseando a W. Benjamin– de que ya no sirven los autómatas que juegan al ajedrez y ganan siempre gracias al pequeño jorobado, de la razón o de la teología, incorporado en el muñeco. Conversación sobre la Historia

José María Lassalle

El objetivo es propiciar la emergencia de un caos que justifique la instauración práctica de una dictadura. Un patógeno autoritario resignifica la dictadura y favorece con argumentos simplistas su adhesión a ella

Una pesadilla autoritaria que ya resopla en la línea del horizonte que vendrá después de la pandemia

La civilización democrática afronta un momento crítico de colapso. Lo hace debilitada por los golpes que el siglo XXI le ha infligido desde sus comienzos. El 11-S nos arrebató la seguridad. La crisis del 2008 nos privó de la prosperidad y ahora la pandemia de la Covid-19 nos desprovee de la salud. El riesgo de colapso es real. Ahora afrontamos la acción combinada de dos agentes patógenos que comparten el mismo componente básico: el miedo. Uno actúa sobre nuestra salud y el otro sobre nuestra psicología. Ambos despliegan una combinación fatal que sitúa a las democracias liberales ante el mayor desafío que padecen desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

El coronavirus provoca la muerte de mucha gente, y el virus neorreaccionario o NRx, en sus siglas en inglés, desestabiliza a los gobiernos democráticos. La Covid-19 ha causado una emergencia sanitaria devastadora y, asociada a ella, una crisis económica que dejará pequeña a la Gran Depresión. El virus NRx busca el caos para minar la confianza en las

virtudes de la democracia y propiciar dictaduras constitucionalizadas. La pandemia nació de una zoonosis en China, y el NRx es producto de los laboratorios ideológicos de la *alt-right* anglosajona. Lo apoyó Steve Bannon en el camino a la presidencia de Trump, aunque otra cepa poderosa del virus es rusa y fue diseñada por Vladislav Surkov, el Rasputin de Putin. El -coronavirus fue difundido por el tráfico aéreo de la globalización, y el virus neorreaccionario lo diseminan el ciberpopulismo y ese miedo que, según Martha Nussbaum, quiere jerarquizar la sociedad occidental. Sobre todo cuando son cada vez más los que piden las urnas para votar un César.

No hace falta explicar qué es el coronavirus. Compromete nuestra vida física, amenaza la viabilidad del sistema sanitario y nos aboca a un empobrecimiento colectivo desolador. El virus NRx es más complejo y requiere un análisis detallado. Opera silenciosamente a través de las redes y sus herramientas tecnológicas. Lo propaga el ciberpopulismo a partir de -infraestructuras digitales de troleo que difunden masivamente la mentira y la desinformación. El objetivo es alterar el orden democrático para propiciar la emergencia de un caos que justifique la instauración práctica de una dictadura. Algo que, según Michiko Kakutani, encarnaría a la perfección el mismísimo Trump. Lo explica en *La muerte de la verdad* cuando dice que sus tuits y sus provocaciones displicentes contienen la esencia del troleo neorreaccionario: “Mentiras, burlas, invectivas, verborrea insultante e incongruencias rabiosas que son las de un adolescente airado, ofendido y solitario que sólo mira su ombligo, vive en una burbuja que se ha construido él y consigue llamar la atención –algo que persigue denodadamente– apaleando a sus enemigos y lanzando nubes de insultos y consternación por donde pasa”.

Los neorreaccionarios quieren destruir la democracia liberal. Lo hacen atacando sus fundamentos morales. Golpean la racionalidad, la verdad, la libertad y la cooperación entre iguales al considerarlos decadentes y obsoletos frente a un mundo que requiere la épica homérica y la filosofía contenida en ese manual de combate posmoderno que es el Bronze age mindset . Las tesis NRx se nutren de una cohorte de intelectuales que integran la llamada Ilustración oscura. La forman pensadores como Steve Sailer, Hans-Hermann Hoppe, Nick Land, Mencius Moldbug o Michael Anon, entre otros. Están conectados a ella gurús digitales como Peter Thiel y proyectos utópicos y posthumanistas como el Seasteading Institute de Patri Friedman. Citan a Hobbes, Rand, Nietzsche, Evola o Carlyle. Dominan los resortes de la comunicación digital y fabrican los arsenales ideológicos que el neofascismo occidental emplea en su guerra cultural contra la modernidad.



De los NRx proviene el desprecio al consenso liberal-socialdemócrata, la corrección política, el feminismo, la dinámica castrante de los pactos, la idea de Europa, la homosexualidad, la inmigración, el multiculturalismo, el cosmopolitismo o el islam. Han desarrollado un virus autoritario que despliega una sintomatología ideológica que radicaliza la mentalidad social. Lo hace a partir de una eficaz combinación de miedo e ira. Emplean bulos, desinformación y narrativas futuristas y medievalizantes que hablan de conspiraciones globales. Quieren vencerlas convenciéndonos de que renunciemos al pluralismo, la cooperación, la libertad y la responsabilidad individual para adoptar a cambio más centralización, orden, seguridad, fronteras y vigilancia.

Hablamos de un patógeno autoritario que resignifica la dictadura y favorece con argumentos simplistas su adhesión a ella. Sobre todo cuando la narrativa neorreaccionaria perfora la credibilidad de los gobiernos democráticos difundiendo la idea de que son ineficientes sistémicamente a la hora de gestionar la excepcionalidad normalizada del siglo XXI. Algo, por cierto, que no es nuevo. Lo denunció la OTAN en el 2018. Entonces activó los protocolos de ciberseguridad que protegían a los gobiernos democráticos frente a las campañas masivas de desinformación provenientes de Rusia. El problema es que ahora el virus NRx trabaja a partir del vector populista que opera desde hace años sobre el imaginario político de todo Occidente y que, en medio de la difícil gestión democrática de la pandemia, adquiere una tracción adicional que acelera su velocidad de progreso e intensifica sus efectos. De ahí que aumente el número de los que reclaman una gestión autoritaria y centralizada del poder. Una gestión verticalizada y cesarista para vencer a la Covid-19 y reconstruir nuestras sociedades el día después de la pandemia.

Nos enfrentamos, por tanto, al riesgo de un colapso democrático. Sus impulsores virales lo buscan a diario apoyándose en los sentimientos colectivos desatados por el miedo. Es más, no ocultan el deseo de constitucionalizar una dictadura que se inspire en una forma desnuda y simplificada de poder que se asemeje a una especie de principado empresarial. Un modelo jerárquico centralizado que sustituya el liderazgo democrático por los patrones de mando del consejero delegado de una gran empresa. Una dictadura basada en herramientas de vigilancia y control digitales que sólo rinda cuentas del saldo que ofrece una variable: la seguridad. En fin, una pesadilla autoritaria y leviatánica que ya resopla en la línea del horizonte que vendrá después de la pandemia. Lo hace sobre la superficie distópica de una sociedad que empieza a demandar frente al miedo mano dura y decisión. Un producto del miedo y para el miedo.

¿Estamos viviendo realmente una distopía?

El autor de la tesis doctoral 'Transformaciones de la utopía y la distopía en la postmodernidad' (Universitat de València 1999-2019) y del libro 'Soñar de otro modo. Cómo perdimos la utopía y de qué forma recuperarla' (La Caja Books, 2019) desgrana qué obra de la literatura y el audiovisual de ficción se ajusta a la situación que vive la sociedad actual con el confinamiento por la Covid-19

Francisco Martorell Campos

25/04/2020



'La máquina se para' (Forster, 1909), retrato de una civilización subterránea que atrinchera a sus miembros en "celdas" exclusivas.

De entre los clichés suscitados por la Covid-19, destaca la afirmación de que estamos viviendo una distopía. Lo curioso es que los comentaristas que la divulgan intentan ilustrarla citando obras que no son distopías, o distopías que carecen de parentescos significativos con el presente. Ante tamañas vaguedades, no vendría mal recordar, por de pronto, que la noción de "distopía" designa al género literario y cinematográfico caracterizado por criticar el *modus operandi* de civilizaciones venideras peores que, y derivadas de, la existente. Es por eso que la tradición distópica difiere de las otras dos escuelas fatalistas de la ciencia ficción con

las que se la suele confundir: la apocalíptica y la postapocalíptica. Aunque a veces concurren junto a la distopía, ninguna de ellas trata, por sí sola, de civilizaciones hipotéticas en pleno funcionamiento. La corriente apocalíptica versa sobre cataclismos ecológicos, virus letales, ataques extraterrestres, invasiones zombis, contiendas nucleares, asteroides descomunales y rebeliones robóticas que destruyen o merman nuestra civilización. La postapocalíptica sobre la brutal guerra por la supervivencia desplegada tras la caída, cercana o remota, de la misma.

A la luz de las demarcaciones indicadas, resulta bastante obvio que la crisis reinante evoca, sobre todo, a la captada por *Contagio* (Soderbergh, 2011), *Virus* (Sung-su, 2013) y el resto de películas apocalípticas de vocación realista cuyas pandemias no tienen por desenlace el fin del mundo. Entonces, ¿cuáles de las vivencias vinculadas al Covid-19 pueden tildarse con rigor de distópicas? A mi juicio, las referidas al confinamiento. Gran cantidad de distopías giran, de hecho, alrededor de poblaciones confinadas, por lo general dentro de ciudades amuralladas o espacios cerrados. Desde *Nosotros* (Zamiatin, 1924) a *La fuga de Logan* (Anderson, 1976), pasando por *Un mundo feliz* (Huxley, 1932), *THX 1138* (Lucas, 1971), *El mundo interior* (Silverberg, 1971), *Más que humano* (Bass, 1971), *Globalia* (Rufin, 2004), *Aeon Flux* (Kusama, 2005), *Delirium* (Oliver, 2001) o *Snowpiercer* (Joon-ho, 2013) este motivo se repite con insistencia. Pero el encierro que padecemos es distinto. Tiene por sede a los propios domicilios y acarrea el distanciamiento mutuo, detalles que lo hermanan, veremos que solo hasta cierto punto, con el confinamiento alternativo presentado por las “distopías del yo confinado”, ambientadas en futuros donde los ciudadanos viven al estilo “hikikomori”, es decir, separados físicamente unos de otros, sin marchar jamás, o casi nunca, de sus habitáculos particulares, entornos altamente automatizados que actúan a modo de microcosmos autosuficientes.



Recreación de la distopía 'Aeon Flux' (Kusama, 2005).

Lo que será el mundo en el año 3000 (Souvestre, 1846) vislumbró el confinamiento del yo, propósito de la “República de los Intereses Unidos”, régimen ultracapitalista en el que hasta los saludos y el aire se pagan. Las viviendas de las élites, equipadas con robots domésticos, poseen dispositivos telegráficos, pantallas televisivas y conductos por los que llegan cartas y periódicos. Don Atodo, ideólogo del lugar, comenta: “en una casa como esta, nadie necesita de otro... Algunos esfuerzos más, y la civilización conquistará para el hombre el aislamiento, es decir, la libertad; porque cada cual podrá prescindir completamente de los servicios de sus semejantes”. La aspiración de Don Atodo se hace realidad en *La máquina se para* (Forster, 1909), retrato de una civilización subterránea que atrinchera a sus miembros en “celdas” exclusivas. Las relaciones intersubjetivas se ejercen sin cesar. Eso sí, únicamente de manera no presencial, a través de pantallas y mecanismos electrónicos. Legitimada mediante la patraña de que el aire de la superficie destila sustancias tóxicas, la biopolítica del aislamiento administrada por el “Comité Central” provoca que la simple expectativa de hallarse cara a cara frente a los semejantes produzca náusea y angustia entre los residentes, igual que la opción de abandonar la celda, tecno-útero en el que los deseos se sacian al instante, pulsando el botón oportuno. Kuno, galán del relato, declara que “la gente no se tocaba nunca. Esa costumbre había quedado obsoleta”.

Con variaciones puntualmente interesantes, los registros de *La máquina se para* reaparecen en *Ciudad* (Simak, 1952), *Una vida muy privada* (Frayn, 1972), *Unidad de cuidados intensivos* (Ballard, 1977), *Ora:cle* (O’Donnell, 1983), *La posibilidad de una isla* (Houellebecq, 2005) y *Surrogates* (Venditti, 2005). Mención aparte merecen *El hombre que despertó en el futuro* (Manning, 1933) y *El sol desnudo* (Asimov, 1957), títulos en los que el confinamiento del yo trasciende las estancias reducidas y herméticas supeditadas a la agorafobia y la claustrofilia para cursar en territorios abiertos e inmensos. Mas la soledad severa y la repulsión a encontrarse en carne y hueso con los demás, no digamos ya a tocar o ser tocado, perdura. “¿Compañía? ¿Estás loco? Es la tontería más grande”, espeta el nativo del año 20.000 al protagonista de *El hombre que despertó en el futuro*. *El sol desnudo* da voz, por su lado, a los pobladores de Solaria, humanos que “viven completamente aislados y nunca se ven”, salvo por medio de hologramas.

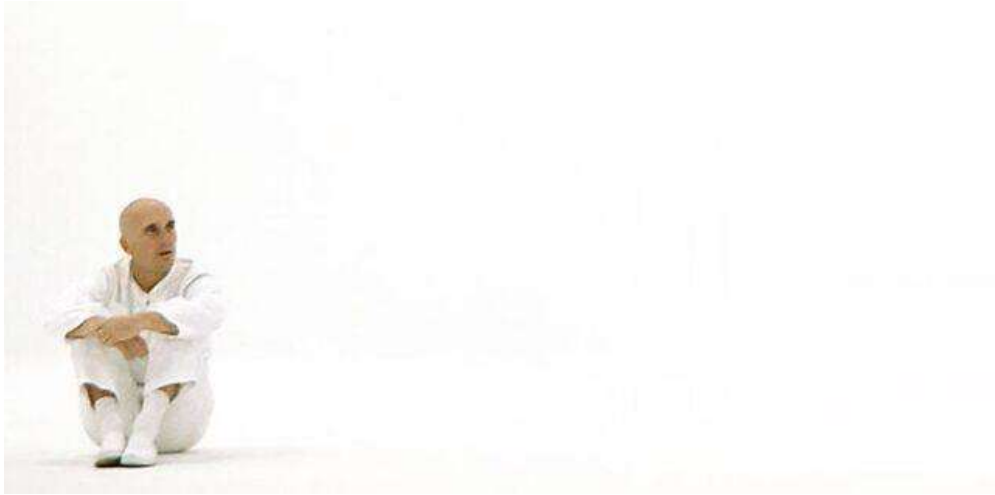


Imagen de la obra 'THX 1138' (Lucas, 1971).

Salta a la vista que el objetivo rector de los textos reseñados estriba en la denuncia de los potenciales impactos alienantes y disciplinarios de las tecnologías de la comunicación, acusadas de colonizar el poder político con miras a sustituir lo real por lo virtual, lo natural por lo artificial, el cuerpo carnal por el espectro digital, la conjunción offline por la conexión online, lo cualitativo por lo cuantitativo, el saber por los datos. Ni que decir tiene que la figura del sujeto solitario y enclaustrado que pasa los días delante de pantallas a fin de trabajar, entretenerse, aprender, comprar o relacionarse hace lustros que desbordó el campo de la ciencia ficción. Durante los últimos meses, grandes cantidades de personas han devenido a la fuerza en sujetos parecidos. ¿Acaso se han cumplido los vaticinios distópicos? No exactamente. A fin de cuentas, la causa ha sido un virus, no las tramas malévolas de gobiernos totalitarios, tecnologías inherentemente deshumanizadoras e instancias similares, hecho que abre serias discrepancias entre el confinamiento efectivo y el imaginado por *La máquina se para* y su descendencia. En efecto, mientras que las distopías elucubran sobre confinamientos permanentes que apenas nadie ambiciona abandonar, nosotros participamos de un confinamiento transitorio que todos esperamos que termine, por mucho que aceptemos el beneficio de respetarlo. El héroe distópico, presto a vulnerar el aislamiento y escapar al exterior, contradice lo que la mayoría entendemos ahora mismo por heroico, excepción hecha de los amantes de las teorías conspirativas y los partidarios ultras de Donald Trump.

Después de lo comentado, queda patente que el aislamiento actual contrasta, por procedencia y por contenido, con el de las distopías convencionales. A pesar de los pesares, y en contra de lo sostenido por Margaret Atwood en *The Guardian* el 16 de abril, creo que sigue siendo técnicamente viable etiquetarlo distópicamente. Si nos inspiramos en las meditaciones formuladas por Ernst Bloch acerca de las “utopías médicas”, concluiremos que articula una “distopía médica del confinamiento”,

impulsada por el temor global al contagio, la enfermedad y la muerte, rayana con las producciones apocalípticas realistas. Lo cual no implica, desde luego, que se restrinja a lo sanitario. A fin de cuentas, las connotaciones económicas, ideológicas, tecnológicas y sociales inherentes al Covid-19 son tan agudas que la amenaza desborda la esfera médica. Sea como fuere, sin su irrupción la vida transcurriría igual que antaño.

Con casi total seguridad, la distopía médica terminará tarde o temprano. El desafío decisivo, y en esto coincidí hace pocos días con Elisabetta Di Minico (especialista en el género distópico), vendrá después, cuando tengamos que contrarrestar la distopía política de la precariedad, la discriminación y la desprotección, rentabilizada por la extrema derecha y apuntalada por la sucesión de ramalazos neo-autoritarios de los diferentes gobiernos, brotada del colapso de 2008 y radicalizada a raíz de la pandemia. Por fortuna, el estado de alarma también ha traído consigo el debate sobre la Renta Básica Universal, las redes de ayuda mutua, la revalorización de los servicios públicos, la percepción del valor supremo de lo común, la ampliación de las suspicacias ante el modelo económico neoliberal y la certeza de que hay que frenar el exterminio de la biodiversidad. Nada está escrito.

De estancos y farmacias

Karima Ziali

23 abril 2020

[Este artículo lo escribí a raíz de la tarea que un alumno me presentó en la clase de filosofía de 1º de bachillerato. Como profesora pretendía que indagaran desde sí mismos un discurso que moviera las múltiples tensiones y contradicciones que estamos viviendo desde la cotidianidad de sus experiencias. Aquí relato el diálogo que se generó entre el trabajo de uno de mis alumnos y yo].

Leo tiene 16 años y cursa primero de bachillerato. Este año cursa la asignatura de filosofía, quizás por primera vez. Su familia lleva un negocio en una calle muy céntrica de una ciudad soleada y acogedora, donde las terrazas se llenan de mesas y sillas, de cafés y cañas, de tapeo y risas; de mundos que apuran hasta el final los últimos segundos del domingo tarde. Es la liturgia secular de cualquier urbe española. Lo fue hasta no hace mucho. El estado de alarma ha amontonado las sillas desbalijadas de alma en el fondo del trastero y las terrazas desnudas exponen sus cuerpos a los pocos transeúntes que bajan a por pan. De repente nuestros lugares se ven transformados en no lugares; en espacios de tránsito vacíos de familiaridad

(1). Es difícil pensar que esto no es una guerra. Pero es una guerra contra un fantasma: el miedo visceral a... nuestra propia sombra.

A Leo, como a los demás alumnos, le encomendé una tarea para la asignatura de filosofía. Era una tarea muy sencilla, pero reveló una sinceridad brutal en la mayoría de ellos. Ya llevábamos unos días tratando la cuestión filosófica entorno al ser humano. La cuestión que teníamos entre manos era la virtud clásica y para ello les expliqué que era algo así como el ideal al que aspiraba todo ser humano. La virtud se demostraba con el valor que suponía tomar el riesgo como principio vital. La literatura griega ofrece una infinidad de ejemplos. Pero el que siempre me ha gustado por su carga heroica y trágica es el de la historia de *Ulises*, y no solo porque vive grandes aventuras y se enfrenta a situaciones en las que se juega el tipo, sino especialmente porque su viaje es un despliegue de valor que hace que el Ulises que regresa a su casa ya no sea el mismo Ulises que partió de su ciudad, dejando atrás a su familia. Ni tan siquiera los designios divinos impidieron este viaje hacia la inmortalidad que sería en todo caso su legado para la humanidad. Así traté de acercarles una imagen del héroe griego que vive intensamente, siendo esta experiencia su contribución al bien común. Pero “héroe”... qué palabra tan politizada... ahora está en boga, recorriendo aplausos, trazando horizontes de inmortalidad, escogiendo quien merece (y quién no) este epíteto para pasar a la historia de la humanidad.

*¿Estarían de acuerdo los griegos con este
ideal de héroe que presenta el meme?
¿Por qué?*

Según mi punto de vista los griegos no estarían de acuerdo con lo que dice el meme. Para ellos, los héroes no son personas que se quedan en casa todo el día solo porque se lo ha impedido el gobierno. Para ellos, no nos podemos considerar héroes. A un verdadero héroe griego, no le importaría lo que dice el Estado, ellos saldrían igualmente a trabajar para que puedan ayudar a la sociedad a desarrollarse, a costa de coger el coronavirus y morir. Yo creo que ellos nos considerarían unos débiles que tienen miedo hasta de su propia sombra.

Acompañando esta explicación, les adjunte un meme en el que aparece un hombre en su sofá y con un pie de foto muy significativo que le describe como el nuevo prototipo de héroe teniendo en cuenta el contexto de crisis global al que nos enfrentamos. La pregunta que lanzaba a mis alumnos fue la siguiente “*¿Estarían de acuerdo los griegos con este ideal de héroe que presenta el meme? ¿Por qué?*”. Si estuve varios días dándole vueltas a la

respuesta de Leo (ver imagen), fue por dos motivos: por un lado, el miedo aparecía como el motor de nuestro propio temor y por otro lado, el Estado era equivalente a las divinidades griegas que manejaban los destinos humanos. Así el verdadero héroe me dice Leo es aquél a quien no le importa salir a “trabajar y morir” si eso contribuye al bien común. Pensé detenidamente en el valor que tiene pronunciar estas palabras, en un momento en el que toda opinión contraria al leitmotiv viral *#yomequedoencasa* es en el mejor de los casos censurado y en el peor tergiversado.

Analicemos un momento: el valor de quedarse en casa es para este chico de 16 años la antiheroicidad. En cierto modo, somos ciudadanos ejemplares, hemos acatado perfectamente el estado de alarma, más allá de las dificultades iniciales que conminaban a todo un país a detenerse, nos hemos recluso en casa y aceptado el confinamiento como una orden divina. No hemos cuestionado esta decisión que un Estado tomaba por nosotros y que quizás en otras situaciones habrían supuesto una revuelta inminente. Se me ocurre que esta facilidad de doblegar nuestro espíritu al Bien Común no proviene tanto de la fuerza divina que pueda ejercer el Estado sobre nosotros, sino que más bien, por el carácter que ha tomado, es el Estado quien se ha doblegado a nuestra voluntad. Recordaré brevemente el caso paradigmático de Boris Johnson, apodado como “*el carnicero*” en sus propios medios de comunicación (2), que después de anunciar que su país no se iba a confinar y que en todo caso había que revestir de fortaleza moral a los británicos para aceptar las muertes de sus seres queridos, se desdijo de ello en menos de una semana para preparar un plan de confinamiento alternativo. Palabras difíciles, más aún cuando van a contracorriente. Él claudicó debido a la opinión pública que no es otra que la trémula tripa de más de medio mundo. Los dioses retrocediendo ante la vulgar humanidad.

Los dioses sin nosotros no tienen ningún poder, el Estado tampoco. Él es nuestra voluntad. Y ahora mismo es el miedo quien gobierna nuestros destinos. Pero alguien podría decirme ¿de qué miedo hablas? Del miedo a la vida que es lo mismo que decir del miedo a la muerte. Y para ser más concisa: del miedo a revertir este miedo. La decisión de confinarnos en casa, imaginada ya de antemano como una posibilidad real, es la cara más latente de una vida que ha extendido sus límites gracias a los avances de la tecnociencia médica. Imposible dirimir entre qué vida es más que otra, imposible restituir el derecho a muerte a quien, después de haber vivido, ahora solo le queda una despedida bajo la calidez de su hogar. Imposible, porque los juramentos que penden como la daga de Damocles sobre los hospitales, recogen nuestro derecho sobre la vida como su obligación moral y profesional. Toda vida, aunque sea el vivo experimento del cerebro en cubetas de Putnam, merece ser vivida. Y es aquí donde uno debiera de

cuestionarse si esta es la sociedad que queremos, donde la vida se engarza hasta el último momento con pinzas y pulmones recién salidos de la fábrica. Queremos ser inmortales, pero para ello debemos morir y nadie está dispuesto. Queremos vivir, pero para ello debemos arriesgar y eso es más difícil que aceptar la finitud. Un héroe griego reconoce el valor de la vida, porque ha aprendido a morir al transitarla por todos sus rincones. Me parece fascinante que la sociedad del coronavirus sea la misma que apenas hacía unas semanas se enfrentaba a un debate histórico: una propuesta de Ley de Eutanasia (3). Con esta ley, la política pretendía legislar sobre la muerte a través de la vida, pues es su única manera de acceder a un universo copado de emociones y de contradicciones, de turbaciones y moralidades dispares. ¿Dónde quedará todo esto *después de todo esto*?

El confinamiento nos obliga a asumir ciertas verdades que solo surgen cuando empezamos a relacionar el estado de alarma que hemos creado como sociedad. Hemos construido un estado donde el supermercado aparece como una suerte de paraíso terrenal al que ir a llenar el tiempo perdido, donde el alcohol es promocionado con vehemencia y el chocolate con insistencia, nos aborda en cada pasillo como una luz celestial. Pero quizás más verdad hay en un hecho difícil de pasar por alto. En nuestro estado de alarma, farmacias y estancos permanecen abiertos también, en tanto que dispensadores de servicios básicos. Vivir, morir... debate eterno incluso cuando parece que luchamos para vivir a cualquier precio. Quizás no sabemos vivir, pero tampoco hemos aprendido a morir. Así uno entra en la farmacia habiendo salido del estanco. Uno podría congraciarse con las teorías del Estado y señalarlo con el índice acusador de recoger en sus arcas los impuestos de este humeante negocio. Revertir ese dedo hacia uno mismo tiene su complejidad: el estanco es un escenario ocupado por el público deseoso de su medicina particular. Pero en el teatro, las escenas a dos se entienden mejor cuando se triangulan con un tercer personaje, y el actor que nos falta entre los estancos y las farmacias es el alto índice de mortalidad por coronavirus entre hombres fumadores. Así, entre farmacias y estancos la vida que hemos paralizado para protegerla, ante todo, se evidencia cuanto menos paradójica.

¿Qué vida queremos? ¿Qué dejar a nuestros hijos? ¿Qué nombres acuñan nuestros héroes? Supuse que reflexionar sobre la vida era el punto fuerte de la filosofía, pero el coronavirus es como un bofetón de realidad que atestigua con ironía que todo es una fantasía. La fantasía de querer vivir y que de ese “querer” solo quedan sucedáneos de valor, reducciones de heroicidad griega. Tal vez, Leo acierta cuando piensa en el modo en que los griegos relatarían nuestras hazañas. Es entonces cuando algo se hace evidente ¿No existe otra manera de valorar esta crisis de salud global? ¿Acaso esta pregunta no está en manos de la ancianidad y de la juventud responderla? Pues son ellos sobre los que recae dar rumbo nuevo a un

mundo, que para los primeros es un ocaso y para los últimos un nuevo amanecer. Me recuerda esto a la forma tan heroica, en el sentido clásico del término, que tenían los ancianos de morir en algunas comunidades nativas de norte américa. Cuando sentían que la muerte buscaba su compañía, tomaban un camino solitario lejos de la comunidad, y ahí rendían su último suspiro al mundo regalándose así a la vida que sigue.

Notas

(1) Augé, M., (1993) *Los no lugares, espacios del anonimato*, Antropología de la Sobremodernidad, Madrid: Gedisa

(2) Ver el titular del periódico “The Herald” del 25 de julio de 2019.

(3) Ver entre otras publicaciones,

<https://www.lavanguardia.com/vida/20200211/473459424118/eutanasia-ley-condiciones-control.html> (11/02/2020) y las múltiples peticiones ciudadanas y de asociaciones civiles dirigidas al gobierno desde change.org.

Necropolítica y barrios populares

La puesta en escena política y mediática del confinamiento

Said Bouamama

| 25/04/2020 |



Bouamamas (Blog)

Por una parte tenemos el confinamiento y por otra el discurso político y mediático que le acompaña. La cuestión del confinamiento remite a la elección de la estrategia de lucha contra la pandemia, que se desprende ella misma de una serie de factores (criterios de las prioridades de quienes toman las decisiones, es decir, de la clase dominante; estado de los medios disponibles relacionado con las políticas estructurales anteriores – servicios públicos, política sanitaria, de vivienda, etc. –, grado de legitimidad del gobierno, etc.). El discurso ideológico de acompañamiento remite, por su parte, a la necesidad que tienen los dominantes de visibilizar determinados aspectos y de invisibilizar otros, de imponer unos esquemas y unas atribuciones causales de los comportamientos y ocultar otros. En este caso lo que revela la política que se ha elegido en la lucha contra la pandemia es una necropolítica para obstaculizar lo menos posible el funcionamiento de la actividad económica y de sus beneficios. La necesidad de ocultar las consecuencias de esta lleva, por su parte, a una esencialización de los barrios populares y de sus habitantes que combina racismo, desprecio de clase y moralización en el marco de la preparación estratégica para el periodo posterior a la pandemia.

1. Genealogía de una necropolítica

Desde el inicio de la pandemia son recurrentes las denuncias del “amateurismo” del gobierno y del presidente de la República. Señalan la incapacidad de prever, el retraso a la hora de tomar decisiones o incluso la sucesión de decisiones y declaraciones oficiales contradictorias. Aunque tienen el mérito de señalar claramente la responsabilidad del Estado y de los intereses que representa, estas denuncias tienden a atribuir a “fallos”, “defectos”, “incapacidades”, “insuficiencias”, etc., de los gobernantes unos hechos que son el resultado o la consecuencia lógica del funcionamiento de un sistema y de sus criterios de prioridad.

Una elección tardía y parcial

En ausencia de una vacuna solo existen dos caminos lógicos para frenar y detener una pandemia: frenar la propagación del virus por medio de la detección y/o del confinamiento o, por el contrario, permitir circular para llegar al llamado umbral de “inmunidad colectiva”. El enfoque teórico que se centra en el concepto de “inmunidad colectiva” apareció en 1923 en los debates sobre la eficacia o no de las campañas de vacunación (1). El objetivo de esas investigaciones era determinar la tasa de cobertura de vacunación para asegurar una protección óptima de la población destinataria. Así, por simplificar, la lógica consiste en difundir un “virus” (2) atenuado para provocar una inmunidad adaptativa. Como no soy médico, no vamos a entrar en el viejo debate sobre la eficacia o

peligrosidad de las vacunas que son obligatorias actualmente. En cambio, sin ser especialista es posible y necesario examinar la transferencia de este enfoque teórico desde el campo de las vacunas al de la pandemia. Igualmente es indispensable examinar el atractivo que este enfoque tiene para el pensamiento neoliberal (es decir, la doctrina económica de un mercado sin trabas que impulsa la fase actual de globalización capitalista) de forma explícita, como en los Países Bajos, o implícita, como Francia.

Destaquemos en primer lugar las conclusiones opuestas en términos de política pública del enfoque “inmunidad colectiva” según concierna a las vacunas o la pandemia. En el primer caso lleva a una política activa del Estado en forma de campañas de vacunación o de la instauración de vacunas obligatorias. Existe además la posibilidad de que este carácter activo de las políticas públicas se ponga al servicio de los beneficios de la industria farmacéutica bajo la forma de la imposición de “vacunas inútiles” y/o “peligrosas” que suscita unos debates legítimos. En el caso de la pandemia, en cambio, el enfoque de “inmunidad colectiva” lleva a la inacción pública, es decir, a una lógica de “laissez faire”. Por supuesto, esta lógica tiene un coste humano que no niegan los partidarios de dicho enfoque. El economista de la salud Claude Le Pen evalúa este coste de la siguiente manera:

“Si se contamina el 60 % de la población, entonces: 1. La epidemia desaparece; 2. La población está inmunizada contra un rebote epidémico, una recaída o una nueva infección por un patógeno de la misma naturaleza. Es el argumento “salud pública”: la “herd immunity” ofrece una inmunización eficaz, eficiente y definitiva. Excepto que el 60 % de una población de 60 millones de habitantes supone 36 millones de personas y aunque la tasa de letalidad de las personas infectadas sea débil, pongamos que del orden de 1 a 1,5 %, ¡supone entre 360.000 y 540.000 personas muertas! A decir verdad, sin duda sería menor porque estas tasas de letalidad se refieren a los casos probados cuando muchos sujetos son portadores asintomáticos. Haría falta una serología generalizada para conocer la «verdadera» tasa. Pero incluso dividida por 10, la cifra de entre 36.000 y 54.000 personas muertas es considerable” (3).

La cuestión planteada por la “inmunidad colectiva” no concierne solo al ámbito médico, sino que cuestiona los criterios de las decisiones políticas y la elección de las prioridades. Y es que este enfoque basado en la previsión de sacrificar a una parte de la población tiene unas ventajas evidentes en materia económica: no frenar la actividad económica ni sus beneficios. El “laissez faire” como reacción a la pandemia está al servicio del “laissez faire” en materia económica. Los costes no son de la misma naturaleza según estemos en una estrategia de confinamiento y de detección o en una estrategia de inmunidad colectiva: en el primer caso son económicos y en el segundo humanos. Esta es la razón esencial del atractivo inicial de la

inmunidad colectiva para los gobiernos neoliberales. Ha sido necesario esperar a que se aceleraran los primeros contagios por una parte y, por otra, a que hubiera los primeros casos de personas que volvían a contaminarse (lo que ponía en tela de juicio la eficacia real de la inmunidad adaptativa para esta pandemia) para que haya un “cambio de doctrina”, por retomar la expresión consagrada, y se establezca el confinamiento. Además, esta elección tardía es una elección parcial, como atestigua el mantenimiento de la actividad en muchos sectores económicos no vitales. Por último, es una elección que se cuestiona continuamente, como atestigua la decisión de empezar la salida del confinamiento con la reapertura de las escuelas con el fin de “liberar” a los padres para que puedan volver a sus puestos de trabajo.

Una elección ideológica

Así, el atractivo que tiene la inmunidad colectiva para los neoliberales tiene una base económica: obstaculizar lo menos posible la actividad económica. También tiene una indudable dimensión ideológica. Para darse cuenta de ello basta con recordar algunos ejes del discurso y de la lógica neoliberal: la idea de una jerarquización legítima de la sociedad en “perdedores” y “ganadores”, la noción de “jefe de cordada” como aquella persona que tiene un valor superior a las demás, el principio del sacrificio de las personas más vulnerables, el axioma de una competencia sin obstáculos en todos los dominios y la creencia de que esta provoca dinamismo o excelencia, etc. Con el neoliberalismo nos encontramos ante el reflejo de la teoría filosófica de Herbert Spencer de la necesaria y deseable “selección natural” para la especie humana. El médico Dirk Van Duppen y el bioquímico Johan Hoebeke escriben lo siguiente al resumir las relaciones entre el “spencerismo” y el neoliberalismo:

“Según Spencer, lo que rige la naturaleza humana es la «lucha por la supervivencia» por medio de la «ley del más fuerte». Spencer clasifica a la humanidad en pueblos y razas superiores e inferiores, lo cual justifica por medio de una pseudociencia el racismo y la división de la sociedad entre una élite y las demás personas. Según esta ideología, la competición es el principal motor del progreso. La herencia determina quiénes siguen siendo pobres, parados o no tienen éxito, y cualquier ayuda a su favor es inútil. [...] El neoliberalismo ha logrado volver a poner de moda muchas de estas ideas” (4).

El atractivo que tiene el enfoque de la “inmunidad colectiva” para el gobierno Macron no es sorprendente ni nuevo. No es sorprendente porque se hace eco de su visión neoliberal global ni es nuevo porque se defiende regularmente, a menudo de manera implícita y a veces de manera explícita. Esto es lo que hace varios meses decía, por el ejemplo, el director general del CNRS [siglas en francés de Centro Nacional para la Investigación

Científica] para justificar la ley de programación plurianual de investigación: “Hace falta una ley ambiciosa, no igualitaria (sí, no igualitaria), una ley virtuosa y darwiniana, que aliente a los científicos, equipos, laboratorios y establecimientos más eficientes a escala internacional, una ley que movilice las energías” (5).

La preocupación principal de no obstaculizar la actividad económica y sus beneficios llevan inevitablemente a la clase dominante a sacrificar a una parte de la población. Estamos claramente en presencia de una necropolítica, es decir, de una política de la muerte que se desprende ella misma de la política que plantea como prioridad absoluta preservar el beneficio.

2. El acompañamiento ideológico del confinamiento

La adopción de la estrategia del confinamiento se hace a regañadientes, impuesta por la magnitud de la pandemia (y la cólera social que, lógicamente, suscitaba) y tratando de limitarla lo más posible. Inmediatamente se acompañó de una campaña ideológica generalizada cuyo primer objetivo es ocultar la “política de la muerte” elegida. Se trataba también de ocultar las dimensiones de clase, de “raza” y de género del balance humano de esta necropolítica por medio de un discurso general sobre un “virus democrático” que no conoce fronteras sociales. La esencialización de los barrios populares y de sus habitantes es uno de los vectores del acompañamiento ideológico de la pandemia en el marco de una preparación activa de la situación posterior a la pandemia con el objetivo de instrumentalizar la catástrofe que vivimos, lo que la periodista canadiense Naomi Klein denomina la “estrategia del shock” o el “capitalismo del desastre”: “Este último [el ultraliberalismo] recurre intencionadamente a crisis y desastres para sustituir los valores democráticos [...] por la ley del mercado y la barbarie de la especulación” (6).

La falta de civismo y la irresponsabilidad de los habitantes de los barrios populares

Desde los primeros días de confinamiento se multiplicaron los reportajes acerca de que los barrios populares no respetaban el confinamiento. Por supuesto, iban acompañados de múltiples “análisis” y comentarios de “cronistas” imprescindibles que coincidían en afirmar que existe una “falta de civismo” (una “irresponsabilidad”, una “indisciplina”, etc.) específica de los barrios populares tanto en su magnitud como en su carácter sistemático. “« Allah a plus de poids que nous »: Le confinement révèle les territoires perdus de la République” [“Alá tiene más peso de nosotros”: El confinamiento revela los territorios perdidos de la República] (7) era el

titular de la revista *Valeurs Actuelle*. “Desde hace dos días muchas personas, en particular africanas, hacen barbacoas [...] y cuando llegan los policías, se indignan y les pegan” (8), confirma el ineludible Eric Zemmour. “Paris: le business des rues malgré le confinement” [París: el negocio de las calles a pesar del confinamiento] (9), añade en titulares el periódico *Le Parisien*. Acabemos estos ejemplos citando al exprefecto Michel Aubouin, que no tiene la menor duda: “El fondo del problema es la dificultad que tienen las fuerzas de policía para hacer respetar el confinamiento. En realidad, nadie quiere reconocer que no se puede intervenir en las *cités* [los barrios populares, n. de la t.], algo que ya es complicado en tiempos normales” (10).

Por supuesto, no se ofrece estadística alguna para apoyar estas afirmaciones que presentan a las personas que viven en los barrios populares como unas irresponsables que ponen en peligro la salud de toda la ciudadanía. Estas afirmaciones se contentan con retomar y acentuar, en un contexto de miedo social frente a la pandemia, las imágenes mediáticas y políticas de los barrios populares que se difunden desde hace varias décadas como “territorios perdidos de la República” caracterizados por la “secesión” (un término de Emmanuel Macon), la toxicomanía generalizada, la delincuencia banalizada, la reivindicación del comunitarismo y de la radicalización, etc. Por supuesto, en los barrios populares, como en otros sitios, hay ciudadanos que no respetan el confinamiento. Hablar de ello es una cosa y otra es poner el foco de atención en ellos de forma recurrente imputando las “constataciones” a “faltas de civismo” y no a unas causalidades objetivas.

Aunque es indudable que la gran mayoría de las personas que viven en los barrios populares respetan el confinamiento, por supuesto es probable que en ellos haya más personas que en otras partes que debido a sus condiciones de existencia se ven obligadas a no poder respetarlo como les gustaría. Como todos los seres humanos, las personas que viven en los barrios populares quieren vivir, tienen miedo por ellas y por sus familias, comprenden qué es un proceso de contagio, etc. Pensar lo contrario supone considerar que estas personas tienen una “naturaleza” diferente de la del ciudadano “normal”, están dotadas de menos inteligencia, actúan movidas por unas “culturas” irracionales o bárbaras, o por religiones del mismo tipo. Por consiguiente, hay un claro desprecio de clase y racismo.

El discurso sobre “la falta de civismo” y “la irresponsabilidad”, es decir, la lógica de moralización, permite ocultar las realidades económicas y materiales. Atribuye a unos componentes individuales lo que es resultado de imperativos vinculados a las condiciones de existencia. Por supuesto, la capacidad de soportar un confinamiento largo no es la misma dependiendo del entorno en el que se sufre dicho confinamiento. Los efectos concretos que tiene sobre la vida cotidiana no son indiferentes según se lleve a cabo

en una segunda residencia en la Isla de Ré o en un edificio de pisos de alquiler de renta baja a las afueras de París. Las consecuencias para la salud física y psíquica no son idénticas en ambas situaciones. La idea de un “virus democrático” que se presenta para justificar que todos nos encontramos ante una misma prueba oculta las divisiones de clase, de “raza” y de género. Además, la elección de poner el foco sobre las personas a las que “carecen de civismo” oculta las reacciones colectivas destinadas a hacer frente al carácter insufrible e insoportable del confinamiento en muchos barrios populares. En efecto, en ellos se han multiplicado las iniciativas de solidaridad para paliar las carencias de las políticas públicas. Hay que ser verdaderamente ajeno a la vida de los barrios populares, como es el caso de muchos periodistas, cronistas o políticos, para no ver la solidaridad entre vecinos y vecinas, las movilizaciones familiares, las iniciativas asociativas, etc, que se han multiplicado durante las últimas semanas. Quienes tienen la costumbre de hablar de “zonas sensibles” curiosamente son ciegos a la sensibilidad popular que hay en los barrios populares.

Las funciones de legitimación del discurso sobre la falta de civismo

El discurso dominante que explica por medio de la “falta de civismo” las infracciones del confinamiento no es fruto de un simple error de lectura de la realidad social. Está al servicio de la función de legitimación de las opciones de gestión del confinamiento por una parte y de las anticipaciones del periodo posterior al confinamiento por otra. En lo que concierne al presente, este discurso oculta la elección de una política policial de gestión del confinamiento cuya expresión más visible son las “multas”. Esta elección lleva a nuevos enfrentamientos entre la policía y las personas que viven en los barrios populares, como atestigua el recrudecimiento de la violencia policial en medio de un silencio mediático generalizado. Las elecciones hechas desde hace varias décadas en materia de seguridad en los barrios populares tienen unos efectos que se multiplican en el contexto de la pandemia y del estado de urgencia sanitaria, que anima a mostrar más celo todavía a muchos policías, que habitualmente ya se sienten autorizados a tratar de forma excepcional a esta “chusma” o a estos “salvajes”. No se ha tomado ninguna medida que movilice las energías ciudadanas para acompañar el confinamiento en los barrios populares. Se ha optado únicamente por la seguridad, con unas consecuencias previsibles: humillaciones, exceso de celo a la hora de imponer multas según la apariencia de las personas, violencia policial, etc. Testimonio de ello es la lista ya larga de brutalidades policiales desde el inicio de la pandemia censadas por el primer informe del Observatorio del Estado de Urgencia Sanitaria, publicado el 16 de abril de 2020 (11).

La segunda función del discurso sobre la falta de civismo concierne al periodo posterior a la pandemia y su inevitable balance humano. Cuando

se quieren ocultar grandes disparidades que implican denuncias políticas se nos suelen presentar datos generales que no especifican todas las características de las personas afectadas. Ahora bien, se puede afirmar desde ahora que entre las víctimas hay una enorme proporción de personas pertenecientes a las clases populares y todavía más de personas “de color”. Estas personas son quienes están en las fábricas, incluidas las no vitales, que el gobierno decidió no interrumpir. Ellas son quienes trabajan en los empleos donde hay riesgo de contacto y a las que no se les han proporcionado mascarillas, batas, etc. Ellas son quienes generalmente tienen trabajos que no se pueden hacer por medio del teletrabajo. También son quienes utilizan masivamente los transportes públicos para ir a trabajar. Son quienes disponen de unas condiciones materiales peores para confinarse de forma eficaz, tanto en su vivienda como en su entorno urbano cercano. En resumen, el balance por clase social, por sexo y por origen no ofrecerá sorpresa alguna. El discurso sobre la “falta de civismo” ofrece una “explicación” que achaca a las personas las consecuencias de una situación objetiva fruto de las opciones económicas y políticas. Quienes sean escépticos no tienen más que recordar las explicaciones dominantes para los accidentes laborales, supuestamente provocados por la “negligencia de las personas asalariadas” debido a la falta de cuidado o a costumbres “culturales”. Quienes duden no tienen más que recordar las explicaciones dominantes para los suicidios en el trabajo, que supuestamente se deben únicamente a “razones personales”.

El balance también se hará de manera estática, es decir, en un tiempo que no permita tener en cuenta los efectos a largo plazo de la pandemia y del confinamiento. Ahora bien, vivir un confinamiento tan largo en el marco de las condiciones de existencia de los barrios populares, darse cuenta progresivamente de la magnitud de los fallecimientos en ellos, padecer el discurso sobre la “falta de civismo”, etc., no puede dejar de tener unos efectos duraderos. La violencia de la situación sufrida y contenida durante el confinamiento no puede sino tratar de expresarse y habrá descompensaciones en aquellos territorios que carecen de las necesarias estructuras de cuidados y de acompañamiento. Estos efectos no entran en las prioridades neoliberales dominantes. Tendrán como única respuesta la acción de las fuerzas de policía con unas consecuencias fácilmente previsibles.

Por último, el discurso sobre la falta de civismo durante el confinamiento prepara el discurso sobre otra “falta de civismo”, la del periodo posterior al confinamiento, que ya anuncian los *leitmotivs* “estamos en guerra” y de la “unidad nacional”. La opinión pública está preparada para la idea de una “reconstrucción” en “la postguerra” que exige “sacrificios” en materia de salarios, impuestos, horarios, periodos de vacaciones, etc. Quienes se nieguen a esta lógica serán tachados en el mejor de los casos de “incívicos”

o de “irresponsables” y en el peor de “antifranceses” a los que hay que vigilar y castigar. Emmanuel Macron nos advirtió en su discurso del 13 de abril que habrá que “salir del camino trillado de las ideologías”. Y para prevenir el comportamiento de las personas recalcitrantes, siempre hay reservas de lanzadores de balas de defensa almacenadas previsora y juiciosamente.

La preparación ideológica para el período posterior al confinamiento está a la altura de la cada vez mayor revuelta popular, pero contenida debido al contexto excepcional. Anuncia la aceleración de una fascistización que había comenzado antes de la pandemia. Pide una respuesta convergente en términos de solidaridad sin fisuras frente a la represión y de apoyo activo a las diferentes luchas sociales que rechazan los “sacrificios” y la “unidad nacional”.

Notas:

(1) Paul E.M. Fine, *Herd Immunity: History, Theory, Practice*, *Epidémiologic Reviews*, volumen 15, nº 2, Oxford, 1993, pp. 265 – 302.

(2) Utilizamos este término para simplificar porque, de hecho, existen diferentes tipos de vacunas. La generalidad del término “virus” basta aquí para nuestro razonamiento, que no pretende ser médico sino económico, sociológico y político. Si hemos hecho el esfuerzo, difícil par nosotros, de leer algunas obras médicas es para examinar la pertinencia de transferir una teorización de un campo preciso (el de las vacunas) a otro (el de la pandemia).

(3) Claude Le Pen, “*La théorie de l’immunité collective ou les ayatollahs de la santé publique*”, <https://www.institutmontaigne.org/blog/la-theorie-de-limmunité-collective-ou-les-ayatollahs-de-la-santé-publique>, consultado el 12 de abril a las 18:00 h.

(4) Dirk Van Duppen y Johan Hoebeker, *L’homme, un loup pour l’homme ? Les fondements scientifiques de la solidarité*, Investig’action, Bruselas, 2020, pp. 17 -18.

(5) Antoine Petit, “*La recherche, une arme pour les combats du futur*”, *Les Echos*, 26 de noviembre de 2019.

(6) Naomie Klein, *La stratégie du choc. La montée d’un capitalisme du désastre*, Actes Sud, París, 2008, contraportada. [En castellano *La doctrina del «shock»: el auge del capitalismo del desastre*, Barcelona, Paidós, 2007; traducción de Isabel Fuentes García et al.].

(7) Quentin Hoster y Charlotte d’Ornellas, “*Allah a plus de poids que nous »: Le confinement révèle les territoires perdus de la République*”, *Valeurs actuelles*, 21 de marzo de 2020.

(8) Eric Zemmour, programa “Face à l’info” de C news del 19 de marzo de 2020.

(9) Cécile Beaulieu, “*Paris: le business des rues malgré le confinement*”, *Le Parisien*, 24 de marzo de 2020.

(10) Entrevista de *L’Observatoire du journalisme*, 28 de marzo de 2020, <https://www.ojim.fr/banlieue-province-le-confinement-recouvre-deux-realites-differentes/>, consultado el 14 de abril de 2020.

(11) Primer informe del Observatorio del Estado de Urgencia Sanitaria, <https://acta.zone/premier-rapport-de-lobservatoire-de-letat-durgence-sanitaire/>, consultado el 16 de abril de 2020 a las 16:10h.

Fuente: <https://bouamamas.wordpress.com/2020/04/16/la-mise-en-scene-politique-et-médiatique-du-confinement-necro-politique-et-quartiers-populaires/>

Movilización en todo el mundo para pedir una salida con justicia climática a la crisis sanitaria

Bajo el paraguas de Fridays for Future, 2020 Rebelión por el Clima y Alianza por el Clima, cientos de organizaciones sociales, entre ellas Ecologistas en Acción, llamaron el viernes 24 de abril a una acción global por el clima en todo el mundo.

A través de la proyección de mensajes, imágenes y sombras desde los balcones, la ciudadanía demandó una salida a la crisis sanitaria que ponga en el centro el medio ambiente y a las personas y tenga en cuenta criterios de justicia social y climática.

Ecologistas en Acción

25/04/2020

En el contexto de la actual crisis sanitaria, miles de personas en todo el mundo se movilizaron ayer a través de las redes sociales y desde sus hogares para reivindicar una vuelta que ponga en el centro el medio ambiente y a las personas y tenga en cuenta criterios de justicia social y climática. En clave nacional, la manifestación llegó ayer por la noche, además, hasta los balcones de cientos de municipios donde la ciudadanía mostró su apoyo al planeta a través de la proyección de mensajes, imágenes y sombras.

2019 vivió el despertar climático de la ciudadanía de todo el mundo que, empujada por las generaciones más jóvenes, se lanzó a las calles para exigir respuestas a la altura de la crisis climática que enfrenta el planeta. Bajo el paraguas de Fridays for Future, 2020 Rebelión por el Clima y Alianza por el Clima, cientos de organizaciones sociales, entre ellas Ecologistas en Acción, convocaron de nuevo a una acción global por el clima en todo el mundo para llamar la atención sobre cómo la actual emergencia sanitaria ha puesto de manifiesto la fragilidad de un sistema que tiene que ser repensado y las consecuencias de una crisis cuando los estados no están preparados para afrontarla.

La crisis climática sigue siendo una realidad y, pese a estar formalmente declarada desde muchas instituciones, sigue sin ser reconocida como tal por algunos dirigentes en todo el mundo, que optan por desoír las indicaciones científicas a través de una inacción culpable. Solo actuando hoy con contundencia frente a la emergencia climática se evitarán los peores impactos ambientales y sociales en el futuro.

“Lejos de parar, es el momento de actuar y reiniciar el sistema con medidas que tengan la justicia social y climática como base, porque lo que estamos sufriendo ahora debe servirnos para evitar mayor sufrimiento futuro”, aseguran las organizaciones: “A pesar del confinamiento, la diversidad de la participación en estas movilizaciones muestra que la ciudadanía no está dispuesta a dejar que la crisis climática nos golpee sin hacer nada por evitarlo”.

En un manifiesto conjunto firmado por todas ellas, las organizaciones proponen transformar la actividad económica de un modo climático y socialmente justo y apuntan las actuaciones que se deberían llevar a cabo teniendo en cuenta dos principios básicos: Desde el punto de vista climático, enfrentar una reducción drástica de las emisiones netas de gases de efecto invernadero, en línea con las indicaciones científicas y alcanzando la neutralidad lo más rápidamente posible.

Desde el punto de vista social, consideración absolutamente prioritaria de las personas y de los colectivos vulnerables, garantizando para ellos unas condiciones de vida dignas.

“La humanidad se enfrenta a una emergencia climática sin precedentes en la que también es necesario actuar con la responsabilidad de proteger la vida en primer lugar. El calentamiento global es consecuencia directa del modelo de producción y consumo que arriesga la supervivencia como especie, al basarse en la explotación ilimitada de los recursos naturales, impactando de manera injusta en las poblaciones más pobres y vulnerables”, concluyen las organizaciones.

La tentación del confinamiento

El capitalismo, que no piensa, es una estructura que nos obliga a pegarnos voluntariamente un tiro en la nuca para mantener con vida una estructura de la que dependemos para podernos pegar un tiro en la nuca unos días más

Santiago Alba Rico

27/04/2020



Una mujer mira por la ventana en Ciudad de México.

Real, escribía hace unas semanas, es la independencia del mundo.

El ejemplo más banal es el hijo. Un hijo es real porque no se puede escapar de él, porque no tiene final; porque no podemos querer –ni siquiera imaginar– su final, aún más real que su existencia misma precisamente porque su existencia es lo más real que existe. No se puede escapar de él; no podemos desprendernos del hijo como de una tablet o de un coche viejo. Nadie, que yo sepa, ha huido de un hijo que llora; es imposible, en efecto, imaginar a una madre de cualquier sexo que, al oír llorar a su bebé, suelta el pañal y huye escaleras abajo. Esa barbaridad pusilánime ni se nos pasa por la cabeza. Si el niño llora en su cuna, acudimos a tranquilizarlo o a alimentarlo o a cubrirlo con una manta. Es completamente real: sabemos que no hay escapatoria.

Todos tenemos la sensación de que estábamos esperando, sin saberlo, esta crisis: nos sorprende justamente porque nos había sido anunciada

Tampoco podemos escapar de los brazos del amado o de la amada. Y mientras estamos ahí, “cual vid que entre el jazmín se va enredando”, nos decimos y hasta lo decimos en voz alta: me parece un sueño. Todas aquellas cosas de las que no podemos escapar y de las que nos decimos que “parecen soñadas” son reales. La realidad, cuando aparece, parece irreal, lo que no deja de ser ilógico y extravagante. Porque al hijo lo hemos esperado durante nueve meses, sabíamos de su inminente llegada, y, sin embargo, su nacimiento, su existencia, su estancia repentina en el mundo nos parece completamente inesperada. No nos lo esperábamos. Eso ocurre también, sí, con el amor, pero asimismo, a escala colectiva, con la revolución, la guerra o la catástrofe. Por eso mismo la realidad, cuando se presenta, lo hace al

modo de un *déjà vu*. Es inesperado el hijo que esperamos nueve meses; y también al revés, lo inesperado, si comparece, revela hasta qué punto lo estábamos esperando. Creo que todos tenemos la sensación de que estábamos esperando, sin saberlo, esta crisis: nos sorprende justamente porque nos había sido anunciada. Y eso explica en parte, más que el miedo o junto al miedo, la mansedumbre y el sentido de la responsabilidad con que hemos aceptado el confinamiento.

La realidad, cuando aparece, parece irreal. ¿Pero qué ha aparecido en este caso? ¿Y por qué nos parece irreal?

Por primera vez nuestras vidas, todas las vidas, en Roma, Madrid, Túnez, París, están sincronizadas por el virus. No ha ocurrido nunca antes. La pandemia de coronavirus no es –ni mucho menos– lo peor que le ha ocurrido a la humanidad, pero sí lo primero que le ocurre a la humanidad como sujeto-especie consciente. La amenaza nuclear desde 1945 y el cambio climático, anunciado desde los años 70 del siglo pasado, definía ya una temblorosa Humanidad común, pero inalcanzable para la experiencia cotidiana. Todas las catástrofes, hasta ahora, han sido “locales” o livianamente ignoradas desde lejos. Lo mismo puede decirse de las revoluciones y de los placeres. Por muchos millones de espectadores que vieran una final olímpica o un Madrid-Barça, esa sincronización no era universal y además duraba, como máximo, un par de horas. Por muchos millones de personas que murieran –y mueran– en guerras y tsunamis esa experiencia era –y es– invivible fuera del lugar de la tragedia, donde la realidad común se ciñe a un espacio limitado. La sincronización entre las vidas que produce el virus es por primera vez, precisamente, la vida. Nuestra vida. Nuestra nueva vida, volteada por el virus y regulada por las medidas tomadas contra él. ¿Qué vida es ésta?

He dicho que hasta hoy la humanidad no había compartido nada. No es verdad. Hay una cosa que compartimos todos los humanos al mismo tiempo mientras estamos vivos: la mortalidad. Ahora bien, de la mortalidad, como de la miseria, sí podemos huir por procedimientos antropológicos, estupefacientes o imaginarios; y eso es normal y casi bueno. Las sociedades humanas serían inviables si estuviesen presididas por la conciencia inmediata de la muerte individual; si escuchásemos sin parar el tic-tac de la degradación de los órganos en nuestros cuerpos. Pero una cosa es no vivir ininterrumpidamente la mortalidad, condición de la supervivencia, y otra muy distinta no tomarla en cuenta ni siquiera delante de un cadáver. De hecho, si algo caracterizaba a nuestras sociedades occidentales es que sus habitantes, más que compartir la realidad de la mortalidad, compartían la ilusión de la inmortalidad, y con tanta más seguridad cuanta más gente de otras razas u otras geografías moría a nuestro alrededor. Y de pronto el virus y las medidas tomadas contra él hacen que nuestras vidas sincronizadas se vean sincronizadas por la

realidad irreal de la mortalidad, así como por unas rutinas de confinamiento que alteran de manera simultánea el tiempo individual y el tiempo del capitalismo.

La cuestión es que esa realidad –como el sexo en la conocida película japonesa *El imperio de los sentidos*, de Nagisa Oshima– se ha vuelto completamente dominante, y ello hasta el punto de que no sólo ha desterrado las ilusiones de la normalidad fantasiosa en la que vivíamos sino que ha puesto fuera de juego, cautelarmente, todas las otras realidades. El 27 de marzo, pocos días después del establecimiento del estado de alerta, en el pueblo donde paso el confinamiento murió un hombre. Murió a sesenta metros de mi casa, a dos calles de distancia. La sacudida de la noticia quedó enseguida sumergida en una indiferencia fría y casi desdeñosa al enterarnos, pocos segundos después, de que no había muerto a causa del coronavirus. ¡Había muerto asesinado a hachazos! Una noticia que en cualquier otro momento habría conmovido y excitado a todos los habitantes del pueblo, y habría generado habladurías febriles y estremecimientos numinosos, y abundante amarillismo periodístico, nos dejó a todos indiferentes y –por qué no decirlo– aliviados. Frente a la sincronía de la pandemia, esa muerte –tan espantosamente real– era una muerte acrónica, a destiempo, que no sincronizaba nuestras vidas sino que más bien las desajustaba de un modo casi inoportuno y, por eso mismo, inatendible e irrelevante. Si no había muerto por el virus, ¡es que no había ocurrido nada! Me acordé de las primeras páginas de *La montaña mágica*, cuando Hans Castorp empieza a “aclimatarse” al tiempo enfermizo del sanatorio, presidido por la sombra de la Tuberculosis, que va deslizándose en todos los pulmones y que “distingue” –pero como una distinción nobiliaria– a los residentes en tratamiento en la Montaña de los banales hombres sanos del valle (“allá abajo”), donde se muere siempre de otra cosa. Hasta tal punto el bacilo de Koch ha sincronizado esas vidas descritas por Thomas Mann que, cuando uno de los huéspedes acude a la consulta médica aquejado de una enfermedad fulminante que lo matará sin remedio en pocos días, el dr. Behren le dice, tranquilizador, tras examinarlo: “No tiene de qué preocuparse. No es tuberculosis”. Cuando pase la pandemia, me temo, va a quedar un gran vacío en nuestras vidas. Tendremos mono, por así decirlo, de realidad. Nos encontraremos en un mundo vacío de acontecimientos que habrá que llenar de nuevo en una sociedad inevitablemente transformada. ¿Lo haremos mejor que antes? ¿Dejaremos entrar las otras realidades –desigualdades sociales, guerras, catástrofes climáticas– que la ilusión de inmortalidad llamada “normalidad” excluía o buscaremos y nos chutaremos dosis intensas de irrealidad elitista o –del otro lado– de realidad salvaje, instantánea y feroz? ¿Tantaremos una nueva sincronía plural o nos entregaremos al “sálvese quien pueda” de las acronías paralelas y los destiempos sin nexo (época neovieja de solitarios

con mascarilla y comunidades enmascaradas y autoconfinadas en identidades de grupo sin ventanas y con troneras)?

Si algo caracterizaba a nuestras sociedades occidentales es que sus habitantes, más que compartir la realidad de la mortalidad, compartían la ilusión de la inmortalidad

Lo inquietante, en todo caso, es que esta “sincronización vital” sin precedentes es indisociable de nuestra dependencia tecnológica, que el confinamiento ha agravado, revelando todas sus ventajas y todos sus peligros. La “conciencia de especie”, digamos, es digital y, por eso mismo, impura, paradójica, llena de riesgos antropológicos. No sólo porque económicamente estamos reforzando el capitalismo digital (Amazon y compañía) sino porque esta dependencia consume una tendencia o tentación de confinamiento tecnológico ya presente en nuestras vidas “normales” de “allá abajo”. El confinamiento nos ha encerrado en el espacio físico, del que huimos a través de los intestinos de la red, de cuya existencia sin interrupciones dependemos para abastecernos no menos que para comunicarnos con el exterior. Telatrabajamos, tele-estudiamos, telecompramos. Así que el confinamiento, que entraña la posibilidad de recuperar el cuerpo y su mortalidad, también induce la tentación de abolirlo definitivamente. Especialmente las nuevas generaciones, nacidas y moldeadas en la “distancia social” del móvil y la tablet, ¿sentirán la necesidad de volver a la calle o, por el contrario, la infinita pereza de tener que afrontar de nuevo el espacio lento y sin vida de las plazas, los autobuses, los cuerpos, las montañas? En este sentido aún nos podría ocurrir algo peor que una pandemia: y es un apagón informático, una catástrofe digital que nos confinara en nuestros cuerpos y nos obligara, como en el neolítico, a usarlos para pedir amor y pan. Imagino que en algún momento, antes de eso, cuando se levante el confinamiento, habrá que hacer campañas de recuperación de la fisicidad; y hasta montar piquetes revolucionarios –cuando ya no esté prohibido pero sí mal visto– que agarren manos, roben arrimos y den palmaditas en la espalda a conocidos y desconocidos. Habrá que ver asimismo cómo cambian las relaciones sexuales. ¿Se producirá un estallido de sexualidad indiscriminada o, al contrario, una inhibición onanista a la japonesa? Puede que, tras esta experiencia, un cuerpo desnudo y cercano nos parezca demasiado “crudo”. Y vestido demasiado desnudo.

¿Y el tiempo? El tiempo del aburrimiento es lento, es tiempo estancado en el cuerpo, pero en la memoria, retrospectivamente, se percibe como tiempo uniforme que ha pasado en un solo bloque y de una sola vez. El tiempo de la aventura, de la variedad, del acontecimiento, es al contrario rápido, pero en la memoria se presenta diferenciado, rico y denso. En cuanto al tiempo del confinamiento, es paradójico: porque, encajonado o aprisionado en un espacio estrecho, él mismo se vuelve espacio, de manera

que se recorre la jornada en los mismos cuatro pasos con que recorreremos la habitación: de un solo paso, sí, ha llegado la noche. ¿Y el tiempo de las nuevas tecnologías? No es tiempo estancado y no es tiempo variado. Es el discurso mismo del tiempo desplegado en una ráfaga erosiva, pulverizado en una aceleración de fotogramas más rápidos que el universo. Hay memoria de la costumbre y hay memoria de la aventura. No hay memoria del tiempo tecnológico. Internet es un órgano rumiante que no distingue entre la ingestión y la evacuación. Y una escupidora que no devuelve la saliva.

El capitalismo no es un sujeto y, por lo tanto, no piensa. Es una estructura que determina los márgenes de intervención de los sujetos –y sus pensamientos– y que se reproduce a su vez a través de las decisiones individuales que moldea. Por este motivo se hace presente, de manera simultánea, como un modo de producción, una civilización y una medida del tiempo que, por su propia dinámica interna, ha acabado por ceñir los límites mismos del universo, por fuera y por dentro: un estado del mundo y un estado del alma, como diría Kafka. Por eso mismo, y al contrario que otros modos de producción y otros modelos civilizacionales, ya no tiene exterior. No hay ningún “afuera” en el que cultivar un huerto ni ningún desierto al que huir de las tentaciones. Todos dependemos de él, los ricos y los pobres, los veganos y los caníbales, los fachas y los comunistas. No cabe ya en él ni un Thoreau ni un Unabomber. O mejor dicho, caben perfectamente en él, y con sus extravagancias reproducen también esa estructura que no piensa ni desea pero que aquilata nuestros pensamientos y deseos; y que no tiene ningún plan pero que obliga a sus gestores y beneficiarios –heterogéneos y pugnaces– a hacer solo planes a muy corto plazo.

Lo inquietante, en todo caso, es que esta “sincronización vital” sin precedentes es indisociable de nuestra dependencia tecnológica, que el confinamiento ha agravado

Que no piensa –y que sólo hace planes a corto plazo– se demuestra en el hecho de que ha generado un sistema de dependencias que, como decía alguien hace poco, no es ni viable ni transformable, y ello precisamente porque convierte todas las bendiciones en maldiciones y todas las utopías en distopías. Un ejemplo particularmente paladino es el del petróleo. Ayer leía en la página *The oil crash*, de Antonio Turiel, una buena noticia, de la que ofrezco aquí una versión muy simplificada y narrativa: el consumo del petróleo ha disminuido en un 30% gracias a la pandemia y es muy probable que su caída –tanto en consumo como en precio– se precipite en picado todavía más. Esto debería ser saludable para el planeta y esperanzador para las economías individuales. Pero resulta que no. Es una maldición. Porque el capitalismo se ha preparado para producir petróleo, no para dejar de producirlo, y hay que sacarlo de la tierra sin parar, a riesgo de que los

pozos se petrifiquen sin vuelta atrás; y el ya sacado no se puede almacenar más de seis meses sin que su putrefacción genere más problemas ecológicos de los que ahorra su combustión en el aire. Así que, con independencia ya de los beneficios, la supervivencia material de todos depende de que minemos sin cesar las condiciones materiales de supervivencia de todos. O de otra manera: el capitalismo, que no piensa, es una estructura que nos obliga a pegarnos voluntariamente un tiro en la nuca para mantener con vida una estructura de la que dependemos para podernos pegar un tiro en la nuca unos días más.

Otro ejemplo –para terminar– es el de la medicina. Hace unos días leía con inquietud [un artículo de David Cayley](#), discípulo y amigo del teólogo y filósofo Ivan Illich, en el que se resumían las advertencias recogidas en *Némesis Médica*, un polémico libro de finales de los años 70 del siglo pasado. Allí Illich exponía los peligros de la institución médica, a partir del presupuesto de que todas las instituciones empiezan haciendo el bien y, si no saben mantener el equilibrio, acaban haciendo el mal. La institución médica, que nació para ampliar a todos los desconocidos –según su visión religiosa– el radio de acción de la caridad cristiana, devino en la segunda mitad del siglo XX un “sistema” autónomo y omniabarcante de anulación y confiscación de los cuerpos, expropiados de sí mismos y de su propia muerte. La medicalización de la vida se tradujo, según Illich, en una dictadura iatrogénica; es decir, en una dictadura de los efectos colaterales negativos de esta intervención médica masiva y minuciosa. Illich se refería no sólo a las muertes en hospitales, por errores o infecciones adventicias, sino, sobre todo, a la iatrogénesis social y cultural; al hecho, es decir, de que los ciudadanos occidentales hemos puesto nuestras vidas –y nuestras muertes– en manos de una Medicina a la que pedimos y que promete garantizarnos una Seguridad Total; una Medicina “sistematizada” que busca anticiparse siempre a todo riesgo y que, en nombre de la protección prospectiva, induce y satisface “un deseo patológico de salud”, colaborando tentacularmente en lo que Foucault llamó “biopolítica”.

A partir de aquí, David Cayley cuestiona el modo en que se ha abordado, desde este Sistema Médico, la pandemia del coronavirus, apostando de algún modo por la necesidad de “correr riesgos” frente al confinamiento severo y universal. No es que Cayley asuma la posición inicial de Trump o de Johnson. Su texto es provocativo pero prudente. Lo que hace es utilizar las medidas de los gobiernos –dictadas por expertos en epidemiología– para revelarnos esta “dictadura médica” que venimos asumiendo desde hace años como natural y beneficiosa, olvidando no sólo los miles de muertos de la iatrogénesis clínica sino, sobre todo, la dejación de derechos existenciales que ella entraña: de la farmacologización de la vida –de trágica vigencia– a la muerte en residencias, en soledad y sin despedida ceremonial. Y Cayley se pregunta si no habrá muchos abuelos que –como él

mismo– elegirían, si se los dejara, sacrificarse en favor de los más jóvenes: que elegirían, es decir, la libertad de arriesgarse y morir en lugar del “confinamiento en la supervivencia” impuesto por una Medicina que, en su afán de asegurar la salud, reprime libertades antropológicas y metafísicas elementales. Este derecho a la “libertad del riesgo”, por cierto, se ha hecho presente en España estos días en las protestas de nuestros mayores, que exigen que no se les excluya, por razones de edad, del futuro alivio del confinamiento y se les reconozca, como ciudadanos mayores de edad, su derecho, no lesivo para los demás, a salir a la calle –y exponerse, si así lo deciden– en igualdad de condiciones que sus vecinos más jóvenes.

Illich y Cayley explican mucho mejor que yo algunas de mis reflexiones de los últimos años. Lo único que le reprocharía a Cayley, quien por lo demás, como digo, es bastante prudente en sus propuestas, es que la pandemia en ningún caso ha permitido plantear una alternativa fuera del Sistema. Lo más inquietante es que esta crisis ha revelado precisamente la ausencia de un exterior y, en todo caso, la lucha entre dos Sistemas muy entrelazados o –dicho del modo más rotundo– íntimamente conniventes, provisionalmente separados por la disrupción de la pandemia. Cuando Trump cuestiona el Sistema médico no lo hace desde el cristianismo *illichiano* sino desde el Sistema capitalista neoliberal, que sería el que, en lugar del Médico y en lugar del abuelo mismo, decidiría la cuestión de “qué hacemos con el abuelo”. Por desgracia nos movemos en esta disyuntiva, pues hace tiempo que hemos sobrepasado esa fase –“mesopotamia humana”, la llamaba yo, “equilibrio”, dice Illich– en la que los seres humanos estaban lo bastante dotados de cuerpo como para ver en el cuerpo mismo un equilibrio reñido entre la vida y la muerte y no un “sistema” potencialmente confiado a la eternidad y amenazado desde fuera por una muerte siempre injusta y –como el dios de los judíos– ya casi innombrable. El cuerpo como “sistema”, tecnológicamente explorado y vigilado, es nuda vida; el cuerpo previo al sistema era tan vulnerable y friolero que sería un error echar de menos la Peste Negra, pero integraba, en todo caso, la vida y la muerte en un solo molde, confundidas en el mismo lecho. Antes del capitalismo, por así decirlo, éramos bígamos: nos acostábamos con la vida y con la muerte al mismo tiempo; y algo de eso habría que salvar al hilo de la crisis. Creo que la obra de Illich es en estos momentos más valiosa que nunca, no para llamar a dejar morir a los ancianos, claro, sino para entender ese contexto sistémico en el que ya no está en nuestras manos decidir, en ningún campo, sobre nuestros cuerpos. Y mucho menos sobre su final. Pero no nos equivoquemos. Porque la alternativa real, al contrario de lo que piensa o propone Cayley, no es “que decida el abuelo”. En estos momentos –incluso en términos de modelo de Estado– el conflicto no se da entre dictadura médica y libertad de morir; tampoco entre libertad de morir y dictadura de mercado. Se da entre Dictadura Médica y Dictadura de Mercado. “Riesgos” y “sacrificios” ya sólo

los pide esa economía neoliberal que niega la corporalidad misma que ella explota, distribuye y encadena. Frente a eso el hospital público, incluso infradotado de recursos, se nos antoja Jauja y Cucaña y Utopía. Habría que arrancar esos términos –como tantos otros– de las manos de los neoliberales que citan a Adam Smith con el propósito de destruir países enteros y devolvérselos a los “cristianos” como Illich y Cayley. No vamos desgraciadamente por ese camino. No queremos ni riesgos ni sacrificios y dejamos, por tanto, que se nos “arriesgue” y se nos “sacrifique” (como ocurre estos días con los trabajadores no confinados o despedidos). Por eso deberíamos aprovechar el confinamiento, que ha desmedicalizado radicalmente nuestra vida cotidiana (porque nadie va ya al hospital si no tiene el coronavirus y porque, según me cuenta un amigo médico, ha disminuido drásticamente el número de ictus e infartos desde el 14 de marzo) para cuestionar también el Sistema Médico, basado en los protocolos tecnológicos, las urgencias “masculinas” y la farmacologización de la existencia. Ahora bien, para poder hacer eso no basta con oponerse al Sistema Médico, que es sólo relativamente autónomo, y defender en su lugar la medicina como ciencia y como arte; atrapados como moscas en la red de dependencias de la civilización capitalista, sólo podremos desmedicalizarnos –y recuperar nuestro cuerpo y su cónyuge la Muerte– si cuestionamos el Sistema Capitalista, secuestrador de cuerpos y cuidados, que *quizás* es contemporáneamente inviable e indestructible; que *quizás* sólo permite elegir entre la protección institucional de vidas pasivizadas, con sus efectos iatrogénicos a veces terribles, y la desprotección selectiva de la mayor parte de la población.

Aferrémonos a este *quizás* con todas nuestras fuerzas colectivas.

Israel estudió cómo aplastar una posible revuelta civil armada por el coronavirus

El ejército y otros estamentos israelíes consideraron la posibilidad de un grave deterioro de la situación social en el país y examinaron cómo aplastar una hipotética revuelta causada por la parálisis económica. En un documento al que tuvo acceso *Haaretz*, redactado en el pico de la crisis, el ejército recomendó al gobierno suavizar las restricciones y mostrar menos fuerza y más compasión para no exacerbar las tensiones.

Eugenio García Gascón

26 abril 2020



Miembros del ejército israelí. / Reuters

El ejército israelí empezó a prepararse hace dos semanas para hacer frente a un escenario de **revuelta armada popular** si la situación económica del país se deterioraba significativamente como resultado del cierre casi completo de la economía decretado por el gobierno para hacer frente a la **pandemia**, revelaron varios medios de comunicación.

El Consejo para la Seguridad Nacional reunió un panel de 30 miembros entre los que había analistas y oficiales del ejército, funcionarios del gobierno, delegados de la policía y notables del mundo académico, para discutir en qué circunstancias podría darse una revuelta civil y de qué manera habría que aplastarla.

Las recomendaciones del panel, a las que tuvo acceso el diario *Haaretz*, se redactaron después de estudiar dos posibles escenarios: una "revuelta civil"

y "una desobediencia civil a gran escala" debido a una "tensión que podría conducir a un resentimiento o enfado entre la gente".

En opinión del panel, la tensión y el enfado "no conducirían a fenómenos sociales a gran escala por sí mismos, al menos a corto plazo", pero el segundo escenario existiría la potencialidad de causar un "daño a largo plazo a la sociedad israelí y a la democracia".

Una posible causa para un levantamiento popular a gran escala, dice el documento, podría ser la falta de fe en el gobierno y en el sistema político, o el hecho de que pareciera que el gobierno está **perdiendo el control** sobre la pandemia o el estado.

Otros elementos que podrían causar un levantamiento civil serían la lucha económica, las hipotecas y la incapacidad de algunos de pagar el alquiler o incluso de comprar alimentos, así como una **escasez de alimentos** en las tiendas. Precisamente, el viernes el gobierno de Benjamín Netanyahu, fuertemente presionado por los sectores económicos, decidió **levantar más restricciones** autorizando la apertura de los pequeños comercios, pese a la oposición inicial del ministerio de Sanidad.

En el documento redactado hace dos semanas se decía: "La rutina de la vida al completo se ha roto de repente para la mayoría de la población (...), el final del cierre todavía no se conoce y la gente ha recibido distintas estimaciones, desde varias semanas a muchos meses". Esta circunstancia, decía el panel, puede conducir a tensiones sociales, **desobediencia civil** y resentimiento hacia las autoridades"

Se mencionaba un sondeo realizado por el ejército donde se recogía que el 88% de los encuestados aseguraban que sus vidas se habían visto gravemente afectadas por la crisis, y un 75 por ciento decían que solo salían de sus casas si era absolutamente necesario. El 19% no salía de sus domicilios bajo ninguna circunstancia.

El panel advertía que la gente podría encontrar una cabeza de turco en un grupo social particular como los árabes, los ultraortodoxos o los extranjeros, inmigrantes ilegales y refugiados, quienes podrían llegar a pagar por la expansión de la pandemia y la crisis económica.

"El bienestar de la gente se ha dejado de lado para concentrarse en detener la propagación. Con la **extensión de la cuarentena** es necesario prestar atención y dar recursos a la gente para enfrentarse a la causa de las tensiones entre la gente", decía el documento, que advertía que si no se proporcionaban recursos, la gente podría levantarse contra el gobierno.

El panel recomendó al gobierno que contratara a miles de israelíes para trabajar en los hospitales y en unidades de seguridad comunitarias semejantes a las que funcionan en las poblaciones cercanas a la **Franja de Gaza**. También recomendaba que los soldados participaran en la distribución de alimentos y realizaran patrullas nocturnas.

Al gobierno le indicaba que debía adoptar una posición más relajada con la gente. "Menos munición y más compasión", sentenciaba. También le recomendaba que **policías desarmados** visitaran a los israelíes de más edad y que distribuyera alimentos por las tardes entre los musulmanes durante el **mes de ramadán** que empezó este viernes.

Según *The Jerusalem Post*, a pesar de la recomendación de que el ejército y la policía deberían actuar sin tanto rigor, el gobierno ha usado ampliamente la fuerza en otras protestas a gran escala, especialmente contra el sector árabe. En octubre de 2000, se aplastaron las protestas árabes con un coste de 13 civiles muertos en la **Galilea** poco antes de que estallara la segunda intifada.

La ausencia del ruido humano atrae a ballenas y delfines hasta las costas

Agencia Atlas

26 abril 2020

Como si se sintiese observada, una ballena rorcual juguetea frente a la costa de les Columbretes. Lo mismo que este otro grupo de rorcuales, cruza el estrecho muy cerca de la costa de Gibraltar. Y es cerca de allí donde se está haciendo habitual la imagen: delfines que no tienen ningún pudor en acercarse hasta la orilla desde que no es territorio hostil. Y lo hacen, porque ya no escuchan nuestro ruido. Tanto que son los propios aficionados los que graban estas imágenes. Vídeos que luego servirán de estudio para relacionar nuestro aislamiento con el comportamiento de los cetáceos. Tal vez esa sea nuestra mayor lección desde que no ocupamos los mares.

Las mascarillas se convierten en un nuevo reflejo de la diversidad cultural del mundo

Las mascarillas, vitales para los trabajadores sanitarios, ya son obligatorias para la población general en algunos países y ciudades; recopilamos algunas imágenes en varios países del mundo

Clara Giménez Lorenzo

26/04/2020



Un conductor de rickshaw lleva mascarilla en Sylhet, Bangladesh Md Rafayat Haque Khan/
EUROPA PRESS

Desde el inicio de la crisis del coronavirus, las mascarillas han sido un bien preciado y escaso, también objeto de debate. ¿Cómo debemos ponérselas? ¿Las debe llevar toda la población? La postura sobre el uso generalizado de mascarillas cambia a medida que sabemos más del coronavirus y comienza la desescalada de medidas. Aunque la OMS aún no es cauta, entidades como Centro Europeo para la Prevención y Control de Enfermedades

(ECDC, por sus siglas en inglés) ya recomiendan el uso de mascarillas a la población general.

También lo hacen gobiernos como el de Alemania, que ya ha comenzado el periodo de "nueva normalidad" –reactivar gradualmente la economía con un virus latente– y decretará el uso obligatorio de mascarillas desde el próximo lunes. Mientras nos acostumbramos a incluirlas en nuestra rutina, hemos recopilado algunas imágenes alrededor del mundo.



Un hombre lleva una mascarilla personalizada de ACDC EFE/ Javier Cebollada



Giorgia Meloni, presidenta del partido derechista Hermanos de Italia, lleva mascarilla en una sesión parlamentaria Roberto Monaldo/ EUROPA PRESS

Un hombre lleva una mascarilla personalizada con el logo del grupo ACDC, en Zaragoza, y una diputada nacionalista italiana luce la bandera del país en el Parlamento. Muchas personas ya se han lanzado a customizar su propia mascarilla, ante la previsión de que será obligatorio o al menos recomendable llevarlas durante los meses venideros. Debido a la alta

demanda y escasez, en todo el mundo se están llevando a cabo numerosas iniciativas para coser mascarillas de forma solidaria. Aquí te explicamos, paso a paso, cómo fabricar la tuya.



Un seguidor de Bolsonaro con una mascarilla personalizada en una protesta Dario Oliveira/EUROPA PRESS

Incluso quienes protestan contra el confinamiento son conscientes de la importancia las mascarillas. En la imagen, un seguidor del presidente brasileño, Jair Bolsonaro, lleva una mascarilla personalizada durante una protesta para exigir la reapertura del comercio en el estado de Sao Paulo, que alargó recientemente el periodo de restricciones por el coronavirus.



Un monje lleva mascarilla en Ginza, Tokio Agustin Vargas Tabares/ZUMA



Un sacerdote ortodoxo participa en una ceremonia religiosa en Jerusalén, este 18 de abril Ilia Yefimovich / EUROPA PRESS

La actitud de los líderes religiosos ante el coronavirus sirve como ejemplo a los miembros de su comunidad. La mayoría sigue las recomendaciones, como este monje que lleva mascarilla en Ginza, Tokio, o el sacerdote ortodoxo que participa en una ceremonia de Pascua en Jerusalén. En estas fechas comienza el Ramadán, que más de mil millones de musulmanes vivirán desde sus casas en una situación sin precedentes.



Un hombre pone mascarillo a su perro en El Cairo, Egipto Omar Zoheiry / EUROPA PRESS

Un hombre pone una mascarilla a su perro en El Cairo, Egipto, este 12 de abril. Aunque el patógeno provenga de animales, los perros son muy poco propensos al contagio, según han concluido investigadores del Laboratorio de biotecnología veterinaria y el Centro de contención, control y prevención de enfermedades en animales de China. En el país asiático, según cuenta el periodista Zigor Aldama, en un inicio se abandonaron e

incluso asesinaron mascotas ante el temor de que pudieran transmitir la enfermedad

Un niño juega al fútbol sin quitarse la mascarilla este 12 de abril en Hong Kong, durante las vacaciones de primavera. China, el país que fue el primer epicentro de la pandemia –especialmente China continental, en Hong Kong se alcanzaron unos 1.000 contagios–, está volviendo a la normalidad. Wuhan, la ciudad en la que surgió el brote, levantó la cuarentena el pasado 8 de abril, aunque las medidas de distanciamiento social seguirán vigentes durante un largo periodo.

Mascarillas en el paisaje urbano y obras de arte



El Ayuntamiento de Río pone mascarillas en las estatuas de la ciudad EFE/Antonio Lacerda

Vista de la escultura del poeta Carlos Drummond de Andrade y del cantautor brasileño Dorival Caymino con mascarillas este 23 de abril, en Río de Janeiro. El jueves, el Ayuntamiento puso mascarilla a estas estatuas, así como a la del capitán de la mítica selección brasileña de 1958 Hilderaldo Bellini y el cantante Cartola para concienciar a los brasileños sobre el uso de mascarillas, que ha comenzado a ser obligatorio en la ciudad.



Un hombre con mascarilla camina junto a un mural en Ipoh, Malasia, este 20 de abril Zulfadhli Zulkarnain /BERNAMA/EUROPA PRESS



Maniqués con mascarilla y el mensaje 'quédate en casa' para concienciar a la población Paul Hennessy / POLARIS / EUROPA PRESS

Muchas obras de arte urbano lucen ahora con mascarillas, como es el caso de este mural en la ciudad de Ipoh, en Malasia. Incluso hay quien pone mascarillas y guantes a los maniqués, como en esta tienda de Winter Park, Florida, cuyo escaparate ahora tiene mascarillas con el mensaje 'quédate en casa' para concienciar a la población.



'El beso' de Lichtenstein EFE/Gonzalo Cuevas

Esta obra del Covid Art Museum muestra "El beso" de Lichtenstein con mascarillas y forma parte de las piezas que se pueden ver en el [primer museo digital de arte creado en la cuarentena](#), que busca recoger el testimonio artístico surgido en la pandemia. "Supone un gran punto de inspiración porque al final los artistas están contando lo que están viviendo. Es una situación excepcional e histórica. Se despiertan estímulos nuevos que arrancan a la gente a contar y crear cosas nuevas", opinan los creadores de la iniciativa.

Wuhan: de repente, el coronavirus tomó el poder

La documentalista Ai Xiaoming volvió a su ciudad natal en enero de 2020 para pasar las vacaciones del Año Nuevo Lunar con su padre, ya anciano. Ha narrado el confinamiento de la capital de Hubei en un diario

Ai Xiaoming

27/04/2020



Vista de Wuhan.

La documentalista y académica de los estudios de género Ai Xiaoming volvió a Wuhan, su ciudad natal, en enero de 2020 para pasar las vacaciones del Año Nuevo Lunar con su padre, ya anciano. Durante el confinamiento por coronavirus, Ai publicó una serie de entradas de diario en la página web Matters, en forma de audios, fotografías, poemas, prosa y el guion de una obra de teatro compuesto únicamente con mensajes telefónicos, ilustrado con una foto de un alto bloque de apartamentos. Publicamos la primera entrada.

Regresé a Wuhan desde Guangzhou el 16 de enero. Por aquel entonces, había oído hablar de un resfriado viral –o algo así–, pero no le di más importancia, pensando que, al fin y al cabo, era invierno, y ningún invierno transcurre sin resfriados virales. Para el 17, tenía que encontrar un nuevo cuidador para mi anciano padre, dado que la persona que se había ocupado de cuidarle estaba volviendo a su ciudad natal. El 17 y el 18 fui varias veces

al hospital para preguntar sobre esto, pero no noté nada inusual. Si hubiese sabido en aquel momento lo grave que era la situación, probablemente no me hubiese atrevido a ir.

Los equipos de voluntarios son relativamente pequeños y flexibles, capaces de entregar decenas de miles de equipos de ropa protectora a la primera línea del frente

El 19 de enero, una amiga vino a cenar, y me contó que había oído hablar de una propagación de neumonía en Hankou. Me enseñó algunas fotos, diciendo que parte del personal médico se había infectado, y que los pacientes se habían trasladado a las unidades de cuidados intensivos, donde los gastos diarios para salvar una vida son muy elevados. Por aquel entonces todavía no me lo tomaba en serio. El 20 de enero fue un punto de inflexión, cuando, de repente, el coronavirus tomó el poder. Tres días después la ciudad había sido confinada: tres días de tremenda agitación.

El tráfico en la estación de trenes de Wuhan se ha detenido. Los residentes están siendo sumergidos en una avalancha diaria de información. La epidemia de repente se ha vuelto aterradora, traumática y confusa. Como el resto del mundo, me apresuré a una farmacia para comprar los productos de higiene y tratamiento más básicos para mi padre (bastoncillos de algodón, enemas de glicerina, desinfectante, alcohol isopropílico, etc.); las medicinas con receta aún seguían estando disponibles únicamente en el hospital. Conseguí hacerme con unas pocas botellas de desinfectante, pero el alcohol isopropílico solo estaba disponible en pequeñas botellas de 100 mililitros, puesto que no quedaban botellas de 500 mililitros. Las mascarillas se habían agotado en algunas farmacias y aquellas que todavía tenían habían subido el precio de 12 yuan a 16 (entre 1,50 y 2 euros). Incluso una mascarilla normal de algodón cuesta ahora 16. Las quirúrgicas no estaban disponibles en ninguna parte. Estaba aprendiendo que las mascarillas N95 adoptan muchas formas distintas.

Limpié la casa con desinfectante. Quedando apenas dos días para el Año Nuevo Lunar, me di cuenta de que los encuentros y las cenas festivas no iban a ser posibles. Los rumores comenzaban a ser alarmantes. Entre el confinamiento, el 23, al Año Nuevo Lunar, el 25, el año comenzó de una manera tan extraña que me sentí desorientada. Pensé en el riesgo que había tomado contratando a la cuidadora del hospital sin ninguna conciencia de la epidemia, y el riesgo que corríamos si ella se hubiese infectado. Todo era un embrollo.

*

El 29 de enero, acompañé a un equipo de voluntarios. Con quince coches, el equipo repartió 6500 equipos de protección individual (EPI) a veintiún hospitales e instituciones. El grupo coordinador se componía de entre unas diez y veinte personas, que buscaban información actualizada en las redes

sociales a todas horas, incluso cuando comían. Uno de ellos anunció que había encontrado a la venta 2000 EPIs, e inmediatamente se pidieron y pagaron con 80000 yuanes (unos 10400 euros) que habían sido donados. Los voluntarios haciendo trabajo de campo en Wuhan se encargarían de recibirlos y de ponerse en contacto con los hospitales. Si los hospitales no pudiesen enviar a alguien a recogerlos, los voluntarios los entregarían ellos mismos.

Uno de los voluntarios era un graduado de la Universidad de Fudan, y estaba en un chat de más de cuatrocientos graduados de dicha universidad que viven en Wuhan. Cuando se enteraron de las noticias, antes del Año Nuevo, decidieron hacer algo y empezaron a contactar entre ellos. Consiguieron más de 600000 yuanes (unos 78000 euros) en donaciones; muchos hospitales habían estado pidiendo donaciones a la población. Los graduados de Fudan movilizaron sus redes de contactos para buscar equipamiento de emergencia. Cuando alguno se enteraba de que en alguna provincia un proveedor de telas no tejidas seguía teniendo EPIs en stock, se desplazaban hasta allí y los compraban en efectivo antes de transportarlos a Wuhan. Entonces, otros voluntarios enviarían estas donaciones a los hospitales en base a lo solicitado por los donantes. Por ejemplo: si yo fuese una graduada de la Universidad de Hong Kong y resultase que sé de un colega graduado que trabaja en un hospital al que se le estuviese acabando el equipamiento, podría pedir que mi donación fuese enviada a ese hospital específicamente. Los voluntarios llevarían, entonces, el equipamiento al hospital.

En realidad, no querían que fuese con ellos. Me presenté voluntaria porque quería ver cómo era la situación sobre el terreno, y también porque sentía que debía contribuir de alguna manera. Pero todos los jóvenes que pasaban cerca de mí me decían: “Disculpe, abuela”. Necesitaría ponerme una de esas batas blancas para que me tomaran en serio.

*

Grabar y realizar entrevistas será difícil, ya que también tengo una responsabilidad con mi familia y mi comunidad. Espero hasta estar fuera del recinto de nuestra casa para ponerme mi propio EPI, y al acabar el día me lo quito antes de volver a entrar. Es mejor no sembrar el pánico entre los vecinos: si las personas a tu alrededor descubriesen que has estado en un hospital que trata enfermedades infecciosas, todo el mundo se preocuparía de que trajeras el virus al volver. Pero ahora los hospitales han empezado a pedir ayuda, ¿quién responderá si nadie da un paso adelante? No es fácil ofrecerse voluntario en este momento, cuando el gobierno ha pedido que todo el mundo se quede donde esté. Los voluntarios son principalmente gente joven, que pueden ser desalentados por la preocupación de sus padres por su seguridad. Los equipos de voluntarios son relativamente pequeños y flexibles, capaces de entregar decenas de

miles de equipos de ropa protectora a la primera línea del frente. Están cumpliendo un papel vital en la respuesta a demandas urgentes.

A duras penas puedo creer que nuestro sistema de salud pública pueda ser tan frágil y vulnerable; que nuestros recursos médicos sean tan escasos es algo que está más allá de mi imaginación

Ayer escuché que doctores y enfermeros de algunos hospitales ya no podrían revisar las salas porque se les estaba acabando el equipamiento protector. Hoy hemos ido a repartir EPIs a los hospitales; había veinticinco EPIs en cada caja, y hemos entregado veinte cajas, así que quinientos EPIs. Uno de los equipos se le ha dado a un voluntario que no tenía ropa adecuada, incluso cuando todos los hospitales que estábamos recorriendo estaban tratando a pacientes con síntomas severos. También repartimos dos cajas a un centro social.

Nuestra primera entrega fue a un gran hospital. Un administrador vino a comprobar los EPIs y los aceptó. Cuando llegamos al centro social, la joven de la recepción nos comentó que había unos treinta miembros del personal que no se habían cogido ningún día libre desde Año Nuevo. Solo les quedaban cincuenta EPIs; les dimos otros cincuenta. La joven que firmó el recibo no tenía ropa protectora, tan solo una mascarilla. Nos dijo que los equipos de protección estaban reservados para los doctores y enfermeros que tuviesen que trabajar en las salas. Los EPIs debían ser sometidos a rayos ultravioleta y, entonces, reutilizados. Escuchar esto fue devastador.

Nos estamos quedando sin alcohol y sin mascarillas. Al final de cada día, lavo mi EPI en la lavadora, lo rocío de desinfectante y lo seco en el radiador. Antes de ponérmelo de nuevo, lo rocío de alcohol. Hoy se me ha acabado el alcohol y he tenido que bajar a la farmacia a comprar otras dos botellas –el máximo permitido debido al racionamiento–. No podemos (y no lo haremos) pedir un nuevo EPI, porque aquellos que trabajan en los hospitales los necesitan también. Las mascarillas también se han agotado. Las N95 no están disponibles, incluidas las que se usan para protegerse del polvo y no de los virus. Cuando las farmacias se reabastecen, se venden demasiado rápido. Cuando salimos, normalmente llevamos una mascarilla desechable por encima de una N95. Yo hiervo mi mascarilla N95 en una tetera eléctrica y luego la seco en el radiador –alguien dijo que las altas temperaturas matan el virus–. El precio es también un problema: una N95 cuesta 25 yuanes (3,20 euros), que se acumularían hasta los 750 (casi 98 euros) al mes. Incluso si puedes protegerte del virus, tienes que vivir junto a otros que no tienen mascarillas. Sé que es risible lavar mascarillas desechables, pero no hay otra alternativa.

¿Cómo han llegado los hospitales a la situación en la que no pueden dejar de pedir ayuda a la población? Estamos contemplando el vaciamiento de la “gestión social”. Es increíble que, aún teniendo gastos públicos tan altos y numerosas cadenas globales de suministros, nuestros hospitales se hayan

quedado sin mascarillas y EPIs y tengan que pedir ayuda. Esto realmente me desconcierta. Encontraría más comprensible que no hubiese suficientes respiradores, laboratorios, o que no se hubiese encontrado una cura para el virus; pero, ¿cómo pueden los hospitales no tener suficientes mascarillas, ropa protectora y desinfectante, hasta el punto de no poder lidiar con una epidemia? A duras penas puedo creer que nuestro sistema de salud pública pueda ser tan frágil y vulnerable; que nuestros recursos médicos sean tan escasos es algo que está más allá de mi imaginación. En estas circunstancias, ¿cómo puede estar garantizada la vida y la seguridad públicas?

El pánico está llevando a crisis y problemas más horrendos que la epidemia en sí misma, porque está resultando en el aislamiento entre los individuos y en un egoísmo exacerbado

Si el confinamiento se alarga, puede que nos esperen aún más dificultades, a medida que los recursos se vuelvan más y más escasos. La vida diaria se verá afectada. Proveer de medicinas a los ancianos se convertirá en un problema, y nadie sabe si los hospitales podrán seguir prescribiendo recetas. Si las mascarillas se agotan y los bienes no circulan, la vida que nos espera es difícil de imaginar.

Se nos ha acabado la comida para gatos y el pedido *online* no ha llegado. Todo lo que podemos hacer ahora mismo es mantener una frágil estabilidad.

*

El pánico está llevando a crisis y problemas más horrendos que la epidemia en sí misma, porque está resultando en el aislamiento entre los individuos y en un egoísmo exacerbado, creciendo rápidamente y a una escala masiva. Hemos presenciado mezquindad, autoprotección y tratar a los vecinos como enemigos. Este comportamiento bárbaro, desencadenado por el pánico, apunta a una crisis humanitaria, que es un virus más dañino.

El estricto control inicial de la información hizo que la propagación del virus fuera inevitable. Muchas de las medidas tomadas posteriormente no fueron sometidas a suficiente debate público, sino que fueron impuestas como un repentino apagón. Las medidas gubernamentales pasaron de informar a la población sobre la epidemia al confinamiento de la ciudad, restringiendo el movimiento y suspendiendo todo el transporte público; lo cual, unido a informaciones falsas, ha sembrado el pánico. El pánico extremo ha provocado respuestas sociales extremas. Una dimensión de esto es el creciente aislamiento, entre individuos, entre provincias y entre pueblos. Y entonces este comportamiento se reproduce. Eslóganes como “Entrar en el pueblo significa masacrar a sus habitantes” refuerzan el supuesto histórico de que la epidemia significa muerte y el aislamiento significa supervivencia.

Ayer vimos en las noticias que, tras haber aislado a un padre, su hijo mayor, que sufría parálisis cerebral, fue abandonado solo en casa y murió unos días más tarde. El hijo más joven, que no estaba infectado, fue puesto en cuarentena junto con el padre y otros pacientes. La muerte del chico de diecisiete años era una metáfora, alertándonos del tipo de tragedia que puede ocurrir bajo este extremo aislamiento. ¿Cómo hemos podido dejar a un niño con parálisis cerebral desatendido y solo? Si la ciudad y la gente de Wuhan son aislados más allá de cierto punto, cada uno de nosotros puede acabar como ese chico. Hemos sido simplemente abandonados, forzados a una desesperada situación de extrema desolación, sin ningún sitio al que escapar ni nadie que nos ayude. Por supuesto, en teoría, puede que no se llegue a tal punto, pero la desesperación del chico es un aviso.

Tenemos que preguntarnos a nosotros mismos sobre las causas profundas de este comportamiento –de abandonar a otros, e incluso de incitar al odio–. ¿Cómo hemos podido volvernos tan crueles, bárbaros e inhumanos? Parece que cuando encaramos esta epidemia, perdemos la capacidad de analizar y pensar racionalmente, recurriendo a métodos primitivos, incivilizados e inhumanos. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? El coronavirus nos ha permitido ver la fragilidad de nuestra psicología social, las flaquezas de nuestra gestión social y de las instituciones políticas gobernadas sin libertad de expresión y de prensa. Esto no puede garantizar la seguridad pública. El coronavirus ha revelado los problemas del sistema, y debemos encontrar una manera de afrontarlos.

*

Nací en Wuhan y me siento profundamente vinculada a la ciudad. Pero hay momentos en que pienso para mí misma: “Aquellos que habéis maldecido Wuhan, aquellos que habéis impedido que sus residentes vuelvan a casa, aquellos que nos habéis acosado, más os vale alejaros del florecimiento de nuestros cerezos cuando la epidemia acabe, y nadie volverá jamás a servirnos unos fideos calientes”. Por supuesto, tan solo es un chiste.

Wuhan es una ciudad con una larga historia, conocida como la “Avenida a Nueve Provincias”. Presenció el primer levantamiento en la revolución de 1911. Fue también un enclave fundamental durante la guerra chino-japonesa. Tras la caída de Nanjing, el gobierno nacional se trasladó a Wuhan, desde donde dirigieron una de las principales contiendas aéreas. Todas las operaciones militares se controlaron desde el sótano de la Biblioteca Provincial de Hubei. El gobierno nacional se asentó aquí durante un año antes de su partida a Chongqing en 1938; y muchos intelectuales se quedaron largo tiempo durante la guerra. Wuhan posee un paisaje asombroso, y el río Yangtsé es realmente bello.

Todos los voluntarios le tenemos un gran cariño a Wuhan. Vivimos aquí, y nuestra experiencia vital está entrelazada con la ciudad. Ninguno de nosotros puede soportar el ver la caída de la ciudad frente al asalto de la

epidemia. Ni podemos tolerar los abrumadores insultos que nos lanzan cuando la gente dice: “Vosotros, de Wuhan, deberíais pagar el precio”, o “No deberías salir a dañar a otros”. Algunos reporteros han hecho que pareciera que cogerías “neumonía de Wuhan” si ibas a Wuhan o veías a un wuhanés. Y eso sin mencionar los violentos actos de persecución y acoso a las personas de Wuhan. Igualar el virus con wuhanés es una estigmatización y una violación de la dignidad de la gente de esta ciudad.

No hace mucho, Wuhan se gastó cientos de miles de millones en acoger los Juegos Mundiales Militares. Mucha de su infraestructura ha sido mejorada, pero, con todo, es difícil digerir el hecho de que una ciudad que pudo permitirse gastar tanto dinero en acoger semejante espectáculo no haya equipado sus hospitales con suficientes EPIs. El contraste es simplemente desolador.

En un tono más positivo, realmente me han conmovido los jóvenes voluntarios. Son gente normal y corriente que ha dado un paso adelante, haciendo un esfuerzo por salvar una ciudad al borde del colapso. La gente joven ha asumido las responsabilidades voluntariamente, sacrificando su propia seguridad en beneficio del bien público. Haciéndolo, también han formado una conexión entre ellos basada en valores compartidos. A este respecto, creo que todo esto es también una oportunidad para el surgimiento de nuevas fuerzas sociales.

Wuhan, 1 de febrero de 2020.

Notas:

1. Las entradas del diario de Ai Xiaoming están publicadas en matters.news/@tianguowawa. Para un debate sobre su trabajo anterior, véase la entrevista con ella: “The Citizen Camera”, en *New Left Review*, núm. 72 (noviembre-diciembre de 2011). [N. de NLR]
2. El área metropolitana de Wuhan comprende tres ciudades, abarcando la confluencia de los ríos Han y Yangtsé; Hankou está ubicado en la orilla norte del Yangtsé, Wuchang en la orilla sur, y Hanyang se encuentra en la orilla sur del Han. [N. de NLR]
3. Mascarillas N95: mascarillas tipo quirúrgicas, de las que se dice que detienen el 95% de las partículas en el aire. [N. de NLR]
4. En China la flor del cerezo simboliza, entre otras cosas, la primavera y el renacimiento. [N. del T.]

Entrevista a Beatriz González López-Valcárcel Miembro del comité de expertos

que asesora al Ministerio de Ciencia e Innovación (Fragmentos)

Gumersindo Lafuente

28 abril 2020

¿Cómo está funcionando en España ese equilibrio entre expertos y políticos? ¿Hay tensiones? Imagino que en algunos momentos los intereses pueden ser diferentes.

Así como la separación de poderes entre legislativo, ejecutivo y judicial es lo que fundamenta la democracia, que los expertos puedan tener juicios independientes, no teñidos por intereses partidistas o políticos, es algo muy positivo y muy necesario para que podamos trabajar y generar confianza. Nuestro comité se creó hace una semana y hemos empezado a trabajar muy duro. En la única reunión que hemos tenido con los ministros nos encargaron que les ayudemos a responder preguntas para reducir la incertidumbre y aumentar el conocimiento sobre el virus, la enfermedad y sus consecuencias. Para este trabajo la independencia y la utilización del método científico son fundamentales.

Como especialista en temas de Economía de la Salud, con todo lo que eso representa justo en este momento, ¿qué ha fallado en nuestro sistema público cuando, por ejemplo, tenemos el mayor índice de contagios entre los profesionales?

El virus emergió con una velocidad impensable en apenas una semana. A finales de febrero, en Madrid, por ejemplo. Nadie sospechaba que muchos de los pacientes que llegaban pudieran tener esta enfermedad. Entonces no se sabía tampoco su contagiosidad. Lo que falló fueron los equipos de protección individual, conseguir el distanciamiento adecuado con el paciente para no contagiarse. El problema del cuello de botella de los suministros de equipos fue fundamental. Creo que el sistema sanitario aprendió muy rápidamente, y esto es algo muy bueno, a cómo reorganizarse para hacer un circuito Covid y otro No Covid, para diferenciar zonas posiblemente infectadas y otras que no. En fin, hemos aprendido mucho y hemos cambiado muchísimo los procedimientos. Por ejemplo, dentro de los hospitales, la separación rígida que había entre especialistas de distintas especialidades se ha roto. Los neumólogos, los infectólogos, los internistas tratan conjuntamente a los pacientes de COVID-19. Se ha cambiado la forma de trabajar, en Atención Primaria en particular.

Qué opina sobre la capacidad de reacción de un sistema público de salud versus un sistema muy privatizado como es el de las residencias de ancianos.

Que una organización tenga fines lucrativos, en principio, lo que indica es que su creación de valor es el conseguir beneficios y, por tanto, si es una sociedad anónima lo hará bien si crea valor para los accionistas. Pero este no es el objetivo de un sistema de bienestar social, que sería el bienestar de las personas, la salud de las personas. En este sentido, el que las residencias sean privadas no es el problema. El problema es que las residencias deberán tener un control más cercano, cumplir unos requisitos mínimos, igual que tienen los hospitales privados, que tienen unos mínimos para ser acreditados y para funcionar y están sujetos a una inspección real.

Da la sensación de que en un mundo tan globalizado y sobre todo en el de la ciencia y la medicina, en el que se comparten los avances en tiempo real, esta situación nos ha pillado con la guardia baja.

Sí, sí, absolutamente. Cuando llegue la segunda oleada, que llegará, estaremos tan preparados como estaban en Hong Kong, en Singapur o Corea del Sur, porque tuvieron el SARS. Es verdad que tuvimos una visión muy corta, que pensábamos, de alguna manera, que esto era un virus chino. Pero claro, es que también en descargo de Occidente, digamos que la comunidad científica está convencida de que el número de fallecidos en China no era el real. Cuando nosotros veíamos esos datos y un número de fallecidos tan pequeño para un número tan grande de casos pensábamos que esto era como una gripe. Pero mira lo que le ha pasado a Singapur, estaba en el podio de los mejores resultados y en dos semanas saltó de unos pocos casos a diez mil y esto pasó porque tenía una masa de trabajadores inmigrantes que vivían en grandes zonas compartiendo habitación, se contagió uno y el virus corrió como la pólvora. Este virus es tan sibilino y peligroso que incluso en los países que nos parecen modélicos ocurre esto.

¿Cuáles son esas cuatro o cinco cuestiones fundamentales para poder abrir la economía de un país como España?

Las condiciones que puso el Ministerio respecto a condiciones del sistema sanitario y de situación epidemiológica me parecen muy razonables. El Ministerio dice que no se va a poder abrir más la economía –que significa desconfinar, abrir los negocios, que la gente vaya a trabajar– mientras no tengamos los recursos suficientes. Suficientes respiradores de reserva, una reserva estratégica de EPIS, que el número de camas ocupadas no supere en los hospitales y en UCI un cierto porcentaje de las camas totales. Estas condiciones previas me parecen razonables, pero hay condiciones

previas no sanitarias que aún no se han abordado para garantizar que podamos mantener la distancia física entre las personas, que no la distancia social. Tenemos que apartar el concepto de distancia social, que es erróneo, y cambiarlo por distancia física. Si algo nos hace falta más que nunca es acortar las distancias sociales, relacionarnos con los demás, pero no físicamente, claro. Los abuelos no pueden abrazar a sus nietos, pero pueden hablar y verlos por Zoom.

Mantener la distancia física es uno de los grandes retos y se complica en la movilidad, el transporte. Creo que vamos a tener que seguir con el teletrabajo en todas aquellas ocupaciones que lo permitan durante bastante tiempo. Y esto ya quita bastante de uso de transporte público, pero con todo es un reto. No hay duda.

Uso de los dispositivos y tradiciones en la pandemia: hacia un paradigma de los cuidados

Roque Farrán

26 abril 2020

La pandemia, como momento decisivo y de peligro extremo para la existencia común, conlleva también la oportunidad de transformarnos a nosotros mismos. El cuidado y el uso de los dispositivos son indicios que nos pueden orientar en ello. Por supuesto, no hay garantías ni fines ni principios absolutos en semejante orientación, sino apenas tendencias que se insinúan con mayor o menor intensidad.

En todo dispositivo tecnológico, desde el más minúsculo medio micropolítico (como son las redes sociales) hasta el Estado moderno (con su diversidad de aparatos), hay siempre tres tendencias en pugna: (i) la conservadora-reproductiva, (ii) la represora-destructiva, (iii) la inventiva-transformadora. No se trata de idealizarlas, porque nunca se dan puras y además se solicitan mutuamente; a veces la conservadora se alía paradójicamente con la destructora, o la inventiva con la conservadora, o la destructora solicita la invención, etcétera. Otra complejidad añadida a esto es que las tendencias tampoco se juegan con el mismo estilo retórico en cada dispositivo: en una red social puede ser conservador el estilo cínico agresivo, inventivo un meme o un aforismo, destructor un extenso

soliloquio teórico, etcétera. Modos que a lo mejor invierten en su valencias en un aula virtual o real; en una asamblea universitaria; en un consultorio *psi*, etcétera. Atender entonces a las tendencias y los modos en cada dispositivo, pues no hay sentido único ni homogéneo. Esa atención por lo singular distingue a la tendencia materialista del pensamiento, sea donde sea que se juegue.

Como he esbozado por ahí (1), podemos apostar en consecuencia a profundizar un cambio materialista en la organización del Estado, ligado ahora a la primacía de los cuidados y los aparatos ideológicos que lo encarnan en su faz transformadora: ciencia, salud, familia, educación, etcétera. Entendiendo la complejidad de las tendencias señaladas. En lugar de un paradigma “securitario” del Estado, podríamos plantear un paradigma “cuidaritario”. Para que la tendencia materialista se profundice, atravesando el Estado en toda su complejidad, hay que entender que la lógica de transferencia y contaminación que ejerce un aparato sobre los otros no puede ser homogénea; tiene que haber traducciones y transformaciones inventivas que inspiren las prácticas desarrolladas en distintas instancias, atendiendo siempre al lugar del más débil en cada relación de poder –para invertirla. El primer obstáculo epistemológico para captar estas transformaciones y profundizarlas –pues, como dije, son tendencias y no fines– proviene de la espontaneidad ideológica homogeneizante con que los practicantes se suelen representar otras prácticas y niveles de intervención. Un político materialista entiende las diferencias y desfases de tiempos y lugares: su conexión inmanente. Tenemos que alcanzar ese entendimiento espacial, esa inteligencia material del tiempo, dentro de nuestras limitaciones actuales.

El tiempo se ha detenido. El tiempo de la producción-circulación, claro. No todo tiempo ha parado, sin embargo. Es tiempo de pensar. Eso nos permite reconsiderar la materia del tiempo y sus impases. Mis años de formación han ido decantando en un lenguaje filosófico impropio, tejido de múltiples términos que se anudan de un modo también singular; términos y condiciones no contractuales que se han hecho carne, cuerpo, materia. Por eso hablo de prácticas y de tópicos, de desfases y dislocaciones, de estructuras y acontecimientos, de dispositivos y múltiples temporalidades. Pero sobre todo hablo desde una *práctica de sí* que permite trabajarse junto a otros en medio de esta locura que siempre ha reinado y quizás solo hoy resulta en extremo evidente. Últimamente, por ejemplo, me encuentro remitiendo una y otra vez a los nombres de Foucault y Spinoza para pensar el tiempo que nos toca.

La gran mayoría de las lecturas contemporáneas de Foucault no pasan del concepto de biopolítica y el neoliberalismo, el estudio de los mecanismos de poder y el control de los cuerpos, etc. Incluso algunos, en el *súmmum* de la ignorancia, llegan a ver allí una reivindicación en lugar de una crítica del

neoliberalismo. Muy pocos –fuera de los especialistas– exploran el último Foucault y lo ponen al uso del entendimiento crítico del presente. Somos pocos(2). Pero resulta clave este último Foucault para situarnos ante la pandemia. No solo porque nos permite hacer una crítica inmanente al modo de subjetivación neoliberal (el empresario de sí), a través de la reposición de prácticas de sí antiguas (sumamente actuales), sino porque nos permite vincular la constitución de sí con las prácticas de gobierno y los dispositivos de saber, interrogando unas realidades a través de las otras, produciendo desplazamientos y reformulaciones consecuentes en torno a la verdad en juego. En definitiva, un ejercicio de la crítica materialista en inmanencia, sin presuposición de exterioridades puras o inducción a posiciones autodestructivas. Mi hipótesis es que la dificultad para captar la enseñanza de este último Foucault y su uso (más acá del regocijo inútil del especialista), reside en las torpes formas de subjetivación que aun dominan la enseñanza y la transmisión (secundarias, terciarias o universitarias). Cuando no se implica al sujeto en los modos de escucha, lectura y escritura de manera práctica, semejante desafección respecto a la verdad tiene consecuencias muy graves. Hoy lo estamos viendo por todos lados, pero es momento de cambiar.

El cambio de paradigma señalado: de la lógica exclusiva del mercado a la lógica temperada del cuidado, resulta clave. Pero hay que entender el cuidado en toda su complejidad y materialidad. Foucault trabajó el cuidado de sí [*souci de soi*] remitiendo a las tradiciones grecolatinas antiguas, distinguiendo su modo ascético riguroso del emprendedorismo de sí actual (o incluso las tendencias *New Age* que ya aparecían a principios de los 80); de ningún modo se trataba en aquéllas de individualismo o solipsismo: el cuidado de sí atravesaba todas las prácticas e instancias de gobierno. Por supuesto, estamos ahora en otra época y nos toca a nosotros hacer las traducciones válidas e inventar los usos oportunos.

Hace tiempo ensayo nuevas modulaciones de las prácticas de sí, contra todo dogma colectivista o individualista. El cuidado de sí es cuidado del otro, es cuidado del mundo, cuidado de las palabras, cuidado de las cosas, cuidado de la naturaleza, cuidado de los saberes, cuidado de las instituciones, cuidado de las multitudes, cuidado de la economía, cuidado de la anomalía, cuidado de la política, cuidado de los sueños, cuidado *esencialmente del deseo y la potencia de perseverar en el ser*. El cuidado apunta a todos los modos posibles de incrementar nuestra potencia de obrar, de sentir, de pensar, por composiciones virtuosas junto a otros, aunque sea a la distancia. Reinventar todos los dispositivos, tecnológicos y estatales, es posible y hasta necesario si nos dejamos orientar por la lógica del cuidado y la potencia que nos constituye en común. Para ello es necesario producir una reforma del entendimiento que atravesase todos los

niveles y dispositivos en juego y conduzca también a un cambio afectivo crucial.

La reforma del entendimiento que se proponía Spinoza hace tiempo, lejos de cualquier modestia espiritual, cognoscitiva o política, resulta aún hoy completamente revolucionaria. Imaginemos por un momento lo que sería captar la existencia necesaria de un ser absolutamente infinito, compuesto de infinitos atributos e infinitos modos, de manera completamente racional, siendo nosotros apenas un modo finito. Sería una verdadera iluminación profana, un misticismo laico, una revolución completa. Captar esa sustancia única que Spinoza homologaba a la Naturaleza o a Dios. Suponemos que no solo lo captó, sino que lo esbozó en un tratado inconcluso (el *Tratado de la reforma del entendimiento*) y lo plasmó de manera geométrica en su *Ética*. Y forzando la nota del entendimiento, podríamos decir: aún espera desde la eternidad que nosotros mismos, cualquiera, alcance ese conocimiento: virtuoso, raro, infrecuente, pero no inaccesible. El confinamiento nos puede privar de muchas cosas diversas, no del entendimiento consustancial a la materia misma de la que estamos hechos, de la suma perfección aprehensible a cada instante. Captarlo, en efecto, es acceder a la libertad o la felicidad real.

Pero, ¿qué es la libertad? No lo puedo pensar sin evocar, al mismo tiempo, el amor y la felicidad. Se suele decir: “Si amas a alguien déjalo libre”. Esa condición del amor, que parece hartamente razonable para un espíritu progresista, siempre me pareció un tanto forzada e hipócrita. En primer lugar, porque presupone que existe una suerte de sujeción y por ende, en segundo lugar, se dispone de un poder voluntario de liberación. En realidad tendría que reformularse así: “Ama a quien sea libre y ámense en plena libertad, pues la libertad no es un premio que se otorga por amor, sino que es el amor mismo.” Estoy parafraseando a Spinoza, cuando afirma: “La felicidad no es un premio que se otorga a la virtud, sino la virtud misma”. Geométricamente entonces, diremos: si el amor es *un afecto alegre ligado a la idea de una causa exterior* (por definición), pues bien, al aumentar mi potencia de obrar junto a otrx, con quien me compongo (no solo otro sujetx, sino un libro, una canción, un paisaje, etc.), inexorablemente aumentan también mis posibilidades de sentir, percibir, pensar o actuar; esto es, mi libertad.

No por casualidad a muchos nos han conmovido la serie *Unorthodox*. Es innegable que cualquier movimiento de liberación, acaecido en una vida singular a la que vemos aumentar su potencia de obrar, nos alegra por definición geométrica (más acá de cualquier simpatía personal). Está muy bien presentada la insensatez del dogma, con sus rituales repetitivos y creencias infundadas que hacen a la vida cotidiana en comunidad y dan sentido a lo que en esencia no lo tiene: una vida. El tema es que hoy en día no es precisamente ese tipo de dogma religioso el que prevalece y organiza

la mayoría de nuestras vidas y sus rutinas diarias. Nuestra ortodoxia, lo sabemos demasiado bien, es el neoliberalismo. El dogma del individuo que es un empresario de sí mismo y debe esforzarse cada día para alcanzar la suma del éxito, compitiendo con los demás, valorizando sus acciones cual si fuesen cotizables en bolsa, etc. Nuestro confinamiento forzado y el detenernos a observar el efecto estético invertido del pasaje de una *doxa* más restringida a otra apenas más ampliada, nos puede ayudar a captar retroactivamente la materialidad e insensatez de las repeticiones rutinarias en que se desenvuelven habitualmente nuestras vidas. Después de todo, captar la materialidad de la ideología y el fondo angustioso renegado en que ésta se desenvuelve, siempre ha sido el primer paso para las verdaderas prácticas de libertad.

En este sentido, la verdad no es simplemente el develamiento de lo real que se opone al engaño ideológico, como tampoco el ejercicio de la crítica se da solo cuando “el sujeto se atribuye el derecho a interrogar a la verdad sobre sus efectos de poder y al poder sobre sus discursos de verdad”, como dice primero Foucault; porque la verdad implica al sujeto en esos tres polos irreductibles que lo constituyen: saber, poder, cuidado. El sujeto no puede atribuirse el derecho espontáneo o voluntarista de interrogar instancias que lo constituyen, pues ¿desde dónde lo haría? Sería como el Barón de Münchhausen tratándose de sacar por los cabellos del pozo en que se encuentra metido. Por eso, el último Foucault muestra que “el trillado círculo del poder-saber” es insuficiente y que las prácticas de libertad (resistencias o contra-conductas) emergen en inmanencia a los dispositivos, en tanto y en cuanto el poder mismo despliega procedimientos simbólicos-rituales –que no se reducen al disciplinamiento coercitivo de los cuerpos– para que *el sujeto se reconozca sujeto*, parte de una comunidad, etc. En ese punto irreductible surge la posibilidad de pensar una relación autónoma e inmanente en que el sujeto mismo puede comprometerse de muy diversa manera con los “procedimientos aletúrgicos de verdad”(3), entre diversos usos de los dispositivos de poder y aparatos de estado, encontrando el punto de libertad entre ellos que consiste en implicarse a la verdad como acto, o sea: *parresia*. La parresia o coraje de la verdad que estudia Foucault en sus últimos cursos, antes de morir, muestra todas esas dimensiones políticas, éticas y epistémicas que la verdad entraña. Es el legado del cual tenemos que reapropiarnos y reinventar en toda su complejidad inherente, para seguir pensándonos y transformándonos a nosotros mismos, no en función de voluntarismos puristas sino de emplazamientos materiales concretos.

Spinoza y Foucault entonces, pensándolos y usándolos a nuestro modo, reinventándolos de ser necesario, son claves para pensar las paradojas del tiempo que nos toca vivir.

Notas.

- (1) <https://www.lemondediplomatique.cl/estado-cuidador-por-roque-farran.html>
- (2) Por citar solo dos intervenciones recientes: <https://www.nodal.am/2020/03/notas-sobre-coronavirus-y-sobre-cuidado-de-si-y-de-los-otros-un-cambio-real/>;
<https://www.ieccs.es/2020/04/06/el-blackout-de-la-critica/>
- (3) Este desprendimiento complejo de la verdad, que no suele ser atendido por los lectores de Foucault, lo he puesto de manifiesto en:
<https://revistas.usc.gal/index.php/agora/article/view/3724/4280>

Pestes, pandemias y cambios sociales

Miguel Salas

26/04/2020



Albert Camus escribió en *La peste*: “La plaga no está hecha a la medida del hombre, por lo tanto, el hombre se dice que la plaga es irreal, es un mal sueño que tiene que pasar. Pero no siempre pasa, y de mal sueño en mal sueño son los hombres los que pasan”. Desde la antigüedad el género humano ha sufrido y convivido con virus y bacterias, con pestes, epidemias y pandemias, y aunque se esfuerza por olvidarlo vuelven periódicamente, como si estuvieran ligadas a su propia existencia. La gravedad de la actual pandemia y la sorpresa e indiferencia con la que fue recibida en sus inicios es un reflejo de ese intento de mirar hacia otro lado, que ha retrasado la respuesta preventiva y sanitaria, y que, sin embargo, ha puesto al descubierto la fragilidad del actual sistema social.

Todo ha saltado por los aires: la economía hundida, una catástrofe solo comparable al crack de 1929; millones de parados en todo el mundo; 200.000 fallecidos a día de hoy; millones de personas confinadas como en un mal sueño medieval; los sistemas sanitarios al límite en los países más

avanzados; terror a lo que pueda pasar si la pandemia llega a las grandes ciudades de los países menos desarrollados y la constatación de que puede durar años, ya que incluso el descubrimiento de una vacuna no evitará la probable recaída o reaparición en años venideros.

No se puede decir que no estábamos avisados. Diversos científicos y epidemiólogos lo habían advertido. En mayo de 2016, se podía leer en una publicación del Instituto Elcano: “La posibilidad cierta de que una epidemia de origen natural de grandes proporciones se propague por el planeta entero, así como la incertidumbre sobre la naturaleza segura de los procedimientos agrícolas, ganaderos, industriales y biotecnológicos que implican a microorganismos y sus toxinas [...] constituyen en su conjunto una de las mayores preocupaciones no abiertamente declaradas de todas las sociedades desarrolladas”. Poco o nada se hizo. Como es habitual, el beneficio privado e inmediato se puso por delante de la prevención e investigación. Ahora pagamos las consecuencias.

A pesar de que la ciencia ha logrado arrinconar virus y bacterias que azotaron a la humanidad durante siglos (viruela, cólera, peste negra, etc.), reiteradamente han ido apareciendo nuevos para los que el cuerpo humano no estaba inmunizado. No han sido tan letales como el covid 19 y, sobre todo, no fueron importantes en los países más avanzados -a excepción del sida- y se cebaron en países africanos o asiáticos. También hay un Norte y un Sur a la hora de dar importancia y combatir las epidemias.

En lo que llevamos de siglo se han producido cinco alertas sanitarias internacionales graves, (SARS, gripe aviar, gripe A, Ébola, virus Zika). Todo el siglo XX estuvo salpicado de importantes epidemias, siendo la más mortal la conocida como “gripe española”, que se extendió por todo el mundo durante 1918-1919 y en la que se calcula que pudieron morir unos 50 millones de personas. Es un peaje que históricamente ha tenido que pagar el género humano, forma parte de la misma existencia del hombre en la Naturaleza. El problema es cómo se previene y se afronta. Las grandes epidemias y/o pandemias han tenido un papel importante en la evolución de la humanidad, por eso es natural que encontremos numerosos ejemplos en la literatura¹.

A lo largo de la historia determinadas epidemias produjeron profundas crisis sociales que aceleraron los procesos históricos. La lucha de clases es la locomotora de la historia, pero esta se desarrolla en determinadas condiciones materiales y biológicas de la naturaleza, y por lo tanto de la relación de las clases sociales con ella.

La peste negra

En 1348 se presentó la peste negra en Europa. Fue la mayor pandemia de la época, que pudo haber causado la muerte de unos 2/5 de la población

Europea En Inglaterra se calcula que falleció la mitad de la población, como en Navarra y en la Corona de Aragón; en algunas ciudades la mortandad pudo alcanzar hasta un 70% de la población. Bocaccio escribió: “Con tanto espanto había entrado esta tribulación en el pecho de los hombres y de las mujeres, que un hermano abandonaba al otro y el tío al sobrino y la hermana al hermano, y muchas veces la mujer a su marido, y lo que mayor cosa es y casi increíble, los padres y las madres evitaban visitar y atender a los hijos como si no fuesen suyos”. (*Decamerón*)

Fue una catástrofe demográfica y económica que produjo enormes cambios sociales. Muchas tierras fueron abandonadas, por lo que se abarató su precio; hubo escasez de mano de obra, lo que facilitó un aumento general de salarios (en Castilla los salarios se llegaron a cuadruplicar); al faltar mano de obra, importantes extensiones se dedicaron a la ganadería; creció el consumo de la población campesina, incluso el de carne; la huida de la peste provocó una mayor movilidad social hacia las ciudades, y también concentró la propiedad, muchas tierras pasaron a un único heredero por la muerte de otros.

Sin embargo, todos esos cambios solo llegaron a mejorar momentáneamente la situación de las masas campesinas. En 1351, en Inglaterra se promulgó el primer “Estatuto de los obreros”, para establecer medidas draconianas contra los aumentos salariales. Ese mismo año, los franceses dictaron su Ordonnance; las Cortes de Castilla reunidas en Valladolid los regularon también; al año siguiente lo hicieron en Baviera y así en prácticamente toda Europa. Además, ya fuera para recuperar sus rentas o para financiar nuevas guerras, los monarcas impusieron nuevos impuestos que sublevaron a los campesinos. En 1358, en el norte de Francia se produjo la gran *jacquerie*, uno de los mayores levantamientos campesinos de la Europa medieval. En 1378, en Florencia los cardadores de lana (*ciompi*) tuvieron en sus manos la ciudad. En 1381, la rebelión estalló en Inglaterra. Durante el resto del siglo se produjeron levantamientos campesinos en “un fenómeno de amplitud continental que se extendió desde Dinamarca hasta Mallorca” (Perry Anderson. *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*).

Las rebeliones fueron sofocadas, pero ya nada fue igual. El feudalismo, que ya había mostrado señales de agotamiento, aceleró su crisis, progresivamente fueron cambiando los equilibrios entre las clases, los campesinos tomaron conciencia de su fuerza, empezó a desaparecer la servidumbre, los burgueses de las ciudades se enriquecieron y se vieron capaces de emprender un camino diferente al de la nobleza. Se produjo un enorme cambio cultural, la experiencia de la muerte, vivida de forma tan masiva e inexplicable para la época, empezó a modificar la visión religiosa feudal y el hombre y su individualidad empezó a situarse en el centro, lo

que con el tiempo se convertiría en el humanismo renacentista que propició un enorme salto en la cultura y en las artes.

La colonización de América

Con el caballo, la rueda, la pólvora y la cruz (desconocidos por los indígenas), los colonizadores portaban un arma mortífera: virus. “En toda América, las enfermedades introducidas por los europeos se propagaron de una tribu a otra mucho antes que los propios europeos, causando la muerte de aproximadamente el 95 por 100 de la población indígena americana precolombina” (Jared Diamond. *Armas, gérmenes y aceros*).

Hernán Cortes y Pizarro fueron audaces en las conquistas de México y Perú, pero ni las armas ni la astucia hubieran sido suficientes para que con tan pocos hombres y en tan poco tiempo los colonizadores se hubieran adueñado del territorio. La viruela fue el arma secreta. En 1520 un esclavo infectado en la Cuba española llegó a México y transmitió la enfermedad. Murieron casi la mitad de los aztecas, incluido el emperador Cuitláhuac. Se calcula que de los 20 millones de personas que vivían en México cuando llegaron los españoles, en 1618 apenas quedaban 1,6 millones. En la isla de La Española (la actual Haití y República Dominicana) vivían unos 8 millones a la llegada de Colón en 1492; en 1535 no quedaba ningún indio. Algo parecido sucedió en Perú. La viruela llegó en 1526, matando a gran parte de la población inca, incluido el emperador Huayna Cápac. Esto originó una grave crisis social y una guerra civil para su sucesión. Cuando Pizarro desembarcó en 1531 se encontró a los incas diezmados y divididos, y en esas condiciones supo aprovechar la coyuntura para conquistar el país. En 1540, Hernando del Soto fue el primer europeo que recorrió el sureste de Estados Unidos y se encontró con las ciudades indias abandonadas a consecuencia de epidemias que habían sido transmitidas años antes por indios de la costa que se habían relacionado con españoles. Los virus llegaron antes que los colonizadores.

Procesos parecidos ocurrieron en Sudáfrica, Australia, Canadá, Hawái, etc. Los virus facilitaron la expansión imperialista, aunque también la retrasaron en las zonas tropicales en las que los europeos no estaban preparados para resistir enfermedades de la zona, como la malaria o la fiebre amarilla.

Ni la peste negra acabó con el feudalismo, ni las epidemias que diezmaron a las poblaciones indígenas explican que el continente americano se incorporara al mercado mundial. Los procesos históricos son mucho más complejos y, sobre todo, necesitan de la intervención de los humanos para tomar una determinada dirección. Estos ejemplos, y otros, modificaron y aceleraron procesos sociales y, por lo tanto, hay que tenerlos en cuenta para las perspectivas actuales.

¿Qué surgirá de esta crisis?

Si hay un denominador común, sea cual sea la tendencia política o escuela de pensamiento, es el reconocimiento de que nada será igual. El debate empieza a partir de lo que se quiere o pretende construir. Si nada será igual no hay que reconstruir un pasado que nos ha llevado hasta aquí, sino transformar la sociedad, revolucionarla, para cambiarla en profundidad. El pensador italiano Paolo Flores d'Arcais considera que “esto implica poner en discusión privilegios, pero una revolución es el mínimo indispensable para decir que el futuro no será dramático”.

Sin embargo, habrá que salvar la distancia entre la gravedad de la crisis y el nivel de conciencia y organización de las clases populares. Con la excepción del Reino de España y Portugal, en toda Europa son las derechas quienes gobiernan, y en muchos países las tendencias de extrema derecha están en ascenso y el empobrecimiento de las clases medias puede ser un caldo de cultivo para el racismo, la xenofobia y las propuestas autoritarias. Las izquierdas, los sindicatos y el asociacionismo popular se encuentran en un momento bajo y sin proyectos unitarios y transformadores, pero esta crisis podría cambiarlo todo, porque cuando hay que enfrentarse a una emergencia sin comparación histórica, se entra con las ideas y experiencias del pasado y la realidad obliga a enfrentarse a retos impensados.

Lo que surgirá después de esta crisis dependerá de la capacidad de movilización y de los objetivos que se planteen. Los capitalistas y los gobernantes, incluso aunque tengan que hacer concesiones, querrán reconstruir el sistema adaptándolo a las nuevas circunstancias, y probablemente reforzando sus aspectos antidemocráticos. La idea de que el sistema podría colapsar por sí mismo no tiene base: el capitalismo ha demostrado suficientes veces su capacidad de adaptación (y aunque “colapsara”, sin una alternativa de izquierdas, sería un paso más hacia la barbarie). El objetivo de las clases trabajadoras debería ser el de transformar la sociedad, cambiar las relaciones sociales y de producción como el medio para mejorar las condiciones de vida, de salud y del planeta. La mayoría de esos objetivos empiezan a estar definidos por la experiencia de estas semanas de crisis y confinamiento.

La combinación de medidas urgentes para responder a la crisis con propuestas transformadoras, de cambio social y político, es lo que permite establecer una continuidad entre las dificultades de hoy y la sociedad que queremos. Una sociedad en la que vuelva a ser prioritario lo **público**, lo que garantiza derechos para todas y todos, desde la sanidad hasta los servicios sociales y la atención a los mayores. Pero también en ámbitos como el financiero: una banca pública para gestionar el servicio a empresas, autónomos, trabajadores. ¿Por qué el dinero público que se está utilizando tiene que pasar por la banca privada? Otro ejemplo: los

gobiernos hablan de que probablemente se verán obligados a nacionalizar empresas o sectores productivos. Piensan en salvar sus negocios, pero es también un reconocimiento del fracaso del modelo neoliberal existente. La eficacia tiene que estar en todos los ámbitos ligada al interés público, no al beneficio privado, tanto en la inversión empresarial como en el de la investigación, la cultura, la ciencia y las artes.

Para no repetir los errores de 2008, las medidas **contra la desigualdad** deben ser prioritarias. Hay que ser audaces, las viejas recetas ya no sirven. Hasta el *Financial Times* tiene que reconocer que “redistribuir volverá a estar en la agenda y habrá que cuestionar los privilegios [...] En este paquete deberán figurar políticas hasta ayer consideradas excentricidades como la renta básica universal y el impuesto al patrimonio”. La lucha contra la desigualdad no es para repartir la miseria sino para un reparto más justo de la riqueza. Como dice Flores d’Arcais, “si tenemos tecnología para detectar los contagios, la hay para detectar las riquezas”. En estas circunstancias, audacia significa ir a la raíz de los problemas, tomar medidas contra los que más tienen.

La globalización capitalista está cuestionada, pero no se trata de volver atrás, de encerrarse, sino de dar un salto adelante en el **internacionalismo** y en la **cooperación**. Se echa en falta la coordinación entre las izquierdas a nivel europeo e internacional para compartir ideas, para establecer propuestas, para ofrecer a la población trabajadora una perspectiva internacional, completamente necesaria para responder a esta crisis que afecta a todo el mundo.

La nueva situación no ha hecho desaparecer los problemas políticos que arrastrábamos: crisis de la Monarquía, rebelión catalana, ley Mordaza, etc. El estado de alarma nos ha inquietado más por los intentos de controlar a la población con la excusa de combatir el coronavirus. El confinamiento nos ha enseñado la necesidad de participar más en las decisiones, de ser más dueños de nuestras propias vidas, y eso quiere decir tener más **derechos** y ejercer más las **libertades**. Si reconocemos que lo público debe ser más importante, la *res pública* (la república) debería formar parte de nuestros objetivos de cambio, que no es solo un cambio en la forma de gobierno, sino también que sean más cercanos quienes gobiernen. El estado de alarma ha demostrado que la centralización de las decisiones en pocas manos ni es democrático ni es efectivo. Una república supone más y mejores derechos, la participación y decisión de todos los territorios y los ayuntamientos (arrinconados por las leyes del Estado) y, sin ninguna duda, la democracia es también el derecho de los pueblos a la autodeterminación. Como lo es la continuidad de la lucha por la **emancipación de las mujeres**, por el ejercicio pleno de los derechos y la igualdad, especialmente en lo que se refiere al combate contra la violencia de género.

La gravedad de la crisis económica y social obligará a repensar el funcionamiento de la sociedad y el Estado. Frente a la anarquía y competencia del capitalismo se necesitaría una **planificación** económica ante el desbarajuste que se avecina. Será imprescindible decidir qué sectores son más necesarios y cuales superfluos, dónde invertir, etc. Y para que sea una planificación democrática y no decidida por unos pocos, habrá que contar con la participación y el control de los sindicatos y las asociaciones vecinales y de consumidores. Empoderar a las organizaciones sociales para acordar, pero también para controlar a quienes gobiernan será imprescindible para situar a las personas en el centro de las decisiones. Durante estas semanas hemos visto en muchas ciudades la capacidad de **autoorganización** para hacer efectiva la solidaridad y la ayuda mutua. Estos organismos embrionarios son un fantástico ejemplo de la capacidad de la gente para responder a los problemas, una experiencia que debería continuar y no limitarse al periodo de confinamiento.

Las ciudades sin apenas vehículos, muchísimo más limpias de contaminación, nos han permitido tener una visión diferente de lo que podría ser una vida mejor. “**Salvar el planeta**” exige tomar medidas radicales que recorten las emisiones de CO₂, recuperar las ciudades para sus habitantes y compensar las enormes aglomeraciones humanas con medidas urgentes de apoyo al Reino de España vaciado. Eso exigiría inversiones para transporte público, estudios para cambios de hábitos y horarios, etc.

Todo esto no es un sueño ni una utopía surgida del confinamiento, sino expresiones concretas y objetivas de las necesidades aparecidas durante estas semanas y, sobre todo, de proyección de futuro. Compartir experiencias y propuestas desde diferentes posiciones, ámbitos y territorios es lo que puede permitir que se defina una reconstrucción posible y alternativa. ¿Y quién podría poner en marcha todo este plan? La pregunta plantea el problema de quién tiene el poder y de las fuerzas sociales y políticas que podrían ponerlo en marcha. No existe aún una respuesta, tendrá que ser un proceso de experiencias, confluencias, alianzas, etc. que permitan saber si son posibles mayorías que apuesten por un cambio social y democrático.

La catástrofe social que representan las epidemias nos obliga a reconocer las debilidades, a mirarnos al espejo como sociedad y reflexionar sobre la que queremos. Esta es una oportunidad para hacerlo en beneficio de la mayoría (y no de una minoría de privilegiados por el sistema social imperante). No hay que desaprovecharla. En *La peste* de Camus leemos: “Nuestros conciudadanos no eran más culpables que otros, se olvidaban de ser modestos, eso es todo, y pensaban que todavía todo era posible para ellos, lo cual daba por supuesto que las plagas eran imposibles. Continuaban haciendo negocios, planeando viajes y teniendo opiniones.

¿Cómo hubieran podido pensar en la peste que suprime el porvenir, los desplazamientos y las discusiones? Se creían libres y nadie será libre mientras haya plagas”. Porque saldremos de la pandemia del coronavirus, pero aún nos quedará pendiente liberarnos de la pandemia del capitalismo.

Nota:

¹ Como la *Iliada* de Homero (que empieza con los soldados confinados por la peste en un campamento ante las murallas de Troya), *Las guerras del Peloponeso* de Tucídides (siglo V a C), la *Torá*, el *Antiguo Testamento*, el *Decamerón* de Bocaccio (1351), *Diario del año de la peste* de Daniel Defoe (1722), *El último hombre* de Mary Shelley (1826), *La peste escarlata* de Jack London (1912), *La peste* de Albert Camus (1947), *Ensayo sobre la ceguera* de José Saramago (1995).

Reflexiones para un mundo alternativo necesario

Marco Bersani

26/04/2020

1. Salir de un modelo que no garantiza protección alguna

Esta dramática emergencia sanitaria y social nos está ofreciendo una nueva consciencia de que un modelo basado exclusivamente en el pensamiento de mercado y la prioridad de los beneficios no garantiza protección alguna.

La privatización de los sistemas sanitarios, los recortes draconianos en el altar de las constricciones presupuestarias y la mercantilización de la investigación científica han convertido un grave problema sanitario en una dramática situación de emergencia, que ha alterado la vida de todas las gentes y sus relaciones sociales, que reproduce la precariedad con una dimension existencial generalizada.

Si la crisis financiera de 2007-2008 había traído el final del cuento de hadas de que el mercado siempre produciría tanta riqueza que garantizaría el bienestar del “goteo” [“trickle-down”] para todos, con la epidemia del Covid-19 la ilusión “soberanista” de que el bienestar existente podía mantenerse como prerrogativa de ciertos grupos sociales y/o de ciertos territorios económicamente avanzados también ha quedado hecha pedazos.

La crisis sistémica — crisis económica, ecológica, social y sanitaria —del modelo capitalista ha dejado en evidencia su incapacidad de garantizar la

protección. Se ha convertido en un conflicto entre el mercado de valores y la vida humana. Elegir esta última ha de significar iniciar una lucha generalizada por la salida del capitalismo.

2. Pandemia versus ecología

No estamos siendo testigos de un acontecimiento que sea exógeno al modelo económico-social. La actual pandemia del Covid-19 no es algo externo o de origen desconocido. Nuestra creciente vulnerabilidad tiene su causa más profunda en la destrucción cada vez más rápida de los ecosistemas naturales. La propagación de la deforestación, la drástica disminución de la biodiversidad, la agricultura química, la ganadería intensiva, la industrialización, la urbanización y la contaminación han llevado a un cambio repentino en los hábitats de muchos animales y especies de plantas, subvirtiendo ecosistemas establecidos desde hace siglos, alterando su funcionamiento y permitiendo una mayor conectividad entre especies.

Desde este punto de vista, la actual epidemia forma parte de la crisis más general del clima, de la que, con la aparición de la emergencia sanitaria, todo el mundo parece haberse olvidado o postergado.

La urgencia de un cambio de rumbo desde el modelo capitalista, en si mismo indiferente al “qué, cómo y por qué” se producen, cobra una significación cada vez más crucial.

Se necesitarán muchos recursos económicos para superar la actual pandemia y la crisis económica muy honda que le seguirá. Desde un principio debe exigirse que estos se dediquen exclusivamente a la construcción de otro modelo, orientado social y ecológicamente.

3. Reproducción social versus reproducción económica

En la actual emergencia sanitaria, se pone de relieve la contradicción fundamental del modo capitalista: el conflicto entre producción económica y reproducción social. La exclusiva importancia otorgada a lo primero y la consiguiente devaluación de lo segundo quedan de manifiesto en las medidas que adoptaron los gobiernos para afrontar la epidemia: proteger la producción y evitar el derrumbe económico fue su prioridad inicial, con el resultado de transformar un grave problema de salud en una tragedia masiva, sobre todo en los territorios más industrializados de nuestro país.

Las huelgas de trabajadores, organizadas por los trabajadores mismos, han sido huelgas en favor de la vida (reproducción social) contra los beneficios (producción económica). La pandemia demuestra que no es posible producción económica alguna sin garantizar la reproducción social, tal como ha tratado de recordarnos siempre el movimiento feminista. Y si la

reproducción social significa cuidarse uno mismo, cuidar de los demás y del medio ambiente, hay que repensar precisamente en torno a estas cuestiones centrales el conjunto del modelo económico-social, edificando una sociedad del cuidado por contraposición a la economía de explotación y beneficio.

4. Reapropiarse de la riqueza social

La pandemia ha dejado al descubierto la trampa artificialmente construida en torno a la cuestión de la deuda pública, utilizada como chantaje con el fin de desregular los derechos sociales y laborales y poner en el mercado bienes comunes y servicios públicos.

Los mismos que fueron apóstoles de las constricciones presupuestarias van hoy diciendo que podemos gastar y debemos gastar, que debemos hacerlo de inmediato y sin tasa, demostrando por tanto de qué modo se ha explotado la deuda pública para fines políticos hasta hoy.

Si la protección de la gente significa superar el Pacto de Estabilidad, el pacto fiscal, los parámetros impuestos por Maastricht y todo lo que vino después, significa que estas constricciones no solo son innecesarias sino que son la causa principal —gracias a los drásticos recortes en el gasto público en sanidad— de la transformación de un grave problema sanitario en una tragedia masiva.

Ha llegado la hora de volver a apropiarse de la riqueza social expropiada por la libertad incondicional de los movimientos de capital, la financiarización de la economía y la sociedad, la privatización de la banca y los sistemas financieros y la usura de los intereses sobre la deuda.

Es necesario reclamar el control de los movimientos de capital, establecer la naturaleza pública del Banco Central Europeo y su papel como garante ilimitado de la deuda pública de los estados, y socializar el sistema bancario, empezando por los Fondos de Depósitos y Préstamos.

Debemos impedir que la libertad de hoy en los niveles de gasto se convierta en las cadenas de una austeridad todavía más severa mañana, y poner finalmente las finanzas al servicio de la sociedad, y no al revés.

5. Sacar del mercado los bienes comunes y servicios públicos

No hay protección posible si los derechos fundamentales a la vida y a la calidad de la vida no están garantizados. Reconocer los bienes comunes —naturales, sociales, emergentes y destinados a un uso cívico— como elementos fundamentales para la cohesión territorial y una sociedad ecológica y socialmente orientada significa establecer, para todas las opciones políticas y económicas, el objetivo de conseguir un presupuesto equilibrado social, ecológico y de género. La protección de los bienes

comunes y de los servicios públicos que garantizan su acceso y facilidad de uso, requieren su inmediata retirada del mercado, su gestión descentralizada, de base comunitaria y participativa, así como su adecuada financiación, en ningún caso abierta a compromisos de rebaja.

6. Una salida para la precariedad y un ingreso para todos

Desde dentro de esta emergencia sanitaria y social hemos experimentado lo que significa esta precariedad en un sentido existencial: se han puesto patas arriba nuestras certezas, nuestros rituales diarios, nuestros universos relacionales, y hemos tenido que tomar nota de la fragilidad intrínseca de la vida humana y social. Pero muchas mujeres y hombres han tenido que hacerse cargo de forma todavía más concreta y dramática de lo que significa carecer de ingresos, porque su trabajo ha sido siempre precario y sin seguridad. O de lo que significa no poder, pese a tener ingresos, afirmar los propios derechos —a la vida y a la salud— por negarse al chantaje de trabajar en condiciones que constituyen una flagrante violación de las normas de seguridad.

Todo esto deja claro que no podemos anhelar un futuro común sin opciones que comiencen de inmediato la tarea de superar toda clase de precariedad.

La riqueza que se produce en el planeta es más que suficiente para garantizar una existencia digna para todos sus habitantes, mientras que la crisis ecológica y climática es, por vez primera, una crisis provocada por la sobreproducción y no por la escasez. Ambos elementos piden repensar el significado mismo del trabajo e impulsarnos para que nos embarquemos de inmediato en el camino hacia una renta básica incondicional que se garantice absolutamente a todo el mundo.

7. Recuperar los comunes

La epidemia del Covid-19 nos obliga a poner en cuestión el paradigma de perseguir un crecimiento sin sentido basado enteramente en la velocidad de los flujos de bienes, gente y capital, y en la consiguiente hiperconexión de los sistemas financiero, productivo y social. Son exactamente estos los canales que han permitido al virus del Covid-19 propagar el contagio a lo largo y ancho del planeta a una velocidad nunca antes vista, viajando en el cuerpo de gestores, altos ejecutivos, técnicos hiperespecializados, así como trabajadores de transporte y logística y turistas.

Repensar la organización de la sociedad significa reubicar actividades productivas que empiezan en las comunidades locales, que tendrán que ser el núcleo de una economía nueva, transformadora, ecológica y socialmente orientada.

Es cuestión de “recuperar los comunes” como espacio fértil y vital, y como terreno de reapropiación social, basado exclusivamente en la búsqueda del interés general, sacando de inmediato del sector privado y la ideología privatizadora a todos los sectores involucrados en la producción de bienes y servicios primarios para las necesidades de la población, la infraestructura material y digital, y la investigación en todas sus formas.

Pero esto es también cuestión de superar la esfera “pública” de gestión y burocracia, con el fin de levantar los “comunes” como espacio potencial de autogobierno para comunidades territoriales, centradas en la solidaridad y federadas.

En este sentido, “recuperar los comunes” debería también interpretarse con el significado concreto de volver a apropiarse de las instituciones de democracia de base, drenadas por décadas de políticas de austeridad, dirigidas a verse obligadas a poner en el mercado su legado público, los servicios públicos y el territorio, es decir, los bienes colectivos que permiten que una suma de individuos se defina como una comunidad.

8. Convertir en realidad la democracia

La cuestión de la democracia es más central que nunca. Todo lo delineado anteriormente puede solo llevarse a la práctica en un contexto de democracia real, entendida como participación consciente de tanta gente como sea posible en las decisiones que nos conciernen a todos.

Este contexto es todavía más necesario en este momento, tanto por el hecho de que debemos forzar colectivamente un cambio radical de rumbo de los poderes económicos, financieros y políticos que hasta ahora han tomado decisiones sin considerar siquiera alguna forma de participación popular, como porque las libertades individuales y sociales, achicadas durante los tiempos de pandemia por una necesidad extraordinaria, corren el riesgo de volverse discutibles incluso cuando volvamos a la vida normal.

Dado el número y la naturaleza profunda de las transformaciones necesarias para que podamos verdaderamente decir “nunca más”, quizás es momento de comenzar un camino amplio y “constituyente” de discusión entre las bases, al objeto de escapar definitivamente de las políticas neoliberales y el modelo capitalista.

¿Por qué los ricos temen a las pandemias?



En el otoño de 1347, pulgas de rata, las portadoras de la peste bubónica, la introdujeron en Italia a través de unas cuantas naves procedentes del Mar Negro. Durante los siguientes cuatro años, una pandemia avanzó rápidamente a través de Europa y Oriente Medio. El pánico se extendió, cuando los ganglios linfáticos en las axilas de las víctimas y las ingles se hincharon en bubones, las ampollas negras cubrieron sus cuerpos, las fiebres se dispararon y los órganos fallaron. Quizás un tercio de la población europea pereció.

El *Decamerón* de Giovanni Boccaccio ofrece un informe de un testigo presencial: “Cuando todas las tumbas estuvieron llenas, fueron excavadas grandes zanjas en los cementerios de las iglesias, en las cuales las nuevas llegadas fueron colocadas por centenares, almacenadas grada sobre grada, como cargamento naval”. Según Agnolo di Tura de Siena, “tantos murieron que todos creyeron que se trataba del fin del mundo”.

Y era solo el principio. La plaga volvió una década más tarde y los estallidos periódicos continuaron durante un siglo y medio, extendiéndose por varias generaciones seguidas. Debido a esta “destruktiva plaga, que devastó naciones y causó la desaparición de poblaciones enteras”, el historiador árabe Ibn Khaldun escribió, “todo el mundo habitado cambió”.

Los ricos encontraron alarmantes algunos de estos cambios. En palabras de un anónimo cronista inglés: “Tal fue la escasez de mano de obra que los humildes rechazaron el trabajo, y apenas podían ser persuadidos de servir a los propietarios por el triple de salario”. Los empleadores influyentes, como los grandes terratenientes, forzaron a la Corona inglesa a aprobar la Ordenanza de los trabajadores, la cual informaba a los trabajadores de que

ellos estaban “obligados a aceptar el empleo ofrecido” por los mismos míseros salarios que antes.

Pero debido a las sucesivas olas de la epidemia, la fuerza de trabajo, los jornaleros y los inquilinos se redujeron “no dándose por enterado el dominio del rey”, como se lamentó el clérigo agustiniano Henry Knighton. “Si alguien quería contratarlos, debía someterse a sus demandas, si no quería echar a perder su fruta y su maíz; o debía complacer la arrogancia y la avaricia de los trabajadores”.

Como resultado de este cambio en el equilibrio entre el trabajo y el capital, sabemos ahora, gracias a la investigación meticulosa llevada a cabo por historiadores económicos, que los ingresos reales de los trabajadores no cualificados se duplicaron en gran parte de Europa durante algunas décadas. Según los registros fiscales que han sobrevivido en los archivos de muchas ciudades italianas, en la mayoría de estos lugares la desigualdad de la riqueza se desplomó. En Inglaterra, los trabajadores comieron y bebieron mejor que como lo hacían antes de la plaga e, incluso, se vistieron con pieles lujosas, que solían estar reservadas para los privilegiados. Al mismo tiempo, los salarios más elevados y las rentas más bajas exprimieron a los propietarios, muchos de los cuales no consiguieron mantener sus privilegios heredados. En poco tiempo, hubo menos señores y caballeros, dotados con menores fortunas, de los que había habido cuando golpeó la primera plaga.

Pero estas consecuencias no fueron un regalo. Durante siglos y, en realidad, milenios, grandes plagas y otros shocks fuertes han moldeado las preferencias políticas y la toma de decisiones de quienes mandan. Las elecciones políticas que resultaron definieron si la desigualdad crece o cae en respuesta a tales calamidades. Y la historia nos enseña que estas elecciones pueden cambiar las sociedades de maneras muy diferentes.

Observando el registro histórico a lo largo de Europa durante la Baja Edad Media, vemos que las elites no cedían de buena gana, incluso bajo presión extrema después de una pandemia. Durante el Gran levantamiento de los campesinos de 1381, los trabajadores exigieron, entre otras cosas, el derecho a negociar libremente los contratos de trabajo. Los nobles y sus reclutas armados sofocaron la revuelta por la fuerza en un intento de forzar al pueblo a obedecer al viejo orden. Pero los últimos vestigios de las obligaciones feudales pronto se desvanecieron. Los trabajadores podían esperar mejores salarios y los señores y empleadores rompían filas entre sí para competir por la mano de obra escasa.

En otros lugares, sin embargo, prevaleció la represión. Durante el medievo tardío, en la Europa oriental, desde Prusia y Polonia a Rusia, los nobles conspiraron para imponer la servidumbre a sus campesinos para fijar/proteger una mano de obra escasa. Esto alteró las consecuencias económicas a largo plazo de toda la región: el trabajo libre y las ciudades

prósperas condujeron a la modernización en Europa occidental, pero en la periferia oriental el desarrollo se retrasó.

Más al sur, los mamelucos de Egipto, un régimen de conquistadores extranjeros de origen turco, mantuvieron un frente unitario para conservar su estricto control sobre la tierra y continuaron explotando al campesinado. Los mamelucos obligaron a la menguante población sometida a entregar el mismo pago de rentas, en metálico y en especie, que se entregaba antes de la plaga. Esta estrategia hizo que la economía cayera en una terrible espiral, a medida que los campesinos se rebelaban o abandonaban sus tierras.

Pero en no pocas ocasiones la represión fracasó. La primera plaga pandémica conocida en Europa y Oriente Medio, que comenzó en el año 541, nos ofrece el ejemplo más antiguo. Adelantándose 800 años a la Ordenanza inglesa de los trabajadores, el emperador bizantino Justiniano despotricaba contra los escasos trabajadores que “exigían el doble y el triple de jornales y salarios contraviniendo las costumbres ancestrales” y les prohibió “ceder a la pasión detestable de la avaricia” – es decir, cobrar el salario de mercado por su trabajo. La duplicación o triplicación de los salarios reales, registrada en papiros de la provincia bizantina de Egipto, no deja ninguna duda de que su decreto cayó en saco roto.

En las Américas, los conquistadores españoles se enfrentaron con retos similares. En la que fue la pandemia más horrorosa en toda la historia, desatada tan pronto como Colón desembarcó en el Caribe, la viruela y el sarampión diezmaron a las sociedades indígenas a lo largo del hemisferio occidental. El avance de los conquistadores fue facilitado por su devastación y los invasores rápidamente tomaron su recompensa con enormes propiedades y pueblos enteros de peones. Por un tiempo, la torpe aplicación del control de salarios establecido por el Virreinato de Nueva España mantuvo a los trabajadores supervivientes apartados de los beneficios procedentes de la creciente escasez de mano de obra. Pero cuando los mercados laborales finalmente se abrieron después del 1600, los salarios reales se triplicaron en el centro de México.

Ninguna de estas historias tuvo un final feliz para las masas. Cuando las cifras de la población se recuperaron después de la plaga de Justiniano, la Peste Negra y las pandemias americanas, los salarios se deslizaron por la pendiente y las élites volvieron a retomar firmemente el control. La América Latina colonial continuó produciendo algunas de las desigualdades más extremas registradas. En la mayoría de las sociedades europeas, las desigualdades de rentas y riqueza crecieron durante cuatro siglos de manera imparable hasta la víspera de la Primera Guerra Mundial. Solo entonces fue cuando una nueva oleada de agitaciones catastróficas socavó el orden establecido, y la desigualdad económica descendió de tal

manera como no se había observado desde la Peste Negra, si no desde la caída del Imperio Romano.

En la búsqueda de luz en el pasado para nuestra pandemia actual, debemos ser precavidos con analogías superficiales. Incluso en el peor de todos los escenarios, el Covid-19 matará a una parte mucho más pequeña de la población mundial de lo que lo hicieron algunos de estos desastres antiguos, y afectará a la población activa y a la siguiente generación incluso de una forma más ligera. El trabajo no llegará a ser suficientemente escaso como para incrementar los salarios, ni para hacer que se desplome el valor de los bienes inmuebles. Y nuestras economías ya no se basan en la explotación agrícola y el trabajo manual.

Pero la lección más importante de la historia perdura. El impacto de cualquier pandemia va mucho más allá de la pérdida de vidas y de la restricción del comercio. Hoy, Norteamérica se enfrenta a una elección fundamental entre defender el *statu quo* o abrazar cambios progresistas. La crisis actual podría impulsar reformas redistributivas similares a las que desencadenó la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial, a menos que los “intereses afianzados” sean demasiado poderosos para ser vencidos.

Contra el ‘coronaoptimismo’

Àngel Ferrero

18/04/2020



¿Qué organización, política o sindical, tiene ahora mismo la fuerza y la determinación de presionar a los gobiernos para que lleven a cabo medidas keynesianas de recuperación de la economía?

A estas alturas muy pocos parecen cuestionar todavía que las consecuencias de la pandemia de SARS-CoV-19 puedan dejar intacta la arquitectura de nuestras sociedades, y son muchos ya los artículos intentando dilucidar cuál será su impacto desde en las relaciones internacionales hasta las interpersonales. ¿Hasta qué punto llevará esta crisis a replantearse el modelo de globalización, que se ha visto afectado por las alteraciones e interrupciones en las cadenas de producción y suministro? ¿Se hará dentro de un mayor desorden internacional y en un contexto de repliegue al egoísmo nacional y retorno a la competencia económica entre estados o, por el contrario, con un refuerzo del multilateralismo y la cooperación? ¿Desgastará aún más la posición de Estados Unidos como potencia hegemónica, permitiendo a China promover su propio modelo de globalización? ¿Logrará la Unión Europea superar esta crisis preservando su modelo actual con unos pocos cambios, se reformará –y en qué sentido– o podremos llegar a ver, incluso, a algún miembro optar por abandonar el bloque en los próximos años?

La capa de Perseo

Desde la izquierda se han destacado estos días –sin ir más lejos, desde las páginas de este medio– iniciativas impulsadas por diferentes colectivos para la fabricación de mascarillas caseras o la creación de redes de apoyo. Todo ello es desde luego encomiable, pero conviene recordar que estas iniciativas surgen para suplir la ausencia de una respuesta institucional adecuada, que difícilmente pueden sustituir a la gran industria en la fabricación de aparatos de respiración o material de laboratorio ni al Estado en la organización del envío de equipos médicos, y que en el peor de los escenarios una administración que opte por el cinismo puede fiar a sus ciudadanos la realización de acciones que, en propiedad, les corresponden a ella, y luego congratularse por la existencia de héroes anónimos.

Se nos ha invitado asimismo a considerar la crisis como una oportunidad para modificar nuestros hábitos de consumo o a celebrar la drástica caída de la polución por las medidas de confinamiento, obviando que este tipo de correlaciones puede llevarse sin demasiados problemas a territorios favorables a la derecha: gracias a esas mismas medidas también ha caído en picado el número de delitos y las sanciones contra los infractores son más duras debido al estado de alarma, en el que como es sabido se sustituyen los derechos por prerrogativas y los cuerpos y fuerzas de seguridad de los estados se encuentran desplegados por las calles.

Pero llama sobre todo la atención quienes, desde un optimismo digno de mejor causa, parecen dar por sentado que, por alguna fatalidad, nuestras relaciones sociales mejorarán y los gobiernos cederán a sus postulados neoliberales y llevarán a cabo medidas keynesianas para reactivar la economía.

La pregunta que pocos parecen formularse, y que condena a muchos de estos artículos al *wishful thinking*, es, ¿qué organización, política o sindical, tiene ahora mismo la fuerza y la determinación de presionar a los gobiernos para que lleven a cabo este tipo de medidas? ¿Cuáles son capaces de recoger, organizar y canalizar el más que probable descontento social? ¿Cuál es su preparación y capacidad de movilización y cuál es el grado de conciencia de sus militantes y simpatizantes? Incluso en un plano teórico, el estado de la cuestión puede definirse con las palabras con las que Rosa Luxemburg calificó el edificio ideológico de Eduard Bernstein: “Una pila de escombros en el que fragmentos de todos los sistemas, los cascotes del pensamiento de todos los pensadores, grandes y pequeños, han encontrado su fosa común.” La situación exige algo más que vacuos eslóganes como “poner la vida en el centro”.

La historia no avanza siempre “por su peor lado”, pero el balance es desde luego desigual, y no particularmente positivo para la izquierda que supuestamente iba a salir fortalecida de estos enviones

Este moderado optimismo ante la catástrofe es recurrente. ¿Acaso la crisis financiera de 2008 no fue vista por algunos autores como una oportunidad en términos no muy diferentes a determinados artículos que vemos publicados estos días? Los ajustes estructurales iban a llevarnos a valorar la frugalidad, a consumir menos y mejor, replantear nuestro estilo de vida, prescindir más del automóvil y así sucesivamente. Dos décadas antes, la desintegración del campo socialista en Europa oriental iba a suponer el regreso de la izquierda con bríos renovados, librada de una vez por todas de la ominosa carga de la historia soviética.

Huelga decirlo, el pesimismo está de más: la historia no avanza siempre “por su peor lado”, pero el balance es desde luego desigual, y no particularmente positivo para la izquierda que supuestamente iba a salir fortalecida de estos enviones. La crisis económica causada por la pandemia de Covid-19 muy bien podría terminar, ¿por qué no?, en una nueva fase de concentración de capital y un mayor control social.

Por lo pronto, muchas pequeñas y medianas carecen del capital y el acceso al crédito que les permita sobrevivir a esta crisis, mientras los grandes grupos inversores disponen desde hace años de la liquidez necesaria como para absorber a muchos de sus competidores. ¿Qué impide a las élites recurrir a medidas de fuerza para asegurarse ese escenario, aprovechando la experiencia de los estados de alarma decretados ya en varios países y el cansancio psicológico de la población después de semanas de confinamiento, mucho más vulnerable económicamente, y, en consecuencia, también más receptiva a los discursos que prometen una mayor seguridad? ¿Por qué la solidaridad habría de aumentar espontáneamente en una situación en la que se incrementa la competición por unos recursos más escasos y cuyo modelo de distribución no contempla criterios de justicia ni equidad? Son preguntas que conviene repetir estos días.

Oportunamente, Chris Gilbert recordaba días atrás una frase de Karl Marx en el prefacio a la primera edición de *El capital*: “Perseo llevaba una capa mágica que lo hacía invisible a los ojos de los monstruos que perseguía. Nosotros la extendemos sobre nuestros ojos y oídos para poder negar la existencia de monstruos.”

A vueltas con el Estado

“La pandemia vuelve a situar posiciones de izquierda en el centro del debate: sanidad, economía, redistribución; en todo ello se espera la intervención del Estado”, afirmaba en su segundo número de abril el

semanario de economía alemán *Wirtschaftswoche*. En efecto, “la pandemia ha aumentado considerablemente el carisma del Estado fuerte en todo el mundo”, escribía Matan Kaminer en *LeftEast*. “En Occidente, las primeras y precipitadas caracterizaciones de las respuestas en Asia oriental como autoritarias e iliberales”, continúa, “han quedado completamente desacreditadas a medida que las principales democracias liberales, como Reino Unido y EE UU, sucumben a una aterradora espiral de contagios mientras países como China, Singapur y Vietnam emergen relativamente indemnes, por no mencionar el bochorno de los equipos médicos cubanos proporcionando asistencia médica en suelo europeo.”

Kaminer recuerda en su artículo la histórica desconfianza, cuando no hostilidad, de la izquierda hacia el Estado. Sin duda, fundamentada por su carácter histórico de clase. Pero ésta puede demostrarse fatal en momentos como el actual, cuando “facciones de la clase dirigente se enfrentan por la adopción de medidas, cuando los intereses inmediatos del capital financiero para la circulación ininterrumpida de mercancías contradicen el interés de la salud pública”.

Con el ánimo de despejar dudas, el autor aplaude todas las iniciativas de base y llama a apoyar las reivindicaciones de los trabajadores del sector de la sanidad, pero también alerta de la posibilidad de que los estados blinden todavía más sus aparatos represivos en ausencia de un contrapeso político capaz de ejercer un verdadero control democrático. “A medida que las fauces de la crisis se abren y son más temibles”, escribe, “muchos estarán tentados de arrojar el análisis y los matices por la borda y correr bajo el ala del Estado, ‘el sujeto que en teoría hemos de conocer’”.

La cuestión que empieza a vislumbrarse es, por lo tanto, política, y su importancia seguramente crecerá en los tiempos venideros. No parece que el debate entre los “referentes intelectuales” –mejor ahorrémonos nombres– esté a la altura del momento, y buena parte de lo publicado más bien arrastra todos los problemas que han caracterizado a estos círculos académicos, y aledaños, desde hace décadas y aparece, así, como extemporánea y fuera de lugar a los ojos de la mayoría de lectores. En una entrevista concedida en 2007, Antoni Domènech recalca cómo lo que necesitaba la izquierda “son expertos competentes, no cantamañanas, ni falsarios especuladores de tres al cuarto (aunque se columpien en un ‘pensamiento débil’), ni arbitrarios cultivadores de arcanas ‘ciencias privadas’.” Por lo demás, continuaba, “al lego siempre le resultará más fácil controlar democráticamente a un experto especialista de verdad, obligado a hablar el lenguaje de la razón y de la deliberación públicas, que al ideólogo de turno (al perito en ‘paz’, en ‘socialismo del siglo XXI’, en ‘deconstrucción’, en ‘discursos de género’, en ‘biopolítica’, en pretendidas ‘ontologías de lo social’, en ‘sociedad de la información’ o en ‘alterglobalización’) que, buscando fascinar a propios y extraños con una

jerga privada esotérica y apenas inteligible, termina por cultivar lo que los franceses –¡que de eso saben un rato!– llaman el *bluff à l'expertise*".

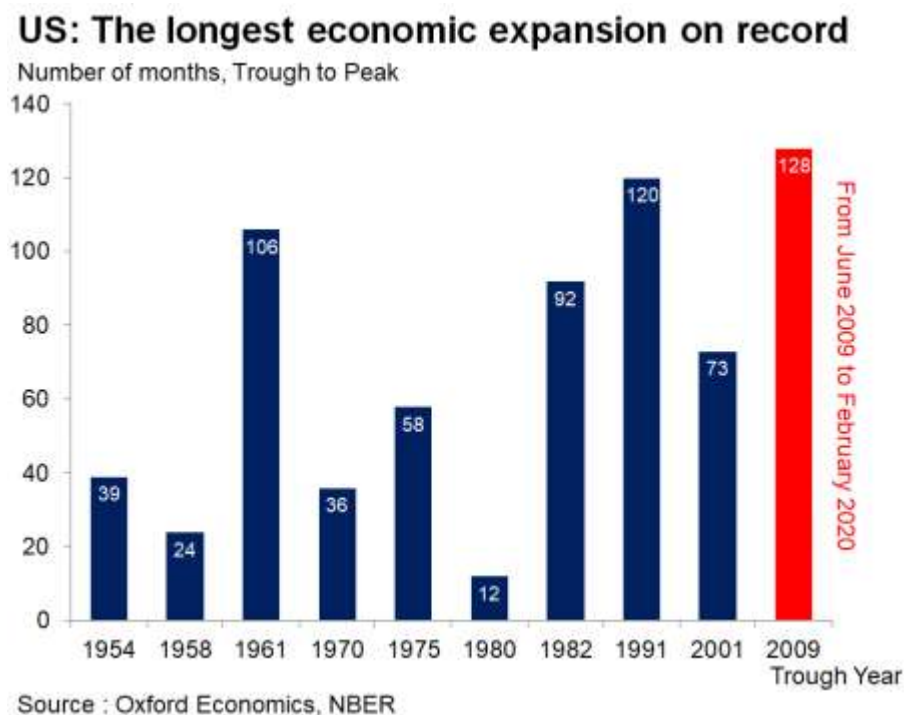
En su prólogo a *¿Comunismo sin crecimiento?*, Manuel Sacristán llamaba a "sobrepasar a esa tentación de celtíbero libertario" frente al papel interventor del Estado ya que "el problema material (no sólo el moral) no es un invento, está planteado realmente y no se puede reducir a disposiciones culturales" del autor de aquel libro, el controvertido pero intelectualmente fértil Wolfgang Harich. Quizá volver a los debates clásicos sobre el Estado, sobre su control político y su transformación en un sentido republicano democrático, no sea tan mala idea después de todo.

La depresión pospandémica

Michael Roberts

17/04/2020

La pandemia de coronavirus marca el final de la expansión económica más larga registrada en los Estados Unidos, y experimentará la contracción económica más fuerte desde la Segunda Guerra Mundial.

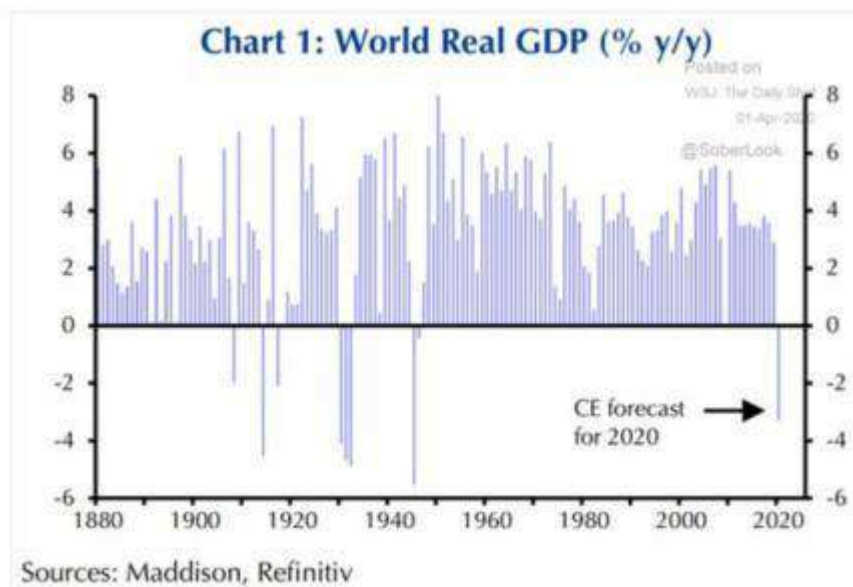


La economía global se enfrentaba al peor colapso desde la Segunda Guerra Mundial cuando el coronavirus comenzó a atacar en marzo, mucho antes

del apogeo de la crisis, según el último índice de seguimiento Brookings-FT.



2020 será el primer año de caída del PIB mundial desde la Segunda Guerra Mundial. Y solo fueron los últimos años de la Segunda Guerra Mundial y sus secuelas cuando la producción cayó.

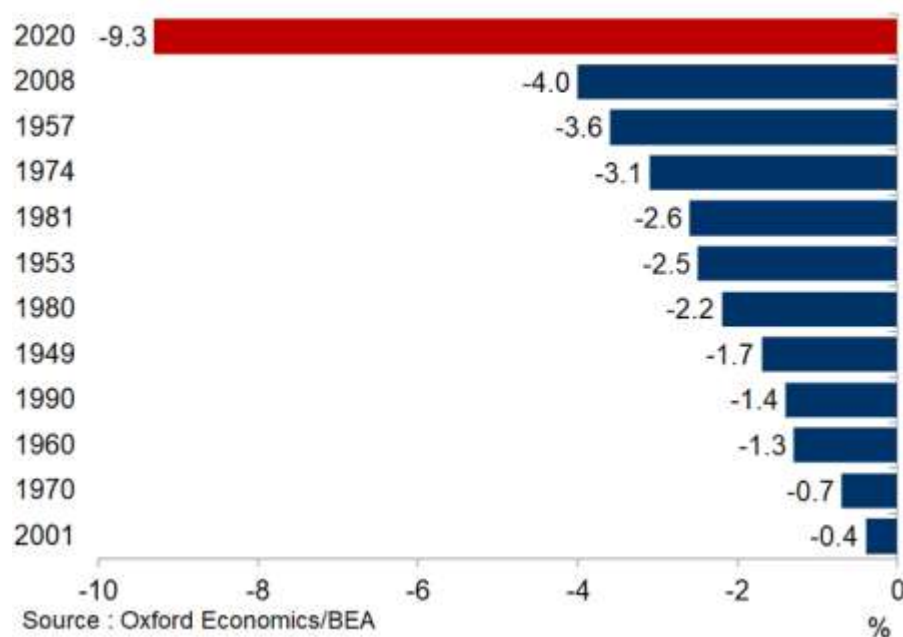


[Los economistas de JP Morgan](#) creen que la pandemia podría costar al mundo al menos \$ 5.5 billones en producción perdida en los próximos dos años, mas que la producción anual de Japón. Y eso se perdería para siempre. Eso es casi el 8% del PIB hasta fines del próximo año. El coste,

solo para las economías desarrolladas, será similar al de las recesiones de 2008-2009 y 1974-1975. Incluso con niveles sin precedentes de estímulos monetarios y fiscales, es improbable que el PIB vuelva a su tendencia anterior a la crisis hasta al menos 2022.

El Banco de Pagos Internacionales advirtió que los esfuerzos nacionales sin coordinar podrían conducir a una segunda ola de casos de Covid-19, un escenario que en el peor de los casos dejaría el PIB de EEUU a fines de 2020 alrededor de un 12% por debajo de su nivel anterior al virus. Eso es mucho peor que en la Gran Recesión de 2008-9.

US: Cumulative GDP decline during recessions



La economía de Estados Unidos perderá 20 millones de empleos según las estimaciones de [@OxfordEconomics](#), lo que [disparará la](#) tasa de desempleo a niveles superiores a los conocidos tras la Gran Depresión y afectará gravemente al 40% de los empleos.

Figure 3: The unemployment rate will spike to 12% in April as the economy sheds 20 million

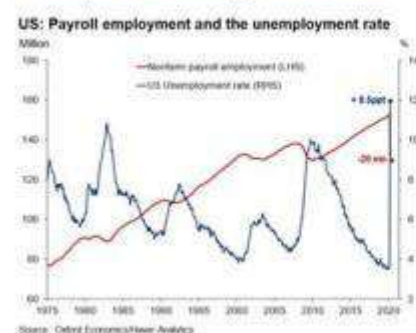
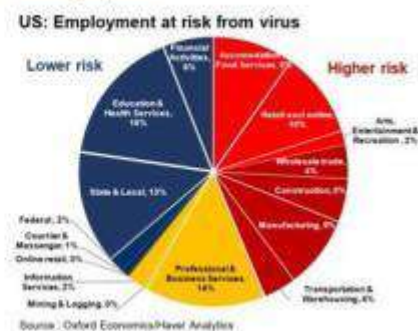
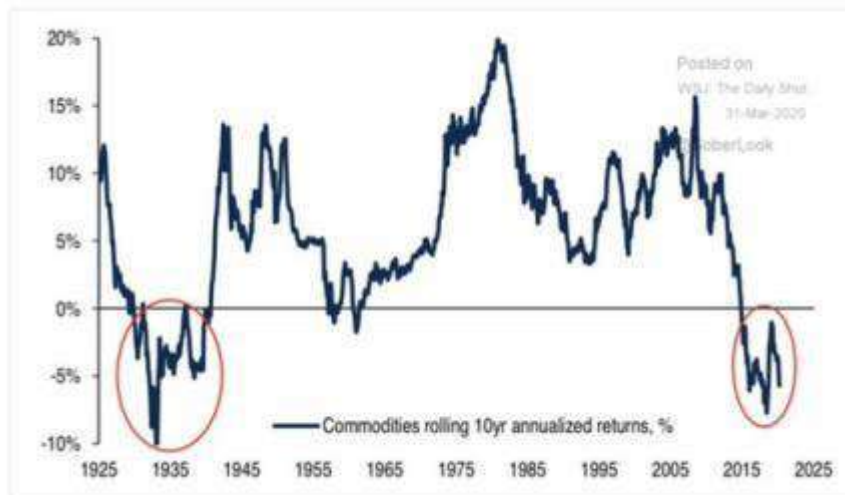


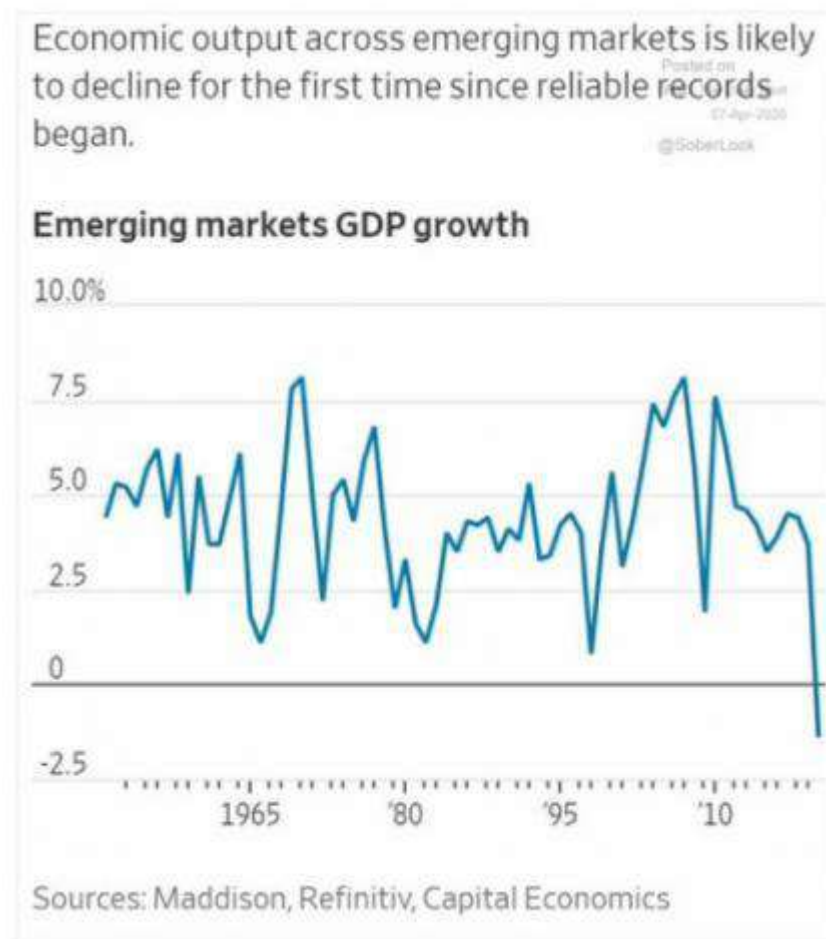
Figure 2: Over 40% of total employment will be severely impacted



Y luego está la situación de las llamadas 'economías emergentes' del 'Sur Global'. Muchos de estos países son exportadores de productos básicos (como energía, metales industriales y agroalimentos) que, desde el final de la Gran Recesión, han visto caer los precios.



La pandemia va a intensificar esa contracción. Se pronostica que la producción económica en los mercados emergentes caerá un 1.5% este año, la primera caída desde que comenzaron los registros estadísticos fiables en 1951.



El Banco Mundial considera que la pandemia empujará a África subsahariana a la recesión en 2020 por primera vez en 25 años. En su informe “África Pulse”, el BM asegura que la economía de la región se contraerá entre el 2.1% y -5.1% a partir de un crecimiento del 2.4% el año pasado, y que el nuevo coronavirus le costará al África subsahariana de \$ 37 mil millones a \$ 79 mil millones en pérdidas de producción este año debido a la contracción del comercio y la ruptura de la cadena de valor, entre otros factores”. Estamos asistiendo a un colapso de los precios de los productos básicos y a un colapso del comercio mundial diferente a todo lo que hemos visto desde la década de 1930”, ha afirmado Ken Rogoff, ex economista jefe del FMI.

Más de 90 países “emergentes” han consultado sobre posibles rescates del FMI, casi la mitad de las naciones del mundo, mientras que al menos 60 han tratado de aprovechar los programas del Banco Mundial. Las dos instituciones juntas tienen recursos de hasta \$ 1.2 billones que han dicho que pondrían a disposición de estos países para combatir las consecuencias económicas de la pandemia, pero esa cifra es pequeña en comparación con las pérdidas en ingresos, PIB y salidas de capital.

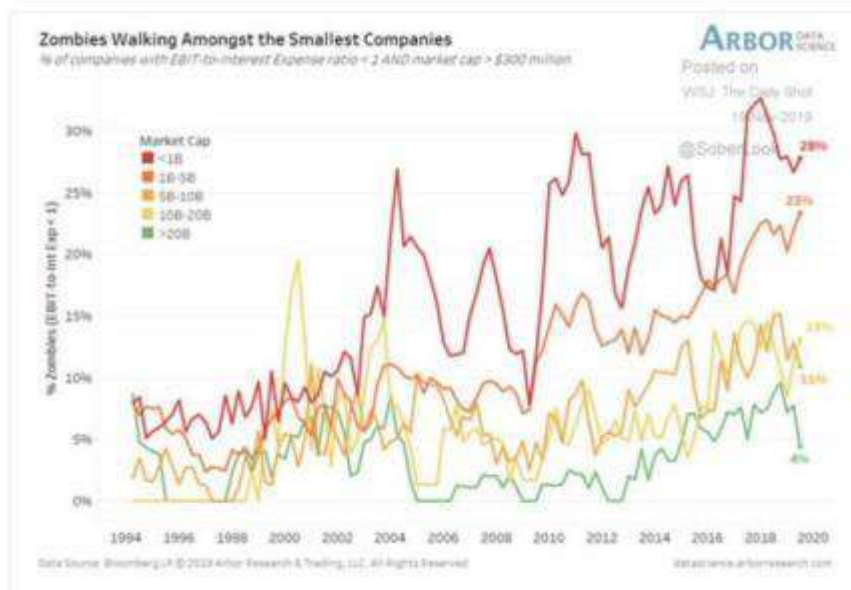
Desde enero, alrededor de \$ 96 mil millones han salido de los mercados emergentes, según datos del Instituto de Finanzas Internacionales, un grupo bancario. Eso es más del triple de la salida de \$ 26 mil millones durante la crisis financiera mundial de hace una década. "Seguramente seguirá una avalancha de crisis de deuda pública", señala, y "el sistema simplemente no puede manejar tantos incumplimientos y reestructuraciones al mismo tiempo", dijo Rogoff.

Sin embargo, el optimismo reina en muchos sectores de que una vez que terminen los bloqueos, la economía mundial se recuperará gracias a un aumento de la demanda 'acumulada' contraída. La gente volverá al trabajo, los hogares gastarán como nunca antes y las empresas contratarán a su antiguo personal y comenzarán a invertir cara a un futuro más brillante después de la pandemia.

Como lo expresó el gobernador del Banco de Islandia: "El dinero que ahora se ahorra porque la gente se queda en casa no desaparecerá; volverá a gotear en la economía tan pronto como termine la pandemia. La prosperidad volverá". Esta opinión fue repetida por el timonel de la economía más grande del mundo. El secretario del Tesoro de los Estados Unidos, Mnuchin, dijo valientemente que: "Este es un problema a corto plazo. Pueden pasar un par de meses, pero vamos a superar esto y la economía será más fuerte que nunca".

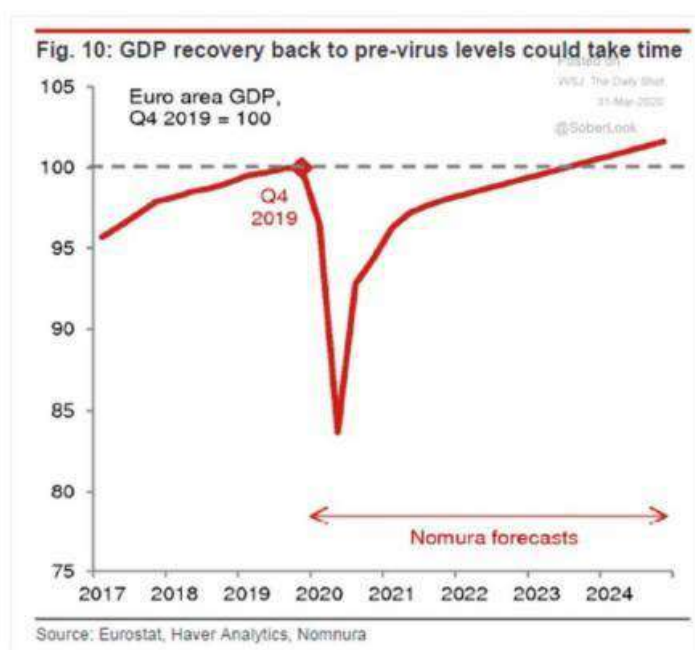
El exsecretario del Tesoro y gurú keynesiano, Larry Summers, ha intentado no quedar a la zaga: "la recuperación puede ser más rápida de lo que mucha gente espera porque tiene el carácter de una recuperación tras la depresión total que afecta a una economía de tipo Cape Cod cada invierno o la recuperación que experimenta el PIB de los Estados Unidos todos los lunes por la mañana". En efecto, está diciendo que la economía de los Estados Unidos y del mundo es como Cape Cod fuera de temporada; listo para abrir en verano sin ningún daño significativo para las empresas durante el invierno.

Eso si es optimismo. Cuando estos optimistas hablan de una recuperación rápida en forma de V, no reconocen que la pandemia de COVID-19 no está generando una recesión 'normal' y está afectando no solo a una sola región sino a toda la economía global. Muchas compañías, particularmente las más pequeñas, no se recuperarán tras la pandemia. Antes de los cierres, entre el 10 y el 20% de las empresas en los Estados Unidos y Europa apenas obtenían suficientes ganancias para cubrir los costes de funcionamiento y el servicio de la deuda. Para estas llamadas empresas 'zombis' el invierno de Cape Cod puede ser el último clavo en sus ataúdes. Varias cadenas minoristas y de ocio medianas se han declarado ya en bancarrota y las aerolíneas y agencias de viajes pueden seguirlas. Un gran número de compañías de petróleo de esquisto también están bajo el agua (no las petroleras).

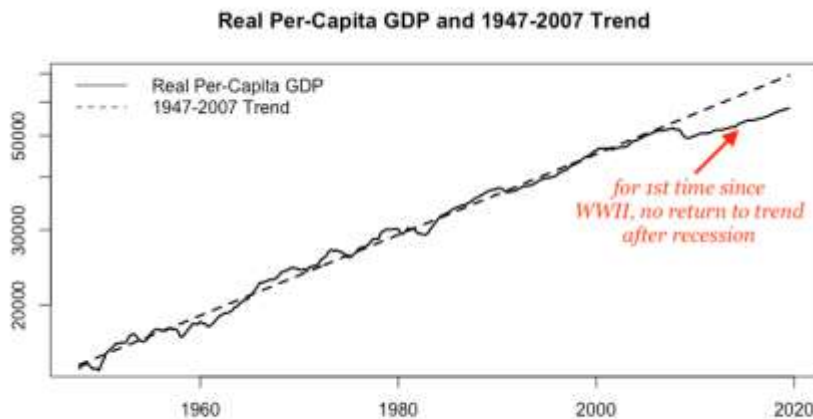


Como concluye Mohamed El-Erian , uno de los principales analistas financieros: “La deuda ya está demostrando ser una raya roja para las empresas que compiten para adaptarse a la crisis, y un factor crucial en la competencia por la supervivencia del más apto. Las empresas que entraron en la crisis altamente endeudadas tendrán más dificultades para continuar. Si se sale de esto, será en un paisaje donde muchos de los competidores han desaparecido”.

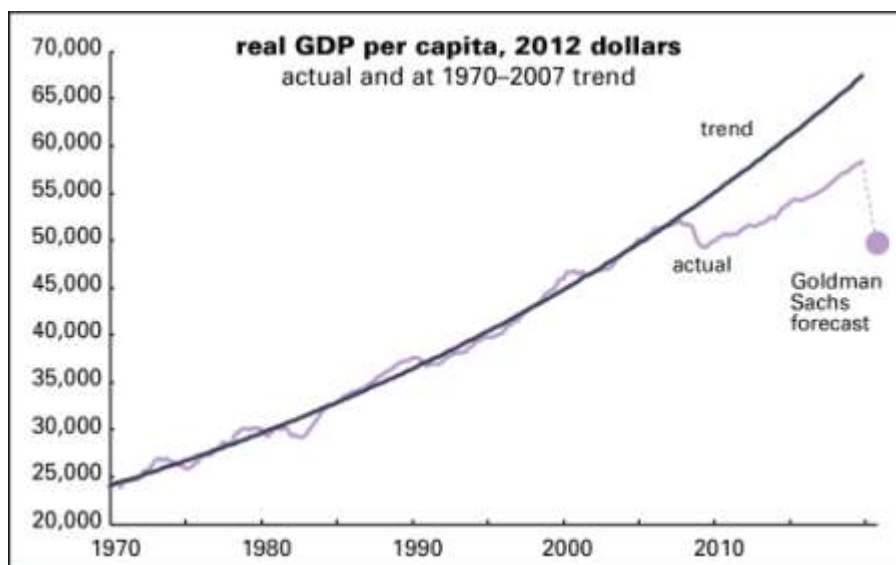
Por lo tanto, llevará más tiempo volver a los niveles anteriores tras los cierres. ¡Los economistas de Nomura estiman que es improbable que el PIB de la zona euro supere el nivel del cuarto trimestre de 2019 hasta 2023!



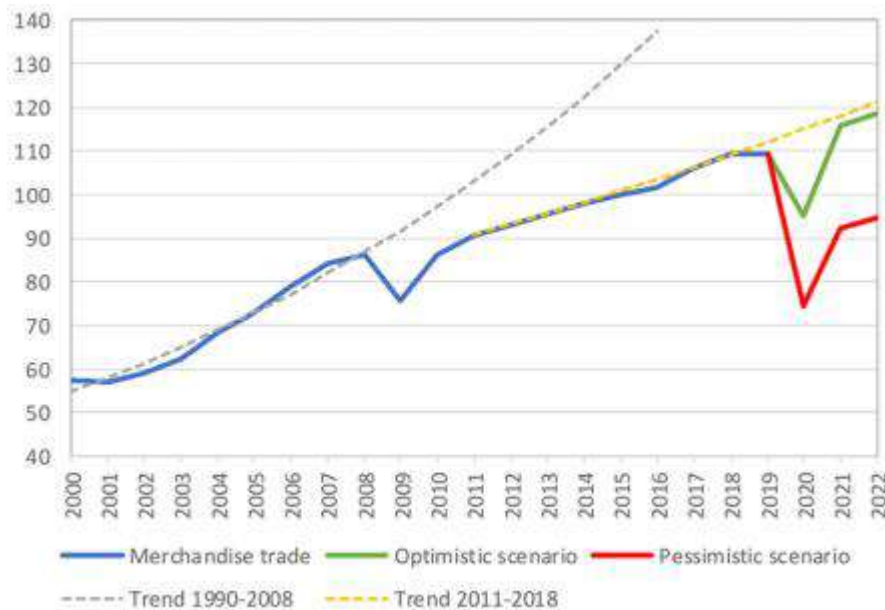
Y recuerde, como expliqué en detalle en mi libro *The Long Depression*, después de la Gran Recesión no hubo ningún retorno al crecimiento tendencial anterior. Cuando se reanudó el crecimiento, fue a un ritmo más lento que antes.



Desde 2009, el crecimiento anual del PIB per cápita de EEUU ha sido de media un 1.6%. A fines de 2019, el PIB per cápita estaba un 13% por debajo del crecimiento tendencial anterior a 2008. Al final de la recesión de 2008-2009, estaba un 9% por debajo de la tendencia. Entonces, a pesar de una expansión de una década, la economía de EEUU cayó por debajo de la tendencia tras la Gran Recesión. La brecha ahora es de \$ 10.200 per capita, una pérdida permanente de ingresos. ¡Y ahora Goldman Sachs pronostica una caída del PIB per cápita que eliminaría todas las ganancias de los últimos diez años!



Además está el comercio mundial. El crecimiento del comercio mundial apenas ha sido igual al crecimiento del PIB mundial desde 2009 (línea azul), muy por debajo de su tasa anterior a 2009 (línea de puntos). Ahora incluso esa trayectoria es más baja (línea amarilla punteada). La Organización Mundial del Comercio no ve ningún retorno a esta trayectoria más baja durante al menos dos años.

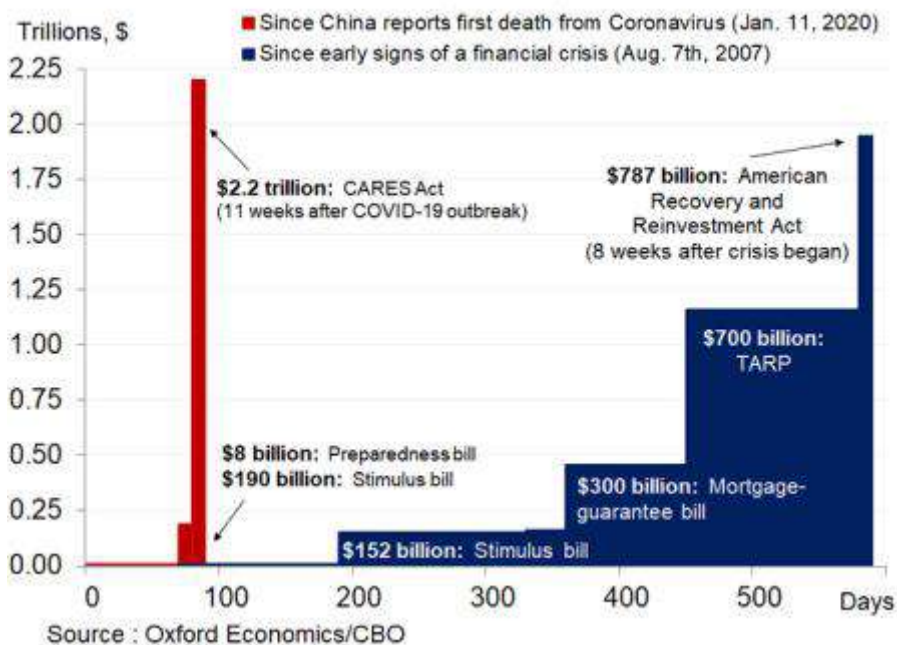


Pero, ¿qué pasa con las enormes inyecciones de crédito y préstamos que realizan los bancos centrales de todo el mundo y los enormes paquetes de estímulos fiscales de los gobiernos a nivel mundial? ¿No cambiará las cosas más rápido? Bueno, no hay duda de que los bancos centrales e incluso las agencias internacionales como el FMI y el Banco Mundial han intervenido para inyectar crédito mediante la compra de bonos gubernamentales, bonos corporativos, préstamos estudiantiles e incluso ETF en una escala nunca antes vista, incluso durante la crisis financiera mundial de 2008-2009. Las compras de tesorería de la Reserva Federal ya son superiores a los programas anteriores de flexibilización cuantitativa.



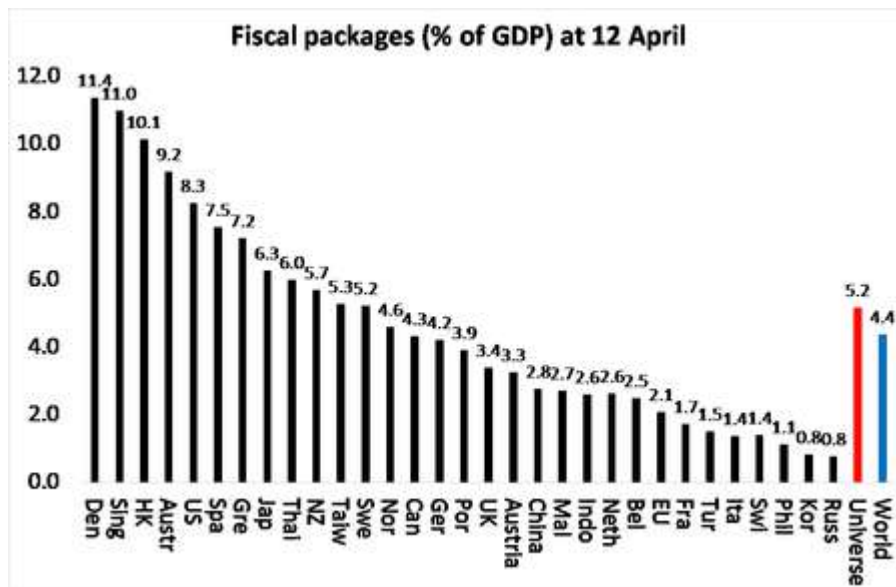
Y el gasto fiscal aprobado por el Congreso de los Estados Unidos el mes pasado eclipsa el programa de gasto público durante la Gran Recesión.

US: Funds authorized by Congress



He hecho una estimación del tamaño de las inyecciones de crédito y los paquetes fiscales anunciados a nivel mundial para preservar las economías y las empresas. Creo que ha alcanzado más del 4% del PIB en estímulos fiscales y otro 5% en inyecciones de crédito y garantías gubernamentales.

Eso es el doble de la cantidad durante la Gran Recesión, con algunos países clave haciendo más esfuerzos para compensar a los trabajadores sin trabajo y a las pequeñas empresas cerradas.



Estos paquetes van aún más lejos de otra manera. Las entregas directas de dinero efectivo por parte del gobierno a hogares y empresas son, en efecto, lo que el infame economista monetarista y librecambista Milton Friedman llamó 'dinero helicóptero', dólares que se dejan caer del cielo para salvar a las personas. Olvídense de los bancos; ponga el dinero directamente en manos de quienes lo necesitan y lo gastan.

Los economistas postkeynesianos que han presionado a favor del dinero del helicóptero, o el dinero para la gente, son vindicados.

Además, de repente, la idea, que hasta ahora era rechazada por la política económica convencional, se ha vuelto muy aceptable, es decir, el gasto fiscal financiado, no por la emisión de más deuda (bonos del gobierno), sino simplemente 'imprimiendo dinero', es decir, la Fed o el Banco de Inglaterra depositan dinero en la cuenta del gobierno para gastarlo.

El comentarista keynesiano Martin Wolf, habiendo explorado antes la TMM, ahora escribe: "Hay que abandonar los clichés gastados. Los gobiernos ya han renunciado a las viejas reglas fiscales, y con razón. Los bancos centrales también deben hacer lo que sea necesario. Esto significa financiación monetaria de los gobiernos. Los bancos centrales fingen que lo que están haciendo es reversible y que no se trata de financiación monetaria. Si eso los ayuda a actuar, está bien, incluso si probablemente no sea cierto. ...No hay alternativa. A nadie debería importarle. Hay formas de manejar las consecuencias. Incluso el "dinero helicóptero" podría estar muy justificado en una crisis tan profunda".

¡Han llegado las políticas de la teoría monetaria moderna (TMM)! Claro, se supone que esta financiación monetaria pura es temporal y limitada, pero los chicos y chicas de la TMM tienen la esperanza de que podría convertirse en permanente, como defienden. Es decir, los gobiernos deberían gastar y así crear dinero y llevar la economía hacia el pleno empleo y mantenerla allí. El capitalismo será salvado por el estado y por la teoría monetaria moderna.

He discutido en detalle en varios artículos los errores teóricos de la TMM desde una perspectiva marxista. El problema con esta teoría y política es que ignora el factor crucial: la estructura social del capitalismo. Bajo el capitalismo, la producción y la inversión son con fines de lucro, no para satisfacer las necesidades de las personas. Y las ganancias dependen de la capacidad de explotar a la clase trabajadora en comparación con los costos de inversión en tecnología y activos productivos. No depende de si el gobierno ha proporcionado suficiente "demanda efectiva".

La suposición de los radicales chicos y chicas poskeynesianos / TMM es que si los gobiernos gastan y gastan, los hogares gastarán más y los capitalistas invertirán más. Por lo tanto, se puede restaurar el pleno empleo sin ningún cambio en la estructura social de una economía (es decir, el capitalismo). Según la TMM, los bancos permanecerían en su lugar; las grandes compañías, las FAANG, permanecerían intactas; el mercado de valores seguiría creciendo. El capitalismo sería salvado gracias al estado, financiado por el árbol mágico del dinero (TMM).

Michael Pettis es un conocido macro-economista 'pro presupuesto equilibrado' con sede en Beijing. En un convincente artículo, titulado "MMT heaven and MMT hell" ("El paraíso y el infierno de la TMM"), parte en su lugar de la suposición optimista de que imprimir dinero para aumentar el gasto del gobierno puede ser la solución. Pettis afirma: "el resultado final es este: si el gobierno puede gastar estos fondos adicionales de manera que el PIB crezca más rápido que la deuda, los políticos no tienen que preocuparse por la inflación galopante o la acumulación de deuda. Pero si este dinero no se usa productivamente, lo contrario es cierto".

Agrega: "crear o pedir dinero prestado no aumenta la riqueza de un país a menos que hacerlo resulte directa o indirectamente en un aumento de la inversión productiva... Si las empresas estadounidenses son reacias a invertir no es porque el coste del capital sea alto sino porque la rentabilidad esperada es baja, es poco probable que respondan a la compensación entre un capital más barato y una menor demanda invirtiendo más". Puedes llevar un caballo al río, pero no puedes obligarle a beber.

Sospecho que gran parte de esta generosidad monetaria y fiscal terminará no siendo gasto público, sino acumulada, no invertida en salarios y

producción, sino en activos financieros improductivos; no es de extrañar que los mercados bursátiles del mundo se hayan recuperado a medida que la Fed y otros bancos centrales inyectan efectivo y préstamos gratuitos.

De hecho, incluso el economista de izquierda Dean Baker duda del paraíso prometido por la TMM y de la eficacia de un gasto fiscal tan grande. "En realidad, es posible que estemos viendo demasiada demanda, ya que un estallido del gasto posterior al cierre puede superar la capacidad inmediata de los restaurantes, aerolíneas, hoteles y otros negocios. En ese caso, es posible que veamos una explosión de inflación, ya que estas empresas subirán los precios en respuesta a la demanda excesiva". Es decir, el infierno de la TMM. Concluye que "el gasto en general no es aconsejable en este momento".

Bueno, la prueba del algodón consiste en pasar este y ya veremos. Pero la evidencia histórica que yo y otros hemos compilado durante la última década o más, muestra que el llamado multiplicador keynesiano tiene un efecto limitado en la restauración del crecimiento, principalmente porque no es el consumidor lo determinante para reactivar la economía, sino las empresas capitalistas.

Y hay nueva evidencia sobre el poder del multiplicador keynesiano. No funciona uno por uno o más, como se suele afirmar. Por ejemplo, el aumento del 1% del PIB en el gasto público no conduce a un aumento del 1% del PIB en la producción nacional. Algunos economistas han estudiado el multiplicador en Europa en los últimos diez años. Llegaron a la conclusión de que "en contra de las afirmaciones previas de que el multiplicador fiscal se elevó bastante por encima de uno en el punto álgido de la crisis, sin embargo, sostenemos que el 'verdadero' multiplicador ex post se mantuvo por debajo de uno".

Y hay pocas razones para que sea más alto esta vez. En otro documento, otros destacados economistas sugieren que una recuperación en forma de V es poco probable porque "la demanda es endógena y se ve afectada por el shock de oferta y otras características de la economía. Lo que sugiere que el estímulo fiscal tradicional es menos efectivo en una recesión causada por un shock de oferta como el actual". ... la demanda puede reaccionar de manera exagerada ante el shock de oferta y provocar una recesión por falta de demanda debido a la "baja capacidad de sustitución entre sectores y mercados incompletos, con consumidores con liquidez limitada", de modo que "varias formas de política fiscal pueden ser menos efectivas por dólar gastado".

Pero, ¿Qué más podemos hacer? Por ello, "la política óptima para enfrentar una pandemia en nuestro modelo combina la relajación de la política monetaria y una abundante seguridad social". Y ese es el problema. Si la estructura social de las economías capitalistas se mantiene intacta,

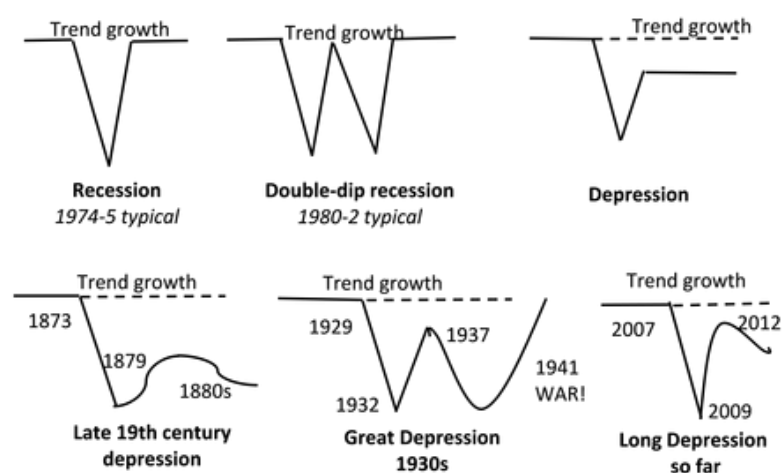
entonces todo lo que queda es imprimir dinero y aumentar el gasto público.

Quizás la profundidad y el alcance de esta depresión pandémica crearán condiciones en las que los valores de los capitales se devalúen tanto por quiebras, cierres y despidos que las compañías capitalistas más débiles serán liquidadas y las compañías tecnológicamente más avanzadas tomarán el control en un entorno de mayor rentabilidad. Este sería el ciclo clásico de auge, depresión y auge que prevé la teoría marxista.

El ex jefe del FMI y aspirante a la presidencia de Francia, el infame Dominique Strauss-Kahn, insinúa eso: "la crisis económica, al destruir el capital, puede proporcionar una salida. Las oportunidades de inversión creadas por el colapso de parte del aparato de producción, como el efecto sobre los precios de las medidas de apoyo, pueden revivir el proceso de destrucción creativa descrito por Schumpeter".

A pesar del tamaño de esta depresión pandémica, no estoy seguro de que se produzca una destrucción suficiente de capital, especialmente dado que gran parte de la financiación del rescate servirá para mantener en funcionamiento a las empresas, no a los hogares. Por esa razón, espero que al final de los cierres y confinamientos no haya una recuperación en forma de V o incluso un retorno a la "normalidad" (de los últimos diez años).

En mi libro, *La Larga Depresión*, dibujé un diagrama esquemático para mostrar la diferencia entre recesiones y depresiones. Una recuperación en forma de V o en forma de W es la norma, pero hay períodos en la historia del capitalismo cuando la depresión es la norma. En la depresión de 1873-97 (más de dos décadas), hubo varias recesiones en diferentes países, seguidas de recuperaciones débiles que tomaron la forma de un signo de raíz cuadrada en la que la tendencia anterior de crecimiento no se restablece.



Los últimos diez años han sido similares a finales del siglo XIX. Y ahora parece que cualquier recuperación de la depresión pandémica será débil y

producirá una futura expansión por debajo de la tendencia anterior. Será otra etapa en la larga depresión que hemos experimentado durante los últimos diez años.

El coronavirus y el eclipse neoliberal

Rodrigo Amírola

12/04/2020



La pandemia del coronavirus se ha llevado por delante la vida de más de 60.000 personas en todo el mundo. Más de 3.000 millones de personas están confinadas para tratar de contener la expansión de la enfermedad. Apenas un puñado de países, como Samoa o Sierra Leona, no han registrado casos de esta amenaza vírica, que ha puesto en jaque a la Humanidad.

Las consecuencias económicas y sociales no se han hecho esperar. Todos los ingredientes están preparados para un fuerte shock. Las previsiones para el PIB mundial en 2020 apuntan a una contracción de entre el 1 y el 3% de la economía, es decir, cifras similares o, incluso, peores a las de la Gran Recesión de 2008.

Al parón repentino de las principales economías productivas, hay que sumarle la crisis energética. Los precios del petróleo han saltado por los aires, dado el desplome de la demanda y la guerra suicida entre productores protagonizada por Arabia Saudí y Rusia, golpeando el corazón de la industria petrolera de EEUU con efectos imprevisibles para el conjunto de la economía mundial. Con metáfora gráfica: si ésta ya se encontraba al borde del precipicio antes del coronavirus – con Japón en recesión y crecimientos raquíticos de la UE y EEUU en torno al 2% –, el virus le ha dado el empujón que le faltaba para caer al abismo.

La crisis social adopta además rostros terroríficos en diferentes lugares del globo: el aumento exponencial del número de parados en las economías avanzadas, el avance de la mafia en el sur de Italia como actor paraestatal, que cumple funciones públicas como la garantía de seguridad o de necesidades básicas, o la expansión del hambre en las villas miseria de Buenos Aires. Si, como denunció Oxfam, 2.153 multimillonarios poseían en 2019 más dinero que el 60% de la población del planeta, ¿qué niveles de desigualdad y pobreza podríamos llegar a vislumbrar?

La Humanidad se ha redescubierto a sí misma como especie única en su fragilidad, en sus potencialidades y en sus límites ante la catástrofe propiciada por el virus. Se ha convertido ya en un tópico que el día después no seremos los mismos o que asistimos a un cambio de época. Pero, ¿qué crisis? ¿Asistimos al ansiado final del neoliberalismo? ¿Nos encaminamos a una reedición feliz del pacto social alcanzado después de la II Guerra Mundial por el capital y el trabajo en los países capitalistas del mundo occidental? ¿Hay motivos para el optimismo?

La crisis como (nueva) normalidad

La mayoría de nosotros recordamos en piel propia la Gran Recesión de 2008, la crisis del capitalismo mundial más profunda desde el crack del 29, también las acciones contundentes tomadas para rescatar a los grandes bancos y empresas de Wall Street, y las grandilocuentes proclamas de refundación del capitalismo de los hasta ayer máximos y aguerridos defensores del sistema. ¿Por qué debería ser ahora diferente?

[1] Por de pronto, el virus es una catástrofe, que ha afectado a la Humanidad en su conjunto, a pesar de que se haya cebado con especial virulencia con algunas naciones. Tanto es así que, prácticamente, todos los gobiernos del mundo han acabado coincidiendo en que el confinamiento generalizado era necesario para contener la enfermedad. A pesar de las tempranas resistencias de líderes como Boris Johnson o Donald Trump de abordar al uso la crisis y tratar de buscar chivos expiatorios nacionales, al final tanto las versiones paródicas del sistema como los representantes del neoliberalismo encorbatado han hecho lo mismo.

El relato dominante sobre la crisis del 2008 acabó haciendo pasar gato por liebre: los responsables de la crisis habían sido aquellos individuos, colectivos o países que habían vivido por encima de sus posibilidades en el pasado y ahora tenían que pagar las consecuencias en el presente y hacia el futuro. Ahora, en cambio, no hay culpables que deban pagar.

[2] De la misma manera que vimos en 2008, en momentos de crisis profunda del sistema capitalista, los Estados intervienen para salvar los muebles que el sector privado solo puede contemplar, mientras se hunden. Este keynesianismo de mínimos no significa mucho por sí mismo, si no se habla de quién paga la factura. Aquí no valen bienintencionadas proclamas de unidad, porque en las crisis emerge el conflicto social por antonomasia, el conflicto de clase. Pero esta vez sí estamos viendo en directo la implosión de ciertos dogmas de la ortodoxia neoliberal.

No solo hemos visto a un avezado Boris Johnson, impugnando a la santa y seña del neoliberalismo inglés, Margaret Thatcher, con su ya célebre “el coronavirus ha probado ya que la sociedad existe”. También comprobamos que la UE ha sido capaz de suspender el principio de estabilidad presupuestaria, cuando reventar el corsé del déficit ya no era solo cosa de pobres griegos, sino una realidad inapelable para el Gobierno de Angela Merkel. O que nadie se atreva a defender, ni siquiera con la boca pequeña que lo privado es más eficiente que lo público. Por último, y solo como síntoma de una expresión de un sentido común económico cada vez más extendido, el Financial Times ha defendido en varios editoriales la necesidad de “reformas radicales” en dirección contraria a las últimas cuatro décadas de neoliberalismo, o de “políticas hasta hace poco excéntricas” como “la renta básica” o “impuestos a la riqueza”.

[3] Por último, y no menos importante, las poblaciones de los países capitalistas avanzados encadenarán la experiencia de dos crisis devastadoras en apenas una década. No es solo que a estas alturas las mayorías sociales de estos países no cuenten con el mismo colchón material, sino que afrontarán una nueva experiencia de politización.

Si, tras el 2008, se generalizó la sensación de agravio en amplias capas de la población y, particularmente, de las entendidas a sí mismas como “clases medias” por la avería del ascensor social, ahora puede hacerlo la convicción de que algo no funciona en el sistema. La radicalmente falsa y repetida idea de que el virus es un elemento exógeno al sistema capitalista no tiene visos de ser efectiva ante las evidencias de que nuestros sistemas de salud públicas se han visto fuertemente debilitados por los recortes, las residencias se han convertido en auténticas trampas de la muerte para nuestros mayores o el desmantelamiento industrial nos ha impedido el autoabastecimiento de material sanitario básico.

El espíritu de los balcones

En este paisaje de emergencia socio-sanitaria, tragedias personales y eclipse de ideas y prácticas neoliberales, se ha generalizado una acción común en España^[1], que da motivos para la esperanza: aplaudir a las ocho de la tarde desde balcones y ventanas a los trabajadores y trabajadoras de la sanidad pública. Médicos, enfermeras, profesionales de limpieza, etc. son aplaudidos, día tras día, desde que comenzó el confinamiento, como muestra de apoyo y admiración al conjunto del sistema de salud pública.

Una práctica ya tan familiar y, al mismo tiempo, tan extraña: un redescubrimiento de nuestra realidad común – de nuestro vecindario o nuestro barrio – desde la distancia; un reconocimiento del trabajo heroico de profesionales sanitarios, a los que sabemos desprovistos por el deterioro de lo público del material y los recursos necesarios; una paradójica expresión de unidad popular desde el espacio privado. Podríamos decir: momentos cotidianos de destrucción del viejo orden y de construcción del nuevo en un momento excepcional. Así parecen atestiguarlo los elevadísimos porcentajes de participación popular de hasta un 70%, según una reciente encuesta de 40db, junto al intento oportunista y fariseo de apropiárselo por parte de políticos que defendieron la privatización del sistema de salud y regalos fiscales sistemáticos a los más ricos.

Ese espíritu de los balcones fraterno y civilizador, que crece estos días en otras iniciativas solidarias y de apoyo mutuo, se expresa con especial fuerza en los barrios populares de las grandes ciudades del país: Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla... No por casualidad: son ellos y ellas quienes más padecieron las políticas de austeridad y recortes, y quienes acuden al centro sanitario público de su barrio cuando enferman. También quienes con igual entusiasmo abroncaron al Rey las pasadas jornadas del 18 y 19 de marzo por su vergonzoso papel durante la crisis, que llegó incluso a instrumentalizar esta para tapar las corruptelas y negocietes de su Casa.

Pero esta no es la única fuerza social presente en la actual sociedad española. Los partidarios de un neoliberalismo declinante podrían reinventarse a sí mismos, manteniendo el núcleo duro de su proyecto social: la hegemonía del capital financiero con un Estado deudor que ampliara sus funciones vitales con un refortalecido sistema público de salud (ante las amenazas cada vez más ciertas de nuevas epidemias globales), pero continuase pulverizando el poder de la clase trabajadora con un mercado laboral asalvajado. Además, los partidos de la derecha, que tratan de desestabilizar al gobierno con una brutal campaña de acoso y demonización; la patronal pendiente de defender con uñas y dientes sus beneficios; los grandes medios de comunicación; la propia monarquía, incluso miembros del gobierno, alentarán un discurso de unidad y sacrificios para que paguen la crisis las mayorías sociales. En pleno eclipse neoliberal, cuando se abre un periodo de incertidumbre y tinieblas, en que

algunas ideas y fuerzas sociales en declive se resisten a desaparecer, asistiremos a una auténtica encrucijada.

Veremos si este espíritu de los balcones se abre paso en calles, plazas e instituciones públicas el día de mañana con vocación de forjar un nuevo consenso social –que deberá tener necesariamente un correlato europeo– con reformas radicales de redistribución de la riqueza, ampliación de derechos y de una transición ecológica de nuestra economía. O si, por el contrario, el neoliberalismo se resiste a morir y una austeridad reforzada acompañada de un nuevo autoritarismo consigue volver a hacer caer el coste de la crisis sobre los hombros de la mayoría social. Como escribió el poeta que mejor expresó la agonía de la Segunda República Española: *ni el pasado ha muerto, ni está el mañana – ni el ayer – escrito*.

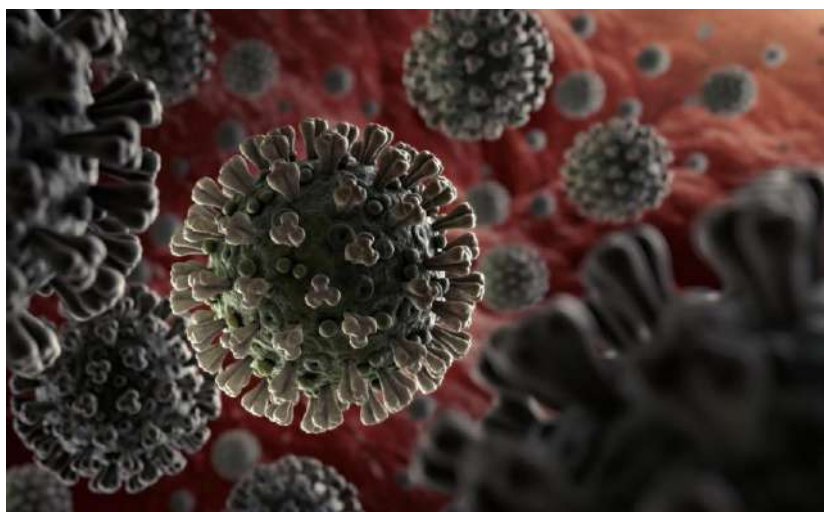
Nota:

[1] También se ha visto repetida en otros lugares del mundo como Italia, Francia, Argentina o la India.

El coronavirus (Covid19), la “república de la ciencia” y los derechos humanos

María Julia Bertomeu

05/04/2020



La Revista *Nueva Sociedad* reprodujo recientemente una traducción del texto del economista norteamericano Dean Baker: “Coronavirus: entre la salud y las patentes”. [1] Con el buen criterio que lo caracteriza, Baker decidió en su artículo dejar de lado la avalancha de sinsentidos emergentes del gobierno de Trump, para ir a las preguntas de fondo: ¿si se consiguiera una vacuna contra la enfermedad, sería asequible para todos los bolsillos?

Ante esta cuestión, Baker nos recuerda las palabras de un funcionario norteamericano de salud y ex ejecutivo de una farmacéutica, que hace unos días espetaba: “una vacuna recién inventada difícilmente sería asequible a todos los bolsillos porque la empresa “inventora” tendría el monopolio de la patente y, sencillamente, podría cobrar lo que se le antoje”. Los argumentos de Baker ante el “sencillamente”, la mentira y el despropósito del funcionario Alex Azar, no por conocidos dejan de ser impecables. Frente a una enfermedad que -como toda enfermedad contagiosa se ceba preferentemente con las vidas de quienes no tienen acceso a servicios de salud, por ser pobres o viejos sujetos al *triage*- Baker nos invita a *indignarnos* -y yo acepto su invitación- recordando además las palabras de Aristóteles cuando también nos invitaba a indignarnos correctamente ante la injusticia: indignarnos con quien se debe, de la forma en que se debe, y en la ocasión en que se debe (en realidad Aristóteles estaba evaluando el valor o disvalor ético político de la de “ira”, pero me permito hacer esta transposición, con el aval del diccionario RAE).

No cabe duda que es una ocasión correcta para indignarse ante los dichos, hechos y omisiones de muchos funcionarios de organismos nacionales e internacionales; pero también por los cambios globales impuestos por un capitalismo salvaje, que de manera silenciosa trabajan a favor de una evolución de nuevos tipos de gripe y de su transmisión global mediante un agrocapitalismo a gran escala. Hay muchos frentes para canalizar nuestra indignación, por ejemplo, con el negocio inmobiliario mundial y la especulación financiera que produjo miles de barrios miserables y pobreza urbana en Asia, India y en general en el tercer mundo, que se han convertido en el paraíso en el que se ceban los nuevos virus. No debemos dejar de indignarnos, tampoco, con un elemento fundamental de lo que se ha dado en llamar la “ecología de la gripe”: la ausencia de sistemas nacionales públicos de salud robustos, pero también de un sistema público internacional de salud que se corresponda -en escala y en nivel de impacto- con la globalización económica vendida como la panacea.

Por otro lado, y nuevamente con Baker, una vacuna no es costosa por lo que implica producirla y distribuirla, lo que aumenta de manera exponencial el precio de las vacunas y los medicamentos es el monopolio que crean las patentes. Y las patentes son también las que impiden la colaboración libre y desinteresada de los científicos de la “república de la ciencia”, de la que nos habló Michael Polanyi al trazar una fantástica analogía entre la sociedad libre y la ciencia libre; esa ciencia libre que según Polanyi haría posible que los esfuerzos de cada uno de los científicos se ajustaran a los resultados obtenidos por los otros. [\[2\]](#)

Hoy más que nunca es útil recordar una analogía que utiliza Michael Polanyi para ilustrar la marcha del progreso de la ciencia, que se figura como un proceso coordinado en el que cada investigador independiente

tiene la posibilidad de conocer todas las iniciativas que están en funcionamiento dentro del sistema científico. Polanyi nos propuso que imaginemos un rompecabezas gigante que, por alguna razón, debemos armar en el menor tiempo posible, cosa que sólo se lograría si todos trabajan en el armado del rompecabezas teniendo todo a la vista de todos, para que los demás vieran inmediatamente cuál puede ser el siguiente paso que la nueva situación hace posible. Bajo este sistema, cada investigador actuará por su propia iniciativa, pero intentando responder a los últimos descubrimientos hechos por los otros. ¿Será hoy capaz la república de la ciencia de plantarse ante unos mercados mundiales oligopolizados que socavan su autonomía, e incluso monopolizan el proceso de evaluación de los resultados científicos, en manos de empresas oligopólicas que excluyen cualquier otro criterio emanado de la propia comunidad científica si tal criterio no les resulta rentable? ¿Seremos capaces las repúblicas de impedir que los poderes privados le disputen a la república de la ciencia y a los estados su derecho inalienable a determinar qué sea el bien común? ¿Serán capaces nuestros mandatarios de impedir que las reglas internacionales del comercio atenten contra los derechos a la vida y a la salud de sus mandantes?

Gran parte de la humanidad está pendiente de la marcha de ese gran rompecabezas polanyiano, deseando que la ciencia produzca ese “milagro” de lograr una vacuna. Lo están incluso probablemente los dueños y accionistas de las empresas que componen la Big Pharma (Bayer, Glaxosmith Kline, Merck, Novartis, Pfizer, Roche, Sanofi-Aventis), que controlan casi la mitad del mercado mundial en medicamentos, y cuyas rentas son incluso superiores a las del complejo industrial-militar. Aunque ellos más que nadie saben que los científicos de todo el mundo que trabajan contra-reloj para desarrollar una vacuna no están colaborando, están compitiendo.

Los gobiernos de Canadá, Chile, Ecuador y Alemania han tomado medidas anticipadas, pues preveen que pueda ser necesario contar con mecanismos para solicitar la anulación de patentes mediante la emisión de licencias obligatorias por razones de utilidad pública para medicamentos, vacunas y otras herramientas para el COVID-19. Asimismo, el gobierno de Israel emitió una licencia obligatoria para las patentes de un medicamento que investigaban para el uso de la COVID-19. Es importante no olvidar que contamos con algunos acuerdos internacionales sobre licencias obligatorias que conceden ciertas elasticidades para el caso de las patentes de invención, y autorizan a producir o utilizar un producto o un procedimiento patentado sin que sea necesario obtener el consentimiento del titular de la patente; pero también no olvidemos las amenazas que ensayaron las farmacéuticas y el gobierno de EEUU, cuando Sudáfrica recurrió a ellas a causa de la pandemia de HIV-SIDA, aunque finalmente

logró sancionar una ley que permitió fabricarlas o importar drogas accesibles.^[3] Hoy más que nunca deberíamos estar muy alertas e informados sobre los distintos acuerdos, tratados y recomendaciones internacionales elaborados ya hace tiempo como contrapartida al avance de la propiedad intelectual y de las patentes, que imponen los países del Norte bajo veladas amenazas, con promesas de ventajas comerciales que no hacen más que destruir las economías de los países más pobres. Pero no estamos huérfanos, contamos con algunos antecedentes y documentos internacionales que pueden apoyar nuestras luchas. Por ejemplo, la Declaración sobre un “Acuerdo entre los derechos de propiedad intelectual relacionados con el comercio (ADPIC o TRIPS en inglés) y la salud pública” adoptada en noviembre de 2011 por la Cuarta Conferencia de la OMC en Doha (Qatar), que autorizó a los Estados miembros a hacer uso de las “flexibilidades” relativas a la salud pública, aunque los países pobres (a los que eufemísticamente se suele llamar “menos adelantados”) enfrentan serias dificultades en el momento de aplicar tales “flexibilidades”. Pero también el documento de Naciones Unidas -que no ha sido suficientemente valorado-, en el que se habla de la “función social” de la propiedad intelectual, y exhorta a las organizaciones intergubernamentales a integrar sus políticas y disposiciones a los principios internacionales de los derechos humanos. Conviene tenerlo muy presente: en el Punto 2) del documento se declara que “habida cuenta de que la aplicación del Acuerdo sobre los ADPI no refleja adecuadamente el carácter fundamental y la indivisibilidad de los derechos humanos, inclusive el derecho de toda persona a disfrutar de los beneficios del progreso científico y de sus aplicaciones, el derecho a la salud, el derecho a la alimentación y el derecho a la libre determinación, existen contradicciones aparentes entre el régimen de derechos de propiedad intelectual consagrado en el Acuerdo sobre los ADPIC, por una parte, y el derecho internacional relativo a los derechos humanos, por otra parte; y 3) también Naciones Unidas recuerda a todos los gobiernos que los derechos humanos tienen sobre las políticas y acuerdos económicos. Verdad de Perogrullo pero que es bueno tener presente, porque la “familia humana” de la que habla el Preámbulo de la Declaración de Derechos de 1948, cuenta con herramientas para librar una lucha ante los hacedores y valedores de la pandemia.

Y asimismo conviene no olvidar que las vacunas antigripales no son un negocio para las compañías farmacéuticas, porque su producción es compleja y resultan obsoletas luego de una temporada, y porque están sujetas a una gran fluctuación en la demanda.^[4] Incluso si se lograra una vacuna para conseguir inmunidad ante el Covid19, seríamos ingenuos en confiar en una “solidaridad internacional” allende los océanos para que las vacunas llegaran a las personas de mayor riesgo, a esos “pasajeros de

tercera clase planetaria”, para nombrarlos con una triste y acertada metáfora de Mike Davis del año 2005.

El artículo de Baker con el que iniciamos este comentario concluye apostando que la epidemia del covid19 nos debería dejar una lección sobre mejores alternativas de financiación para la investigación biomédica - posiblemente mediante financiación pública directa como ocurre con la ciencia básica- a fin de evitar que los científicos sólo piensen en desarrollar una vacuna eficaz que los haga millonarios. De alguna forma Baker también apuesta por una “república de la ciencia” en la que los investigadores trabajen juntos, cooperando y compartiendo los resultados y los procesos mediante la ciencia abierta. ¿Logrará el virus revolucionar a la república de la ciencia?

Mike Davis acaba de publicar un texto en el que reconoce que el Covid 19 es finalmente “el monstruo ante nuestra puerta”^[5], y se suma a quienes consideran que el acceso a medicamentos vitales que incluye antibióticos, antivirales y vacunas debería ser un derecho humano disponible universalmente y sin costo alguno, “*y si los mercados no ofrecen incentivos para producirlos a bajo costo, entonces los gobiernos y las organizaciones sin fines de lucro deben asumir la responsabilidad de su fabricación y distribución.*” Este final es exactamente el mismo con el que concluyó su libro del 2005. Es tiempo de que nos tomemos en serio la Declaración de Derechos del 48, y que la “familia humana” vuelva a marchar bajo este sólido estandarte.

Notas:

[1] <https://nuso.org/articulo/coronavirus-entre-la-salud-las-patentes-y-el-c...>

[2] Polanyi, M. “The Republic of science”. *Minerva* 1, 54-73 (1962).

<https://doi.org/10.1007/BF01101453>, Hay una versión castellana de Mario Albornoz: “La república de la ciencia: su teoría política y económica”.

http://www.revistacts.net/files/Volumen_9_Numero_27/PolanyiEDITADO.pdf

[3] Bertomeu, M.J., Spinella, Liliana (2015) “El derecho a la salud. Entre la propiedad intelectual y los derechos humanos”, *Ludus Vitalis*,

<https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/56894>

[4] Sobre este tema: Davis, Mike (2005) *El monstruo llama a nuestra puerta. La amenaza global de la gripe aviar*. Versión castellana Maria Julia Bertomeu, Barcelona: Viejo Top

[5] David, M, Covid19: “The monster is finally at the door”,

<https://mronline.org/2020/03/19/mike-davis-on-covid-19-the-monster-is-fi...>

Situación de la economía mundial al principio de la gran recesión Covid-19: referencias históricas, análisis y gráficos

A medida que la pandemia se extiende con una ferocidad imprevista, particularmente en Estados Unidos, las estimaciones de la profundidad de la recesión que ya empezó, y de sus impactos diferenciados en diversos sectores de la economía mundial, han venido variando constantemente. Durante varias semanas el punto de referencia aplicable fue la crisis económica y financiera de 2007-2009 y la recesión subsiguiente. Pero desde el momento en el que las cifras del desempleo en Estados Unidos fueron publicadas, se habla de una depresión de una magnitud que podría aproximarse a la Gran Depresión de la década de 1930.

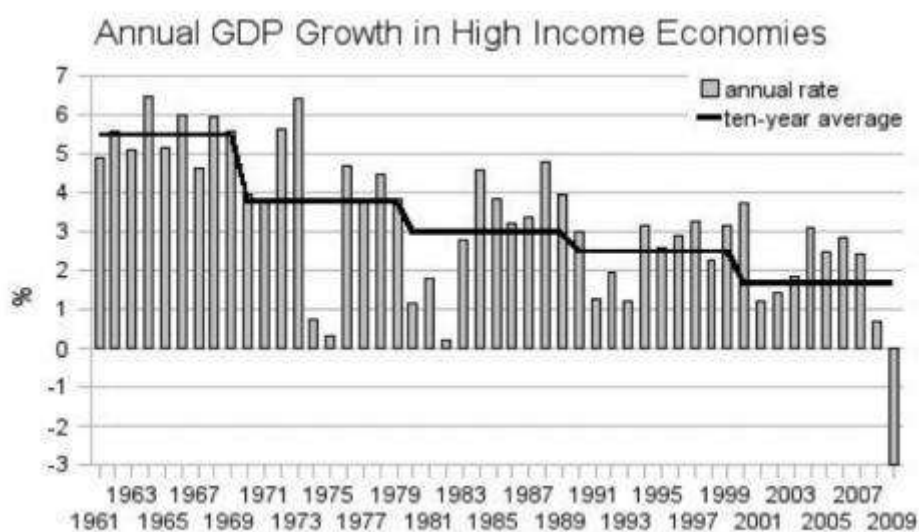
A estos dos puntos, este artículo añade una tercera referencia: en 1945, al final de la Segunda Guerra Mundial, la deuda pública de ciertos Estados, entre ellos el Reino Unido y Francia había alcanzado niveles muy altos, a los que nos acercamos hoy. En el artículo analizamos, en primer lugar, la situación de la economía mundial en vísperas de la pandemia, centrándonos en las características del período 2009-2019. A continuación, examinamos la capacidad actual del capitalismo mundial para recuperarse, para reanudar la acumulación durante un largo período de tiempo, comparándola con la que tenía en la década de 1930 y en las décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial.

A este respecto vamos a estudiar varios indicadores, entre ellos el coste creciente del componente variable (llamado capital circulante) del capital constante y las características actuales de la tecnología. El artículo concluye con una pregunta que será crucial sobre el nivel y la carga de la deuda pública, pero también de la deuda de los hogares, a tal punto crucial que la anulación de la deuda se convierte en una reivindicación política que puede ser comprendida fácilmente por un gran número de trabajadores. El jueves 9 de abril de 2020, Christine Lagarde [presidenta del Banco Central Europeo, abogada, dirigente de grandes empresas, ex directora del FMI (Fondo Monetario Internacional), su fortuna personal rodea los 150 millones de euros: ndt] se manifestó enérgicamente en contra de la idea, por supuesto.

1. Estado de la economía mundial en la antesala de la pandemia

A finales de 2019, doce años después del estallido de la crisis económica y financiera mundial de 2007-2008, todavía no se había producido una verdadera salida de la crisis ni una reanudación de la acumulación en los países avanzados de la OCDE [Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE)], al mismo tiempo que en China el ritmo de

crecimiento se había enlentecido. En realidad, la gran recesión que comenzó hace doce años nunca se terminó. Aunque según las convenciones estadísticas, la recesión que comenzó en diciembre de 2007 en Estados Unidos terminó en junio de 2009, los economistas de habla inglesa designan el período abierto por la crisis mundial, que culminó con el colapso de Lehmann Brothers en octubre de 2008, como la Gran Depresión. Este nombre se justifica plenamente por la clara ruptura con el período precedente, fundamentalmente con la larguísima fase de crecimiento iniciada a finales de los años 40. El gráfico muestra que el crecimiento se redujo gradualmente a niveles muy bajos en 1974-1975 y 1979-1982, pero que recién se interrumpió realmente en 2008-2009. [1]



Antes del inicio de la pandemia, las perspectivas de crecimiento de la economía mundial para el año 2020 publicadas por la OCDE eran del 2,9%. A principios de 2020, la producción industrial de los Estados Unidos había caído, según los cálculos de la FED [Reserva Federal, banco central estadounidense: ndt], 0,4% con respecto a su nivel en el mismo mes del año anterior [2]. En Alemania, la segunda economía más grande de la OCDE, la producción industrial cayó un 1,7% en octubre de 2019. La industria alemana, que depende de las exportaciones, se vio afectada por la desaceleración endógena del crecimiento chino, por los malos resultados de los países vecinos de Europa y por el impacto del Brexit en los proyectos de inversión de la Unión Europea [UE]. [3]



OECD Economic Outlook projections, November 2019

Real GDP growth, year-on-year, %

	2019	2020	2021		2019	2020	2021
World	2.9	2.9↓	3.0	G20	3.1	3.2	3.3
Australia	1.7	2.3↑	2.3	Argentina	-3.0↓	-1.7↑	0.7
Canada	1.5	1.6	1.7	Brazil	0.8	1.7	1.8
Euro area	1.2↑	1.1↑	1.2	China	6.2↑	5.7	5.5
Germany	0.6↑	0.4↓	0.9	India	5.8↑	6.2↓	6.4
France	1.3	1.2	1.2	Indonesia	5.0	5.0	5.1
Italy	0.2↑	0.4	0.5	Mexico	0.2↓	1.2↓	1.6
Japan	1.0	0.6	0.7	Russia	1.1↑	1.6	1.4
Korea	2.0↓	2.3	2.3	Saudi Arabia	0.2↓	1.4↓	1.4
United Kingdom	1.2↑	1.0↑	1.2	South Africa	0.5	1.2↑	1.3
United States	2.3↓	2.0	2.0	Turkey	0.3↑	3.0↑	3.2

↑↓

Arrows indicate the direction of revisions since September 2019

Source: OECD Economic Outlook, November 2019



La crisis de la economía mundial empieza antes de la pandemia, y muchos parámetros han cambiado en comparación con el período de crisis de 2007-2008. No sólo se trata de la pérdida de eficacia de los instrumentos monetarios, de la pérdida de efectividad de las intervenciones de los bancos centrales y del elevado nivel de la deuda pública, sino también de la capacidad de acción de la burguesía mundial. En 2009, la profundización de la recesión mundial y la disminución de la producción y del comercio fueron frenadas por las enormes inversiones en infraestructura realizadas por China. Pero en 2020, China ya no está en condiciones de hacer lo mismo. De manera contradictoria, China ha sido simultáneamente el principal escenario de sobreacumulación mundial [4] y un país que se vio afectado inmediatamente por las consecuencias económicas de la pandemia. En lo que respecta a las relaciones internacionales, el régimen interestatal relativamente cooperativo de 2009, cuando se creó el G-20, ha dado lugar a una intensa rivalidad comercial y a un aumento significativo del proteccionismo del que Estados Unidos es el principal responsable. Por último, doce años más de explotación de los recursos básicos han llevado a un aumento de los precios de las materias primas básicas bajo el efecto de una incipiente escasez de los recursos mineros y de la degradación del suelo, mientras que el calentamiento global está empezando a afectar a todos los países.

2. La Gran Recesión no ha reducido la sobreacumulación del capital productivo

La recesión específica del Covid-19 afecta a una economía mundial caracterizada por la sobreacumulación de capital productivo de diversos grados de importancia, en función de la industria. Es un indicio de la no

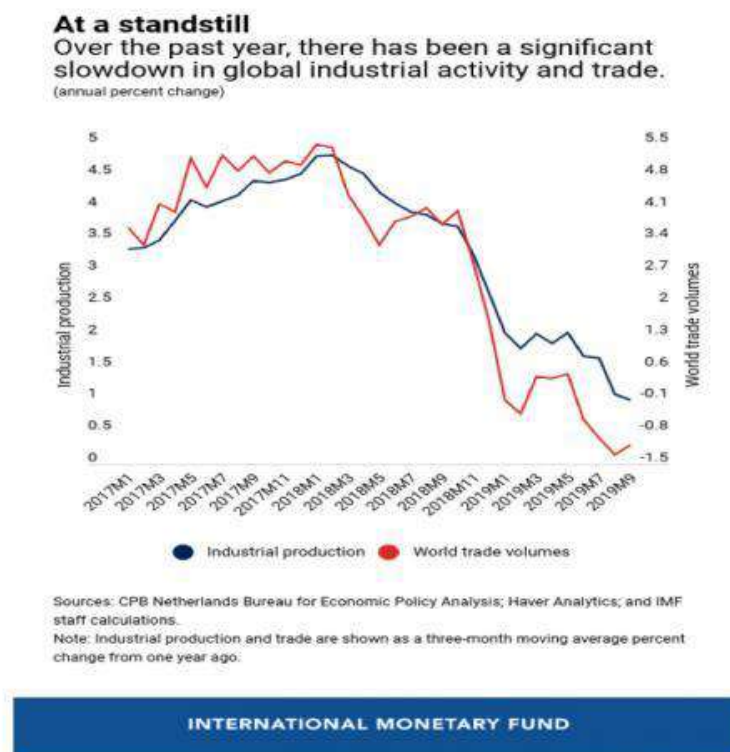
resolución de la "gran recesión", ya que la condición sine qua non para cualquier salida más o menos duradera de una gran crisis -y a fortiori de una depresión- es una fuerte desvalorización/destrucción física del capital productivo y la inversión del movimiento de la tasa de ganancia correspondiente. ¿Qué sabemos sobre la devaluación física/destrucción del capital productivo en los años 2010? (La destrucción o más bien la no destrucción del capital monetario ficticio se discutirá más adelante). En el caso del sector manufacturero, se dispone de dos indicadores "aproximativos" (proxies) para identificarlo.

El primer indicador es la tasa de utilización de la capacidad productiva. El único país para el que existen estimaciones nacionales es Estados Unidos, donde la Reserva Federal calcula indicadores separados para los sectores manufacturero, minero y de servicios, así como un indicador sintético. En febrero de 2020 se situó en 77,0%, 2,8 puntos por debajo del promedio a largo plazo (1972-2019) [5].

Hay estimaciones mundiales disponibles para dos importantes industrias en las que la inversión china es muy significativa. La primera es la industria del acero. El informe de marzo de 2019 del Comité de Acero de la OCDE [6] constató que la producción mundial de acero bruto había aumentado un 4,8% en 2018, mientras que el crecimiento del consumo de acero se había reducido en la mayoría de las principales economías consumidoras del mismo. La capacidad mundial de fabricación de acero permaneció prácticamente inalterada en 2018, con 2.234 millones de toneladas métricas, después de haber disminuido en 2016 y 2017. Se estima que la brecha entre la capacidad y la producción de acero seguirá siendo elevada, con 425,5 millones de toneladas métricas en 2018. Si los proyectos anunciados por algunos países se cumplen y si no hay de cierres, la capacidad mundial de fabricación de acero podría aumentar entre un 4 y un 5% entre 2019 y 2021.

La otra industria es la automotriz, donde se hace la misma constatación, esta vez por parte de la profesión, de una "capacidad global que está por encima de la producción" [7], en particular para los vehículos ligeros. La producción mundial de vehículos ligeros se redujo en más del 2% en 2019 y se prevé que el aumento sea sólo de un 3% en 2020. 36 nuevas plantas fabricarán en 2020 y 16 más en 2021, lo que elevará el total a 758 plantas en todo el mundo. Como resultado de estas inversiones, la tasa media de utilización de la capacidad va a caer al 63% en 2019-2020. La mayor parte de esta nueva capacidad se encuentra en China, a pesar de la reciente desaceleración del mercado. El ritmo del incremento de la capacidad en el continente europeo ha sido de más del doble que el del crecimiento del mercado. En el estudio se estima que mientras que la capacidad de producción ha aumentado un 6% en los últimos tres años, el mercado se ha contraído un 1% en el mismo período.

El segundo indicador bruto es el de los gastos de publicidad. El gasto en publicidad ha aumentado constantemente y se espera que supere los 560.000 millones de dólares en 2019. Su tasa de crecimiento en 2019 fue del 4%, una tasa superior a la del PIB mundial (véase el primer cuadro) e incluso superior a la del comercio mundial, que creció sólo un 2,6% en ese mismo año. América del Norte es la región que más invierte en publicidad, seguida de Asia y Europa occidental. Estados Unidos invirtió más de 229.000 millones de dólares en publicidad en 2018, mientras que China, en segundo lugar, invirtió la mitad de esta suma. En 2017 el grupo de bienes de consumo Procter & Gamble fue el mayor anunciante del mundo con más de 10.000 millones de dólares en gastos de publicidad. Otros grandes anunciantes son Unilever, L'Oréal y Volkswagen. Este gasto, del que las principales plataformas han sido los instrumentos y que las han beneficiado ampliamente, [8] no pudo evitar la disminución de la producción industrial en Estados Unidos y en Alemania y, más en general, que la producción industrial y el comercio mundial hayan caído desde los últimos meses de 2019.



La recesión que está empezando supondrá, al menos inicialmente, una agudización de la centralización/concentración del capital productivo, pero no su destrucción, dadas las medidas que los gobiernos están adoptando, obviamente, para apoyar a las empresas e impedir que quiebren.

3. La tendencia a la baja de la tasa de ganancia

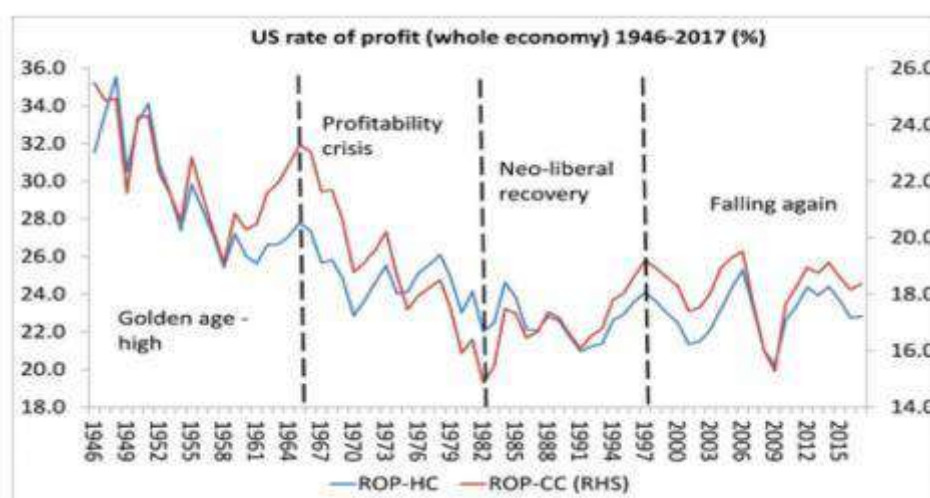
La teoría marxista de la tendencia a la disminución de la tasa de ganancia y de los factores que la compensan (o, por el contrario, la agravan) constituye un marco analítico indispensable. Permite comprender los factores que subyacen a esta caída y las consecuencias que se derivan de ella, con la condición de situarlos históricamente. Al escribir esto quisiera evitar la presentación reductora que hace a veces Michael Roberts, que es en cierto modo el Papa de la teoría de la caída de la tasa de ganancia. En una reciente conferencia en Londres [9] invitó a un público de jóvenes eruditos a retener de Marx tres leyes. Lo cito: "1° La ley del valor: sólo el trabajo crea valor. 2° La ley de la acumulación: los medios de producción se incrementan para aumentar la productividad del trabajo y para dominar el trabajo. 3° La ley de la rentabilidad: las dos primeras leyes crean una contradicción entre el aumento de la productividad del trabajo y la disminución de la rentabilidad del capital. Esto sólo puede superarse mediante crisis recurrentes de producción e inversión; y a largo plazo, mediante la sustitución del capitalismo. La masa de beneficios puede y de hecho crecerá mientras que la tasa de ganancia cae, lo que asegura la continuidad de la inversión y la producción capitalista. Pero a medida que la tasa de ganancia sigue cayendo, el crecimiento de la masa de ganancia caerá hasta el punto de 'sobreacumulación absoluta', el punto de ruptura de las crisis". Se ha visto más arriba que, tras un breve retroceso, la acumulación mundial de capital productivo manufacturero se ha mantenido a pesar de la gran recesión, especialmente como resultado de su acumulación en China, donde la inversión no está vinculada estrictamente a la exigencia de rentabilidad [10].

Roberts estima que su defensa de la ley de la tendencia a la baja de la tasa de ganancia es muy minoritaria y cuenta con Alan Freeman como aliado al decir que "esta ley sigue siendo el único competidor digno de credibilidad en la competencia por explicar qué es lo que no funciona en el capitalismo". El problema consiste en no darle una formulación ahistórica. Esta formulación se expresa de dos maneras en Roberts. La primera es enunciar la ley en términos que trasciendan las sucesivas fases de desarrollo (capitalismo de libre competencia, capitalismo monopolista, capitalismo financiarizado) que han sido identificadas por los marxistas (Hilferding, Lenin, los teóricos de la financiarización) de las que Roberts hace poco uso. Así, en su largo libro *La larga depresión*, no aparece el nombre de Lenin. La otra forma tiene una apariencia histórica pero ignora la historia. Consiste en la elaboración de un movimiento secular de la tasa de ganancia decreciente, intercalado con fases de ascenso. Una diapositiva de Powerpoint de la conferencia de Roberts de febrero muestra la versión más reciente de una figura que muestra el movimiento de la tasa de

ganancia durante más de 150 años, de la cual ya mostró versiones anteriores en 2012 y en 2015 [ver su blog: <https://thenextrecession.wordpress.com/>]



La solidez de los cimientos estadísticos de la curva no es tan obvia. En su trabajo de 2015 [11], Roberts utiliza durante los primeros ochenta años el trabajo del argentino Esteban Maito, autor de una investigación que muestra una disminución del ritmo mundial desde 1869. Pone en línea un texto suyo en inglés [12] En The Long Depression escribe que "no importa cómo se mida la tasa de beneficios, todas las medidas utilizadas (las de Duménil y Lévy, Simon Mohun, Li Minqi, Anwar Shaikh y unas diez más) para Estados Unidos desde los años 40 muestran una baja secular" [13] Los cálculos hechos por el propio Roberts dan este resultado:



La forma en que un modo de producción caracterizado, según la figura 2, durante un siglo y medio por una rentabilidad decreciente, ha extendido su

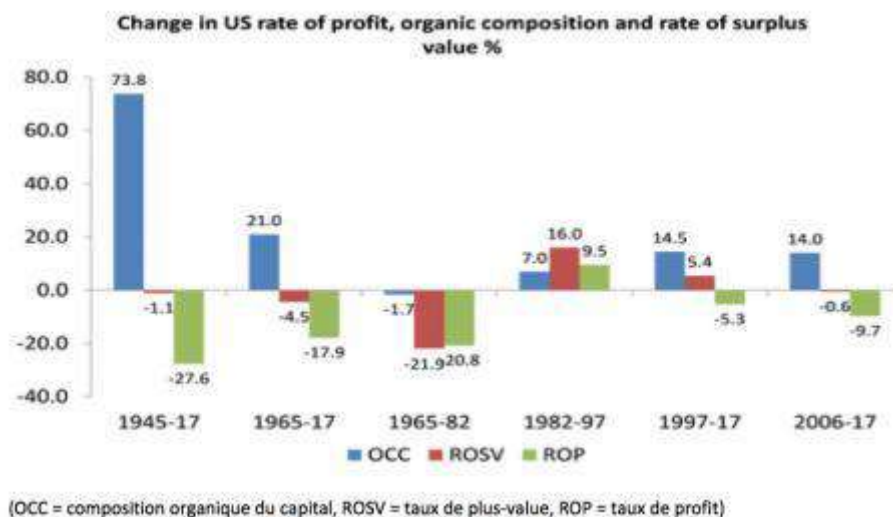
dominación en el planeta y ha impuesto en todas partes relaciones de producción basadas en la propiedad privada de los medios de producción y el trabajo asalariado merecería una explicación. Recordemos lo que Roberts dijo a sus oyentes: "las dos primeras leyes crean una contradicción entre el aumento de la productividad del trabajo y la baja de la rentabilidad del capital. Esto sólo se puede reconciliar con crisis recurrentes de producción e inversión; y, a largo plazo, con la sustitución del capitalismo". Al final de su libro de 2016, el autor se plantea la pregunta de si el capitalismo ha llegado a su "fecha de caducidad" (use-by date), el título del último capítulo, y Roberts responde que la depresión podría terminar en 2018 después de una nueva recesión profunda. Y termina diciendo que "ante la ausencia de una nueva guerra mundial devastadora (reconociendo así el papel de este tipo de guerras, dos veces en el siglo XX, F. Chesnais) el capitalismo terminará por recuperarse". [14] No es la posición de Maito, de quien Roberts toma prestadas sus cifras, el que se inclina por la teoría del colapso: "Las crisis periódicas permiten una recuperación parcial de la rentabilidad a lo largo del tiempo". Esta capacidad de regeneración es un aspecto característico del capital y de la naturaleza cíclica de la economía capitalista. Pero el carácter periódico de estas crisis no ha impedido la tendencia a la baja de la tasa de ganancia a largo plazo. De manera tal que, en relación con estos discursos sobre la inagotable capacidad del capital para restablecer la tasa de ganancia y manifestar su vitalidad (...) es necesario afirmar a la luz de la evidencia empírica su inevitable carácter histórico efímero". Y Maito cita a Henryk Grossman, "A medida que las contra-tendencias se debilitan, los antagonismos del capitalismo global se agudizan gradualmente y la tendencia al derrumbe se acerca cada vez más a su forma final de hundimiento absoluto". [15]

4. Los cambios en la importancia relativa de los componentes del capital constante

Así entonces, estamos en la "nueva gran recesión" de la que Roberts hablaba en 2016. Al principio de su libro Roberts escribe: "Es la expansión que resulta de la rentabilidad la que genera de manera endógena (subrayado en el texto) la contracción. Esta última, por su parte, genera por sí misma la nueva fase expansionista". [16] La gran recesión en la que hemos entrado no es el resultado de causas endógenas, sino de un hecho exógeno [17] inesperado y verdaderamente global, cuyo epicentro no se encuentra en Estados Unidos como en 2008. Es la continuación de la depresión no resuelta después de 2008. Es en este contexto que debemos examinar lo que queda de la hipótesis de Roberts sobre una "posible recuperación endógena".

Mi posición es que la hipótesis no será verificada, por razones que tienen que ver, en primer lugar, con los impactos económicos del "medio

ambiente" (para resumir) y, en segundo lugar, con las características macroeconómicas de las tecnologías que han ido ganando terreno gradualmente en los últimos veinte años. Voy a basarme en los cálculos de Roberts sobre la composición orgánica del capital. El hecho destacado que merece ser explicado es su aumento después de 1997, mientras que la tasa de inversión disminuye.

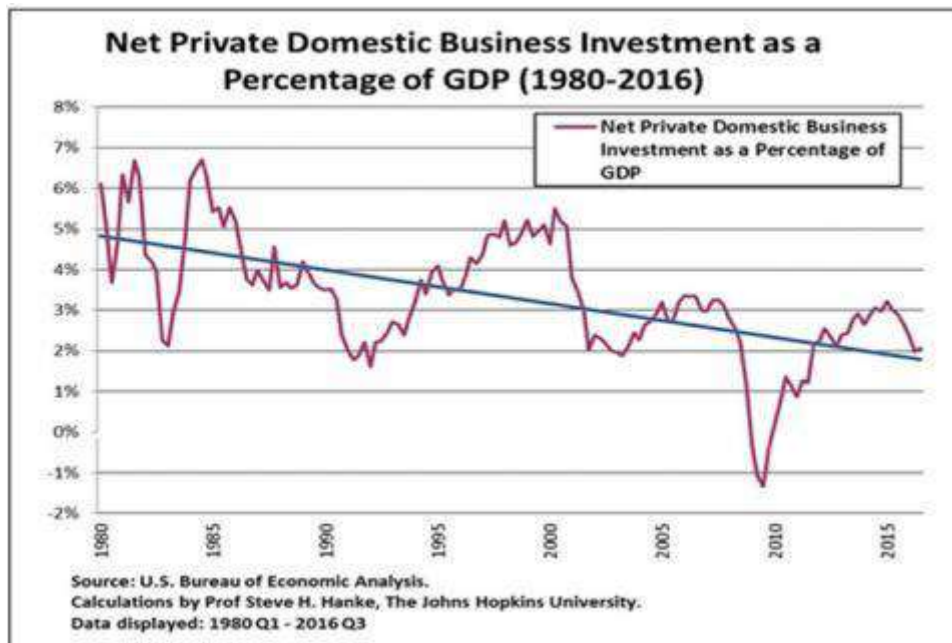


Recordemos que la composición orgánica es una relación entre el capital invertido por las empresas en la producción, que es "trabajo muerto"[18] y que no puede crear valor sino que sólo lo transmite -lo que Marx llama capital constante- y lo que llama capital variable, es decir, la fuerza de trabajo comprada por las empresas que crea valor, cuya importancia depende de su productividad. Esta relación es el denominador para determinar la tasa de ganancia: cuando aumenta, la tasa de ganancia disminuye. La pregunta es qué se incluye dentro del capital constante. En su presentación de febrero, Roberts se centra en las máquinas y las fábricas y explica que:

"la ley de la acumulación dice que cuando los capitalistas dedican una parte cada vez mayor de sus beneficios a los medios de producción, la relación entre el valor de los medios de producción y el valor de la mano de obra empleada tenderá a aumentar". Es una ley de la expansión económica capitalista que esta relación, llamada composición orgánica de los aumentos de capital, aumente. La tendencia (la ley como tal) será que el crecimiento de la composición orgánica del capital sea mayor que cualquier aumento de la tasa de explotación y de la plusvalía. Como contra-tendencia, a veces, el aumento de la tasa de plusvalía superará el incremento de la composición orgánica del capital, pero no de forma indefinida. A

veces, la disminución del coste de las nuevas tecnologías ocasionará una disminución de la composición orgánica del capital (la composición valor disminuirá), pero la mayoría de las veces esto no es así."

Pero hemos visto un aumento de la composición orgánica mientras que la tasa de inversión bajaba.

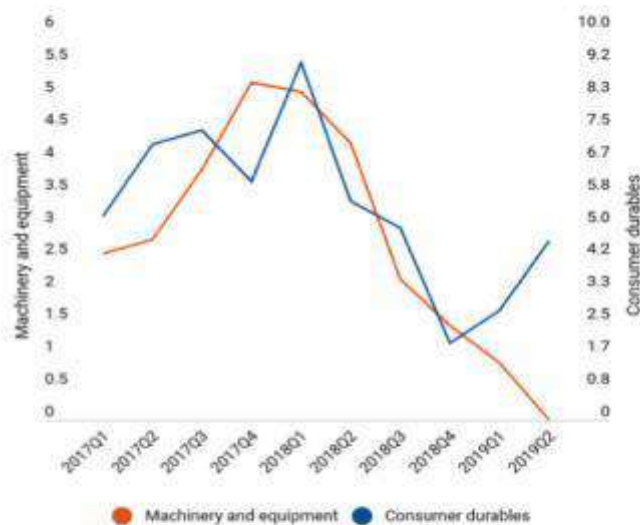


El movimiento estadounidense se inscribe en un movimiento global que afecta a todos los países, tal como lo ha señalado el FMI.

Tight wallets

Weaker spending on machinery, equipment, and consumer durable goods has been an important contributor to the global slowdown.

(spending on durable goods, percent change from a year ago)



Sources: Haver Analytics, Markit Economics, and IMF staff estimates.

Note: Machinery and equipment includes Australia, Brazil, Canada, Chile, China, euro area, India, Indonesia, Japan, Korea, Malaysia, Mexico, Russia, South Africa, Turkey, United Kingdom, and the United States. Consumer durables includes Australia, Brazil, Canada, Chile, China, euro area, Indonesia, Japan, Korea, Malaysia, Mexico, South Africa, Turkey, United Kingdom, and the United States.

INTERNATIONAL MONETARY FUND

La consecuencia de esta "falla" de la ley, para usar el término usado por Roberts, nos obliga a mirar más de cerca el capital constante y a descomponerlo en "capital fijo" y "capital circulante", en máquinas por un lado y en materias primas y energía por el otro. [19] El coste de las materias primas y de la energía debe situarse en el primer lugar de los factores que afectan el nivel de la composición orgánica, y también hay que ver si es posible cuantificar los impactos del cambio climático en la acumulación de capital productivo. Por lo tanto, es necesario comenzar a buscar indicadores que tengan el valor de proxies.

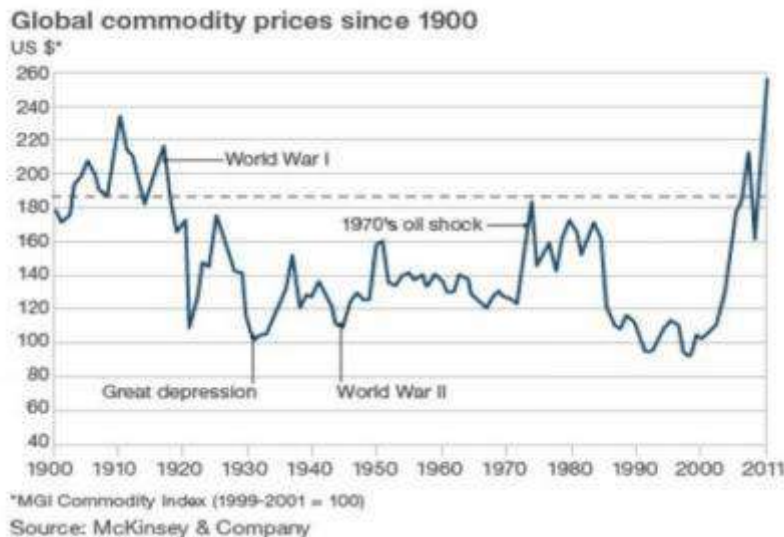
5. El aumento del precio de las materias primas, y entonces del coste del capital constante circulante

Un estudio de McKinsey [20] llega a conclusiones que respaldan firmemente la hipótesis de que el aumento de los precios de las materias primas explica el aumento de la composición orgánica que se muestra en la figura 4. Sin embargo, otro estudio llega a conclusiones significativamente diferentes, estableciendo que los precios de las materias primas siguen el ritmo del crecimiento del PIB mundial, con un pico de precios en los años anteriores a la recesión mundial de 1974-1976, un nuevo aumento a partir

de 2000, y luego una caída de los precios después de 2008, que se vio reforzada por la desaceleración del crecimiento de China. [21]

El estudio de McKinsey, del que está sacada la figura 7, señala en primer lugar que el movimiento de los precios de las materias primas ha cambiado brusca y radicalmente desde principios de siglo. Durante el siglo XX, los precios en términos reales cayeron un promedio de algo más de 0,5 % por año. Pero desde el año 2000, en promedio, los precios se han más que duplicado. También ha aumentado considerablemente la inestabilidad de los precios desde principios de siglo. La oferta de materias primas, señala el equipo de McKinsey,

"parece adaptarse cada vez con más dificultad a los cambios de la demanda porque el acceso a las nuevas reservas es más difícil y más costoso. Por ejemplo, el petróleo en alta mar requiere técnicas de producción más sofisticadas. La tierra cultivable disponible no está interconectada con los mercados finales debido a la falta de infraestructuras. Los recursos minerales deben desarrollarse cada vez más en regiones de alto riesgo político. Estos factores no sólo aumentan el riesgo de interrupciones del suministro, sino que también es menos flexible. A medida que la oferta se hace cada vez más insensible a la demanda, incluso pequeños cambios en la demanda pueden dar lugar a importantes cambios en los precios. Los inversores pueden ser desalentados por la incertidumbre de los precios de las materias primas y se sienten menos dispuestos a invertir en nuevas iniciativas de productividad de la oferta o de los recursos". En tercer lugar, los precios de los diferentes tipos de productos básicos han estado cada vez más estrechamente correlacionados. Además de la demanda china "hay otros dos factores importantes. En primer lugar, los recursos básicos representan una proporción significativa de los costes de los insumos de otros recursos. Por ejemplo, el aumento de los costes de la energía en la producción de fertilizantes conlleva un aumento de los costes de producción en la agricultura. En segundo lugar, los avances tecnológicos permiten una mayor sustitución entre los recursos en la demanda final, por ejemplo, los biocombustibles combinan la agricultura y los mercados de la energía".



A corto plazo, según los expertos de McKinsey, la economía mundial no se enfrenta a una escasez absoluta, pero "el aumento de los costes marginales de la oferta parece ser omnipresente, poniendo un piso bajo a los precios de muchos productos básicos". En lo que respecta a los precios de la energía (en términos nominales), su nivel aumentó 260% desde 2000, debido principalmente al aumento de los costes de la oferta y a la rápida expansión de la demanda en los países no pertenecientes a la OCDE. En el futuro, la fuerte demanda de los mercados emergentes, las fuentes de aprovisionamiento más difíciles, las mejoras tecnológicas y la incorporación de los costes ambientales determinarán la evolución de los precios. En el caso de los metales, los principales impulsores de la evolución de los precios durante el siglo XX fueron los avances tecnológicos y el descubrimiento de nuevos yacimientos con bajos costes de explotación. Sin embargo, desde el año 2000, los precios de los metales (en términos nominales) aumentaron un promedio de 176% (8% anual). Por último, desde el 2000, los precios de los alimentos (en términos nominales) han aumentado casi un 120% (6,1% anual) debido a la contracción del ritmo de aumento de los rendimientos, al aumento de la demanda de forraje y combustible, las "crisis de la oferta" (sequías, inundaciones y variaciones de temperatura), la disminución de las reservas de estabilización mundiales y las medidas políticas (por ejemplo, algunos gobiernos de las principales regiones agrícolas prohíben las exportaciones). Los precios nominales de los productos agrícolas no alimentarios, como la madera, el algodón y el tabaco, han aumentado entre un 30 y un 70% desde 2000. Los precios del caucho han aumentado más del 350% porque la oferta se ha reducido al mismo tiempo que ha aumentado la demanda de neumáticos para vehículos en las economías emergentes. En el futuro, la producción agrícola estará regida por la demanda de los grandes países emergentes como China, los riesgos climáticos y de los ecosistemas, la

expansión urbana sobre las tierras cultivables, la demanda de biocombustibles y como efecto de contrapeso, las posibles mejoras de la productividad.

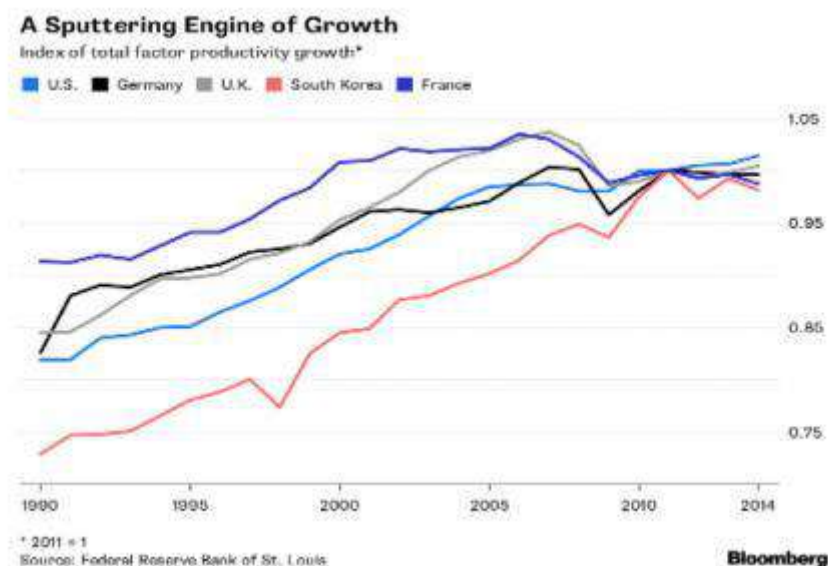
6. La tecnología no supone un gran impulso para la acumulación

Llegamos aquí al tema que abordé en un artículo publicado en A l'encontre en 2019: saber si las nuevas tecnologías tendrán las características necesarias para ser la fuerza motriz de la reactivación de la acumulación. [22] Aunque tenga un valor científico limitado, podemos utilizar la división que se hace comúnmente entre la process technology, la tecnología de los procesos de producción y la product technology, la tecnología que materializada en productos, en mercaderías. Comencemos con la tecnología de procesos, donde los avances cualitativos se relacionan con la difusión interindustrial de la robótica, en la que Ernest Mandel fue el primer marxista en interesarse, ya en 1972. [23] La introducción de los robots significa una modificación radical de la relación entre el capital constante y el variable. La contradicción entre la búsqueda de la productividad y el uso de la fuerza de trabajo como única fuente de valor y plusvalía hasta sus límites extremos. Significa que la masa de plusvalía disminuye mientras que su tasa expresada por la productividad aumenta. Ernest Mandel fue el primero en establecer el mecanismo con claridad y también en sacar conclusiones particularmente sombrías del mismo:

"La extensión de la automatización más allá de un cierto límite conduce, de manera inevitable, primero a una reducción del volumen total del valor producido y luego a una reducción del volumen de plusvalía realizada. Esto lleva a una "crisis de derrumbe" combinada de manera cuádruple: una enorme crisis de disminución de la tasa de ganancia; una grave crisis de realización (el aumento de la productividad laboral que implica la robótica extiende la masa de valores de uso producidos a una tasa aún más alta que la tasa de reducción de los salarios reales y una proporción creciente de estos valores de uso se vuelve invendible); una profunda crisis social; y una dramática crisis de "reconversión" [en otras palabras, de la capacidad de adaptación del capitalismo] a través de la desvalorización - las formas específicas de destrucción del capital que amenazan no sólo la supervivencia de la civilización humana, sino incluso la supervivencia de la humanidad o la vida en nuestro planeta." [24]

Hoy sabemos que el calentamiento global es una amenaza para la supervivencia de la civilización humana. La robotización no se ha llevado a cabo al ritmo y a la escala que Mandel temía. Uno de los primeros ensayos

realizados por dos investigadores de la Universidad de Oxford en 2013 estimó que el 47% de los oficios en los Estados Unidos podrían realizarse con máquinas automatizadas. Luego hubo muchos otros ensayos de este tipo. Las conclusiones difieren ligeramente de uno a otro, pero todos apuntan en la misma dirección. El ritmo es más lento que un "salto cualitativo". El estudio publicado en 2017 por McKinsey estima que el 55% de los empleos japoneses, el 46% de los estadounidenses y el 46% de los de las cinco mayores economías europeas desaparecerán debido a la informatización del trabajo para 2030. [25] El más reciente y conservador es el publicado por la OCDE en abril de 2019, en el que la informatización y la robotización harían desaparecer el 14% de los empleos en un plazo de 20 años. [26] Los principales sectores de empleo con una probabilidad del 50 al 70% de ser automatizados son los que la OCDE define como "medianamente cualificados", "cuya naturaleza rutinaria hace que sea relativamente fácil codificarlos en un conjunto de instrucciones que una máquina puede realizar". En otras palabras, los trabajadores calificados, operadores de máquinas, trabajadores de líneas de montaje o empleados que realizan tareas administrativas rutinarias. Los índices de crecimiento de la productividad total de los factores que se muestran en la figura 8 apuntan a un uso todavía limitado por el capital de la IA (inteligencia artificial) en la industria.



Veamos ahora la “product technology”, las tecnologías incorporadas en los nuevos productos. Aquí, su capacidad de servir de estímulo a la acumulación depende de la cantidad de inversión que implica su introducción, tanto en la rama industrial donde nacen o que convierten en necesaria como en las ramas vecinas, así como de la importancia de la demanda que su utilidad social les permite crear. Las tecnologías que han

surgido aproximadamente en los últimos 15 años han sido examinadas por el economista estadounidense Robert Gordon en investigaciones publicadas en 2012 y 2016. Gordon toma como referencia o “benchmark” “las tres 'tecnologías de uso general' más fundamentales de la segunda revolución industrial [que comenzó en la década de 1890 y se extendió hasta la década de 1970, F. Chesnais.] que dieron lugar a decenas de inventos que cambiaron la vida”. Se trata de la electricidad, el motor de combustión interna y el teléfono inalámbrico.” [27]

Más cerca de nosotros, las tecnologías de la información y las comunicaciones (TIC) condujeron a un paréntesis en el crecimiento de la productividad en la segunda mitad del decenio de 1990, debido a una caída, que no se ha vuelto a producir, del coste de la velocidad y la capacidad de memoria de las computadoras y a un aumento sin precedentes de la parte del PIB dedicada a la inversión en investigación y desarrollo y equipos iniciales. Los avances realizados desde finales de los años 80 hasta la explosión de la burbuja dot.com de 2001 serán difíciles de superar. Gordon examina los últimos avances en los pequeños robots, de la inteligencia artificial, la impresión 3D y los vehículos sin conductor y afirma que sus efectos macroeconómicos serán muy reducidos. Otra área que Gordon no incluyó en su lista es la geoingeniería climática.



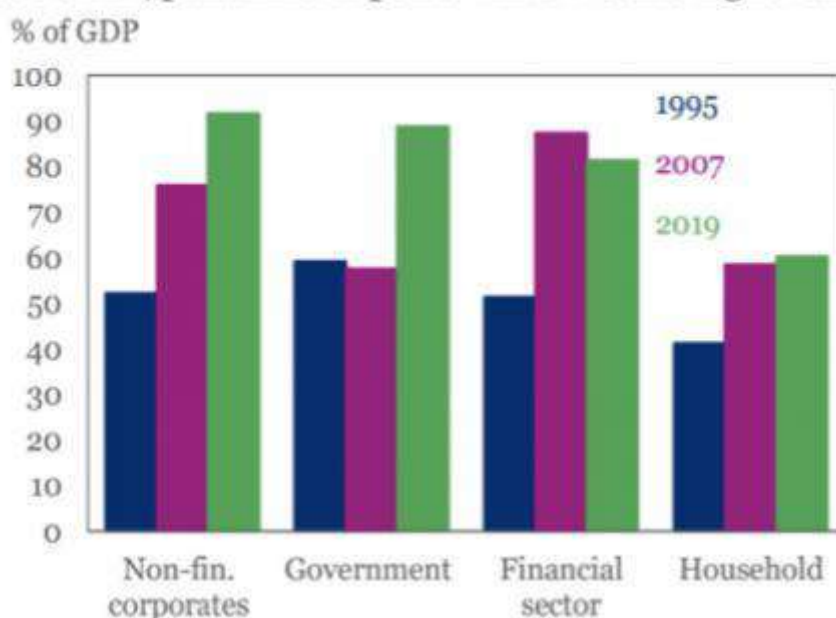
La geoingeniería climática abarca un amplio espectro de tecnologías, que son muy controvertidas, por los riesgos mundiales que entrañan y son a la vez muy costosas [28] Los proyectos faraónicos beneficiarían al pequeño círculo de grandes laboratorios y grupos industriales de la industria armamentista, cuyas repercusiones tecnológicas e industriales así como su

capacidad de arrastre no son las mismas que en los períodos anteriores. [29]

7. Un endeudamiento mundial muy elevado

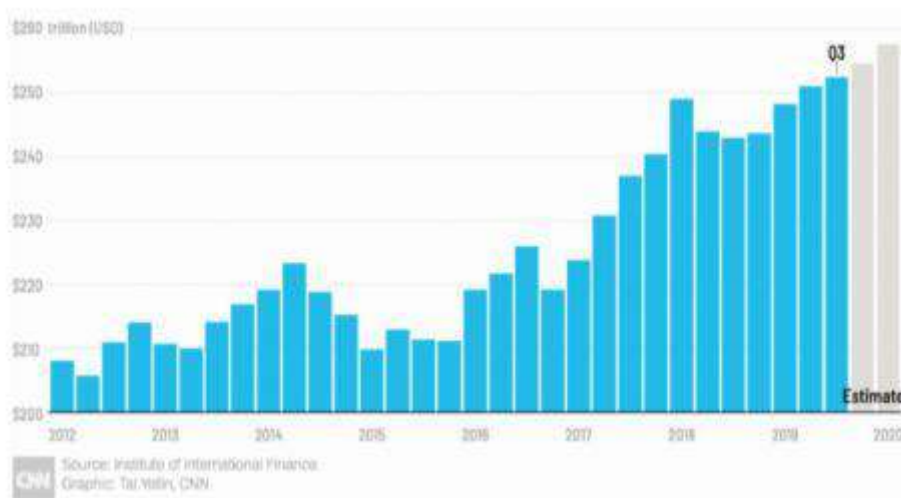
La economía mundial está entrando en recesión con un nivel de deuda muy alto. Exactamente con 87.000 millones (billón) de dólares más de deuda global que al comienzo de la crisis financiera de 2008. [30] Esta deuda tiene raíces que remontan a finales de los años 70 y 80, que describí en el marco de un análisis marxista. [31] Hubo un salto cualitativo en la segunda mitad de los años 90. Dirigida por el sector financiero, desembocó en la gigantesca crisis financiera de 2007-2008, seguida por la de la deuda pública.

Chart 1: Government debt has doubled to \$70T since the 2008 crisis; pandemic response will drive that higher still



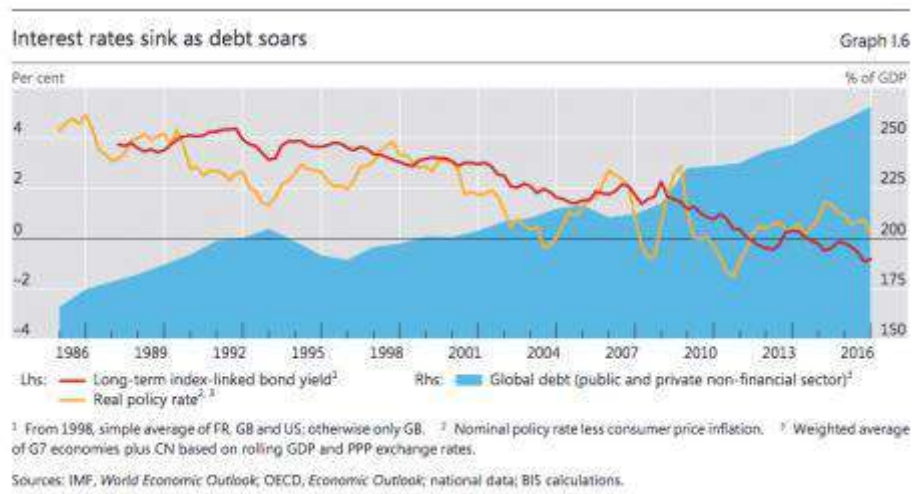
Durante la crisis de 2007-2009 hubo un momento, breve, de destrucción de capital ficticio bajo la forma de baja en la caída de los precios de las acciones en el mercado bursátil, de una disminución de las emisiones de bonos privados y de una casi suspensión de los préstamos a los hogares. Así pues, entre 2008 y 2012 el nivel de endeudamiento mundial disminuyó un poco, pero todavía muy modestamente. La evaluación del Instituto Mundial McKinsey en 2015 fue "mucha deuda y poco desendeudamiento" ("not much deleveraging"). [32] Luego, a partir de 2017, como se muestra en la figura 12, la deuda retomó una curva ascendente debido al continuo crecimiento de las emisiones de deuda pública en las "economías maduras" y de las obligaciones emitidas por bancos y empresas en las "economías emergentes", nombre que el Instituto de Finanzas Internacionales (IIF) y

otras organizaciones financieras internacionales, dan a los países con un estatus económico colonial y semicolonial. [33]



El endeudamiento público aumentará rápidamente como resultado de la creación de nuevas liquideces por parte de los bancos centrales y la obligación para los Estados de financiar, en gran medida mediante préstamos, un cierto nivel de inversiones con el objetivo de detener la crisis, una tarea que no se le puede confiar a la China como en 2009. Lo harán incluso contra su propia voluntad, pero van a contribuir a que la deuda alcance cumbres más altas.

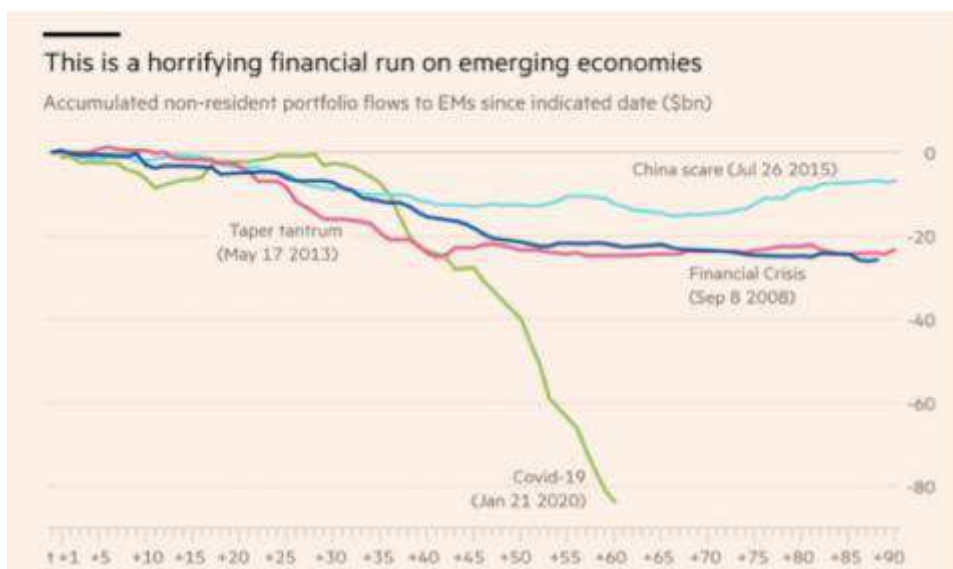
Cuando hablamos de niveles elevados de deuda pública, el punto de comparación correspondiente es el nivel alcanzado al final de la Segunda Guerra Mundial. Según un estudio de la OCDE sobre diez países - Francia, Alemania, el Reino Unido, Italia, España, Estados Unidos, Canadá, Japón, Corea del Sur y Australia - habían visto entonces cómo su deuda media alcanzaba un máximo del 116% del PIB antes de caer al 23,5% en 1965. [34] En el caso del Reino Unido, la deuda alcanzó en un momento el 200%, o sea un tercio del PIB, siendo la mayoría de los títulos propiedad de bancos y particulares en Estados Unidos. [35] Estos diez países alcanzaron el mismo nivel en 2014. Como legado del rescate de los bancos durante la crisis financiera de 2008 por parte de todos los bancos centrales, la deuda aumentó aún más para los cuatro países de la zona del euro durante la llamada crisis de la deuda soberana de 2012. [36] El endeudamiento sería aún mayor si los tipos de interés reales no hubieran bajado constantemente, llegando a ser negativos después de 2012.



8. La anulación de las deudas de los Estados como reivindicación prioritaria y fácilmente comprensible

Según las estimaciones del IIF, el endeudamiento mundial alcanzará los 257 000 millones de dólares en el primer trimestre de 2020. [37] La emisión bruta de deuda pública ascendió a un nivel récord de más de 2,1 billones de dólares en febrero de 2020, o sea más del doble del promedio de 0,9 billones de dólares en 2017-2019. En cuanto a la relación entre la deuda global y el PIB mundial, la cifra alcanzada en el tercer trimestre de 2019 es del 322%. En las economías desarrolladas, la deuda total -hogares, empresas y gobiernos- representa el 383% del PIB. En las economías emergentes la relación entre deuda y PIB es del 168%.

La situación de estas economías es particularmente grave. Si bien habían escapado en gran medida a la crisis mundial de 2008 y se recuperaron rápidamente en 2009 (recordemos el triunfalismo de Lula en Brasil), esta vez no será igual. Incluso antes de la pandemia, muchos países en desarrollo estaban luchando por pagar sus deudas a pesar de los tipos de interés históricamente bajos. El Financial Times del 6 de abril de 2020 [38] informa que sus niveles de deuda aumentaron en 2018 y a principios de 2019 debido en parte a "la apertura del mercado de eurobonos a decenas de los países de los más pobres que no habían podido hacerlo anteriormente, momento en el que los inversores internacionales estaban cada vez más desesperados por obtener rendimientos". Muy pronto al principio de la pandemia, incluso antes de que comenzara la recesión, se asustaron y se lanzaron colectivamente (por mimetismo) en un espectacular movimiento de fuga de capitales (púdicamente llamado "repatriación") ilustrada por la imagen que publicó Martin Wolf también en el Financial Times.



Muchos países van a pedir ayuda al Banco Mundial o al FMI. Ya hay 85 países que han solicitado asistencia de emergencia a corto plazo, el doble de las solicitudes después de la crisis financiera de 2008. Las instituciones multilaterales deberían anunciar acuerdos de apoyo para algunas de ellos en sus reuniones a finales de este mes. Incluso si los gobiernos solicitan asistencia a las organizaciones internacionales, los acreedores privados corren el riesgo de quedar al margen. Por otro lado, el Financial Times señala que el FMI sólo está autorizado por ley a prestar a países cuya deuda considere sostenible. Hará todo lo posible por cumplir esta regla y acompañar sus préstamos con demandas de reestructuración de la deuda y otro tipo de condiciones.

El CADTM [Comité para la Anulación de las Deudas Ilegítimas] ha pedido la suspensión del pago de la deuda de los países del Tercer Mundo. [39] Pero existe una oportunidad histórica de transformar no sólo la suspensión de los pagos de la deuda pública, sino su cancelación, en una demanda común a los países industrializados avanzados imperialistas y de los países con un estatus económico colonial y semicolonial. Era inevitable que el peso de la deuda pública de los países avanzados abriera las puertas, a medida que la crisis se agrava, a la cuestión de su legitimidad y la necesidad de su cancelación o repudio.

La pregunta le fue planteada a Christine Lagarde el 6 de abril de 2020 por los periodistas de France Inter cuando la recesión acaba de empezar y debe entenderse como el fruto de la batalla política librada por los militantes anticapitalistas a partir de la "crisis de la deuda soberana" de Grecia y de los demás países llamados "países del Club Med" [por estar al sur de Europa, sobre el Mediterráneo] en 2012. El tema ha tenido tal impacto en la opinión pública que ha llegado a los periodistas de la cadena radial pública más escuchada de Francia. La respuesta de Christine Lagarde, a la que le pareció "totalmente impensable", nos permite identificar al BCE (Banco

Central Europeo) y al gobierno de cada país de la eurozona como aquellos contra los que hay que levantar la consigna de la cancelación/repudio de la deuda pública.

Con la caída de los salarios y los múltiples despidos que se van a producir tan pronto como termine el confinamiento, la batalla se extenderá a la deuda de los hogares con los bancos. Si toman la delantera en la batalla por la cancelación de la deuda, las organizaciones políticas, los sindicatos y las asociaciones anticapitalistas defenderán los intereses vitales de los trabajadores de su país, en nuestro caso Francia, y siguiendo el postulado internacionalista fundamental de que la lucha contra el imperialismo comienza con la lucha contra su propia burguesía,

Notas

[1] Véase mi artículo 2010, Crise de suraccumulation mondiale ouvrant sur une crise de civilisation <http://www.inprecor.fr/inprecor?numero=556-557> así como mi libro Finance Capital Today. Corporations and Banks in the Lasting Global Slump, Brill/Haymarket Books, 2016

[2] <https://www.federalreserve.gov/releases/g17/current/default.htm>

[3] <https://www.capital.fr/entreprises-marches/croissance-plongeon-surprise-de-industrie-en-allemande-1357038>

[4] Véanse los libros sobre China de Michel Aglietta con Yves Landry (2007) y Guo Bai (2012) y también Mylène Gaulard, «Les limites de la croissance chinoise», Revue Tiers Monde, n°200, enero de 2009

[5] <https://www.federalreserve.gov/releases/g17/current/default.htm>

[6] <http://www.oecd.org/sti/ind/86-oecd-steel-chair-statement.htm>

[7] <https://lmc-auto.com/news-and-insights/global-capacity/>

[8] <https://alencontre.org/economie/les-algorithmes-et-les-rapports-sociaux-et-politiques-contemporains-ii-les-principales-plateformes-numeriques.html>

[9] Michael Roberts, Marx's law of profitability, Conferencia en la serie de seminarios sobre economía política marxista organizados por el Departamento de Estudios del Desarrollo de la Escuela de Estudios Orientales y Africanos (SOAS). Roberts señala con obvia satisfacción que "no es sorprendente que el equipo de SOAS parezca pensar que estoy 'obsesionado' con la ley de la tasa de ganancia. Blog de Michael Roberts, 27 de febrero de 2020. El texto de la conferencia está acompañado por un largo Powerpoint.

[10] Mylène Gaulard, Les limites de la croissance chinoise, op.cit.

[11] <https://thenextrecession.files.wordpress.com/2017/09/revisiting-a-world-rate-of-profit-june-2015.pdf>

[12] <https://thenextrecession.files.wordpress.com/2014/04/maito-esteban-the-historical-transience-of-capital-the-downward-trend-in-the-rate-of-profit-since-xix-century.pdf>

[13] The Long Depression, pages 274-275 (Annexe sur le calcul du taux de profit).

[14] Ibid, p.270

[15] <https://thenextrecession.files.wordpress.com/2014/04/maito-esteban-the-historical-transience-of-capital-the-downward-trend-in-the-rate-of-profit-since-xix-century.pdf>

[16] Michael Roberts, The Long Depression, p.18.

[17] Sé muy bien que esto es una simplificación y que el origen de la pandemia, como el de todas las epidemias de este siglo, se encuentra en la relación específica del capitalismo con la naturaleza (de nuevo, para hacer corta la historia). Pero estamos tratando con una endogeneidad de un tipo completamente diferente a las grandes guerras.

- [18] Marx, «El capitales trabajo muerto que, como un vampiro, vive sólo de chupar trabajo vivo, y cuanto más vive, más trabajo chupa».», Le Capital, Livre premier, chapitre 10.
- [19] En su libro de 2016, Roberts enumera en dos lugares (páginas 15 y 16) los elementos que forman parte de ella: las fábricas (a las que añadiremos oficinas, depósitos y locales comerciales), la maquinaria (largo sensu incluyendo el software), las materias primas y la tecnología, de las que no da una definición.
- [20] <https://www.mckinsey.com/business-functions/sustainability/our-insights/resource-revolution-tracking-global-commodity-markets>
- [21] David Jacks et Martin Stuermer, Drivers of commodity price booms and busts in the long run, December 2018 <https://voxeu.org/article/drivers-commodity-price-booms-and-busts-long-run>
- [22] <http://alencontre.org/economie/la-theorie-des-ondes-longues-et-la-technologie-contemporaine-ii.html>
- [23] Ernest Mandel, Le troisième âge du capitalisme, traducción francesa de Spätkapitalismus (1972), Les Editions de la Passion, Paris, 1997, p.155-156.
- [24] Ernest Mandel, Introduction au troisième livre du Capital: Marx, Capital, Livre III (Penguin, 1981), p. 78.
- [25] <https://www.mckinsey.com/~media/mckinsey/featured%20insights/Digital%20Disruption/Harnessing%20automation%20for%20a%20future%20that%20works/MGI-A-future-that-works-Executive-summary.ashx>
- [26] OECD, The future of work, April 2019 <http://www.oecd.org/future-of-work/>
- [27] Robert J. Gordon "Is U. S. Economic Growth Over? Faltering Innovation Confronts the Six Headwinds," NBER Working Paper 18315, August 2012. Robert J Gordon, The Demise of U.S. Economic Growth: Restatement, Rebuttal, and Reflections, NBER Working Paper No. 19895, February 2014. <https://www.nber.org/papers/w19895.pdf>
- [28] Voir inter alia <https://fr.wikipedia.org/wiki/G%C3%A9o-ing%C3%A9nierie> et <https://www.geo.fr/environnement/la-geo-ingenierie-un-plan-b-pour-la-planete-197170>
- [29] Véase un ensayo brasileño interesante: Ariela D.C. Leske, A review on defense innovation: from spin-off to spin-in, Brazilian Journal of Political Economy, vol.38 no.2 São Paulo April /June 2018.
- [30] Hay un cuadro comparativo muy útil de términos en inglés y francés en <https://anglais-pratique.fr/index.php/rubriques/faux-amis/72-milliard-billion-trillion>
- [31] Véase "Le cours actuel du capitalisme et les perspectives de la société humaine civilisée », Inprecor 631-632 septembre-novembre 2016 et Finance Capital Today. Corporations and Banks in the Lasting Global Slump, Brill/Haymarket Books, 2016.
- [32] [www//MGI%20Debt%20and%20not%20much%20deleveragingFullreportFebruary2015%20\(3\).pdf](http://www//MGI%20Debt%20and%20not%20much%20deleveragingFullreportFebruary2015%20(3).pdf)
- [33] <https://www.iif.com/Publications/ID/3839/April-2020-Global-Debt-Monitor-COVID-19-Lights-a-Fuse>
- [34] https://www.oecd-ilibrary.org/governance/oecd-sovereign-borrowing-outlook-2014_sov_b_outlk-2014-en
- [35] https://en.wikipedia.org/wiki/History_of_the_British_national_debt
- [36] http://www.senat.fr/rap/r16-566/r16-566_mono.html#toc158
- [37] <https://www.iif.com/Publications/ID/3839/April-2020-Global-Debt-Monitor-COVID-19-Lights-a-Fuse>
- [38] <https://www.ft.com/content/e3634816-66bd-4355-bc71-156016761dab>
- [39] Eric Toussaint, Para combatir el Covid-19: ¿Por qué y cómo se ha de suspender inmediatamente el pago de la deuda?, 6-4-2020. <https://www.cadtm.org/Para-combatir-el-Covid-19-Por-que-y-como-se-ha-de-suspender-inmediatamente-el>

Es la hora de lo impensable

Jorge Moruno Danzi

18/04/2020

Reconocer y proclamar que cada cual tiene ante todo el derecho a vivir, y que la sociedad debe repartir entre todo el mundo, sin excepción, los medios de existencia.

Kropotkin

En una reciente entrevista publicada en el diario El País, el historiador económico Adam Tooze explicaba que nos adentramos en lo que él entiende como terra incógnita. Según explica, no encuentra ejemplos parecidos ni se puede rastrear nada parecido en los últimos dos siglos y medio de historia. En efecto, no existen precedentes en la historia, ni en intensidad ni en dimensión, de lo que ha provocado la pandemia del Covid-19 o, dicho de otro modo, nunca como ahora se había parado todo durante tanto tiempo. Desconocemos la dimensión de los efectos sociales, políticos y económicos que nos aventura el futuro más próximo, pero revisando las reacciones en las anteriores crisis, nos podemos hacer una idea y asegurar que, de seguir el normal curso de las cosas, el resultado será más desigualdad, más desgarró, dolor y segregación.

Todo cambia, pero el espíritu permanece y el capitalismo seguirá siendo capitalismo por una sencilla razón: persisten los elementos nucleares que hacen posible que se pueda hablar de capitalismo, tanto en la Inglaterra del siglo XIX como en la Unión Europea del siglo XXI. El valor necesita seguir valorizándose, el dinero necesita seguir multiplicándose y el proceso subyacente del modo de producción e intercambio de mercancías sigue teniendo como finalidad crecer sin medida y sin término. Esas variables nunca han variado, de hecho, se han expandido e intensificado, y no lo van a dejar de hacer por ciencia infusa; el trabajo seguirá siendo esa relación social que tiene por finalidad crear la riqueza como capital.

Si echamos una mirada atrás al pasado reciente, podemos observar cómo la tendencia pre-coronavirus ya era preocupante: si desde 1990 casi el 60% del trabajo creado en los países OCDE es “no estandarizado” (temporal, partido, autoempleado), desde el 2010 en adelante los puestos de trabajo que se han creado se ubican en sectores de baja productividad y

estrechamente relacionados con el estancamiento salarial. Asistíamos, comentaba la OCDE, a un «repunte del crecimiento empresarial» que, gracias a la economía colaborativa, hacía aumentar el número de los autoempleados a tiempo parcial en sustitución del trabajo a tiempo completo. A todo esto le tenemos que sumar la creciente disparidad entre los precios de la vivienda y los ingresos medios de la población, lo que, en palabras del Secretario General de la OCDE, Ángel Gurría, significa que “hoy en día, la clase media se parece cada vez más a un bote en aguas rocosas”. No, nunca fue cierto aquello que se anunciaba como “el fin del trabajo”, lo que de facto implicaría el fin del capitalismo, pues nunca como antes del Covid-19 tanta cantidad de gente había estado trabajando en la Unión Europea. Más bien la tendencia del crecimiento sin salario era la de una modalidad de “pleno empleo” que conducía al aumento de la precariedad, la inseguridad y la pobreza laboral.

En todos estos factores, que podemos resumir en 1) aumento del trabajo no estandarizado 2) intensificación en sectores de baja productividad 3) estancamiento salarial 4) crecimiento de la economía colaborativa 5) dificultad en el acceso a la vivienda, España se encuentra a la cabeza de todos ellos y se ubica como segundo país de la OCDE con más pobres en edad de trabajar. Este cuadro del que partimos no ha caído del cielo, es más bien el resultado de un proyecto de país excluyente y funcional a los intereses de las economías del norte de Europa y de las élites patrias; esas que con tanto fervor defendía quien por entonces fue Ministro de Economía, Cristóbal Montoro, cuando rechazaba la equiparación fiscal con la media europea porque esa diferencia representaba “nuestra ventaja competitiva para industrias como el turismo”.

Ahora se vuelve a hablar de la necesidad de renovar las bases del contrato social, y observamos cómo desde voces tan dispares como las del Papa Francisco o el Financial Times, la renta básica se ha introducido con fuerza en el debate público. Corren ríos de tinta sobre su idoneidad, las posibilidades de su implantación y los peligros y beneficios que puede suponer. Sin embargo, lo importante de la renta básica es el marco general donde se introduce, no solo la discusión técnica sobre la medida. La renta básica no es buena ni mala en sí misma, sino que se define por el contexto en que se inserta y por el sentido social que adopta. Es ahí donde tiene lugar la disputa política: si es un derecho o no lo es, cómo se financia, si solo se enfoca en reducir la pobreza o sirve para aumentar la libertad. Para ser democrática, la renta básica tiene que formar parte de una ambición mayor que excede el diseño de las políticas públicas concretas, y que entra de lleno en la política con mayúsculas, esa que abre la discusión a cuáles son los parámetros y pilares que definen la convivencia en común, o a qué entendemos por lo justo y lo deseable.

Más que limitarse a paliar los efectos nocivos del actual modo de funcionar, se trata de modificar la manera en la que funcionamos, el modo en que se organiza la sociedad, así como los criterios que definen la condición de ciudadanía. No se trata de limitarse a ofrecer “ayudas a quienes más lo necesitan”, monitorizadas a través de “itinerarios de inclusión”, para seguir insistiendo en controlar a los pobres, y hacerlo desde un enfoque que persiste en fijar la condición de ciudadanía al molde salarial propio del siglo pasado. La potencia transformadora de la renta básica no se basa solo en reducir la pobreza mientras todo lo demás se mantiene igual. Su potencia reside en forjar un derecho de nuevo cuño que, junto con el resto de los derechos de existencia, aumente el margen de libertad individual y colectiva y haga avanzar hacia una época sustentada en lo que podemos llamar derechos incondicionales. Derechos de existencia desvinculados de la condición laboral a través de unos servicios públicos que incluyan el acceso a la vivienda y un ingreso monetario incondicional, con el objetivo de independizar a la vida de la necesidad de tener que someterse al escrutinio y la coacción del trabajo impuesto por necesidad. Se trata de pasar del actual mantra «es mejor tener un trabajo, por malo que sea, a no tener ninguno» hacia un escenario donde «es mejor no tener ningún trabajo a tener que aceptar un trabajo basura». Para que esto sea posible hace falta contar con garantías de existencia incondicionales (renta básica, alquiler social y asequible, servicios públicos etc...) que permitan poder rechazar ese trabajo.

Todo esto es materialmente viable. El capitalismo eleva la productividad como ninguna otra forma social lo hizo antes. Sin embargo, dado que se rige por su propia ley inmanente, lo hace con una finalidad que no es la de mejorar la vida de la población sino la de incrementar su extorsión y extracción de plusvalor. Por un lado, recuerda Marx, la tendencia del capitalismo es la de aumentar el tiempo disponible, el tiempo de no-trabajo, pero, al mismo tiempo, dado que su riqueza consiste en aumentar el valor y no el valor de uso, necesita traducir esa liberación de tiempo en, paradójicamente, una mayor dependencia de la sociedad con respecto al trabajo, tal y como se ha expuesto al inicio de este artículo. En esa contradicción, en aumentar el tiempo disponible a la vez que recrudece el encadenamiento al trabajo, el capital “sirve, a pesar suyo, de instrumento para crear las posibilidades del tiempo disponible social, para reducir a un mínimo decreciente el tiempo de trabajo de toda la sociedad”. Dicho de otra forma, hoy es posible pensar una sociedad que gire en torno al derecho a la existencia, del mismo modo que otrora fue posible pensar la jornada laboral de 8 horas y las vacaciones pagadas. Lo que permite su viabilidad y lo convierte en derecho es la fuerza social que, contra quienes repiten que es imposible, arranca tiempo al capital y lo convierte en tiempo de vida liberado de su férula. El fulcro de la libertad es, hoy al igual que ayer, el hambre social de emancipación y la voluntad de poder por mejorar.

El progreso humano no nace de la bondad ni del funcionamiento intrínseco del capitalismo, que solo le interesa la tecnología si le sirve para reducir el trabajo pagado, de ahí que en el siglo XIX insistiera en usar a mujeres para sirgar los canales en lugar de caballos porque salía más barato. La historia avanza cuando existe una posición de poder que permite decir ¡no! ahí donde la necesidad obliga a tener que decir sí, forzando así al capital a tener que abandonar “su zona de confort” e impulsar una transformación del tejido productivo. En la posibilidad de rechazar el trabajo impuesto es precisamente donde reside el instinto de libertad y la fuerza motriz que obliga al capital a tener que adaptarse y ofrecer una oferta acorde a una sociedad cuyas capacidades están muy por encima de las posibilidades actuales.

La propaganda liberal se pasa la vida reivindicando que el dinero está mejor en los bolsillos de los ciudadanos, pero es escuchar hablar de alquiler asequible y de renta básica y salen espantados echando mano de la pistola. Tampoco les gusta el dinero que se ahorra con la sanidad y la educación pública en lugar de pagar pólizas de seguros y escuelas privadas o concertadas. Las mismas voces que insisten en que “persigas tus sueños”, son las que se escandalizan cuando se habla del derecho a la existencia o del derecho al tiempo garantizado, porque, según ellos, de esa forma “nadie haría nada”. ¿En qué quedamos? ¿No era que la motivación más importante para hacer algo era la de perseguir tus sueños? Pensar que rechazar la precariedad implicaría «no hacer nada» es fruto de una concepción conservadora de la antropología humana, por la que solo «te mueves» e «innovas» forzado por el miedo, la necesidad y la competencia. No es cierto, inventos y descubrimientos que van desde la teoría de la relatividad hasta la tabla periódica, pasando por el GPS, la aspirina, internet, la anestesia o la segunda ley de la termodinámica son fruto de un trabajo que no tenía por objeto fines mercantiles. Son mucho más determinantes los entornos y los ecosistemas donde se forjan ideas en libertad que el incentivo económico y el miedo, de lo que podemos deducir que una sociedad que cuenta con derechos de existencia garantizados es una sociedad más inteligente y que aprovecha mejor su potencial. Establecer las condiciones que permiten ejercer la libertad a todas las personas, esto es, una libertad que está por encima de la libertad del dinero, no solo da pie, como recuerda Aristóteles, a que se agranden la justicia y la amistad, “pues es mucho lo que tienen en común los que son iguales”, además sienta las bases de un nuevo renacimiento intelectual y civilizatorio. Las mejores ideas no brotan de la exclusión privada, al contrario, se producen cooperando y afloran más cuantos más cerebros lo comparten y se enriquecen, pues las ideas, como decía Thomas Jefferson, “son como el aire que respiramos y no pueden ser, por naturaleza, sujetas a propiedad”.

Lo que se levante de este derrumbe que estamos viviendo pueden ser valores nuevos grabados en tablas nuevas, esto es, una nueva idea de ciudadanía y libertad basada en el Derecho a la existencia o, por el contrario, una sociedad hundida y segregada que endiosa como nunca a los más poderosos. Empezar, desde ahora mismo, un proyecto civilizatorio que frene el embiste de la muerte y al mismo tiempo sea capaz de abrir un horizonte y una voluntad que ambicione abandonar la riqueza propia de la modernidad capitalista: valor, dinero, trabajo, mercancía. Una riqueza fundada sobre el tiempo libre y sobre un tiempo propio, solo es pensable si primero nos atrevemos a imaginar lo que hoy parece impensable; solo es factible si nos atrevemos a ir más allá del bien y del mal, más allá del trabajo y el capital. Rescatar a la libertad del secuestro neoliberal; luchar para que lo que hoy parece imposible mañana se vuelva insuficiente. ¡Sanidad, renta, vivienda, derechos de existencia!

El coronavirus nos aconseja sabiamente

Julio García Camarero

| 29/04/2020

El sabio coronavirus nos está diciendo claramente qué es lo que tenemos que hacer para salvar al planeta y a los humanos de este monstruo feroz del crecimiento oligárquico, es decir, del neoliberalismo global, destructor de la biosfera, que se basa en principios de la rentabilidad cortoplacista y el máximo beneficio de la élite.

Sí, el sabio coronavirus nos está insinuando qué es lo que tenemos que hacer para salir de ésta con vida. Pero seguro que no le haremos caso, puesto que para ello tendríamos que abandonar el sistema capitalista y pensamos que este sistema es el único que puede existir y el único que “nos dará trabajo”, eso sí enajenado, forzado, siempre con prisas, y suicida.

El coronavirus nos dice:

Hay que consumir mucho menos, lo estrictamente necesario. De hecho desde que estamos en enclaustramiento es lo que hemos hecho: consumir menos, en los bares, en los almacenes de ropa, en los grandes eventos, etc. todo ello casi si darnos cuenta y nos lo ha agradecido la biosfera pues hemos dejado de atacarla. ¡Pero ojo! esto no quiere decir que tengamos que consumir insuficientemente, solo quiere decir que debemos pasar desde el

consumismo devastador y suicida, desde el consumo de pseudonecesidades... al consumo responsable, es decir, consumir sólo lo necesario.

Hay que trabajar mucho menos, muchas menos horas de trabajo asalariado-enajenado, y además repartir estas horas entre todos. Para conseguirlo será preciso producir muchas menos mercancías y sobre todo muchas menos plusvalías. Esta idea de producir mucho menos es inseparable de la anterior de consumir mucho menos. Estas dos cosas son las que hemos ido haciendo durante el enclaustramiento contra la pandemia. Con este confinamiento por primera vez (en casi medio siglo de intentos infructuosos y 25 Cumbres del Clima) de forma universal y forzosamente, nos pusimos a la indispensable tarea de frenar el cambio climático, tarea urgente que tanto está haciendo falta.

Hay que extraer muchos menos recursos naturales y esto es lo que hemos estado haciendo estos días de encierro casero. Si consumimos menos, trabajamos menos, extraeremos muchos menos recursos naturales. Esto se ha notado especialmente con los combustibles fósiles, pues al producirse el cierre hermético de muchas fronteras se han producido muchísimos menos desplazamientos (sobre todo los de esta nefasta globalización) y en consecuencia ha bajado la demanda del petróleo a la vez que su precio. Y también por este motivo bajó la contaminación y el efecto invernadero y como efecto inmediato se frenó un poco el camino hacia el suicida cambio climático.

Hay que contaminar mucho menos y es lo que hemos estado haciendo estos días de confinamiento. Al estar sedentarios y dejar de movernos en un tráfico frenético hemos reducido drásticamente las emisiones de CO₂ y por ello el aire se volvió mucho más transparente. Por ejemplo, la famosa boina de contaminación de la ciudad de Madrid ha desaparecido por completo y ya se puede ver nítidamente la vecina Sierra de de Guadarrama desde esta ciudad.

Hay que competir mucho menos. De hecho, en estos días, tanto en las empresas como individualmente, hemos competido menos pues al consumir menos y al producir menos, nos hemos salido de la dinámica del hábito de ver quién es el que más consume o el que más produce y el que más corre.

Hay que tener menos prisas, muchas menos. Por ejemplo rebajar el valor del *footing* o de los masivos maratones, que no son tan sanos como dice esta moda, o dejar de usar el auto siempre que se pueda, que deberá ser sustituido por un transporte público o por la bicicleta. Y es lo que hemos estado haciendo estos días enclaustramiento, en los que los aeropuertos, las carreteras, las autopistas, han estado desiertas. Hemos estado haciendo la sana vida sedentaria (aunque esté de moda decir lo contrario) que será sana siempre y cuando se realice de forma mesurada y no de modo

extremado de quietud, como tampoco es aconsejable el extremo de movimiento: prisas y carreras que continuamente se suele recomendar en este sistema en el estamos inmersos. En su lugar el ejercicio debería ser paseos muy largos reflexionando en grupo y bajo frondosos árboles de un bosque inmenso repleto de manantiales naturales.

Hay que tender a una vida más sedentaria y local. Es algo que también nos ha insinuado el Covid-19 en este confinamiento. De lo que no hay duda es de que con una vida “mesuradamente” más sedentaria y con menos prisas, habrá menos gasto de energías y menos contaminación y en consecuencia más salubridad. Además, está comprobado científicamente que las poblaciones humanas de alta densidad parecen ser un blanco fácil para las pandemias, algo parecido pasa con los macroeventos (estadios de fútbol, macroconciertos, maratones, turismo masivo como los megacruceros, etc.). Este puede ser otro motivo más para decidir la elección local y sedentaria. Vanaglorio el sedentarismo a sabiendas del riesgo que corro de que casi toda la sociedad me conteste ¡Qué va, el sedentarismo es lo más insano y degradante que existe! Pero todo es cuestión de medida, ¿hasta qué medida es sano el exceso de actividad física y gastar demasiado tiempo en ello, buena parte del cual es necesario para la actividad mental? El ejercicio mental es necesario y sano, no sólo para el individuo sino también para la sociedad. Por último podemos preguntarnos, ¿hasta qué medida es sana la actitud sedentaria y el localismo? practicada en exceso es cierto que es muy insana. ya que hay que ver que la palabra medida es clave en toda consideración. Casi cualquier cosa puede ser buena y saludable si se toma con medida, la misma cosa practicándola en exceso puede ser muy mala o incluso mortal. Ejemplo, un vaso con patógenos al que se le echa una gota de lejía puede salvar una vida, pero si se le echan una par de cucharadas de lejía puede producir la muerte. Es cierto que un aumento de vida sedentaria, y local, es precisamente lo contrario de lo nos impone continuamente en casi todo cerebro el neoliberalismo global. Pero no hay duda de que la vida sedentaria y local nos originará menos polución y una vida más sosegada, menos esquizofrénica y además más cercana entre las personas, que estarán menos mediatizadas por la dictadura de la producción global. Una producción global que necesita grandes desplazamientos y gasto de energía en trasportes que contribuyen al cambio climático y al calentamiento global.

Por el contrario este localismo y sedentarismo potenciarán un modo de producción alimentaria más próxima y por tanto más sana, sobre todo si se plantea a modo de alimentación agroecológica. Y en fin, el localismo-sedentarismo supondrá una sanidad más preventiva a las pandemias, porque es sabido que las pandemias florecen con muchísima más probabilidad en los grandes centros de población urbana, pero mueren rápidamente en las regiones menos pobladas. Ya es hora de empezar a

pensar en dejar de vivir amontonados unos sobre otros y mediatizados por ascensores y todo tipo de medios de transporte a medias y largas distancias. Mantener este tipo de vida (que además es insana) es insostenible si tenemos en cuenta los límites del crecimiento y el ya casi agotamiento final de energías fósiles.

Habrà que, en consecuencia directa de lo que se acaba de comentar, producir globalmente mucho menos y localmente mucho más.

Hay que tender mucho más a la vida campesina. Es decir, será preciso un desplazamiento de mucha población de las urbes hacia un mundo realmente campesino, que se establezca en el campo con el fin de trabajar la tierra por procedimientos de la agroecología que nos garanticen una conservación del recurso renovable que son los suelos, y al mismo tiempo producir alimentos sanos y de consumo próximo para toda la población.

También en esta situación actual de la pandemia el sabio coronavirus nos está aconsejando que habrá que cultivar mucho mas el conocimiento, la investigación y la prevención sanitaria, asignándole los recursos económicos y la importancia que está necesitando.

De modo algo paralelo, la situación actual del Covid-19 nos está diciendo que habrá que dar mucha más prioridad y valoración a las labores de cuidados. Como pueda ser, por ejemplo, el caso de los auxiliares sanitarios, los cuales se encuentran totalmente desvalorados y desconsiderados socialmente, y no solo laboralmente. Además tendremos que relacionarnos humanamente mucho más.

Habrà que ser mucho más austeros, algo que no tiene nada que ver con la precariedad, la esclavitud y los recortes que nos está imponiendo el sistema, sino con lograr un consumo estrictamente responsable.

Y por último, tendremos que ser muy vigilantes y lograr cuidar y preservar los ecosistemas y su biodiversidad pues debido a que no hacemos una vida suficientemente sedentaria, o mejor dicho más local, estamos destrozando la biosfera, nuestra casa común. Esto también nos lo ha insinuado el sabio coronavirus en nuestro obligado confinamiento.

Pero mucho cuidado con interpretar todo lo antedicho como la conclusión de que para salir de ésta haya que caer en un enclaustramiento extremo, como el actual, y para siempre, ¡no!, con todo esto solo se pretende decir que el coronavirus, en esta experiencia de encerrona, nos ha estado indicando algo así como algunas directrices de por dónde han de ir algunas alternativas necesaria para conseguir salir de esta multicrisis y para salvar la biosfera, incluida en ella la humanidad. Y además estas directrices habrá que saber interpretarlas con la adecuada medida. Lo comentado del confinamiento actual es más bien una caricatura de hacia dónde hay que ir poniendo el foco.

En resumen, muchas de estas cosas y recomendaciones las hemos practicado más o menos directa o indirectamente y de forma forzada por el miedo y por el peligro real, en estas semanas de cuarentena.

Pero, ¿haremos caso a estas advertencias e indicaciones que nos ha señalado el coronavirus en nuestro enclaustramiento? Lamentablemente es muy probable que no, porque desde hace mucho y desde que nacimos el sistema nos ha atrofiado la mente y nos ha metido en el cerebro millones de mentiras repetidas de continuo que llegan a instalarnos un “síndrome de Estocolmo”. Un síndrome que nos hace admirar, amar y VOTAR a quien precisamente nos está llevando al suicidio colectivo y a un colapso que puede llegar a ser apocalíptico. En efecto, será como decía Malcom X: “si no estás prevenido ante los medios de comunicación, te harán amar al opresor y odiar al oprimido”.

Soñamos con que la pandemia se acabará y que volveremos a la normalidad.

¿Pero a qué normalidad? ¿Será a este camino hacia el colapso eco-eco (ecológico y económico)? No, ¿nos enteraremos de que la verdadera economía no es lo que se entiende hoy en día por “economía”, esto es, la acumulación oligárquica y el despilfarro frenético global, sino que debe ser precisamente lo contrario, la economía de materia y energía? No en vano el inventor de la palabra “ecología” Ernst Haeckel la definía como “la economía de la naturaleza”. En la naturaleza no existen el despilfarro ni el consumismo, sino sólo el consumo de materia y energía estrictamente necesario y dentro de un ciclo cerrado y continuamente reponedor y que tiene una gran fortaleza gracias a su gran complejidad y biodiversidad.

La única normalidad a la que constructivamente debemos encaminarnos es una normalidad de biomímesis, imitadora de la naturaleza. No cabe otra si queremos evitar el colapso de la humanidad y de la biosfera.

¡Pero no!, no dejamos de anhelar volver a la “normalidad”, es decir a volver al continuo despilfarro y excesos en horas de trabajo asalariado y precario, consumismo de seudonecesidades, seguir ensuciando la atmósfera, seguir aumentando los deshielos polares y glaciales, continuar aumentando la temperatura global, aunque los científicos nos anuncien el gravísimo riesgo de una pandemia de calentamiento global.

En efecto, ya están empezando, al menos en el Estado español, a aparecer las previsiones gubernamentales del desescalamiento paulatino del enclaustramiento domiciliario. Empieza a predecirse en este programa de desescalada, por ejemplo, que se podrán reanudar las olimpiadas, cuando no se tenían que haber aplazado sino simplemente suprimido de forma definitiva. Muchos protestarán pues ello supone salirse del capitalismo, pero, precisamente, en cosas como éstas consiste iniciar una auténtica normalidad. También plantea el Gobierno, como algo muy prioritario en

esta desescalada, como una de las más prioritarias y urgentes necesidades, poder volver a comprar ropa en grandes almacenes, ¿es tan indispensable comprar nueva ropa cada temporada? Si queremos salvar el planeta debería considerarse que sólo fuera necesario comprar ropa (a partir de la adolescencia) tan sólo una vez cada tres o cuatro años. Muchos me dirán que consumir menos ropa repercutirá trágicamente en el paro de las niñas costureras del sureste asiático. Y es cierto, pero también sería cierto que se perderían muchísimos puestos de trabajo si suprimiéramos la industria armamentística, algo que desde luego debería ser considerado seriamente. Pero ante esta controversia hay una solución, reducir drásticamente la jornada laboral y la plusvalía. Ahora bien, para que esto se pudiera llevar a efecto sería indispensable salirse del sistema capitalista. Por otra parte, no creo que sea una gran solución volver a la trágica normalidad de seguir manteniendo a estos costureros y costureras (como las feministas capitalistas, el neoliberalismo global ve con muy buenos ojos que hombres y mujeres realicen el mismo trabajo asalariado, enajenado y esclavo) en la pobreza y esclavitud mas lacerante, siempre que se garantice el crecimiento oligárquico, es decir el máximo beneficio para las grandes corporaciones.

Pero, como decía antes, no haremos caso y seguiremos dándole a droga consumista y abrazando, como si fuera una tabla de salvación, a una enajenación de un trabajo precarista cada vez más degradado. Y este enajenamiento continuará hasta que no se empiece a dar mucha más importancia a las bibliotecas que a los gimnasios. Pues estos últimos quitan el tiempo necesario a las mentes para que puedan llegar a ser conscientes de que nos están engañando los psicópatas que nos imponen el síndrome de Estocolmo.

No hicimos caso, o no hicieron caso los irresponsables que tenían que haber sido los responsables, de las alarmas científicas en el caso del coronavirus. Los científicos llevaban años avisando de la aparición de una pandemia, insistiendo en ello desde la epidemia SARS del año 2003 causada también por un coronavirus. Pero como sucede con frecuencia los políticos del neoliberalismo global intervienen con su esquizofrenia psicópata, y patología del orden socioeconómico actual, esa patología que a mi me gusta llamar pandemia mental de la obsesión de la acumulación y la manía de la hegemonía.

Intervienen, según las recetas neoliberales fundamentalistas de la “Escuela de los *Chicago Boys*” de los años 70 y su mentor Milton Friedman, que tienen la finalidad de establecer el principio de que “la tarea de los directivos de las multinacionales es maximizar los beneficios, considerándose que cualquier desviación de este deber moral destruiría los cimientos de la vida civilizada”.

Maximizar los beneficios es un deber “moral” que debe potenciarse por encima de cualquier otra cuestión como la salud humana, las pandemias, el cambio climático, la salvación de la biosfera, la de la vida en el planeta Tierra...

Un ejemplo muy indicador de este cinismo sicópata y “sagrado” del neoliberalismo global es el caso que nos comenta Noam Chomsky de la corporación Chevron “que canceló un proyecto de energía sostenible rentable, sólo porque obtenía más beneficios destruyendo la vida en la Tierra” [\[1\]](#).

Y en estas “moralidades” fundamentalistas seguiremos, aunque nos vengán pandemias sucesivas y crecientes. Y es que, continuando con el negacionismo climático, lleguemos a superar, en periodos intermitentes, temperaturas superiores a los 60 o 70°C. Temperaturas imposibles de resistir por humanos, animales y vegetales. En este caso habremos llegado a la peor de las pandemias, la pandemia del calentamiento global, que ya será irreversible y que no contará con los remedios de los hospitales, de los sanitarios o de las vacunas. Una pandemia que nos convertirá en estatuas de sal o figuras calcinadas como se describe en algunas historias bíblicas o como sucedió en la erupción del volcán Vesubio en la ciudad de Pompeya.

Y por desgracia, aunque lo parezca, este no es un relato fantasioso y ni exagerado, si no que será posible en el caso de que no cambiemos y no escuchemos a tiempo los avisos científicos.

Nota:

[\[1\]](#) Entrevista a Noam Chomsky sobre la pandemia, La escasez de ventiladores revela la crueldad del capitalismo neoliberal

Precio negativo del petróleo y ley del valor trabajo

Rolando Astarita

29/04/2020

Un lector del blog me escribe preguntando cómo analizar el precio negativo del petróleo desde la perspectiva marxista. Y agrega: “he visto cómo los liberales dicen que esto prueba que el valor es subjetivo”.

En lo que sigue propongo una explicación desde el enfoque de la ley del valor trabajo.

Precio negativo

Como han informado los medios, en el día de ayer, lunes 20 de abril, los futuros a mayo del petróleo WTI (West Texas Intermediate) cayeron a terreno negativo. Tengamos presente que cada mes los contratos del WTI, que se comercializan en Nueva York, necesitan ser saldados con entrega física del crudo. La misma ocurre en Cushing, Oklahoma, donde las empresas poseen tanques de almacenamiento. Se considera que es el corazón de la red de oleoductos de EEUU. El tema es que el martes 21 de abril era el último día para comerciar los futuros de mayo, y el lunes 20 los *traders* y empresas intentaron deshacerse de sus contratos a cualquier precio, antes de verse obligados a recibir el petróleo. ¿Por qué no querían, o quieren, recibirlo? Pues porque no tienen dónde almacenarlo. Ya el 10 de abril la Energy Information Administration calculaba que la capacidad de almacenamiento en Cushing estaba cubierta en un 72% (55 millones de barriles, siendo la capacidad total de 76,1 millones). Desde entonces el stock siguió en ascenso. De manera que al cerrar el mercado del lunes el contrato mayo del WTI cotizaba a - 37,6 dólares. Esto significa que aquel que vende el petróleo debe entregar 37 dólares por barril para que el comprador lo reciba físicamente. El mundo del revés.

Caída de la demanda, sobreoferta y almacenamiento

La cuestión de fondo, por supuesto, es la caída global de la demanda; una baja de 29 millones de barriles diarios; un 30% menos que hace un año. Se calcula que solo en EEUU se están produciendo 2 millones de barriles diarios más de lo que necesitan las refinerías. La OPEP y otros productores acordaron en recortar la producción en 10 millones de barriles, pero no alcanzó para sostener los precios. Además, muchos productores, a fin de no perder participación en los mercados, mantuvieron la producción y almacenaron crudo. Y países importadores han llenado sus reservas, aprovechando los precios bajos.

El resultado es que no hay capacidad para acopiar más crudo en tierra. Por esta razón se están alquilando barcos súper tanques, con capacidad de almacenar 2 millones de barriles, a US\$ 350.000 diarios. La tarifa es el doble de hace un mes. Se calcula que existen unos 160 millones de barriles almacenados en 60 súper tanques alquilados. Y en los próximos meses se podrían llenar 200 súper tanques.

Precio negativo, valor utilidad y ley del valor trabajo

Es necesario realizar un gran esfuerzo de imaginación para explicar el precio negativo del petróleo desde el enfoque del valor utilidad. Según esta tesis, los que están pagando para que alguien se lleve el petróleo lo hacen

porque el crudo ha pasado a tener utilidad negativa para los consumidores. Esto es, dado que el precio lo determina el consumidor al comprar gasolina (el precio del petróleo se fijaría por “imputación” hacia arriba), el precio negativo debería explicarse por un súbito sentimiento de máxima desutilidad de los consumidores con respecto a la gasolina. Lo cual es un absurdo. En última instancia, alguien podría decir que para los consumidores la gasolina hoy tiene utilidad cero (que no es el caso). Sin embargo... ¿utilidad negativa? ¿Las gasolineras pagando a los automovilistas para que carguen los tanques? ¿Y todo porque los automovilistas adquirieron, de la noche a la mañana, un sentimiento de rechazo a la gasolina? Son absurdos, pero tienen su lógica: al dejar de lado la centralidad de la producción en la determinación de los valores, el análisis gira en el aire.

La teoría del valor trabajo, en cambio, puede explicar el fenómeno sin mayores problemas. Por supuesto, el precio negativo del petróleo no significa que se haya empleado tiempo de trabajo “negativo” en su producción. Lo que ocurre es que los costos de almacenamiento superan, y en mucho, al precio al que puede venderse hoy el petróleo, dada la caída de la demanda y la sobreproducción.

Para explicarlo de manera más detallada, aquí operan dos determinaciones. Por un lado, se ha producido, y se siguió produciendo, más petróleo de lo que el mercado puede absorber, dado el freno de la actividad económica. Es lo que Marx llama la segunda determinación del tiempo de trabajo socialmente necesario. Lo explica con el ejemplo de los tejedores que han producido más tela de lo que el mercado puede absorber: “El resultado es el mismo que si cada uno de los tejedores hubiera empleado en su producto individual más del tiempo de trabajo que es socialmente necesario” (p. 131, t. 1, *El Capital*). Por lo tanto, una parte del tiempo de trabajo no se valida como trabajo social. En consecuencia, caen los precios, algunos o muchos productores quiebran, y disminuye la producción hasta que la oferta se adecua a la demanda. En el caso que nos ocupa, la caída de los precios del crudo se debe a que se ha producido una cantidad que el mercado no puede absorber, dada la crisis en curso.

Pero si este fuera el único factor, el precio del petróleo sería muy bajo, pero no negativo. Debemos introducir entonces los costos de almacenamiento. Estos comprenden tiempos de trabajo, instalaciones, equipos, más el capital inmovilizado bajo la forma mercantil. Destaco que *es un error eludir este aspecto material del almacenamiento*. Naturalmente, un partidario de la teoría subjetiva pasa alegremente por alto estos asuntos (todo depende de los sentimientos de los consumidores), pero los tiene presentes cualquier capitalista con un poco de sentido común (tan necesario para mantener el negocio). Y en particular, los tienen presente los “traders” o empresas que están “largos” en futuros de petróleo (o sea, compraron) y

saben que tiene un alto costo de almacenamiento (también *ad notam* de los que piensan que en los mercados financieros todo es puro “capital ficticio”; es la versión por izquierda del subjetivismo de derecha).

Este aspecto entonces es considerado por Marx cuando analiza los costos de circulación del capital. Señala que en la medida en que la mercancía tarda en transformarse en dinero (la fase M' – D' del circuito del capital), se obstaculiza el proceso de producción (p. 164, t. 2, *ibid.*). Lo cual implica incremento de los costos: “La permanencia del capital mercantil en el mercado como acopio de mercancías requiere edificios, almacenes, tanques y depósitos de mercancías, es decir, desembolso de capital constante; requiere asimismo pago de fuerzas de trabajo para almacenamiento de las mercancías en sus depósitos. (...) La existencia del capital en su forma de capital mercantil, y por ende como acopio de mercancías ocasiona pues gastos que, como no pertenecen a la esfera de la producción, cuentan entre los costos de circulación” (pp. 164-5, *ibid.*). .

Pero por esto mismo, cuando los acopios tardan en venderse más del tiempo normal, o promedio, *hay pérdidas*. “Cuando el capital adelantado en medios de producción y fuerza de trabajo ha sido transformado por el capitalista en producto, en una masa de mercancías acabada y destinada a la venta, y esta masa queda almacenada e invendible, no solo se paraliza el proceso de valorización del capital durante ese lapso. Los desembolsos en edificios, trabajo adicional, etcétera, que exige la conservación de este acopio *constituyen positivamente una pérdida*” (p. 173, *ibid.*; énfasis mío). Más adelante Marx todavía se refiere al aumento anormal del almacenamiento de mercancías provocado por el estancamiento de la circulación, como sucede durante una crisis. Cuando ocurre esto los costos de acopio “constituyen deducciones, pérdida de valor en la realización del mismo” (p. 177, *ibid.*).

En definitiva, un intermediario que está pagando cientos de miles de dólares diarios para sostener un stock en un barco petrolero, está experimentando pérdidas. En un escenario de ese tipo, se explica que vendedores paguen para que alguien se lleve el crudo y lo almacene. Parece absurdo sostener que todo esto “confirma” la teoría subjetiva del valor; o que descalifica a la teoría del valor trabajo.

Covid-19, el petróleo, el virus de Wall Street y Estados Unidos

El reciente desplome del precio del petróleo es una oportunidad para advertir de nuevo sobre el inexorable declive de los combustibles fósiles y denunciar la dinámica destructiva de los mercados financieros.

Tom Kucharz

27 abril 2020



La Agencia Internacional de la Energía estima que la demanda mundial de petróleo en abril estará en un nivel visto por última vez en 1995. Lo que podría ser una buena noticia para el clima. Aún así, se prevén temperaturas récord este año por el calentamiento global. Los mercados anuncian un batacazo descomunal del precio de los hidrocarburos porque fallaron las apuestas financieras sobre los futuros del petróleo, un gigantesco mercado especulativo. Probablemente, llega el estallido de la burbuja de la industria del fracking en Estados Unidos que podría dañar severamente a sus bancos.

Más allá de la coyuntura de estas últimas semanas, en realidad, el precio de las materias primas en lo que va de siglo, y entre ellas destaca claramente el petróleo, se ha caracterizado por ser alto y fluctuante. Además, la industria petrolera ha jugado históricamente un papel decisivo en las crisis económicas y políticas.

¿Qué ha pasado?

El 20 de abril de 2020 ha sido uno de los días más asombrosos en el comercio de carburantes. El precio futuro del petróleo de EE UU, el West Texas Intermediate (WTI), cayó a terreno negativo por primera vez en su historia. El WTI es un índice de crudo producido en Texas y el sur de Oklahoma que sirve como referencia para fijar el precio de otras corrientes de crudo. En vez de pagar por la mercancía, los inversores llegaron a cobrar 37,63 dólares por comprar un barril en EE UU para su entrega en mayo.

Para ser exactos, lo que ha caído un 305% en realidad son los precios de futuros que expiraban —derechos de compra con una fecha de vencimiento fijada—. Los propietarios tenían que vender los contratos o llevarse el petróleo. La demanda ha bajado y, además no tenían sitio donde almacenarlo.

Vale la pena aclarar que en este suceso no son las grandes compañías extractivistas las que han anotado menores beneficios sino aquellos especuladores que tenían esos contratos y no consiguieron venderlos por la sobreoferta. En las gasolineras, los precios no se han desmoronado tanto.

¿Por qué ha caído el precio del petróleo?

En este momento confluyen varios factores. La fuerte reducción de la demanda de petróleo fruto de las medidas de confinamiento y la crisis económica que la pandemia ha acelerado, la sobreoferta de crudo y los límites en el almacenamiento, la especulación financiera, el sobreendeudamiento de las empresas, los problemas estructurales de la industria del fracking en EE UU y las tensiones geopolíticas (Rusia vs. Arabia Saudí, EE UU vs China e Irán, intentos de golpe de Estado en Venezuela, Rusia vs Turquía). Todos ellos han generando presión a la baja sobre los precios.

Un problema de fondo es la falta de control público sobre los mercados financieros y la especulación con el petróleo, que nos lleva a una situación de sobreextracción. De hecho, se ha empezado hablar del mayor exceso de petróleo de la historia. Igualmente, hay una gran incertidumbre respecto al futuro inmediato para el capital transnacional, fundamentalmente el financiero.

¿Cómo hemos llegado a esta situación?

Como consecuencia del coronavirus ha descendido el transporte en las ciudades, el tráfico aéreo —en EE UU -60%, en España -95%— y gran parte de la producción industrial. Las medidas implementadas para frenar la crisis sanitaria han disminuido la demanda de petróleo y productos

derivados a nivel mundial. El confinamiento que empezó en China se ha ampliado a 3.000 millones de personas en 187 países. Muchas actividades económicas no esenciales pararon.

Así, el consumo de petróleo en los EE UU se ha caído más del 30%, a los niveles más bajos en al menos 30 años. En el mundo, en el mes de abril la demanda de gasolina y diésel se ha reducido un 33% y el combustible para aviones en 64% comparada con 2019. La demanda de carburantes en Europa es 33% menor de lo que era hace un año.

Al mismo tiempo, los principales extractores —EE UU, Arabia Saudí, Rusia— han seguido bombeando, lo que ha precipitado una mayor caída de los precios del petróleo. Ahora mismo sobran 30 millones de barriles al día y los lugares donde se almacena —refinerías, depósitos, buques— están a punto de llenarse. Esto ha provocado que se dispare también la especulación con el coste de alquiler de los petroleros que ha pasado de los 15.000 dólares diarios en febrero a los 200.000 y 300.000 dólares en marzo.

¿Por qué hay un exceso tan grande de crudo?

La pandemia global llegó justo cuando la extracción de petróleo había alcanzado sus máximos. La organización de los países exportadores de petróleo y otros estados como Rusia llevan meses negociando el recorte en la producción para apuntalar los precios del petróleo porque, entre otras razones, EE UU había inundado el mercado con crudo en los últimos años.

Entre febrero y marzo, cuando Rusia y Arabia Saudí no habían llegado todavía a un acuerdo, Arabia Saudí abrió sus grifos profundizando una “guerra de precios” contra su antiguo aliado Rusia, según la narrativa oficial. ¿O tal vez fue una maniobra para hundir al sector en EE UU?

En el mes de marzo se empezó a avisar que la pandemia estaba llevando el mercado de las materias primas “hacia lo desconocido”. Se informó de la llegada del mayor exceso de suministro de petróleo que el mundo haya conocido. Analistas financieros reconocieron que “el valor marginal de un barril de petróleo, en este contexto, tiende a cero”. Hubiera sido lógico reducir drásticamente la extracción, pero el “mercado autorregulado” se rige por la avaricia.

Los precios del petróleo se desmoronaron a gran velocidad, justo cuando a finales de febrero se registró el récord histórico de extracción en EE UU: 13,1 millones de barriles al día. A pesar del descenso de los precios que lleva meses asentándose, las empresas petroleras estadounidenses no redujeron la velocidad de su extracción.

Las corporaciones petroleras habían pedido mucho dinero prestado por los bancos en los últimos años para perforar miles de pozos, construir tuberías y mantener una maquinaria costosa. Todo ello, sin haber conseguido en ningún momento ser rentables por los altos costes del petróleo extraído

mediante fracking frente a otros crudos. Cada vez se requiere invertir más energía y capital para extraer petróleo. Parar esa maquinaria significaba no poder devolver, al menos en parte, esas deudas. Además, dejar de explotar un pozo no es sencillo y puede conllevar que este colapse y no se pueda seguir utilizando en el futuro. Bajo estas premisas, las compañías no podían permitirse dejar de bombear y se ha producido de este modo una loca huida hacia adelante.

Pero a finales de marzo los precios del petróleo se habían reducido a una tercera parte de los de enero. El delirio se hizo insoportable. Empezaron a caer el número de perforaciones en Canadá y Estados Unidos, y las empresas recortaron sus presupuestos. El uso de plataformas de perforación empezó a bajar a toda velocidad. El conteo de las plataformas es considerado como uno de los indicadores más importantes del apetito de inversión y de su confianza en el sector, estrechamente relacionada con la evolución de los precios.

Claramente, el pacto de la OPEP y Rusia del 12 de abril para recortar la producción en unos 12 millones de barriles al día en mayo se va a quedar corto. Los precios del crudo siguen tambaleando.

¿Seguirá disminuyendo la demanda mundial?

Según la Agencia Internacional de la Energía, se espera que la demanda de petróleo mundial caiga en el segundo trimestre de 2020 en 23,2 millones de barriles diarios (Mb/d) con respecto al mismo período de 2019 —esto es una caída del 25%— y se reduzca en una cifra récord de 9,3 millones de barriles al día en 2020. Si se mantiene la reducción del consumo de esta magnitud podría tener una repercusión sobre el capitalismo global de enorme calado. Algunos investigadores apuntan que se trata de una “caída brutal” comparada con la que se produjo con la crisis de 2008 cuando la producción de petróleo cayó un 4%. Antes de la pandemia se extraían cada día unos 100 millones de barriles.

¿Dónde guardar tanto petróleo sobrante?

La capacidad mundial de almacenar crudo está a punto de llegar al máximo. No hay datos oficiales sobre la capacidad de almacenamiento global de crudo. Según la Agencia Internacional de la Energía es de 6.700 millones de barriles, pero resulta muy complicado saberlo porque muchos datos no son públicos. Por ejemplo, hay unos 800 megapetroleros navegando por los mares capaces de albergar conjuntamente unos 1.800 millones de barriles. Las empresas comercializadoras se están gastando una fortuna para acopiar una cantidad récord de crudo en estos buques esperando precios más altos. Algo similar, pero en mucho menor escala

ocurrió el año pasado tras los ataques contra instalaciones petrolíferas en Arabia Saudí.

En algunos meses surgirán más dificultades cuando el crudo empieza a degradarse o inducir la corrosión de las instalaciones.

Otro aspecto a tener en cuenta es la geopolítica asociada a la capacidad de almacenamiento del petróleo. Aunque la información no es muy clara al respecto. Destacan EE UU (1.499 millones de barriles), China (1.440 millones) y Arabia Saudita (329 millones). Ahora lo que va a ser crucial es quién llena antes sus depósitos, es decir quién acaba antes con la capacidad de almacenamiento. Este será el que perderá en el juego geopolítico. Y en este escenario los EE UU están ya al borde del precipicio, lo que podría profundizar aún más la quiebra del “*american way of life*” y del régimen de Wall Street.

Mirando al bosque, ¿está realmente barato el crudo?

Si tomamos perspectiva histórica, en realidad los precios del petróleo, que están en niveles de 20 dólares el barril ahora mismo se sitúan dentro de la horquilla en el que han fluctuado a lo largo del siglo XX, descontando las crisis del petróleo. No están tan baratos. En el contexto en el que sí están baratos es en el de la historia reciente, pues desde el inicio del siglo estos precios se caracterizan por ser muy volátiles y, en término medio, mucho más caros que los del siglo XX. Esto es consecuencia de tres factores: haber atravesado el pico del petróleo convencional —y probablemente ya de todos los tipos de crudo—, la crisis económica recurrente y la comercialización del crudo a través de los mercados financieros.

Las consecuencias de este escenario de precios volátiles son muy importantes para la industria petrolera en un contexto en el que la extracción cada vez es más cara.

¿Estados Unidos, origen de una nueva crisis?

La crisis financiera de 2007-2008 tuvo su origen en EE UU, y específicamente en Wall Street, por la ruina del sector inmobiliario, activada por la quiebra del mercado de las hipotecas basura, los denominados *subprime* —entre otras razones—, aunque el epicentro del terremoto se desplazó luego a la UE. Desde hace años, se lleva inflando otra burbuja financiera vinculada a los combustibles fósiles en EE UU y se ha empeorado con la administración de Donald Trump.

En 2010, la extracción de petróleo y gas en rocas poco porosas —como esquisto o pizarra— en los EE UU era mínima. Si bien en 2018, el bombeo mediante la técnica ultracontaminante de la fractura hidráulica —fracking en inglés— había aumentado en 2,2 millones de barriles por día y en 2019

alcanzó los siete millones de barriles por día —sin incluir el petróleo convencional de Alaska, Texas o el Golfo de México—. El país pasó de ser importador neto durante decenios a ser exportador neto de energía en septiembre de 2019. La Agencia Internacional de la Energía llegó a plantear que los EE UU representarían el 70% del aumento de la capacidad de extracción mundial hasta 2024 y colocó a EE UU en el trío de cabeza petrolero junto a Arabia Saudí y Rusia.

La jugada de Trump y el lobby de los multimillonarios con el “*make America great again*” [Hacer América grande de nuevo] significaba más petróleo estadounidense para aumentar el consumo doméstico, reducir las importaciones y desestabilizar sus competidores internacionales —Irán, Rusia y Venezuela— principalmente.

Pero para sostener una extracción mucho más cara que la saudí y la rusa, el precio del petróleo debía mantenerse en una horquilla que iría entre los 40\$/barril —precio mínimo para que las compañías de fracking empiecen a anotar beneficios— y un máximo en torno a los 120\$/barril —cifra a partir de la cual se desencadenaría una escalada de precios que acabaría arrastrando a la economía de los EE UU—. Los últimos datos indican que para cubrir costes se requería un mínimo de 39,2 \$/barril, frente a los 2,8\$/barril en Arabia Saudí y los 5\$/barril de Rusia.

La clave para explicar el crecimiento en la extracción de petróleo y gas de esquisto no ha sido en el campo productivo, sino en el financiero. Muchos pozos no fueron rentables para operar. La mayoría de empresas centradas en fracking gastaron más dinero del que ingresaron. Según un estudio de IEEFA las compañías estadounidenses gastaron 189.000 millones de dólares más en perforación y otros gastos de capital en la última década de lo que generaron al vender petróleo y gas. De hecho, entre 2012 y 2017 las compañías de fracking sumaban unas pérdidas de unos 9.000 millones de dólares trimestrales. Fue el capital financiero y las políticas monetarias del Gobierno —con la tasa de interés a casi cero es barato endeudarse— que permitieron el boom del fracking que en realidad ha sido un fracaso económico, social y ambiental.

Desde 2015, más de 200 productores de petróleo y gas se han declarado en bancarrota, dejando una deuda de 129.000 millones de dólares sin pagar. Solo entre 2020 y 2022, las empresas tendrían que afrontar el vencimiento de sus deudas por un valor de 137.000 millones de dólares. En el tercer trimestre de 2019, el 91% de los impagos de deuda corporativa estadounidense se debía a las empresas de petróleo y gas.

Con la volatilidad y los precios de petróleo tan bajos muchas empresas de fracking no son más que un cadáver. Se cree que la cifra de las quiebras aumentará y la situación empeorará. Para remate, en EE UU se alcanzó el pico de extracción de petróleo de roca porosa.

Trump y el fiasco relativo de controlar el grifo del petróleo

A lo largo de la historia, los vínculos de los gobiernos estadounidenses con la industria petrolera son muy estrechos. El petróleo es un asunto de Estado.

La crisis de hegemonía de los EE UU está estrechamente unida al declive de los hidrocarburos. Sus élites han intentado revertirla mediante, por ejemplo, el proyecto de un “Nuevo Siglo Americano” que propugnaba incrementar la presencia militar en el sureste y centro de Asia para controlar el grifo mundial de petróleo y gas, bajo el pretexto de la “guerra (global permanente) contra el terrorismo”, continuó con la invasión de Iraq y Libia, las sanciones contra Irán y Venezuela y la militarización de América Latina y el Caribe. Pero estos intentos han sido infructuosos. Es más, la Gran Recesión, a partir de 2008, ha acelerado la tendencia.

EE UU está estudiando dejar en el subsuelo unos 365 millones de barriles a disposición del Gobierno y pagar a las empresas de petróleo por no extraerlo

Los subsidios públicos a los combustibles fósiles alcanzan los 649.000 millones de dólares en 2015, diez veces el gasto federal para la educación. Pero Trump dio un salto más. Colocó un gran número de abogados y ejecutivos de la industria petrolera y automotriz en puestos de alto rango de la administración. Nombró como primer Secretario de Estado (Ministro de Exteriores) a Rex Tillerson, ex presidente de Exxon Mobil, multinacional acusada de haberse beneficiado de la guerra contra Iraq para la venta de petróleo o haber financiado el negacionismo del cambio climático siendo una de las empresas del mundo que más ha contribuido al calentamiento global.

En la reciente pugna entre Rusia y Arabia Saudí, Trump, empujado por la industria petrolera, anunció que llenaría la Reserva Estratégica de Petróleo y tras el desplome de precios de abril dio la orden de comprar hasta 75 millones de barriles.

La Administración estadounidense también estaría estudiando pagar a las empresas de petróleo por no extraerlo y dejar en el subsuelo unos 365 millones de barriles a disposición del Gobierno. Aunque esto es más complicado de lo que parece. Parar la extracción es caro e implica la posibilidad física de que el campo no se pueda reabrir. Esta secuencia de acontecimientos da entender que el Gobierno de EEUU, a pesar de su apuesta petrolera, en realidad tiene poca capacidad de maniobra.

El anuncio de Trump en Twitter que “Nunca dejaremos caer a la gran industria de petróleo y gas de EE UU. ¡He dado instrucciones al secretario de Energía y al secretario del Tesoro para que formulen un plan que ponga a disposición fondos para que estas empresas y empleos tan importantes

estén asegurados en el futuro!”, suena a respuesta desesperada por su pésima gestión de la crisis sanitaria y su miedo a perder las próximas elecciones presidenciales. Incluso pretende usar los programas de alivio económico del coronavirus, cuando millones de estadounidenses están desempleados y con necesidades vitales sin cubrir.

Si Trump subió al poder con su eslogan “*make America great again*”, que resumía su alianza con las petroleras estadounidenses, la crisis de covid-19 le puede pasar factura. La incidencia de la pandemia en los EE UU y sus efectos económicos, como la quiebra de empresas del fracking, se está traduciendo ya en un aumento terrible del desempleo. Además, esas quiebras y el desempleo asociado se produce en zonas donde Trump ganó las elecciones de 2016. Ese apoyo estaba condicionado, entre otras cosas, a la promesa de nuevos empleos. Muchos de esos empleos estaban, directamente o indirectamente, vinculados al “Big Oil”. Así pues, podría perder votos en Texas, Dakota del Norte, Virginia Oriental, Pensilvania y Ohio. Además, en algunos de estos estados Trump ganó de manera muy ajustada.

¿Otra vez Wall Street?

Se sabía desde hace años que la burbuja financiera de las empresas del fracking podría explotar y provocar una nueva crisis financiera global.

Las políticas de los bancos centrales ha permitido que muchas empresas hayan seguido funcionando. Se trata del proyecto político de las élites de los EE UU en el escenario postcrisis subprime, reforzado por Trump. Entre la Casa Blanca, las altas finanzas y las compañías energéticas han puesto en marcha los mecanismos financieros necesarios para sostener todo el entramado de la industria fósil con el objetivo de reducir importaciones y enriquecer aún más —si cabe— a la clase de multimillonarios que pusieron a Trump en el poder. Esto se ha complementado con el desmontaje de políticas de protección ambiental, los planes de transición energética y el hostigamiento a los Estados díscolos, como Irán o Venezuela.

Aún sabiendo que la quiebra de las petroleras podría provocar unas enormes pérdidas o incluso una nueva crisis, las mayores entidades financieras estadounidenses, JP Morgan Chase, Bank of America, Citigroup y Wells Fargo, han financiado cada una con más de 10.000 millones de dólares este peligroso negocio.

Sin embargo, ahora los principales bancos, que han financiado esta industria contaminante, están explorando la posibilidad de retirar la financiación y embargar los activos de las compañías del fracking que no están devolviendo los préstamos. El petróleo y el gas que pretendían extraer no desaparece. Los bancos pretenden quedarse con las reservas de los productores que han puesto como garantía, creando sociedades de

cartera e intentando esperar que pase la tormenta y se recuperen los precios. Aunque esto está por ver.

Otros actores financieros, que también tienen una posición fuerte en el sector, como BlackRock, están pensando en una estrategia de desinversión. El mayor gestor de fondos del mundo contaba con importantes participaciones en las grandes corporaciones petroleras del mundo — ExxonMobil, Shell, BP y Chevron— y en el verano de 2019 presentaba unas pérdidas de 90.000 millones de dólares por sus inversiones en combustibles fósiles. Por ello se postula de repente como nuevo paladín del Pacto Verde Europeo (Green New Deal) gracias a la ayuda de la Comisión Europea.

El impago de la deuda de las empresas de petróleo y gas en EE UU es un ejemplo flagrante de un sistema económico altamente financiarizado y un modelo empresarial basado en el endeudamiento a bajos tipos de interés. En el mundo, el volumen de la deuda de las empresas alcanzó un máximo histórico en términos reales de 13,5 billones de dólares a finales de 2019, impulsado por políticas monetarias. En todo este tiempo, la calidad general de la deuda corporativa se derrumbó, según un nuevo informe de la OCDE.

¿Cómo puede afectar la caída del precio del petróleo?

El impacto de los “bajos” precios del petróleo se sentiría sobre todo en los EE UU. Lo que valida la estrategia saudí: el colapso de los precios por la sobreoferta eliminará a muchos productores estadounidenses del mercado, obligando a la Casa Blanca a contribuir al ajuste a la baja de la producción mundial.

¿Habrán conseguido Rusia y Arabia Saudí debilitar a la extracción estadounidense? ¿Se hundirá allí gran parte de la industria petrolera? ¿Se verá un diálogo global sobre la producción del petróleo y el precio como hace tiempo no se ha habido?

Según la Administración de Información Energética de EE UU (EIA), el país podría volver a convertirse en un importador neto de petróleo crudo y productos petrolíferos en el tercer trimestre de este año y continuar así hasta la mayor parte de 2021. Aunque unos precios “bajos” también podrían debilitar los regímenes autoritarios de Arabia Saudita y los Emiratos Árabes lo que tendría secuelas para todo el Oriente Medio.

¿Cómo es la “nueva normalidad”?

El problema político que se nos plantea en el corto y medio plazo es el siguiente: a medida que la demanda mundial de petróleo se tropieza y sectores como el turismo o transporte aéreo sigan teniendo restricciones, las empresas ligadas a los combustibles fósiles pedirán la intervención del

Estado. Como ya está ocurriendo con los rescates para los sectores vinculados al capitalismo fósil: compañías petroleras y automovilísticas, líneas aéreas, turismo, etc.

En EE UU se aprobó un paquete de estímulo económico de dos billones de dólares. De ellos 500.000 millones para salvar grandes corporaciones. La Reserva Federal ha anunciado que comprará deuda de empresas por 750.000 millones de dólares y existe el riesgo que una gran parte de todo este dinero beneficie a “Big Oil”. La UE también está dirigida por tecnócratas y gobiernos fuertemente capturados por los intereses que ponen el rescate de empresas contaminantes antes que el interés general. El Banco Central Europeo, por ejemplo, favorecerá a las grandes corporaciones, que son las que más han contribuido a la gran crisis socioambiental a la que se enfrenta el planeta, con su compra los bonos de deuda bajo el paraguas de la expansión cuantitativa (Quantitative Easing en inglés).

¿Qué oportunidades alberga un declive energético?

Después de las crisis del precio del petróleo de la década de 1970 siguieron décadas en las que aumentó el consumo de petróleo, así que no podemos esperar ningún cambio progresista de esta caída del precio de petróleo. De hecho, desde la última crisis global hace diez años no se ha hecho casi nada para reducir la demanda de petróleo.

Las élites del poder económico y financiero intentarán aprovechar la situación actual para poner en práctica el conocido manual del capitalismo del desastre. Los gobiernos y muchos medios seguirán fingiendo que los fondos de “reconstrucción” en respuesta a la covid-19 servirán para recuperar el crecimiento a toda costa, cuando en realidad empeoran las perspectivas. Tipos de interés negativos fruto de enormes burbujas monetarias, rescates “trillonarios” con dinero público sin los mínimos criterios medioambientales o sociales —más bien lo contrario—, especuladores pagando porque no les entreguen las materias primas que han comprado, etcétera. Son tantas disfunciones que es inevitable buscar un sistema diferente antes de que el actual implosione. El reciente episodio de especulación financiera por un lado y de límites físicos por otro explica muy bien la necesidad de decrecer económicamente.

El desorden global refuerza los argumentos que se plantearon durante numerosas movilizaciones sociales. El covid-19, como detonante de una crisis global que viene de lejos, nos aporta nueva vida y urgencia a las luchas de larga data contra la globalización, desde las políticas de comercio e inversión hasta la especulación financiera, la agricultura industrial y la deuda externa, para reivindicar la protección de la vida como eje central de nuestras sociedades.

En definitiva, como sociedad tenemos la gran tarea de evitar que se vuelva a repetir la “salida” de la Gran Recesión que ha sostenido las tasas de beneficios de los grandes capitales a costa de incrementar la explotación de las mayorías sociales, y especialmente de las mujeres y las clases populares —rescates del capital financiero con ayudas públicas, recortes sociales y salariales, reformas laborales— y de la naturaleza.

Los movimientos por la justicia climática deben hacer la máxima presión para evitar estos rescates de la industria fósil y conseguir que todas las ayudas públicas por la covid-19 estén condicionadas a una profunda transformación socioambiental.

Si se cumplen las previsiones y la demanda de carburantes se reduce este año en 9,3 millones de barriles al día respecto a 2019 esto sería bueno para el clima. Aun así, se seguirán quemando a diario cerca de 89 millones de barriles que emitirán unos 270 millones de toneladas de CO₂ a la atmósfera cada día. Además, el sector tiene previsto gastar otros 335.000 millones de dólares en nueva exploración y extracción de crudo. ¿No sería deseable dedicar este dinero a una transición energética justa? Si de verdad queremos frenar la emergencia climática y evitar nuevas pandemias, hay que dejar la mayor parte del petróleo —y gas, carbón y uranio— bajo tierra.

En vez de salvar nuevamente a la industria petrolera, los gobiernos deberían aprobar planes para su cierre paulatino. Hay estudios señalando que la juventud apoyaría medidas en este sentido.

Otra buena medida sería prohibir la inversión en combustibles fósiles, como sugiere el informe "Banking on Climate Change" en el que se denuncia que 35 bancos —entre ellos BBVA y Santander— han financiado dicha industria con más de 2,7 billones de dólares en los cuatro años transcurridos desde el acuerdo climático de París de 2015.

Preparémonos ante el colapso fosilista

Aunque cueste hacernos la idea, esta nueva crisis es la antesala del declive de la era fósil y en esta década se producirá una quiebra energética mucho más profunda. Los datos nos indican que no hay ninguna fuente energética alternativa que pueda sustituir el petróleo convencional y, muchos menos, el conjunto de los combustibles fósiles.

Tanto la emergencia sanitaria y climática son una oportunidad para impulsar cambios profundos. No sólo hay que invertir más en los servicios públicos y revertir las privatizaciones, también relocalizar las economías, reducir el consumo, volver a la planificación, regular y gravar fuertemente las corporaciones y actores financieros, e incluso expropiar sectores vitales, recortar el gasto militar y restituir nuestras deudas con el Sur global.

Para garantizar una vida digna para todo el mundo, hay que redistribuir de arriba a abajo, tanto los ingresos como la riqueza. Y este proceso debe ir acompañado de una fuerte reducción y redistribución del tiempo de trabajo remunerado, y un reparto equitativo de los trabajos de cuidados. Hay que erradicar la pobreza como el factor más importante que crea miedo e incertidumbre. Por eso también necesitamos un impuesto a las rentas altas para financiar la renta básica.

La tormenta negra

La Covid-19 nos ha precipitado hacia una crisis energética para la que no estamos preparados. No hay recuperación posible y los próximos meses y años estarán jalonados de escasez, interrupciones en servicios esenciales, revueltas e incluso guerras

Antonio Turiel

29/04/2020



Refinería de Amuay (Venezuela).

Tenía la intención de que mi próxima entrada fuera el siguiente capítulo de mi serie “Hoja de ruta”, pero los interesantes eventos que se están desarrollando en el mercado del petróleo, y los aún más interesantes en el lado de su producción, me han llevado a dejar aparcado ese siguiente *post* y centrarme en este tema.

Una cuestión que ha creado mucho interés, por lo extraño, es lo que los medios de comunicación han referido como “precio negativo del petróleo” en los EE.UU. Y es que algunos días el precio del barril WTI con entrega el 28 de abril ha cotizado a unos -30 dólares, lo cual quiere decir que uno se lleva el barril y encima le pagan 30 dólares. Toda una aberración, porque resulta incomprensible que alguien esté dispuesto a pagar por que se le lleven su mercancía: incluso si la demanda fuera tan baja que nadie quisiera ese petróleo, lo lógico es que simplemente no se produjera, con lo que aquí se produce una paradoja. Una paradoja que algunos plantean como una curiosidad, pero que en realidad es un signo ominoso de los tiempos.

Aclaremos primero qué es lo que ha sucedido. En realidad, el barril no ha llegado a un precio negativo, sino que los futuros (derechos de compra con una fecha de vencimiento fijada) que vencen el 28 de abril se están vendiendo a precio negativo.

En el mercado del petróleo existen diferentes tipos de contrato de compraventa: pueden ser “spot” (venta inmediata, te sirven el petróleo en seguida, uno o dos días), a 30 días, a 60 días y a 90 días. Cuando se compra a un cierto plazo, lo que se está haciendo es asegurar un precio que resulta conveniente tanto al comprador como al vendedor: el vendedor se asegura de que aunque baje el precio del petróleo él colocará su mercancía a un cierto precio y el comprador se asegura de que aunque suba el precio del petróleo él podrá comprarlo a un precio razonable. Estos contratos con entrega diferida comportan la obligación del comprador de adquirir la mercancía en el plazo previsto, y aquí es donde han comenzando los problemas.

Según el último *Oil Market Report* de la Agencia Internacional de la Energía (AIE), se espera que la demanda de petróleo mundial caiga en el segundo trimestre de 2020 en 23,2 millones de barriles diarios (Mb/d) con respecto al mismo período de 2019: una caída del 25% de la demanda con respecto al valor que tenía hace un año. Sin embargo, esa estimación peca de un considerable optimismo, porque si nos fijamos en los datos del mes en curso, de abril, lo que se observa es una caída de más de 28 Mb/d, es decir, de alrededor de un 30%. Obviamente, las caídas observadas son fruto del parón impuesto por el confinamiento del coronavirus; y si la AIE espera que sea un poco mejor en el conjunto del segundo trimestre de lo que ya es en abril es porque confían en que haya una cierta recuperación hacia junio.

Conviene destacar que incluso en el escenario más optimista estamos hablando de una caída brutal: en lo peor de la crisis de 2008 la producción

de petróleo cayó como un 4%, para que se hagan una idea. Estamos ahora mismo en un momento con una bajada considerable de la demanda de petróleo por culpa del parón económico, y eso ha hundido el precio del petróleo.

La crisis sanitaria de la Covid-19 y la subsiguiente crisis económica van a suponer, también, el hundimiento final del ‘fracking’ estadounidense

Al principio de la actual crisis de demanda, los principales operadores del mercado del petróleo aprovecharon para comprar barato y almacenar ese petróleo, pensando en que cuando la demanda repunte tendrán sus buenas reservas que habrán conseguido a precio de ganga. El problema es que en EE.UU. los almacenes empiezan a estar bastante llenos, y eso ha motivado cierto pánico de los que tenían futuros de los que se tienen que ejecutar el 28 de abril. Muchas veces estos futuros los tienen especuladores, que “apuestan” en el mercado del petróleo y que la última semana venden esos derechos de comprar petróleo al precio pactado a los que realmente lo necesitan. Esta vez, debido a la Covid-19, se han quemado las manos y por eso estos contratos (los que vencen la semana que viene) se están vendiendo con descuento, o “precio negativo”. En todo caso, no son los productores los que pierden dinero (el precio se acordó en el contrato en su momento y es obviamente positivo), sino los que tenían esos contratos que no saben qué hacer con ellos ahora. Visto de esta manera, se puede decir que de alguna manera se lo han merecido, por especuladores.

Nótese, empero, que los precios *spot* de entrega inmediata son y siempre han sido positivos: si pides petróleo porque realmente lo quieres usar te lo venden a un precio; actualmente barato, sí (unos 20\$ por barril, algunos día menos incluso), pero no “te pagan porque te lo lleves” como se estaría dando entender en algunos medios de comunicación. Los productores tienen problemas ahora y van a tener problemas mucho más serios en los próximos meses, pero como he dicho no son los que están vendiendo a precios negativos.

Los problemas de verdad van a comenzar en los próximos meses, si no semanas. El petróleo crudo puede ser almacenado sin una degradación significativa durante seis meses, pero al cabo de ese tiempo el proceso de descomposición que comienza en cuanto entra en contacto con el aire y con las bacterias que son capaces de descomponer los hidrocarburos se va haciendo cada vez más importante; y ese proceso no solo degrada el producto, sino que induce corrosión en cañerías y depósitos, almacena limos, obstruye válvulas y en ocasiones puede ocasionar pequeñas

explosiones por los gases inflamables que se generan. Se aplican tratamientos, sobre todo biocidas, para aquellos hidrocarburos líquidos que deben estar almacenados mucho tiempo y eso alivia todos estos problemas, pero al final el tratamiento más eficaz es no dejar el petróleo demasiado tiempo parado y que vaya circulando. Sin embargo, nuestro mundo moderno no está adaptado a una ralentización tan importante de la circulación de la “sangre del sistema” durante tanto tiempo, y eso hace que las medidas preventivas, los tratamientos y demás sean los justos para lo que se consideraba una “situación normal”, y que se vayan a ver comprometidos por la prolongación de la crisis de demanda causada por la Covid-19 primero y después por la crisis económica.

Lo más simple para hacer frente a la crisis de demanda, por supuesto, es reducir ahora la producción para adaptarla a la demanda actual con la esperanza de recuperar más tarde una producción creciente. Sin duda, esta estrategia es lo que progresivamente se va ir haciendo para que el flujo de petróleo discurra de manera adecuada. Hay sin embargo dos cuestiones que posiblemente van a hacer que la producción de petróleo se reduzca en los próximos años más rápido de lo que se desearía y encima de manera permanente.

Según la Agencia Internacional de la Energía, se espera que la demanda de petróleo mundial caiga un 25% en el segundo trimestre de 2020 con respecto al valor que tenía hace un año

La primera es que el flujo de extracción en muchos pozos de petróleo veteranos no pueden regularse fácilmente: si se baja demasiado el ritmo de extracción, debido a la enorme presión a esas profundidades, la roca reservorio de la que se extrae el oro negro tiende a consolidarse y a colapsar los canales por los que fluye el petróleo; y una vez recementada resulta prácticamente imposible recuperar la porosidad inicial y volver a los ritmos productivos anteriores - peor aún, una parte del petróleo in situ deja de ser recuperable. Es por eso que muchos productores son reacios a bajar demasiado su producción, porque después no podrán volver a los ritmos de producción anteriores e incluso podrían perder reservas de petróleo.

Pero la otra cuestión tiene implicaciones aún más perversas y que dificultarán mucho la adaptación a un descenso tan salvaje de la demanda, sobre todo si es suficientemente duradero, y es que las refinerías tienen un problema de imposible solución. Las refinerías suelen estar adaptadas para procesar determinados tipos de petróleo (más ligeros o más pesados, con más contenido en azufre o de ciertos hidrocarburos, etc.), y eso implica

que los porcentajes de los diferentes combustibles que van a obtener están también bastante acotados. Por poner unos números representativos, una refinería puede producir por defecto un 40% de sus refinados en forma de gasolina, un 25% en forma de diésel, un 9% en forma de queroseno, y el 26% restante como otros productos, incluyendo polímeros para plásticos, otros destilados medios, aceites para motores, alquitranes y coke. Sin tener que hacer grandes inversiones, haciendo ciertos ajustes esa refinería podría cambiar un poco su producción, y así quizá disminuir la gasolina hasta el 35% del total y hacer subir el diésel hasta el 30%. Pero poca cosa más, no tiene tampoco un margen infinito para cambiar las proporciones porque depende del tipo de petróleo que puede procesar (que tiene un cierto contenido de hidrocarburos de cada tipo) y del propio procedimiento de *cracking*. El caso es que, independientemente de estos ajustes, en cualquier proceso de refinado se va a producir mayoritariamente gasolina, cierta cantidad de diésel y un amplio porcentaje de otras cosas. Sin embargo, que se produzca una caída del 30% en la demanda de petróleo no significa la caída de la demanda de cada uno de productos del petróleo sea también del 30% para cada uno de ellos. El producto que tiene una demanda más fiel es el diésel, porque es el combustible que usa toda la maquinaria, y aunque también ha disminuido mucho la actividad de la maquinaria en general, siguen moviéndose maquinaria agrícola y de reparaciones, y camiones para transportar mercancías; además, no olvidemos que ahora los buques cargueros deben utilizar un combustible con características de diésel. Por tanto, se está observando que la caída de la demanda de diésel es de menos de la mitad que la de otros combustibles. Esto plantea un problema terrible: ¿qué hay que hacer con la gasolina y otros productos para los que no hay demanda? Si se refinase menos petróleo para que nada sobre, faltaría el diésel indispensable para la maquinaria que aún sigue en marcha, en tanto que si se refinase suficiente petróleo para producir diésel sobraría gasolina a carretadas. La gasolina además es muy volátil y tampoco se puede almacenar en cualquier tipo de depósito, y en seguida se llenarían los almacenes. Este problema, de que la caída de demanda no es homogénea en todas las categorías, es una cuestión estructural cuya duración se extenderá por varios años y que va a plantear dilemas complejos: obviamente se tendrá que incentivar el consumo de gasolina, pero, ¿para qué usos? Adaptar motores e incluso quemadores que usan diésel o gasóleo para usar gasolina no es sencillo y requiere bastante inversión. En un primer momento, no se puede descartar que simplemente esos productos sobrantes se quemen directamente; pero en el más largo plazo se tendrá que buscar una solución más duradera, una vez se comprenda que este problema va para largo y aparezcan otros cambios radicales que lo van a exacerbar (por ejemplo, la práctica desaparición del coche privado o el pico del diésel).

La crisis sanitaria de la Covid-19 y la subsiguiente crisis económica van a suponer, también, el hundimiento final del *fracking* estadounidense. Los bancos ya se están preparando para embargar los bienes de las empresas del *fracking* y de las arenas bituminosas del Canadá. Teniendo en cuenta las abultadas pérdidas acumuladas por el sector y que las empresas que solo se dedicaban al *fracking* nunca habían realizado beneficios, está claro que esta burbuja ha llegado a su fin y está reventando. Incluso si la pandemia de Covid estuviera completamente superada a finales de 2020 y sus efectos económicos se pudieran neutralizar, cosa que no va a pasar, el sector del *fracking* es ya irrecuperable: no pudo tener beneficios con los mayores precios medios del petróleo de 2011 a 2014, menos los podrá tener en un entorno mucho más incierto y con la mitad de las empresas embargadas, y ya nadie va a confiar en ese recurso tan pésimo que nunca debió ser explotado. Al final, los bancos lucharán entre ellos para deshacerse de los activos embargados que de manera real no valen nada, y eso terminará de hundir lo poco que pueda quedar del sector. La debacle del *fracking* va a ocasionar una pérdida permanentemente y ya este año de un 5% del total de la producción mundial de petróleo, un verdadero escalón hacia abajo. A esa caída se le tiene que añadir la alarmantemente rápida tendencia descendente que la propia Agencia Internacional de la Energía preveía en su informe anual de 2018, pues si recuerdan la única esperanza de que la producción en 2025 cayera “solo” un 13%, en vez del 34% que le daban sus modelos, era que el *fracking* multiplicara su producción por 3; pero ya vemos que en realidad se va a multiplicar por 0. Por tanto, llegaremos a 2025 con una caída de la producción de petróleo que, si no hay un medidas muy drásticas impulsadas por los Gobiernos, va a ser de alrededor del 40%.

Es necio discutir ahora sobre cuándo será el pico del petróleo: ya ha pasado, y jamás volveremos a producir tanto como se había llegado a producir. Ni nos acercaremos

Entiendan esto: con la mayoría de las grandes potencias económicas al ralentí y su población confinada y en niveles mínimos de consumo, el consumo de petróleo ha caído un 30%, y ya se ve la enormidad de la crisis económica que se nos viene encima. Pero es que de aquí al 2025 vamos a estar en una situación mucho peor. Porque para 2025 lo que habrá no será una caída del consumo de petróleo, de la que se puede remontar si las condiciones cambian, sino una caída de la producción, originada por factores físicos como es la falta de rentabilidad energética y económica de los yacimientos que quedan en el mundo, y que por tanto no se puede remontar: no será una caída provisional como la de ahora, sino una permanente y definitiva, que solo podría ir –y lo hará– a peor. Y no será

una caída del 30% como ahora, sino que más bien rondará el 40%. La crisis de la Covid-19 lo que ha hecho es precipitar nuestra caída por el acantilado energético al cual nos estábamos acercando. Es necio ahora discutir sobre cuándo será el *peak oil*: ya ha pasado, y jamás volveremos a producir tanto petróleo como se había llegado a producir. Ni nos acercaremos.

La Covid-19 nos ha hecho tomar demasiado impulso y de alguna manera nos hemos adelantado a lo que tenía que pasar dentro de unos años. No estábamos preparados para el descenso energético y ya lo tenemos aquí. La gente está mentalizada para la actual caída de actividad económica y para asumir un año o dos duros antes de que llegue la recuperación, pero lo que no saben es que ya no hay recuperación posible y que los próximos meses y años estarán jalonados de noticias impactantes y de gran calado, desde el desconfinamiento precipitado de ciertas regiones y países para intentar amortiguar el impacto económico, hasta la requisita de bienes de todo tipo o la obligatoriedad que se impondrá a ciertos sectores de la población de trabajar en ciertos trabajos, y eso por no hablar de la escasez, interrupciones en servicios esenciales, revueltas e incluso guerras.

El descenso por el lado derecho de la curva de Hubbert, la bajada desde el *peak oil*, al final será acelerado y terrorífico. Nos adentramos a toda velocidad en una tormenta negra, negra como ese petróleo que ahora no queremos consumir y que dentro de poco no podremos consumir.

La pandemia y el sistema-mundo

Ignacio Ramonet

sábado, 25 abr 2020



Camas en un hospital temporal en Wuhan, China. Foto Chinatopix vía Ap

UN HECHO SOCIAL TOTAL

Todo está yendo muy rápido. Ninguna pandemia fue nunca tan fulminante y de tal magnitud. Surgido hace apenas cien días en una lejana ciudad desconocida, un virus ha recorrido ya todo el planeta y ha obligado a encerrarse en sus hogares a miles de millones de personas. Algo sólo imaginable en las ficciones post-apocalípticas...

A estas alturas, ya nadie ignora que la pandemia no es sólo una crisis sanitaria. Es lo que las ciencias sociales califican de « *hecho social total* », en el sentido de que convulsa el conjunto de las relaciones sociales, y conmociona a la totalidad de los actores, de las instituciones y de los valores.

La humanidad está viviendo -con miedo, sufrimiento y perplejidad- una experiencia inaugural. Verificando concretamente que aquella teoría del « fin de la historia » es una falacia... Descubriendo que la historia es, en realidad, impredecible. Nos hallamos ante una situación enigmática. Sin precedentes¹. Nadie sabe interpretar y clarificar este extraño momento de tanta opacidad, cuando nuestras sociedades siguen temblando sobre sus bases como frente a un cataclismo cósmico. Y no existen señales que nos ayuden a orientarnos... Un mundo se derrumba. Cuando todo termine la vida ya no será igual.

Hace apenas unas semanas, decenas de protestas populares se habían generalizado a escala planetaria, de Hong Kong a Santiago de Chile, pasando por Teherán, Bagdad, Beirut, Argel, París, Barcelona y Bogotá. El nuevo coronavirus las ha ido apagando una a una a medida que se extendía por el mundo... A las escenas de masas festivas ocupando calles y plazas, suceden las insólitas imágenes de avenidas vacías, mudas, espectrales. Emblemas silenciosos que marcarán para siempre el recuerdo de este extraño momento.

Estamos padeciendo en nuestra propia existencia el famoso ‘efecto mariposa’: alguien, al otro lado del mundo, se come un extraño animal y tres meses después, media humanidad se encuentra en cuarentena... Prueba de que el mundo es un sistema en el que todo elemento que lo compone, por insignificante que parezca, interactúa con otros y puede influenciar el conjunto.

Angustiados, los ciudadanos vuelven sus ojos hacia la ciencia y los científicos -como antaño hacia la religión- implorando el descubrimiento de una vacuna salvadora cuyo proceso requerirá largos meses. Porque el sistema inmunitario humano necesita tiempo para producir anticuerpos, y algunos efectos secundarios peligrosos pueden tardar en manifestarse...

La gente busca también refugio y protección en el Estado que, tras la pandemia, podría regresar con fuerza en detrimento del Mercado. En general, el miedo colectivo cuanto más traumático más aviva el deseo de Estado, de Autoridad, de Orientación. En cambio, las organizaciones internacionales y multilaterales de todo tipo (ONU, Cruz Roja Internacional, G7, G20, FMI, OTAN, Banco Mundial, OMC, etc.) no han estado a la altura de la tragedia, por su silencio o por su incongruencia. El planeta descubre, estupefacto, que no hay comandante a bordo... Desacreditada por su complicidad estructural con las multinacionales farmacéuticas², la propia Organización Mundial de la Salud (OMS) ha carecido de suficiente autoridad para asumir, como le correspondía, la conducción de la lucha global contra la nueva plaga.

Mientras tanto, los Gobiernos asisten impotentes a la irrefrenable diseminación por todos los continentes³ de esta peste nueva. Contra la cual no hay ni vacuna, ni medicamento, ni cura, ni tratamiento que elimine el

virus del organismo⁴... Y eso va a durar⁵... Mientras el germen siga presente en algún país, las re-infecciones serán inevitables y cíclicas. Lo más probable es que esta epidemia no logre pararse antes de que el microbio haya contagiado en torno al 60% de la humanidad.

Lo que parecía distópico y propio de dictaduras de ciencia ficción se ha vuelto 'normal'. Se multa a la gente por salir de su casa a estirar las piernas, o por pasear su perro. Aceptamos que nuestro móvil nos vigile y nos denuncie a las autoridades. Y se está proponiendo que quien salga a la calle sin su teléfono sea sancionado y castigado con prisión.

El largo autismo neoliberal es ampliamente criticado, en particular a causa de sus políticas devastadoras de privatización a ultranza de los sistemas públicos de salud que han resultado criminales, y se revelan absurdas. Como ha dicho Yuval Noah Harari: « *Los Gobiernos que ahorraron gastos en los últimos años recortando los servicios de salud, ahora gastarán mucho más a causa de la epidemia*⁶. » Los gritos de agonía de los miles de enfermos muertos por no disponer de camas en las Unidades de Cuidados Intensivos (UCI) condenan para largo tiempo a los fanáticos de las privatizaciones, de los recortes y de las políticas austeritarias.

Se habla ahora abiertamente de nacionalizar, de relocar, de reindustrializar, de soberanía farmacéutica y sanitaria. La economía mundial se encuentra paralizada por la primera cuarentena global de la historia. En el mundo entero hay crisis, a la vez, de la demanda y de la oferta. Unos ciento setenta países (de los ciento noventa y cinco que existen) tendrán un crecimiento negativo en 2020. O sea, una peor tragedia económica que la Gran Recesión de 1929. Millones de empresarios y de trabajadores se preguntan si morirán del virus o de la quiebra y del paro. Nadie sabe quién se ocupará del campo, si se perderán las cosechas, si faltarán los alimentos, si regresaremos al racionamiento... El apocalipsis está golpeando a nuestra puerta.

La única lucecita de esperanza es que, con el planeta en modo pausa, el medio ambiente ha tenido un respiro. El aire es más transparente, la vegetación más expansiva, la vida animal más libre. Ha retrocedido la contaminación atmosférica que cada año mata a millones de personas. De pronto, la naturaleza ha vuelto a lucir tan hermosa... Como si el ultimatum a la Tierra que nos lanza el coronavirus fuese también una desesperada alerta final en nuestra ruta suicidaria hacia el cambio climático: « ¡Ojo! Próxima parada: colapso. »

En la escena geopolítica, la espectacular irrupción de un actor desconocido -el nuevo coronavirus- ha desbaratado por completo el tablero de ajedrez del sistema-mundo. En todos los frentes de guerra -Libia, Siria, Yemen, Afganistán, Sahel, Gaza, etc.-, los combates se han suspendido... La peste ha impuesto *de facto*, con más autoridad que el propio Consejo de Seguridad, una efectiva *Pax Coronavírica*...

En política internacional, la pavorosa gestión de esta crisis por el presidente Donald Trump asesta un golpe muy duro al liderazgo mundial de los Estados Unidos que no han sabido ayudarse ellos ni ayudar a nadie. China en cambio, después de un comienzo errático en el combate contra la nueva plaga, ha conseguido recobrarse, enviar ayuda a una centena de países, y parece sobreponerse al mayor trauma sufrido por la humanidad desde hace siglos. El devenir del nuevo orden mundial podría estar jugándose en estos momentos...

De todos modos, la impactante realidad es que las potencias más poderosas y las tecnologías más sofisticadas han resultado incapaces de frenar la expansión mundial de la covid-19⁷, enfermedad causada por el coronavirus SARS-CoV-2⁸, el nuevo gran asesino planetario.

EL CORONAVIRUS

La cifra de víctimas no cesa de crecer... A la hora en que redactamos estas líneas, el número de fallecidos supera los ciento cincuenta mil... El de los contaminados sobrepasa los dos millones y medio... Y los confinados en sus viviendas son más de cuatro mil millones... Esto último tampoco había ocurrido jamás... Las palabras ‘confinamiento’ y ‘cuarentena’ que parecían pertenecer a tiempos olvidados y al léxico medieval se han convertido en vocablos usuales. Los que mejor ilustran finalmente nuestra actual *anormal normalidad*.

Hay controversia, al más alto nivel⁹, sobre el origen de este virus aparecido en Wuhan (Hubei, China). Como no se ha identificado todavía al paciente cero¹⁰, o sea el primer contagio de animal a humano, varias especulaciones circulan. Por una parte, autoridades de Pekín acusaron al ejército estadounidense de haber fabricado el germen en un laboratorio militar de Fort Detrick (Frederick, Maryland) como arma bacteriológica para frenar el ascenso chino en el mundo, y de haberlo dispersado en China con ocasión de los Juegos Militares Mundiales, una competición disputada en octubre de 2019 precisamente... en Wuhan¹¹. Por otra parte, en Estados Unidos, el propio presidente Trump incriminó repetidas veces a Pekín¹², después de que el influyente senador republicano de Arkansas, Tom Cotton, presentado a veces como el próximo director de la Central Intelligence Agency (CIA), culpara a científicos militares chinos¹³ de haber producido el nuevo germen en un laboratorio «de virología y bioseguridad» localizado también... en Wuhan¹⁴.

Ampliamente difundidas por los adeptos conspiracionistas de las ‘teorías del complot’ de ambos bandos, estas versiones contradictorias (hay otras¹⁵) han circulado mucho por las redes sociales¹⁶. Tienen escaso fundamento. Estudios científicos solventes descartan que el nuevo coronavirus sea un arma biológica de diseño liberada intencionadamente o por accidente¹⁷:

« Nuestros análisis demuestran claramente que el SARS-CoV-2 no es una construcción de laboratorio ni un virus deliberadamente manipulado¹⁸. » afirmó tajantemente el profesor de la Universidad de Sydney (Australia) Edward C. Holmes, el mejor experto mundial del nuevo patógeno.

Ignoramos aún muchas cosas de este agente infeccioso: no sabemos, por ejemplo, si ya ha mutado o si va a mutar... Ni por qué infecta más a los hombres que a las mujeres. Ni cuáles son los determinantes que hacen que dos personas de características semejantes -jóvenes, sanas, sin patologías asociadas- desarrollan formas opuestas de la enfermedad, leve una, grave o mortal la otra. Ni por qué los niños casi nunca tienen formas graves de la infección. Ni si los enfermos curados siguen transmitiendo la plaga, ni si quedan realmente inmunizados...

Pero existe un amplio acuerdo entre los investigadores internacionales¹⁹ para reconocer que este nuevo germen ha surgido del mismo modo que otros anteriormente: *saltando* de un animal a los seres humanos... Murciélagos, pájaros y varios mamíferos (en particular los cerdos) albergan naturalmente múltiples coronavirus. En los humanos, hay siete tipos de coronavirus conocidos que pueden infectarnos. Cuatro de ellos causan diversas variedades del resfriado común. Y otros tres, *de aparición reciente*, producen trastornos mucho más letales como el síndrome respiratorio agudo y grave (SARS), emergido en 2002; el síndrome respiratorio de Oriente Medio (MERS), surgido en 2012; y por último esta nueva enfermedad, la covid-19, causada por el SARS-CoV-2, cuyo primer brote se detectó, como ya dijimos, en el mercado de mariscos de Wuhan en diciembre de 2019. Este nuevo germen tendría al murciélago como 'huesped original' y a otro animal aún no identificado -¿el pangolín²⁰?-, como 'huésped intermedio' desde el cual, después de volverse particularmente peligroso, habría *saltado* a los humanos.

Lo que no se acaba de entender es ¿por qué, si ya convivimos con otros seis coronavirus y los tenemos globalmente controlados, este nuevo patógeno ha provocado tal colosal pandemia? ¿Qué tiene de particular este germen? ¿Por qué su rapidez de infección ha desbordado las previsiones de las mejores autoridades sanitarias del mundo?

Sin duda, como se ha repetido mucho, condiciones ajenas al virus como la velocidad actual de las comunicaciones, la hipermovilidad y la intensidad de los intercambios en la era de la globalización han favorecido su propagación. Obvio. Pero entonces ¿por qué el SARS en 2002 o el MERS en 2012, también causados por nuevos coronavirus, no se 'globalizaron' de igual manera en todo el planeta?

Para responder a estas preguntas, lo primero que hay que recordar es que « los virus son inquietantes porque no están vivos ni muertos. No están vivos porque no pueden reproducirse por sí mismos. No están muertos porque pueden entrar en nuestras células, secuestrar su maquinaria y replicarse. Y

en eso son eficaces y sofisticados porque llevan millones de años desarrollando nuevas maneras de burlar nuestro sistema inmune²¹. » Pero lo que distingue específicamente al SARS-CoV-2 de otros virus asesinos es precisamente su *estrategia de irradiación silenciosa*. O sea, su capacidad de propagarse sin levantar sospechas, ni siquiera en su propia víctima. Por lo menos durante los primeros días del contagio en los que la persona infectada no presenta *ningún síntoma* de la enfermedad.

Ignoramos con certeza por qué el virus viaja tan rápidamente, pero lo que sabemos es que, desde el momento en que penetra -por los ojos, la nariz o la boca- en el cuerpo de su víctima, ya comienza a replicarse de modo exponencial... Según la investigadora Isabel Sola, del Centro Nacional de Biotecnología de España: « *Una vez dentro de la primera célula humana, cada coronavirus genera hasta 100.000 copias de sí mismo en menos de 24 horas...* »²² Pero además, otro rasgo singular y astuto de este patógeno es que concentra su primer ataque, *cuando aún es indetectable*, en el tracto respiratorio superior de la persona infectada, desde la nariz a la garganta, donde se replica con frenética intensidad. Desde ese momento, ya esa persona -*que no siente nada*- se convierte en una potente bomba bacteriológica y empieza a diseminar masivamente en su entorno - simplemente al hablar o al respirar- el virus letal...

Esta es la característica principal, la fatal singularidad de este nuevo coronavirus. En China, hasta el 86% de los contagios se debieron a personas asintomáticas, *sin signos detectables* de la infección. En la Universidad de Oxford, un grupo de investigadores demostró que hasta *la mitad* de los contagios por el SARS-CoV-2 se debe a individuos *no diagnosticados* y *sin síntomas aparentes*.

Sólo una minoría de contagiados padece el segundo ataque del germen, concentrado esta vez en los pulmones, de manera similar al SARS de 2002 (aunque la carga viral del nuevo coronavirus es mil veces superior a la del SARS), provocando neumonías que pueden llegar a ser letales, sobre todo en personas mayores de 65 años con enfermedades crónicas.

Como el número de contagiados es masivo y simultáneo, esta *minoría* -que representa un 15% de todos los infectados -y que es la que acudirá a los hospitales-, puede alcanzar con celeridad cifras muy elevadas según el volumen de población... Como lo hemos visto en China, Irán, Italia, España, Francia, Reino Unido o Estados Unidos, basta con que varios miles de personas acudan *al mismo tiempo* a las urgencias de los hospitales para colapsar todo el sistema sanitario de cualquier país por muy desarrollado que sea²³...

En Wuhan, Teherán, Milán, Madrid, París, Londres o Nueva York, médicos y enfermeros se vieron pronto totalmente sobrepasados. Faltaron mascarillas, gel desinfectante, material de protección para el personal sanitario, camas en las UCI, respiradores, etc. En varias ciudades (Wuhan,

Madrid, Nueva York), las autoridades, desbordadas, tuvieron que echar mano de las fuerzas armadas o de voluntarios civiles para construir a toda velocidad hospitales improvisados de miles de camas. En casi todas partes, las autoridades confesaron que no habían previsto semejante avalancha de enfermos, « *un continuo tsunami de pacientes en estado grave...* »²⁴

UNA PANDEMIA MUY ANUNCIADA

Ante el alud de críticas por lo que la opinión pública percibió como una ‘mala gestión’ de la pandemia, algunos gobernantes argumentaron también que la celeridad del ataque pandémico les había pillado por sorpresa... Donald Trump, por ejemplo, no dudó en afirmar repetidas veces -cuando se produjeron en su país las primeras muertes por coronavirus, meses después de China o de Europa-, que « *nadie sabía que habría una pandemia o una epidemia de esta proporción* », y que se trataba de un « *problema imprevisible* », « *algo que nadie esperaba* », « *surgido de ninguna parte* »...²⁵

Se pueden decir muchas cosas para explicar la escasa preparación de las autoridades ante este brutal azote, pero el argumento de la sorpresa no es de recibo. Primero, porque hay un proverbio famoso en salud pública: « *Los brotes son inevitables, las epidemias no.* » Segundo, porque decenas de autores de ficción y de ciencia ficción -desde James Graham Ballard a Stephen King pasando por Cormac McCarthy o el cineasta Steven Soderbergh en su película *Contagio* (2011)- describieron en detalle la pesadilla sanitaria apocalíptica que amenazaba al mundo. Tercero, porque personalidades visionarias - Rosa Luxemburg, Gandhi, Fidel Castro, Hans Jonas, Ivan Illich, Jürgen Habermas- avisaron, desde hace tiempo, que el saqueo y el pillaje del medio ambiente podrían tener consecuencias sanitarias nefastas. Cuarto, porque epidemias recientes como el SARS de 2002, la gripe aviar de 2005²⁶, la gripe porcina de 2009²⁷ y el MERS de 2012 ya habían alcanzado niveles de pandemia incontenible en algunos casos y habían causado miles de muertos en todo el planeta. Quinto, porque cuando se produjo la primera muerte por el nuevo coronavirus en Estados Unidos, el 10 de marzo de 2020 en Nueva Jersey -como ya hemos dicho-, hacía casi *tres meses* que la epidemia había estallado en Wuhan y había desbordado rápidamente todo el sistema sanitario tanto en China como en varias naciones europeas; o sea, hubo tiempo para prepararse. Y sexto, porque decenas de prospectivistas y varios informes recientes habían lanzado advertencias muy serias sobre la *inminencia* del surgimiento de algún tipo de nuevo virus que podría causar algo así como la madre de todas las epidemias.

El más importante quizás de estos análisis fue presentado, en noviembre de 2008, por el National Intelligence Council (NIC), la oficina de anticipación geopolítica de la CIA, que publicó para la Casa Blanca un informe titulado « *Global Trends 2025: A Transformed World* »²⁸. Este documento resultaba

de la puesta en común -revisada por las agencias de inteligencia de Estados Unidos- de estudios elaborados por unos dos mil quinientos expertos independientes de universidades de unos treinta y cinco países de Europa, China, India, África, América Latina, mundo árabe-musulmán, etc.

Con insólito sentido de anticipación, el documento confidencial anunciaba, para antes de 2025, *"la aparición de una enfermedad respiratoria humana nueva, altamente transmisible y virulenta para la cual no existen contramedidas adecuadas, y que se podría convertir en una pandemia global."* El informe avisaba que *"la aparición de una enfermedad pandémica depende de la mutación o del reordenamiento genético de cepas de enfermedades que circulan actualmente, o de la aparición de un nuevo patógeno en el ser humano que podría ser una cepa de influenza aviar altamente patógena como el H5N1, u otros patógenos, como el SARS coronavirus, que también tienen este potencial. »*

El texto advertía con impresionante antelación que *« si surgiera una enfermedad pandémica, probablemente ocurriría en un área marcada por una alta densidad de población y una estrecha asociación entre humanos y animales, como muchas áreas del sur de China y del sudeste de Asia, donde no están reguladas las prácticas de cría de animales silvestres lo cual podría permitir que un virus mute y provoque una enfermedad zoonótica potencialmente pandémica... »*

Los autores también preveían el riesgo de una respuesta demasiado lenta de las autoridades: *"Podrían pasar semanas antes de obtener resultados de laboratorio definitivos que confirmen la existencia de una enfermedad nueva con potencial pandémico. Mientras tanto, los enfermos empezarían a aparecer en las ciudades del sureste asiático. A pesar de los límites impuestos a los viajes internacionales, los viajeros con leves síntomas o personas asintomáticas podrían transmitir la enfermedad a otros continentes."* De tal modo que *"olas de nuevos casos ocurrirían en pocos meses. La ausencia de una vacuna efectiva y la falta universal de inmunidad convertiría a las poblaciones en vulnerables a la infección. En el peor de los casos, de decenas a cientos de miles de estadounidenses dentro de los Estados Unidos enfermarían, y las muertes, a escala mundial, se calcularían en millones ».*

Como si ese documento no fuera suficiente, otro informe más reciente, de enero de 2017, elaborado esta vez por el Pentágono y también destinado al presidente de Estados Unidos (que ya era Donald Trump), alertó de nuevo claramente que *"la amenaza más probable y significativa para los ciudadanos estadounidenses es una nueva enfermedad respiratoria"* y que, en ese escenario, *« todos los países industrializados, incluido Estados Unidos, carecerían de respiradores, medicamentos, camas hospitalarias, equipos de protección y mascarillas para afrontar una posible pandemia ²⁹».*

A pesar tan explícitas y repetidas advertencias, Donald Trump no dudó en deshacerse, un año después de este último informe (!), del comité

encargado -en el seno del Consejo de Seguridad Nacional- de la Protección de la Salud Global y la Biodefensa, presidido por el almirante Timothy Ziemer, un reconocido experto en epidemiología³⁰. Ese comité de técnicos era precisamente el que debía liderar la toma de decisiones en caso de una nueva pandemia... *« Pero –explica el periodista Lawrence Wright, que entrevistó a Ziemer y a todos los miembros de ese Comité- Trump eliminó a quienes más sabían sobre este asunto... Uno de tantos errores colosales del presidente de Estados Unidos. Los anales mostrarán que ha sido responsable de uno de los fallos de salud pública más catastróficos de la historia de este país. Si hubiera escuchado, hace meses, las advertencias de los servicios de inteligencia y de los expertos en salud pública sobre la grave amenaza que suponía el brote de coronavirus en China, la actual explosión de casos de covid-19 podía haberse evitado. »*³¹

Hubiese bastado también que Trump y otros dirigentes mundiales escucharan los repetidos avisos de alerta difundidos por la propia OMS. En particular el grito de alarma que esta organización lanzó en septiembre de 2019, o sea la víspera del primer ataque del nuevo coronavirus en Wuhan. La OMS no dudaba en prevenir que la próxima plaga podía ser apocalíptica: *« Nos enfrentamos a la amenaza muy real de una pandemia fulminante, sumamente mortífera, provocada por un patógeno respiratorio que podría matar de 50 a 80 millones de personas y liquidar casi el 5% de la economía mundial. Una pandemia mundial de esa escala sería una catástrofe y desencadenaría caos, inestabilidad e inseguridad generalizadas. El mundo no está preparado. »*³²

Con mayor precisión aún si cabe, otro informe anterior ya había avisado sobre el peligro específico de los nuevos coronavirus: *« La presencia de un gran reservorio de virus similares al SARS-CoV en los murciélagos de herradura, junto con la cultura de comer mamíferos exóticos en el sur de China, es una bomba de relojería... La posibilidad del surgimiento de otro SARS causado por nuevos coronavirus de animales, no debe ser descartada. Por lo tanto, es una necesidad estar preparados. »*³³

Entre 2011 y 2019, numerosos científicos no cesaron de hacer sonar la alarma a propósito de varios brotes infecciosos que, según ellos, anunciaban una mayor frecuencia de aparición de plagas de propagación potencialmente rápida, cada vez más difíciles de atajar...³⁴ El propio expresidente Barack Obama, en diciembre de 2014, señaló que se debía invertir en infraestructuras sanitarias para poder enfrentar la posible llegada de una epidemia de nuevo tipo. Incluso recordó que siempre se puede presentar un azote similar a la « gripe de Kansas » (mal llamada « española ») de 1918: *« Probablemente puede que llegue un momento en el que tengamos que enfrentar una enfermedad mortal, y para poder lidiar con ella, necesitamos infraestructuras, no sólo aquí en Estados Unidos sino*

también en todo el mundo para conseguir detectarla y aislarla rápidamente.³⁵ »

Es bien conocido también que, en 2015, Bill Gates, fundador de Microsoft, avisó que se estaban reunidas todas las condiciones para la aparición de un nuevo agente infeccioso fácilmente desperdigado por el mundo por los enfermos asintomáticos: « *Puede que surja un virus -explicó- con el que las personas se sientan lo suficientemente bien, mientras estén infectadas, para subirse a un avión o ir al supermercado... Y eso haría que el virus pudiera extenderse por todo el mundo de manera muy rápida... El Banco Mundial calcula que una epidemia planetaria de ese tipo costaría no menos de tres billones de dólares, con millones y millones de muertes...* »³⁶

O sea, mal que le pese a Donald Trump y a aquellos dirigentes que hablaron de « sorpresa » o de « estupor », la realidad es que se conocía, desde hacía años, el peligro inminente de la irrupción de un nuevo coronavirus que podía saltar de animales a humanos, y provocar una terrorífica pandemia... « *La ciencia sabía que iba a ocurrir. Los Gobiernos sabían que podía ocurrir, pero no se molestaron en prepararse.* – explica el veterano reportero y divulgador científico David Quammen quien, para escribir su libro *Contagio*³⁷ (*Spillover. Animal infections and the next human pandemic*), recorrió los cuatro rincones del planeta persiguiendo a los virus zoonóticos, es decir los que saltan de los animales a los humanos – *Los avisos decían: podría ocurrir el año próximo, en tres años, o en ocho. Los políticos se decían: no gastaré el dinero por algo que quizá no ocurra bajo mi mandato. Este es el motivo por el que no se gastó dinero en más camas de hospital, en unidades de cuidados intensivos, en respiradores, en máscaras, en guantes... La ciencia y la tecnología adecuada para afrontar el virus existen. Pero no había voluntad política. Tampoco hay voluntad para combatir el cambio climático. La diferencia entre esto y el cambio climático es que esto está matando más rápido.* »³⁸

En otras palabras, esta pandemia es la catástrofe más previsible en la historia de Estados Unidos. Obviamente mucho más que Pearl Harbor, el asesinato de Kennedy o el 11 de septiembre. Las advertencias sobre el ataque inminente de un nuevo coronavirus eran sobradas y notorias. No se necesitaban investigaciones de ningún servicio ultrasecreto de inteligencia para saber lo que se avecinaba. El desastre pudo ser evitado...

CAMBIO CLIMÁTICO

Aunque el origen de todo, como dice David Quammen, reside en los comportamientos ecopredadores que nos condenan, si no lo impedimos, a la fatalidad del cambio climático. Lo que está realmente en causa es el modelo de producción que lleva decenios saqueando la naturaleza y modificando el clima. Desde hace lustros, los militantes ecologistas vienen

advirtiéndolo que la destrucción humana de la biodiversidad está creando las condiciones objetivas para que nuevos virus y nuevas enfermedades aparezcan: « *La deforestación, la apertura de nuevas carreteras, la minería y la caza son actividades implicadas en el desencadenamiento de diferentes epidemias* -explica, por ejemplo, Alex Richter-Boix, doctor en biología y especialista en cambio climático- *Diversos virus y otros patógenos se encuentran en los animales salvajes. Cuando las actividades humanas entran en contacto con la fauna salvaje, un patógeno puede saltar e infectar animales domésticos y de ahí saltar de nuevo a los humanos; o directamente de un animal salvaje a los humanos... Murciélagos, primates e incluso caracoles pueden tener enfermedades que, en un momento dado, cuando alteramos sus hábitats naturales, pueden saltar a los humanos.* ³⁹»

Desde hace millones de años, los animales poseen en su organismo una gran diversidad de virus contra los cuales, durante esa larga convivencia, han sabido desarrollar inmunidad. Pero cuando se retira de su entorno natural a un animal, ese equilibrio se rompe, y un virus puede entonces transmitirse a otra especie con la que el animal no convivió nunca... La destrucción de los hábitats de las especies salvajes y la invasión de esos ecosistemas silvestres por proyectos urbanos crean situaciones propias para la mutación acelerada de los virus... Es probablemente lo que ocurrió en Wuhan. Desde hace años, muchas organizaciones animalistas chinas reclamaban la prohibición permanente del comercio y consumo de animales salvajes con el fin de conservar las especies y, sobre todo, evitar previsible epidemias⁴⁰.

Europa y Estados Unidos ignoraron todas estas advertencias. Y cuando llegó 'la pandemia de las pandemias', sus Gobiernos no habían tomado ninguna precaución, no tenían preparada ninguna estrategia a seguir, ni medidas de actuación a corto, medio y largo plazo... En cambio, en Asia del Este, los modelos de gestión de la epidemia fueron más exitosos. Sobre todo en Corea del Sur. En uno de los artículos más comentados sobre esta crisis⁴¹, el intelectual surcoreano residente en Berlín Byung-Chul Han, adepto del dataísmo, elogió la « *biopolítica digital* » implementada por el Gobierno surcoreano y afirmó que los países asiáticos estaban enfrentando esta pandemia mejor que Occidente porque se apoyaban en las nuevas tecnologías, el big data y los algoritmos. Minimizando el riesgo de intrusión en la privacidad: « *La conciencia crítica ante la vigilancia digital* - admitió Byung-Chul Han- *es, en Asia, prácticamente inexistente.* ⁴² »

CIBERVIGILANCIA SANITARIA

El nuevo coronavirus se extiende tan rápido y hay tantas personas asintomáticas que resulta, en efecto, imposible trazar su expansión a mano.

La mejor manera de perseguir a un microorganismo tan indetectable es usando un sistema computarizado, gracias a los dispositivos de los teléfonos móviles, que calcule cuánta gente estuvo cerca del infectado⁴³. Corea del Sur, Singapur y China citados a menudo como naciones que han tenido éxito frente al coronavirus, han aplicado en particular estrategias de macrodatos y vigilancia digital para mantener las cifras de infección bajo control. Este «*solucionismo tecnológico*»⁴⁴, supone obviamente el sacrificio de una parte de la privacidad individual. Y eso obviamente plantea problemas.

En Corea del Sur, las autoridades crearon una aplicación para *smartphones* pensada para tener un mayor control sobre la expansión del coronavirus mediante el seguimiento digital de los ciudadanos presentes en zonas de contagio o que padecen la enfermedad... Esa *app* se llama "*Self-Quarantine Safety Protection*", y ha sido desarrollada por el Ministerio del Interior y Seguridad. La *app* descubre si un ciudadano ha estado en zonas de riesgo. Sabe si su test es o no positivo. Si es positivo le ordena confinarse en cuarentena. También rastrea los movimientos de todos los infectados y localiza los contactos de cada uno de ellos. Los lugares por los que anduvieron los contagiados se dan a conocer a los teléfonos móviles de aquellas personas que se encontraban cerca. Y todas ellas son enviadas en cuarentena. Cuando los ciudadanos reciben la orden de confinamiento de su centro médico local, se les prohíbe legalmente abandonar su zona de cuarentena -generalmente sus hogares- y se les obliga a mantener una separación estricta de las demás personas, familiares incluidos.

La *app* también permite realizar un seguimiento por dispositivo vía satélite GPS (*Global Positioning System*) de cada persona sospechosa. Si ésta sale de su área de confinamiento asignada, la *app* lo sabe inmediatamente y envía una alerta tanto al sospechoso como al oficial que controla su zona. La multa por desobediencia puede alcanzar hasta 8 000 dólares. La *app* también envía avisos de nuevos casos de coronavirus al vecindario o a zonas cercanas. El objetivo es garantizar un mayor control del virus al saber dónde se encuentran, en todo momento, tanto los ciudadanos infectados como los que se hallan en cuarentena⁴⁵.

En Singapur, una nación altamente vigilada, la Agencia Tecnológica estatal y el Ministerio de Salud lanzaron en marzo pasado una *app* muy parecida: *TraceTogether*, para teléfono móvil que, retrospectivamente, puede identificar a todos los contactos cercanos de cada persona y avisarles si un familiar, un amigo o conocido contrajo el virus. Los ciudadanos pueden ser rastreados mediante una combinación sofisticada de imágenes de cámaras de seguridad, geolocalización telefónica e investigación policial realizada por auténticos «detectives de enfermedades» con la asistencia eventual del departamento de investigación criminal, la oficina antinarcóticos y los servicios de inteligencia de la policía ... El 'Acta de Enfermedades

Infecciosas de Singapur' hace obligatoria, por ley, la cooperación de los ciudadanos con la policía. Un caso único en el mundo. El castigo por indisciplina puede ser una multa de hasta 7 000 dólares, o cárcel por seis meses, o ambas.

También China a puesto a punto una aplicación parecida, *HealthCheck*, que se instala en los móviles a través de sistemas de mensajería como *WeChat* o *Alipay*, y genera un « código de salud » graduado en verde, naranja o rojo, según la libertad de movimiento permitida a cada ciudadano (desplazamiento libre, cuarentena de una semana, o de quatorce días). En unas doscientas ciudades, la gente está usando *HealthCheck* para poder moverse con mayor libertad, a cambio de entregar información sobre su vida privada. Esta *app* se ha mostrado tan eficaz que la propia OMS está inspirándose en ella afin de desarrollar una semejante llamada *MyHealth*.

Este « modelo surcoreano », adoptado por estos países y también por Hong Kong y Taiwán, está basado en el uso masivo de datos y asociado a diversos sistemas de « videoprotección ». Hasta hace poco nos hubiera parecido distópico y futurista, pero ya está siendo imitado igualmente en Alemania, Reino Unido, Francia, España y otras democracias occidentales. Hay que decir que, desde hace unos años, algunos Estados y los grandes operadores privados de telefonía móvil han atesorado billones de datos y saben exactamente donde se encuentra cada uno de sus numerosos usuarios. Google y Facebook también han conservado montañas de datos que podrían ser utilizados, con el pretexto de la pandemia, para una vigilancia intrusiva masiva. Y además, aplicaciones de citas con coordenadas urbanas, como Happn o Tinder, podrían servir ahora a detectar infectados... Sin olvidar que Google maps, Uber, Cabify o Waze también conocen las rutas y el historial de sus millones de clientes...

En todas partes, el control digital se ha acelerado. En España, por ejemplo, la Secretaría de Estado de Digitalización e Inteligencia Artificial puso en marcha, el pasado 1 de abril, un programa 'DataCovid' para rastrear 40 millones de móviles y controlar los contagios. Por su parte, la empresa ferroviaria RENFE obligará a los pasajeros a dar su nombre y su número de móvil para comprar un billete de transporte.

En Italia, los principales proveedores de telefonía móvil y de Internet han decidido compartir los datos sensibles, pero anónimos, de sus clientes con el Grupo de trabajo para la prevención de la epidemia formado en el Ministerio de Ciencia e Innovación. En la región de Lombardía se usa la geolocalización por GPS en cooperación también con los teleoperadores de telefonía móvil. Se rastrea de forma anónima los movimientos de las personas. Así se pudo constatar que, a pesar de las medidas de confinamiento, los desplazamientos sólo se habían reducido en un 60%... Mucho menos de lo esperado.

En Israel, el Gobierno decidió igualmente hacer uso de las ‘tecnologías antiterroristas de vigilancia digital’ para rastrear a los pacientes diagnosticados con el coronavirus. El Ministerio de Justicia dio luz verde para usar ‘herramientas de rastreo de inteligencia’ y monitorear digitalmente a los pacientes infectados, mediante su uso de Internet y de la telefonía móvil, sin la autorización de los usuarios. Aunque admitieron « *cierta invasión de la privacidad* », las autoridades explicaron que el objetivo es « *aislar el coronavirus y no a todo el país* » verificando con quién entraron en contacto los infectados, qué sucedió antes y qué pasó después... ⁴⁶

En esa misma perspectiva, a escala global, los dos gigantes digitales planetarios Google y Apple decidieron asociarse para rastrear los contactos de los afectados por la pandemia. Recientemente, anunciaron que trabajarán juntos en el desarrollo de una tecnología que permitirá a los dispositivos móviles intercambiar información a través de conexiones Bluetooth para alertar a las personas cuando hayan estado cerca de alguien que dio positivo por el nuevo coronavirus⁴⁷.

La covid-19 se ha convertido, de ese modo, en la primera enfermedad global contra la que se lucha digitalmente. Y claro, eso da lugar a un debate, como decíamos, sobre los riesgos para la privacidad individual. « *El hecho de que la app geolocalice a la persona y que, según determinados datos, establezca una especie de semáforo que sirva como certificado para salir a la calle puede chocar con la privacidad.* ⁴⁸ » Reconocen hasta algunos defensores del sistema de cibervigilancia.

No cabe duda de que el rastreo de los teléfonos móviles, aunque sea para una buena causa, abre la puerta a la posibilidad de una vigilancia masiva digital. Tanto más cuanto que las aplicaciones que identifican a cada instante dónde estás pueden contárselo todo al Estado. Y eso, cuando pase la pandemia, podría generalizarse y convertirse en la nueva normalidad... El Estado va a querer acceder también a los expedientes médicos de los ciudadanos y a otras informaciones hasta ahora protegidas por la privacidad. Y cuando se haya acabado con este azote, las autoridades, en el mundo entero, podrían desear utilizar la vigilancia para sencillamente mejor controlar la sociedad. Como ocurrió con las legislaciones antiterroristas después de los atentados del 11 de septiembre de 2001.

Paraísos de la cibervigilancia, Corea del Sur, Singapur, Taiwán y China podrían erigirse en los modelos del porvenir. Sociedades en las que impera una suerte de *coronóptikon*⁴⁹, en donde la intrusión en la vida privada y la hipervigilancia tecnológica se convierten en algo habitual. De hecho, una reciente encuesta de opinión sobre la aceptación o no de una aplicación en nuestro teléfono móvil que permita rastrear a los infectados por el coronavirus mostró que el 75% de los encuestados estaría de acuerdo⁵⁰. De ese modo, los Gobiernos -incluso los más democráticos -, podrían erigirse

en los Big Brother de hoy, no dudando en transgredir sus propias leyes para vigilar mejor a los ciudadanos⁵¹. *Las medidas ‘excepcionales’ que están adoptando los poderes públicos ante la alarma pandémica, podrían permanecer en el futuro, sobre todo las relativas a la cibervigilancia y el biocontrol.* Tanto los Gobiernos, como Google, Facebook o Apple podrían aprovechar nuestra actual angustia para hacernos renunciar a una parte importante de nuestros secretos íntimos. Después de todo, pueden decirnos, durante la pandemia, para salvar vidas, habéis aceptado sin protestar que otras libertades hayan sido absolutamente restringidas...

EL JABÓN Y LA MÁQUINA DE COSER

No cabe duda de que la geolocalización y el rastreo de la telefonía móvil sumados al uso de los algoritmos de predicción, las aplicaciones digitales sofisticadas y el estudio computarizado de modelos estadísticos muy fiables han ayudado a cierto control de los contagios. Pero también es cierto que, no obstante lo que afirma Byung-Chul Han, este derroche de tecnologías futuristas no ha resultado suficiente y definitivo para combatir la expansión de la covid-19. Ni siquiera en Corea del Sur, China, Taiwán, Hong Kong, Vietnam o Singapur...

El relativo éxito de estos países contra la covid-19 se explica sobre todo por la experiencia adquirida en su larga lucha, entre 2003 y 2018, contra el SARS y el MERS, las dos epidemias precedentes causadas también por coronavirus... El SARS -que fue el primer virus letal impulsado por la hiperglobalización- *saltó* a los humanos desde las civetas, otro mamífero vendido en mercados de China. Transportado por los vuelos comerciales globalizados, ese microorganismo se expandió por el mundo llegando a una treintena de países. Durante el tiempo que duró la epidemia -contra la cual tampoco había vacuna ni tratamiento terapéutico- se confirmaron cerca de 10 000 infectados y casi 800 muertes⁵²... En 2012, cuando apenas esas naciones terminaban de controlar la epidemia de SARS, surgió el MERS, causado por otro coronavirus que *saltó* esta vez de camellos a humanos en Oriente Medio.

Ninguna de estas dos plagas llegó a Europa ni a Estados Unidos. Lo cual explica también, en parte, por qué los Gobiernos europeos y estadounidenses reaccionaron tarde y mal ante la pandemia. Carecían de experiencia... Mientras que China, Taiwán, Hong Kong, Singapur y Vietnam padecieron el cruel embate del SARS... Y Corea del Sur tuvo que enfrentar además, en 2015, un brote particularmente dañino de la epidemia del MERS⁵³...

Contra esos dos nuevos coronavirus, en situación de urgencia absoluta, y sin que ninguna potencia occidental acudiese en su ayuda, todas estas naciones asiáticas no perdieron tiempo experimentando tecnologías

digitales para frenar los contagios. Echaron mano de disposiciones de salud pública del pasado que los epidemiólogos conocían bien porque, frente a numerosas epidemias, como ya lo dijimos, desde la Edad Media, se habían empleado con eficacia... Perfeccionadas y afinadas desde el siglo XIV, medidas como la cuarentena, el aislamiento social, las zonas restringidas, el cierre de fronteras, el corte de carreteras, la distancia de seguridad y el seguimiento de los contactos de cada infectado, se aplicaron de inmediato... Sin recurrir a tecnologías digitales, las autoridades se basaron en una convicción bien sencilla: si por arte de magia todos los habitantes permaneciesen inmóviles en donde están durante catorce días, a metro y medio de distancia entre sí, toda la pandemia se detendría al instante.

A partir de entonces, el uso de mascarillas se generalizó en toda Asia. Y se crearon decenas de fábricas especializadas en la producción masiva de tapabocas de protección... Las revisiones de fiebre con termómetros infrarrojos digitales en forma de pistola se volvieron rutinarias. En las ciudades de los países asiáticos afectados, se hizo habitual, desde 2003, la toma de la temperatura de la gente antes de entrar a un autobús, un tren, una estación del metro, un edificio de oficinas, una fábrica, una discoteca, un teatro, un cine o incluso un restaurante... También se hizo obligatorio lavarse las manos con agua clorada⁵⁴ o jabón. En los hospitales -como se hacía en el siglo XIX- las áreas se dividieron en zonas “limpias” y “sucias”, y los equipos médicos no cruzaban de una a otra. Se construyeron tabiques para separar alas completas; el personal sanitario entraba por un extremo de la sala enfundado en escafandras protectoras y salía por el extremo opuesto desinfectado bajo la inspección de enfermeros...

Toda esa zona de Asia del Este vivió entonces, por vez primera, lo que estamos viviendo nosotros a escala planetaria. Ahí, en Corea del Sur particularmente, se realizaron entonces algunas de las mejores películas post-apocalípticas sobre el tema del contagio fulminante: *Virus* (2013), de Kim Sung-soo y *Tren a Busán* (2016), de Yeon Sang-ho.

Con el SARS y el MERS, los Gobiernos de estos países aprendieron a almacenar, por precaución, ingentes cantidades de equipos de protección (mascarillas, escudos faciales, guantes, escafandras, gel desinfectante, batas, etc.). Sabían que, en caso de nuevo brote epidémico, había que actuar de prisa y agresivamente⁵⁵. Es lo que hicieron en enero pasado, cuando empezó a extenderse la covid-19. China no tardó en imponer la cuarentena estricta. Aisló en zonas herméticas a los infectados y también a sus contactos. No lo hicieron Corea del Sur, ni Japón, pero todos exigieron la distancia de seguridad y llevar mascarillas higiénicas. Y multiplicaron masivamente los tests de despistaje.

El caso más paradigmático, en el sureste asiático, es el de Vietnam. Había sido uno de los países que más velozmente y más decididamente actuó contra el SARS en 2003. Y aprendió la lección. Cuando el nuevo

coronavirus SARS-CoV-2 empezó a extenderse por la zona, las autoridades de Hanoi aplicaron inmediatamente -con sólo seis personas contagiadas- las medidas más estrictas de confinamiento y aislamiento. Y en febrero de 2020 anunciaron haber contenido la pandemia⁵⁶. Fue el primer país del mundo en vencer al nuevo coronavirus⁵⁷. Todos los infectados se curaron. No murió ni un solo paciente.

Todo esto demuestra que, a pesar de su importancia, las tecnologías digitales de localización e identificación no son suficientes para contener al coronavirus. Además, el empleo generalizado de mascarillas higiénicas impide una utilización eficaz de los sistemas biométricos de reconocimiento facial. Desde las primeras semanas, China, Corea del Sur, Hong Kong, Taiwán y Singapur comprobaron que, a causa del uso masivo de mascarillas y de protectores oculares, su sistema de biocontrol mediante cámaras de videoprotección no era efectivo.

O sea, que la espectacular supremacía tecnológica de la que tanto nos ufanábamos, con nuestros teléfonos inteligentes de última generación, los drones futuristas, los robots de ciencia ficción y las biotecnologías innovadoras han servido de poco, como ya lo hemos dicho, a la hora de contener el primer impacto de la marea pandémica. Para tres objetivos urgentísimos -desinfectarnos las manos, confeccionar mascarillas y frenar el avance del virus-, la humanidad ha tenido que recurrir a productos y a técnicas viejos de varios siglos atrás. Respectivamente: el jabón, descubierto por los romanos antes de nuestra era; la máquina de coser, inventada por Thomas Saint en Londres hacia 1790; y, sobre todo, la ciencia del confinamiento y del aislamiento social, afinada en Europa contra decenas de oleadas de pestes sucesivas desde el siglo V...⁵⁸ Qué lección de humildad !

SACRIFICANDO A LOS ABUELOS

Son tiempos también de insolidaridad. Los egoísmos nacionales se han manifestado con sorprendente y brutal rapidez. Estados vecinos y amigos no han dudado en lanzarse a una « guerra de las mascarillas ⁵⁹ » o en apoderarse, cual piratas, de material sanitario destinado a sus socios. Hemos visto a Gobiernos pagar el doble o el triple del precio de material sanitario para conseguir los productos e impedir que sean vendidos a otras naciones. Los medios han mostrado como, en las pistas de los aeropuertos, contenedores de tapabocas eran arrancados a aviones de carga para desviarlos hacia otras destinaciones. Italia acusó a la República checa de robarle los lotes de mascarillas comprados en China y que hacían escala en Praga. Francia denunció a Estados Unidos por lo mismo. España culpó a Francia... Fabricantes asiáticos informaron a Gobiernos africanos y latinoamericanos que no podían venderles por el momento material

sanitario porque Estados Unidos y la Unión Europea pagaban precios superiores⁶⁰.

En la vida cotidiana, la sospección y la desconfianza han crecido. Muchos extranjeros o forasteros, o simplemente ancianos enfermos⁶¹, sospechosos de introducir el virus, han sido discriminados, perseguidos, apedreados⁶², expulsados... Es cierto que las personas mayores constituyen el grupo con mayor índice de mortalidad⁶³. Ignoramos por qué. Algunos fanáticos ultraliberales no han tardado en reclamar sin tapujos la eliminación maltusiana de los más débiles. Un vice-gobernador, en Estados Unidos, declaró: « *Los abuelos deberían sacrificarse y dejarse morir para salvar la economía.* »⁶⁴ En esa misma vena aniquiladora, el analista neoliberal del canal estadounidense CNBC, Rick Santelli reclamó un 'darwinismo sanitario' y pidió « *inocular el virus a toda la población. Eso sólo aceleraría el curso inevitable... Pero los mercados se estabilizarían* »⁶⁵. En Holanda, donde el primer ministro ultraliberal Mark Rutte apuesta también por la "inmunidad de rebaño"⁶⁶, el jefe de epidemiología del Centro Médico de la Universidad de Leiden, Frits Rosendaal, declaró que « *no se deben admitir en las UCI a personas demasiado viejas o demasiado débiles* »⁶⁷. Amenazas dignas de demonios exterminadores de novelas gráficas... Y además absurdas porque, como explica una enfermera: « *La covid-19 es mortal. Y puedo decir que no distingue límite de edad. Ni color. Ni talla. Ni origen. Ni clase social. Ni nada. Atacará a cualquiera.* »⁶⁸

La covid-19 no distingue, es cierto, pero las sociedades desiguales sí. Porque, cuando la salud es una mercancía, los grupos sociales pobres, discriminados, marginalizados, explotados quedan mucho más expuestos a la infección. Es el caso, por ejemplo, en Singapur donde -como vimos- las autoridades consiguieron en un primer tiempo controlar la epidemia. Sin embargo, en esa opulenta ciudad-Estado existe una minoría de cientos de miles de migrantes venidos de países pobres, empleados en la construcción, el transporte, la domesticidad y los servicios. El país depende de esos trabajadores para el funcionamiento de su economía. Pero el aislamiento físico es casi imposible en esos empleos. Por su condición social, muchos de esos inmigrantes tuvieron que continuar en sus tareas a pesar del peligro de infectarse... Por otra parte, una ley exige que los trabajadores extranjeros residan en 'dormitorios', unas habitaciones que albergan hasta una docena de hombres, con baño, cocina y ducha colectivos. Inevitablemente esos locales se convirtieron en focos de infección...

A partir de esos núcleos, el virus se volvió a dispersar... Está documentado que cerca de 500 nuevos contagios surgieron de ahí. Un sólo 'dormitorio' causó el 15% de todos los nuevos casos del país⁶⁹. Hasta tal punto que Singapur, "ejemplo" de país vencedor de la pandemia, enfrenta ahora un

peligroso repunte de la covid-19. El coronavirus reveló las desigualdades ocultas de la sociedad...

Lo que ocurrió en esos 'dormitorios' de Singapur da una idea de lo que podría suceder en el sureste de Asia, en la India, en África, en América Latina, y en naciones de escasos recursos, con sistemas sanitarios embrionarios. Si en Estados ricos –Italia, Francia, España-, el virus ha hecho los terribles estragos que conocemos, ¿qué ocurrirá en algunas zonas depauperadas de África? ¿Cómo hablar de 'confinamiento', o de 'aislamiento', o de 'gel desinfectante', o de 'distancia de protección', o hasta de 'lavarse las manos' a millones de personas que viven, sin agua corriente, hacinadas en favelas, chabolas o barrios de latas, o duermen en las calles, o viven en campamentos improvisados de refugiados, o en las ruinas de edificios destruidos por las guerras? Sólo en América Latina, el 56% de los activos viven en la economía informal...

Por su parte, la principal superpotencia del planeta, Estados Unidos, ha renunciado, por primera vez en su historia, a encabezar la lucha sanitaria y a ayudar a los enfermos del mundo. En una nación de semejante riqueza, el virus ha venido a desvelar las excesivas desigualdades en materia sanitaria. Los habitantes descubren una falta de insumos básicos así como las deficiencias de su sistema de salud pública. Hace tiempo que el senador Bernie Sanders viene reclamando que se considere « *el sistema de salud como un derecho fundamental del ser humano* ». Y muchas otras personalidades reclaman ese cambio: « *Necesitamos una nueva economía de los cuidados* – expresó, por ejemplo, Robert J. Shiller, premio Nobel de Economía- *que integre los sistemas nacionales de salud públicos y privados.* ⁷⁰».

Entre tanto, la covid-19 está causando, en ese país, decenas de miles de muertos. Y la situación se puede agravar porque unos veintisiete millones de personas (8,5% de la población) no poseen seguro médico y otros once millones son trabajadores ilegales, sin documentos, que no se atreven a acudir a los hospitales...

En lo que es hoy el epicentro mundial de la pandemia, los analistas observan una "*exacerbación de la disparidad de salud*". Algunas minorías étnicas -afroestadounidenses, hispanos- están teniendo, en efecto, un índice de letalidad frente al coronavirus muy superior a su representatividad social. En Nueva York, por ejemplo, afroamericanos y latinos suman el 51% de la población, pero acumulan un 62% de los fallecimientos por covid-19. En el estado de Michigan, los afroestadounidenses constituyen el 14% de la población, pero concentran el 33% de los infectados y el 41% de las muertes. En Chicago, los afrodescendientes son el 30% de la población, pero representan el 72% de los fallecimientos... « *Unas cifras que dejan sin aliento...* » dijo Lori Lightfoot, la alcaldesa de Chicago⁷¹.

En un país donde el test para saber si alguien es positivo al nuevo coronavirus cuesta 35 000 dólares⁷², la salud es a menudo un reflejo de la inequidad social. Al capitalismo salvaje le tiene sin cuidado el dolor de los pobres. Si latinos y afroamericanos son, en Estados Unidos, más vulnerables frente al coronavirus, es porque son víctimas de una serie de desventajas sociales. También son las minorías que, por haber tenido, históricamente, menos acceso a los servicios de salud, padecen con frecuencia una serie de patologías graves: « *Siempre hemos sabido –explica el Dr Anthony Fauci, director del Instituto Nacional de Alergias y Enfermedades Infecciosas de Estados Unidos- que enfermedades como la diabetes, la hipertensión, la obesidad y el asma afectan, de manera desproporcionada, a las poblaciones minoritarias, particularmente a los afroamericanos.* »⁷³ »

A pesar del azote de la covid-19, algunos empresarios han seguido exigiendo que los trabajadores regresen a sus puestos para salvar la economía. Latinos y afroamericanos tienen pues que seguir trabajando en las calles, realizando algunos de los trabajos más duros, limpiando edificios, conduciendo autobuses, desinfectando hospitales, atendiendo supermercados, manejando taxis, repartiendo paquetes, etc. Al riesgo de infección que enfrentan en sus barrios marginados, se suman los peligros que encaran en los transportes públicos y en sus empleos... En cuanto a los inmigrantes ilegales e indocumentados, acosados por las autoridades, no van a los servicios de salud, como ya dijimos, por miedo a que los detengan...

Cada día de esta plaga, la gente se convence más que es el Estado, y no el mercado, el que salva. « *Esta crisis –explica Noam Chomsky- es el enésimo ejemplo del fracaso del mercado. Y un ejemplo también de la realidad de la amenaza de una catástrofe medioambiental. El asalto neoliberal ha dejado a los hospitales desprovistos de recursos. Las camas de los hospitales fueron suprimidas en nombre de la ‘eficiencia económica’... El Gobierno estadounidense y las multinacionales farmacéuticas sabían, desde hace años, que existía una gran probabilidad de que se produjese una pandemia. Pero, como prepararse para ello no era bueno para los negocios, no se hizo nada.* »⁷⁴ Por su parte, el filósofo francés Edgar Morin constata: « *Al fin y al cabo, el sacrificio de los más frágiles –ancianos, enfermos- es funcional a una lógica de la selección natural. Como ocurre en el mundo del mercado, el que no aguanta la competencia es destinado a perecer. Crear una sociedad auténticamente humana significa oponerse a toda costa a ese darwinismo social.* »

HÉROES DE NUESTRO TIEMPO

La pandemia también tiene sus héroes y sus mártires. Y en esta pelea, los guerreros que han subido a primera línea, a los puestos de avanzada a

afrontar el letal SARS-CoV-2 han sido los médicos, las enfermeras, el personal auxiliar y otros trabajadores de la salud convertidos en protagonistas involuntarios, conquistando elogios y aplausos desde los balcones, las plazas y las calles de ciudades de todo el mundo. Casi todos ellos funcionarios públicos, para quienes la salud de la población no es una mercancía sino una necesidad básica, un derecho humano.

Pasarán a la historia, extenuados, agotados, por su dedicación en la labor diaria de combatir la infección y salvar vidas. A menudo, han enfrentado al contagioso virus sin mascarillas, ni batas, ni equipos de protección... « ¡Marchamos a la guerra sin armas! » denunció una veterana enfermera de Guayaquil, en Ecuador, furiosa por el contagio de ochenta colegas y la muerte de otros cinco...⁷⁵

El personal sanitario está arriesgando, en efecto, su propia vida. Según el Centro para el Control de Enfermedades de Estados Unidos, entre el 10% y el 20% de todos los infectados con coronavirus son trabajadores de la salud. Muchos están muriendo. Algún día, cuando esta pesadilla se desvanezca, tendremos que erigir monumentos en honor de esos mártires con bata blanca. Para recordar por siempre su coraje, su abnegación, su humanidad. Seguramente cuando Albert Camus decía que « *la peste nos enseña que hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio*⁷⁶ », pensaba en ellos.

Al respecto, un pequeño país, también digno de admiración, se ha distinguido por su altruismo y generosidad. Se trata de Cuba. Sitiada y bloqueada desde hace sesenta años por Estados Unidos y sometida además por Washington a brutales medidas coercitivas unilaterales, la isla fue la primera en acudir en ayuda de China cuando estalló esta pandemia. Desde entonces las autoridades cubanas no han cesado de enviar brigadas de médicos y personal sanitario a combatir la covid-19 a una veintena de países⁷⁷, respondiendo a las solicitudes angustiadas de sus Gobiernos. Entre ellos tres de la rica Europa: Italia, Francia y Andorra⁷⁸. Estas Brigadas Internacionales de Médicos Especializados en Situaciones de Desastres y Graves Epidemias existen desde los años 1960. En 2005, tomaron el nombre de “Henry Reeve” -un brigadier estadounidense que luchó y murió por la independencia cubana-, con ocasión del paso del Huracán Katrina por el sur de Estados Unidos⁷⁹.

El mundo está descubriendo lo que los principales medios dominantes internacionales han tratado de ocultar hasta ahora, que Cuba es una superpotencia médica⁸⁰ con más de 30 000 médicos y enfermeros desplegados en 66 naciones⁸¹. Todo ello obedeciendo a una consigna humanista y visionaria de Fidel Castro formulada con estas palabras: « *Un día dije que nosotros no podíamos ni realizaríamos nunca ataques preventivos y sorpresivos contra ningún oscuro rincón del mundo; pero que, en cambio, nuestro país era capaz de enviar los médicos que se necesiten a*

los más oscuros rincones del mundo. Médicos y no bombas, médicos y no armas inteligentes.⁸²» La Habana también está proporcionando su medicamento antiviral Interferón Alfa-2B Recombinante puesto a punto por sus científicos en sus laboratorios de biotecnología, y cuyo uso prevendría el agravamiento y las complicaciones en pacientes infectados por el nuevo coronavirus.

APOTEOSIS DE LA DESINFORMACIÓN

Los grandes medios silencian la solidaridad médica de Cuba mientras realizan una cobertura universal y permanente de la pandemia como nunca se había visto. Durante meses, sin respiro, los principales medios *de todo el planeta* nos han hablado de un único tema: el coronavirus. Un fenómeno coral, hipermediático⁸³, de semejante envergadura global no había ocurrido jamás. Ni cuando cayó el Muro de Berlín, ni con los atentados de las torres gemelas de Nueva York...

Al mismo tiempo estamos asistiendo a una guerra feroz entre diversas facciones para imponer un relato dominante sobre esta crisis⁸⁴. Lo que provoca una auténtica epidemia de *fake news* y de posverdades. La OMS ha definido este fenómeno como *infodemia*, pandemia de info-falsedades. El miedo a la covid-19 así como el deseo de sobreinformarse y el ansia de entender todo lo relacionado con la plaga han creado las condiciones para una tormenta perfecta de noticias tóxicas. Éstas se han propagado con igual o mayor velocidad que el nuevo virus. Montañas de embustes han circulado por las redes sociales. Los sistemas de mensajería móvil se han convertido en verdaderas fábricas continuas de infundios, bulos y engaños. En algunos países, se calcula que el 88% de las personas que acudieron a las redes sociales para informarse sobre el SARS-CoV-2 fueron infectadas por *fake news*⁸⁵.

Es conocido que las noticias falsas se difunden diez veces más rápido que las verdaderas; y que, incluso desmentidas, sobreviven en las redes porque se siguen compartiendo sin ningún control. Muchas de ellas están elaboradas con impresionante profesionalismo: textos impecables, redacción perfecta inspirada en los medios de referencia más respetados, imágenes muy cuidadas, sonido de alta calidad, voz grave y moderada del comentario en *off*, montaje y edición nerviosos y adictivos, música subyugante... Todo debe dar una impresión de seriedad, de respetabilidad, de solvencia... Es la garantía de credibilidad, indispensable para apuntalar el engaño. Y para que los usuarios lo viralicen...

Tampoco hay que olvidar que, durante esta interminable cuarentena, en un contexto de incertidumbre y emoción, y ante la necesidad real de todos por comprender la plaga y entenderla con argumentos, dos ingredientes combinados entre sí han favorecido la poderosa irradiación de las mentiras.

Por una parte, la familiaridad, la confianza entre personas que comparten información en una misma red. Por otra parte, la repetición, la reiteración de mensajes de idéntica matriz. Si alguien que conozco me envía una información y si, por diversas otras vías, recibo esa misma información o versiones muy cercanas de esa información, pensaré que tiene credibilidad y que es cierta. Porque me fío de la fuente, y porque otras fuentes coinciden y la confirman. Instintivamente hasta deduciré que, mediante esos dos mecanismos (cercanía y repetición), la autenticidad de la información está verificada. Sin embargo puede ser falsa. En otras palabras, toda *fake news* tratará de respetar ambos requisitos para mejor ocultar o disimular su falsedad. Es una ley de la intoxicación mediática: toda manipulación de la opinión pública mediante falsas noticias debe obedecer a esos protocolos.

No es posible hacer una lista exhaustiva de las *fake news* que inundan nuestras redes desde que inició el azote, pero recordemos que casi inmediatamente empezaron a proliferar diversas teorías conspirativas. Las más diseminadas afirmaban, como ya lo hemos dicho, que el nuevo coronavirus se elaboró en un biolaboratorio secreto de China (o de Estados Unidos), y que es un arma bacteriológica para la guerra entre ambas superpotencias... Otras falsas noticias igual de disparatadas certificaban que el SARS-CoV-2 fue creado por Bill Gates... O que fue fabricado por China para exterminar a sus minorías étnicas... O que la epidemia se propagó tan rápidamente porque el virus viajaba en las mercancías exportadas por China... O que la covid-19 es una enfermedad difundida por los grandes laboratorios farmacéuticos para vender vacunas... O que las antenas de telefonía 5G amplifican y vuelven más letal al coronavirus⁸⁶... O que la plaga estaba destinada a arruinar la economía exportadora, rival de China, del norte de Italia... O que ya existe una vacuna... O que el virus ya mutó⁸⁷...

Muchas de estas noticias falsas aún siguen circulando, replicadas al infinito por *granjas de bots*, perfiles de miles de cuentas monitorizadas por un sólo usuario. El objetivo es mostrar un « gran volumen » de mensajes, aparentando que mucha gente está compartiendo o comentando un tema, para manipular la percepción que se tiene de ese tema. Algunas *fake news* parecen inofensivas, pero otras -en particular, cuando propagan la existencia de un tratamiento milagroso o de una medicación mágica contra el virus⁸⁸- pueden tener letales consecuencias. En Irán, por ejemplo, las redes difundieron una *fake* según la cual el metanol prevenía y curaba la covid-19. Desenlace: 44 personas fallecieron y cientos de víctimas fueron hospitalizadas por ingerir ese alcohol metílico⁸⁹...

Con el pánico general creado por la pandemia y millones de personas buscando desesperadamente en sus pantallas datos sobre el desconocido coronavirus, las “burbujas de desinformación” encontraron un ecosistema

perfecto para multiplicarse al infinito. Todo fue facilitado también cuando -en 2016- las principales empresas de redes sociales modificaron los algoritmos de jerarquización de los mensajes. Desde entonces anteponen las comunicaciones procedentes de amigos y conocidos en detrimento de los mensajes emitidos por organizaciones o medios de comunicación.

En todo caso, ya no podemos ser ingenuos. Y creer inocentemente todo cuanto llega a nuestras pantallas vía las redes sociales. En relación con esto, el *momentum coronavirus* constituye también un parteaguas. A partir de ahora, ante la abrumadora cantidad de noticias falsas, cada ciudadano debe conocer las diversas plataformas de verificación que están a nuestra disposición gratuitamente: por ejemplo: *Maldita.es* y *Newtral.es*, en España; *FactCheck.org*, *NewsGuard* y *PolitiFact.com*, en Estados Unidos ; o la alianza *#CoronavirusFacts*, impulsada por International Fact-Checking Network (IFCN) del Poynter Institute⁹⁰, que reúne a más de cien plataformas de verificación en setenta países y en cuarenta idiomas⁹¹; o; *LatamChequea* que reúne a una veintena de medios de comunicación de quince países de América Latina

Además, existen múltiples herramientas gratuitas en Internet para verificar la veracidad de cualquier fotografía difundida por las redes sociales: por ejemplo, *TinEye*, *Google Reverse Image Search*, *FotoForensics* que permiten importantes verificaciones como saber cuál es la fuente original de la imagen, si ya se publicó anteriormente, qué otros medios ya la difundieron, si se manipuló y si se retocó el original.

Para detectar los falsos vídeos que tanto abundan igualmente, podemos recurrir a *InVid*, disponible para los navegadores Google Chrome y Mozilla Firefox, que permite descifrar vídeos manipulados⁹². También en el sitio *Reverso* -un proyecto colaborativo en el que participan Chequeado⁹³, AFP Factual⁹⁴, First Draft⁹⁵ y Pop-Up Newsroom⁹⁶ – podemos detectar los falsos vídeos virales de la web⁹⁷. Ya no hay excusa para dejarse engañar. Al menos esta pandemia nos habrá servido para eso.

¿HACIA UN CAPITALISMO DIGITAL?

Otra consecuencia comunicacional: con más de la mitad de la humanidad encerrada durante semanas en sus casas, la apoteosis digital ha alcanzado su insuperable cenit... Jamás la galaxia Internet y sus múltiples ofertas en pantalla (comunicativas, distractivas, comerciales) resultaron más oportunas y más invasivas. En este contexto, las redes sociales, la mensajería móvil y los servicios de microblogueo -Twitter, Mastodon⁹⁸, Facebook, WhatsApp, Messenger, Instagram⁹⁹, Youtube, LinkedIn, Reddit, Snapchat, Amino, Signal, Telegram, Wechat, WT:Social¹⁰⁰, etc.- se han impuesto definitivamente como el medio de información (y de desinformación) dominante. También se han convertido en fuentes virales

de distracción pues, a pesar del horror de la crisis sanitaria, el humor y la risa, como a menudo ocurre en estos casos, han sido protagonistas absolutos en las redes sociales, nexos privilegiados con el mundo exterior y con familiares y amigos.

Estamos pasando más horas que nunca frente a las pantallas de nuestros dispositivos digitales: teléfonos móviles, ordenadores, tablets o televisores inteligentes...¹⁰¹ Consumiendo de todo: informaciones, series, películas, memes, canciones, fotos, teletrabajo, consultas y trámites administrativos, clases *online*, videollamadas, videoconferencias, chateo, juegos de consola, mensajes... El tiempo diario dedicado a Internet se ha disparado¹⁰². En España, por ejemplo, desde el pasado 14 de marzo cuando se declaró el estado de alarma y el aislamiento social, el tráfico en Internet creció un 80%¹⁰³. Tan fuerte aumento obedece en particular al excepcional consumo de *streaming* de vídeo, no sólo de servicios de vídeo bajo demanda, sino sobre todo al fenómeno comunicacional más característico de este tiempo: las videollamadas via Skype, WhatsApp, Webex, Houseparty¹⁰⁴ y Zoom.

Poco conocida hasta ahora, la aplicación de videollamadas Zoom ha experimentado, en los últimos dos meses, un crecimiento jamás conocido en la historia de Internet... Desde que empezó la pandemia, es la *app* más descargada para iPhone. En marzo pasado, su aumento de tráfico *diario* fue del 535%... La han adoptado los líderes mundiales para sus videoconferencias; las empresas para organizar el teletrabajo; las universidades para ofrecer cursos *online*; los músicos y cantantes para crear, en grupo, sus *coronaclips*; los amigos y las familias para seguir virtualmente reunidos durante el confinamiento...

Las cifras son abrumadoras. Zoom ha pasado de tener -a finales de 2019- 10 millones de usuarios activos a superar los 200 millones a finales de marzo... Para hacerse una idea de lo que ello significa recordemos que Instagram tardó más de tres años en conseguir ese número de seguidores. Antes de la expansión del coronavirus, las acciones de Zoom costaban 70 dólares. El pasado 23 de marzo valían 160 dólares, o sea una capitalización total superior a los 44 mil millones de dólares. El virus es global pero sus efectos no son exactamente iguales para todo el mundo... En particular para el principal accionista de Zoom, Eric Yuan, que figura ahora en la lista de las « personas más ricas del mundo » con una fortuna estimada en 5 500 millones de dólares...¹⁰⁵

Otro « ganador » de esta crisis es la aplicación muy popular entre los adolescentes TikTok que registra también un incremento fenomenal de usuarios. Creada por la firma china de tecnología ByteDance, TikTok es una *app* de *social media* parecida a Likee o MadLipz, que permite grabar, editar y compartir videos cortos -de 15 a 60 segundos- en *loop* (o sea repetidos en bucle como los GIF¹⁰⁶) con la posibilidad de añadir fondos musicales, efectos de sonido y filtros o efectos visuales.

La cuarentena global está amenazando, a lo largo y ancho del planeta, la supervivencia económica de innumerables empresas de entretenimiento, cultura y ocio (teatros, museos, librerías, cines, estadios, salas de conciertos, etc.). En cambio, mastodontes digitales como Google, Amazon, Facebook o Netflix, que ya dominaban el mercado, están viviendo un grandioso momento de triunfo comercial¹⁰⁷. La descomunal inyección de dinero y sobre todo de macrodatos que están recibiendo les van a permitir desarrollar de modo exponencial su control de la inteligencia algorítmica¹⁰⁸. Para dominar todavía más, a escala mundial, la esfera comunicacional digital. Estas gigantescas plataformas tecnológicas son las triunfadoras absolutas, en términos económicos, de este momento trágico de la historia. Esto confirma que, en el capitalismo, después de la era del carbón y del acero, la del ferrocarril y la electricidad, y la del petróleo, llega la *hora de los datos*, la nueva materia prima dominante en la era postpandémica. Bienvenidos al capitalismo digital...

ECONOMÍA: UN BAÑO DE SANGRE

Por lo demás, el capitalismo va mal... Porque se cierne la perspectiva de un desastre económico sin parangón¹⁰⁹. Nunca se había visto la economía de todo el planeta frenar en seco. Los territorios más afectados -por ahora- por la covid-19 son China y Asia del este, Europa y Estados Unidos, o sea el triángulo central del desarrollo mundial. Millones de empresas, grandes y pequeñas, se hallan en crisis, cerradas, al borde de la quiebra¹¹⁰. Varios centenares de millones de trabajadores han perdido su empleo, total o parcialmente¹¹¹... Como en tantas ocasiones anteriores, los asalariados peor remunerados y las pequeñas empresas pagarán el precio más alto. Quinientos millones de personas podrían ser arrastradas de nuevo a la pobreza¹¹². Esta crisis económica, de alcance planetario, no tiene precedentes y superará en profundidad y duración a la de 1929. También excede en gravedad a la crisis financiera de 2008. La pandemia produce un rechazo general del hipercapitalismo anárquico, el que ha permitido obscenas desigualdades como que el 1% de los ricos del mundo posean más que el 99% restante¹¹³. También se cuestionan los excesos de la globalización económica.

Las Bolsas, con altibajos, se han hundido¹¹⁴: « ¡Es un auténtico baño de sangre ! », gritó el *broker* de una empresa de gestión de patrimonio¹¹⁵ ante las pérdidas históricas de sus inversores. Los precios del petróleo han caído a abismos desconocidos¹¹⁶. El 20 de abril pasado, en el mercado de materias primas de Chicago, el barril de referencia, West Texas Intermediate (WTI), llegó a costar -37 dólares¹¹⁷... Sí, *menos* 37 dólares, o sea, que el vendedor *le pagaba* al comprador 37 dólares para que éste se llevara un barril de petróleo... Un hundimiento jamás visto en la historia... Lo cual es excelente para los países importadores: China, Japón, Alemania, Francia, Corea del

Sur... Pero nefasto para los Estados exportadores muy poblados: Rusia, Nigeria, México, Venezuela... Otra consecuencia negativa: un petróleo tan barato puede retrasar la necesaria transición ecológica pues ello encarece automáticamente el precio de las energías alternativas (solar, eólico, biomasa, etc.)... La economía mundial se adentra en territorio ignoto¹¹⁸. Nadie tiene una idea precisa de las dimensiones del cataclismo. Como ha dicho Kissinger: « *La actual crisis económica es de una complejidad inédita. La contracción desatada por el coronavirus, por su alta velocidad y su amplitud global, es diferente a todo lo que hemos conocido en la historia.* »¹¹⁹ »

La Unión Europea (UE), por ejemplo, propuso, en un primer momento, un plan de 25 mil millones de euros para ayudar a los países miembros. Luego, el Banco Central Europeo habló de 750 mil millones... ! Tan gigantesca amplitud da una idea de la dimensión del desconcierto... Se estima que el PIB de los países desarrollados podría derrumbarse en un 10%... Mucho más que en la crisis del 29... Un choque brutal. Febriles, presas de pánico, los Gobiernos practican una suerte de “keynesianismo de guerra”. Deben ayudar a los asalariados, a los campesinos, a las familias, a las empresas. Y desbloquean urgentemente sumas astronómicas para inyectarlas en los circuitos financieros con el fin de evitar la implosión del sistema económico¹²⁰. Para impedir también, en la medida de lo posible, que el coronavirus cause finalmente más pobres que muertos...

Pero el coste será inimaginable. Con la agravante para el Estado de que se reducirán drásticamente sus ingresos fiscales. El déficit será galáctico. A escala de la zona euro, por ejemplo, según el economista francés Jacques Sapir, el déficit alcanzará, a final de este año, un billón y medio de euros (o sea, 1 500 mil millones)¹²¹. Lo nunca visto. En el caso del Reino Unido -que ya no está en la UE, ni en la zona euro- el Banco de Inglaterra resolverá el problema sencillamente fabricando moneda... Lo que no pueden hacer ni Italia, ni España, ni Francia que son los Estados que mayor liquidez van a necesitar. Y que se encuentran ya super-endeudados... En estas tres naciones, la salida de la Unión o de la zona euro se va a plantear con fuerza. Porque Alemania, Austria, Finlandia y Países Bajos se negaron, durante semanas, a permitirles obtener créditos sin ninguna condición (los célebres « coronabonos »)... Cuando, en parte, los problemas de los sistemas de salud de Italia, España y Francia son la consecuencia directa de las políticas de austeridad y de los recortes en los presupuestos de los servicios públicos exigidos por esos cuatro socios « austericidas » del norte. Recuérdese que el sur de Europa, antes de ser el epicentro de la actual pandemia, fue el epicentro de las políticas más sádicas¹²² de austeridad después de la crisis financiera de 2008. Lo uno llevó a lo otro.

Europa, como unión protectora, ha fallado. El club comunitario ha sido incapaz de responder de manera conjunta y multilateral al drama humano y social que se abate sobre el Viejo Continente. La gente -en particular los

familiares y amigos de los miles y miles de fallecidos- no lo va a olvidar. « *Es un modelo económico empapado en sangre* -denuncia Naomi Klein-. *Y ahora la gente empieza a darse cuenta. Porque encienden la televisión y ven a los comentaristas y políticos diciéndoles que tal vez deberían sacrificar a sus abuelos para que los precios de las acciones puedan subir... Y la gente se pregunta: ¿qué tipo de sistema es este?* ¹²³»

En un momento tan trágico y delicado -con la primera secesión de la Unión Europea (el *Brexit* del Reino Unido) recién estrenada el pasado 31 de enero- y ante un desafío sanitario tan crucial, el sueño europeo no ha funcionado. Y era probablemente la última oportunidad... ¿Qué destino le espera, después de la pandemia, a esa Unión Europea insolidaria con sus socio más frágiles, y carcomida por dentro por los populistas y extremistas de derecha ?

El comercio internacional se ha reducido a su nivel de hace un siglo¹²⁴. Los precios de las materias primas se han desfondado. No sólo los del petróleo, también el cobre, el níquel, el algodón, el cacao, el aceite de palma, etc. Para las economías de los países exportadores del Sur -donde viven los dos tercios de los habitantes del planeta- es una coyuntura devastadora. Porque, al derrumbe de las exportaciones, hay que añadir además: el cese de los aportes del turismo, y la drástica disminución de las remesas de los emigrantes afectados por la pérdida generalizada de empleo en los países ricos paralizados por la plaga. O sea, los tres principales recursos de los países del Sur se desploman... Millones de personas que, en los últimos decenios, habían conseguido integrar una incipiente 'clase media' planetaria corren ahora el peligro de recaer en la pobreza...

Pero además, en este contexto tan poco alentador, los capitales también han empezado a desertar en masa los países en desarrollo. Se estima que desde el 21 de febrero de 2020, fecha de la primera muerte en Italia por la covid-19, hasta finales de marzo, unos 59 mil millones de dólares huyeron de esas naciones¹²⁵. Resultado, muchas monedas se han hundido: el peso mexicano perdió 25% de su valor frente al dólar; el real brasileño y el rand sudafricano 20%. Y todas las importaciones, en esos países, valdrán ahora más caro...

En tan tenebroso contexto, lo más previsible es que, cuando pase la pandemia, varios de estos Estados, fragilizados, arruinados, endeudados, conozcan fuertes sacudidas sociales... Ahí también podría haber baños de sangre... También es probable que asistamos, en ciertas regiones, a una desesperada estampida de emigración salvaje hacia el Norte... Cuyos países estarán, en ese preciso momento, lidiando ellos mismos con las dolorosas consecuencias de la peor crisis de su historia. Inutil decir que los nuevos emigrantes, convertidos en chivos expiatorios, no serán bien recibidos... Alimentarán la xenofobia y los odios de los grupos de extrema derecha en

ascenso tanto en Europa como en Estados Unidos... La historia advierte que los desastres incentivan los chauvinismos y los racismos...

Para evitar semejantes escenarios de pesadilla, se están alzando muchas voces que reclaman la adopción de varias disposiciones urgentes. Entre ellas, la condonación de la deuda de los países en desarrollo que, antes de la crisis, ya tenían una deuda externa altísima. Y debían pagar, de aquí a final de 2021, según la ONU, unos 2,7 mil millones de dólares de intereses de su deuda¹²⁶... Muchas personalidades e instituciones están exigiendo una moratoria del pago de la deuda en favor de las naciones más afectadas. El propio Papa Francisco ha reclamado que, « *considerando las circunstancias, se afronten, por parte de todos los países, las grandes necesidades del momento, reduciendo o incluso condonando, la deuda que pesa en los presupuestos de aquellos más pobres* »¹²⁷. También, en este contexto crítico, se está reclamando el levantamiento, por parte de Estados Unidos, de las injustas ‘medidas unilaterales coercitivas’ contra Cuba, Venezuela, Irán, Nicaragua, Siria, etc.

¿DESGLOBALIZAR?

La pandemia nos obliga también a interrogarnos sobre el modelo económico-comercial dominante. Desde hace cuarenta años, la globalización neoliberal ha espoleado los intercambios, y desarrollado cadenas de suministro transnacionales. La crisis sanitaria ha demostrado que las líneas logísticas de aprovisionamiento son demasiado largas y frágiles. Y que, en caso de emergencia como ahora, los proveedores remotos son incapaces de responder a la urgencia. Todo ello ha demostrado que, en muchos casos, la soberanía de los Estados es muy relativa.

Por extremismo ideológico neoliberal, el mundo ha ido sin duda demasiado lejos en la deslocalización de la producción, en la desindustrialización y en la doctrina del « cero stock ». Ahora, en una situación de vida o muerte, muchas sociedades han descubierto, atónitas, que para algunos suministros indispensables -antibióticos, tests, mascarillas, guantes, respiradores, etc.- dependemos de fabricantes localizados en las antipodas... Que en nuestros propios países se fabrica muy poco... La « guerra de las mascarillas » ha dejado una muy penosa impresión de impotencia.

Desde la crisis financiera de 2008, grupos nacionalistas y populistas de derecha -a los que pertenecen, por ejemplo, los electores de Donald Trump, Boris Johnson, Viktor Orbán y Jair Bolsonaro- ya venían manifestando su rechazo de la mundialización económica. Por otra parte, desde finales de los años 1990, los militantes altermundistas, desde puntos de vista de izquierda y humanistas, también venían criticando con fuerza la

ecodepredadora globalización financiera, y reclamando ‘otro mundo posible’.

A estas dos fuerzas, ya considerables, se van a unir ahora, las masas de personas descontentas por la dependencia de sus países a la hora de enfrentar el cataclismo de la covid-19. Hay como el sentimiento de que, con la mundialización, muchos Gobiernos renunciaron a dimensiones fundamentales de su soberanía, de su independencia y de su seguridad.

Las presiones antiglobalizadoras van a ser muy fuertes después de la pandemia. En muchas capitales se cuestiona el principio de una economía basada en las importaciones. Diversos sectores industriales serán sin duda repatriados, relocalizados. Regresa también la idea de planificar. Ya no escandaliza el recurso a cierta dosis de proteccionismo. El presidente de Francia, Emmanuel Macron, un ex-banquero, ha acabado por admitir que *« nuestro mundo sin duda se fragmentará »,* pero que es indispensable *« reconstruir una independencia agrícola, sanitaria, industrial y tecnológica francesa. Tendremos que elaborar una estrategia sobre la base del tiempo largo y la posibilidad de planificar. »*¹²⁸

En lugar de unificar a los pueblos y alentar su entendimiento mutuo, la globalización ha favorecido los egoísmos, las fracturas y el ultranacionalismo. El cierre generalizado de fronteras y el repliegue nacional, en nombre de la protección contra la covid-19, están reforzando las tendencias unilaterales y nacionalistas alimentadas desde la Casa Blanca por Donald Trump y secundadas, por diferentes motivos, desde otras capitales como Londres, Budapest, Brasilia, Manila, etc.

Desde las reformas impulsadas por Deng-Tsiao Ping en 1979, la potencia que más se ha beneficiado de la globalización económica es sin duda China. Convertida en la « fábrica del mundo », este país es hoy la única superpotencia capaz de hacer contrapeso, en el tablero mundial, a Estados Unidos. Junto con la Unión Europea, Japón y Corea del Sur, Pekín sigue siendo uno de los mayores defensores de la globalización. Sobre todo desde su adhesión, en 2001, a la Organización Mundial de Comercio (OMC). Las autoridades chinas estiman que la antimundialización no resolverá nada y que el proteccionismo es un callejón sin salida porque, en definitiva, nadie puede exportar y todos quedan bloqueados. Lo que el presidente Xi-Jin Ping ha expresado con las siguientes palabras: *« Querer repartir el oceano de la economía mundial en una serie de pequeños lagos bien separados unos de otros, no sólo es imposible sino que, además, va a contracorriente de la historia. »*¹²⁹

En todo caso la hiperglobalización neoliberal parece herida de gravedad y no es descabellado vaticinar su debilitamiento¹³⁰. Incluso se cuestiona la continuidad, bajo su forma ultraliberal, del propio capitalismo¹³¹... También se evoca la necesidad de una suerte de colosal Plan Marshall mundial... En

todo caso, esta tragedia de la covid-19 empujará sin duda las naciones hacia un nuevo orden económico mundial.

LIDERAZGOS

La mayoría de los Gobiernos han defraudado. Zarandeados como nunca en tiempos de paz no han sabido estar a la altura del descomunal desafío. Ni asumir una de sus principales competencias constitucionales: la responsabilidad de proteger a su población. Abundan los ejemplos de dirigentes como Boris Johnson, primer ministro del Reino Unido, que, en un primer tiempo, antes de infectarse y ser hospitalizado en una UCI, minimizaron la amenaza... Johnson apostó al principio por la teoría de la « inmunidad de rebaño », dejando que la población británica se infectase... Partiendo de la idea que, si el 60% o el 70% de la población se contagia, eso funcionaría como cortafuegos y detendría la expansión del virus. Hasta que comprendió que si ‘sólo’ falleciera el 3% de la población significaría, para el Reino Unido, unos dos millones de muertos... Otros dirigentes, como Jair Bolsonaro, presidente de Brasil, siguen exhibiendo una actitud negacionista y califican con risitas la pandemia asesina de « *gripecita sin importancia* »... Quizás, cuando se derrote al coronavirus, algunos responsables tendrán que rendir cuentas ante una justicia semejante al Tribunal de Nuremberg...

Muchos líderes se han centrado en dar respuestas locales, nacionales, gestionando la pandemia de manera independiente, sin verdadera coordinación internacional. Cuando es obvio que ningún país, por poderoso que sea, puede vencer la pandemia en un empeño exclusivamente local. Las grandes potencias se han mostrado incapaces de coordinarse a nivel global (¡qué desastre el Consejo de Seguridad de la ONU !) para constituir un frente común planetario y colaborar en la búsqueda de soluciones y salidas colectivas a la crisis. Ninguna voz –ni siquiera la del Secretario General de Naciones Unidas, el Dalai Lama, los Premios Nobel o el propio Papa- ha conseguido hacerse audible por encima del estruendo general del miedo y del furor de este inaudito sacudón.

Si es cierto que en los malos tiempos es cuando surgen los grandes líderes históricos, este momento pandémico de estrés, confusión y descontrol se ha caracterizado, al contrario, por la ausencia de grandes liderazgos a la cabeza de las principales potencias occidentales. El zafarrancho ha puesto particularmente a prueba el temple de algunos de ellos¹³². En particular, ya lo hemos subrayado, Donald Trump que se ha ganado, por su pésima gestión, la distinción de « *peor presidente estadounidense de todos los tiempos* »¹³³. Para él y para unos cuantos más, el nuevo coronavirus ha actuado como una suerte de Principio de Peter, despojándolos de sus máscaras, dejando al desnudo su impostura¹³⁴ y su estrepitoso nivel de incompetencia...

En este escenario volátil, otros líderes en cambio han mostrado visión a largo plazo, anticipación a los hechos y decisión para actuar rápido. Dos son mujeres, y ambas progresistas: la primera ministra de Islandia, Katrin Jakobsdottir, feminista y ambientalista del Partido Verde; y la primera ministra de Nueva Zelanda, Jacinda Ardern, líder del Partido Laborista.

Islandia ha seguido una estrategia única en el mundo ofreciendo tests de covid-19 masivos y gratuitos a toda la población. Cuando se detectó el primer caso de coronavirus en febrero pasado, ya el país llevaba semanas haciendo pruebas para detectar el germen en turistas o viajeros que regresaban a su hogar. Katrin Jakobsdottir y su Gobierno pidieron a los que entraban a Islandia que se presentaran en los centros de salud a hacerse test aunque no tuvieran síntomas. Ese método proactivo de intentar identificar el SARS-CoV-2, incluso antes de que apareciera, fue determinante¹³⁵.

En Nueva Zelanda, Jacinta Ardern también tomó muy pronto decisiones más agresivas que en otros países desarrollados, como el confinamiento para toda su población durante un mes, y el cierre total de las fronteras del archipiélago. Su objetivo fue buscar la "eliminación" de la enfermedad, en lugar de la "mitigación" que se aplicó en muchos otros países. La idea era destruir la curva, no sólo aplanarla¹³⁶.

Muchos expertos consideran que Islandia y Nueva Zelanda, junto con Corea del Sur, son las naciones que mejor han enfrentado la pandemia. Pero hay que añadir el caso de Venezuela. Aunque los medios dominantes internacionales se nieguen a admitirlo, el presidente Nicolás Maduro ha sido, en Suramérica, el líder que más pronto entendió cómo actuar drásticamente frente al patógeno¹³⁷. Gracias a la batería de medidas (confinamiento, cierre de fronteras, pesquisaje voluntarista casa por casa, hospitalización de todos los positivos) decididas por su Gobierno -y a pesar del ilegal bloqueo económico, financiero y comercial impuesto por Estados Unidos, y de las amenazas militares¹³⁸-, Venezuela ha podido evitar los errores cometidos en Italia, en España o en Estados Unidos y salvar cientos de vidas¹³⁹. La OMS reconoció que la cifra de infectados en Venezuela es inferior, en América Latina, a la de Brasil, Chile, Ecuador, Perú, México, Panamá, República Dominicana, Colombia, Argentina, Costa Rica, Uruguay, Honduras y Bolivia.

A propósito de liderazgos, ha surgido una controversia sobre qué tipo de dirigencia ha enfrentado mejor la pandemia, si los gobiernos democráticos o los gobiernos 'autoritarios'¹⁴⁰. Es un falso debate. En plena contienda contra el virus, con masas de enfermos asaltando los hospitales, y los sistemas funerarios colapsados por el exceso de muertes, todos los gobernantes, por torpes que hayan sido, han estado a diario en las pantallas de los medios dirigiendo la ofensiva contra el letal enemigo. Como un general de estado mayor capitaneando la batalla final. No ha sido

un ‘momento democrático’. Sino la hora de la firmeza y de la determinación. Y eso ha gustado a las opiniones públicas. ¿Se puede deducir de ello que la era postpandémica verá necesariamente el triunfo de autoritarismo en el mundo ? No es seguro. Muchos líderes autoritarios han sido lentos y torpes frente al coronavirus, decepcionaron, disimularon informaciones o mintieron: por ejemplo, Donald Trump en Estados Unidos, Viktor Orbán en Hungría, Jair Bolsonaro en Brasil, Rodrigo Duterte en Filipinas, Narendra Modi en la India, Jeanine Áñez en Bolivia, etc.

En todo caso, a escala planetaria, el nuevo patógeno no pudo ser inmediatamente contenido y enclaustrado en la zona donde apareció. Y esos primeros días de indecisión y desconcierto resultaron decisivos. El germen pudo así escapar de su zona de nacimiento y, con insólita celeridad, conquistar el mundo. Ni siquiera los adeptos más convencidos de las teorías de la colapsología imaginaban que toda la humanidad sería golpeada con semejante contundencia en tan breve tiempo. Apenas han pasado cuatro meses desde el instante (diciembre de 2019) en que los primeros casos de esta nueva neumonía infecciosa fueron identificados en Wuhan. Y en tan corto intervalo, la plaga ha provocado una auténtica *crisis sistémica* y una interrogación sobre el sentido mismo de la civilización humana.

La pesadilla que estamos viviendo ya ha cambiado nuestras sociedades. Perturbaciones de todo tipo -inconcebibles hace sólo unas semanas- se están produciendo en múltiples aspectos de la vida social, en las relaciones inter-personales, en la política, la economía, los sistemas de salud, el rol del Estado, las tecnologías, las comunicaciones, las relaciones internacionales... Decenas de Estados -incluso en el seno de la Unión Europea- han cerrado *sine die* sus fronteras o las han militarizado. Muchos países y centenares de ciudades han instaurado el toque de queda por vez primera en tiempos de paz. Millones de personas han renunciado a la libertad de movimientos. La vida democrática se ha visto completamente perturbada. Decenas de procesos electorales han sido pospuestos o suspendidos. Las Fuerzas Armadas más poderosas no escapan al contagio. Están replegando combatientes¹⁴¹, retirando navíos y confesándose inoperantes en esta extraña guerra contra un enemigo invisible¹⁴². Las principales líneas aéreas han cerrado sus vuelos, dejando varados en las cuatro esquinas del planeta a centenares de miles de viajeros¹⁴³. Las competiciones deportivas más importantes – incluidos los Juegos Olímpicos, la Liga UEFA de campeones, el Tour de Francia- han sido suspendidas y aplazadas. Media humanidad anda ahora con mascarilla de protección mientras que la otra mitad desea también ponérsela... pero no las encuentra.

¿Cómo será el planeta cuando termine la pandemia? El mundo va a necesitar voces autorizadas, con carisma y fuerza simbólica, que muestren

el buen camino colectivo para iniciar una etapa nueva, como se hizo después de la Segunda Guerra mundial. La ONU deberá reformarse y dar entrada, como *miembros permanentes* del Consejo de Seguridad, a nuevas naciones como India, Nigeria, Egipto, Brasil y México, más representativas de la realidad del mundo contemporáneo.

Con el fracaso del liderazgo de Estados Unidos se abre un peligroso vacío de potencia. El juego de tronos se relanza peligrosamente. La Unión Europea, como hemos visto, también ha salido mal parada por su decepcionante falta de cohesión durante la pandemia. China y Rusia en cambio han consolidado su rol internacional prestando asistencia a muchos países desbordados por el colapso de su sistema sanitario. ¡Han ayudado incluso a Estados Unidos! Hemos visto imágenes insólitas: aviones militares rusos aterrizando en Italia, ofreciendo médicos y distribuyendo material de salud. China ha donado a un centenar de países millones de kits de detección, mascarillas, ventiladores pulmonares, escafandras protectoras y toda clase de logística sanitaria. «*Somos olas de un mismo mar, hojas de un mismo árbol, flores de un mismo jardín.*» decían hermosamente los contenedores que China ha ofrecido a buena parte del mundo. La influencia internacional de Pekín ha crecido.

FUTUROS

Todos los países del planeta siguen enfrentando *-al mismo tiempo y por primera vez-* la embestida de una suerte de alienígena... La pandemia va para largo. Y es posible que el virus, después de mutar, regrese. Tal vez el próximo invierno... Dada la enormidad de lo que está ocurriendo, se avecinan cambios. Aunque nadie sabe cuáles serán los posibles escenarios que se impondrán. Las incertidumbres son numerosas. Pero está claro que puede ser un momento de rotunda transformación.

Las cosas no podrán continuar como estaban. Un gran parte de la humanidad no puede seguir viviendo en un mundo tan injusto, tan desigual y tan ecocida. Como dice uno de los *memes* que más han circulado durante la cuarentena: «*No queremos volver a la normalidad, porque la normalidad es el problema.*» La 'normalidad' nos trajo la pandemia...

Esta traumática experiencia debe ser utilizada para reformular el contrato social y avanzar hacia más altos niveles de solidaridad comunitaria y mayor integración social. En todo el planeta, muchas voces reclaman ahora unas instituciones económicas y políticas más redistributivas, más feministas y una mayor preocupación por los marginados sociales, las minorías discriminadas, los pobres y los ancianos. Cualquier respuesta post-pandémica debería apoyarse, como sugiere Edgar Morin, en «*los principios de una economía verdaderamente regenerativa, basada en el cuidado y la reparación*».

El concepto de ‘seguridad nacional’ debería incluir, a partir de ahora, la redistribución de la riqueza, una fiscalidad más justa para disminuir las obscenas desigualdades, y la consolidación del Estado de bienestar. Se desea avanzar hacia alguna forma de socialismo. Es urgente, a nivel global, la creación de una *renta básica* que ofrezca protección a todos los ciudadanos en tiempos de crisis... y en tiempos ordinarios.

Los sistemas de salud deberán ser públicos y universales. Haber gestionado los hospitales como empresas ha conducido a tratar a los pacientes como mercancía. Resultado: un desastre tanto humano como sanitario. En todo caso, hay unanimidad para pedir que la vacuna contra la covid-19, cuando se descubra, sea considerada un ‘bien público mundial’, y sea gratuita y accesible para toda la humanidad. El nuevo coronavirus nos ha demostrado que, a la hora de la verdad, médicos, enfermeras y personal sanitario son infinitamente más valiosos que los *brokers* o los especuladores financieros.

Sería inteligente anticipar también la próxima crisis climática, que podría sorprendernos pronto igual que lo hizo el SARS-CoV-2... Detener el consumismo furioso y acabar con la idea del crecimiento infinito. Nuestro planeta no puede más. Agoniza. Se nos está muriendo en los brazos... Es imperativo acelerar la transición energética no contaminante y apresurarse en implementar lo que los ecologistas reclaman desde hace tiempo, un « *Green New Deal* », un ambicioso Acuerdo Verde que constituya la nueva alternativa económica mundial al capitalismo depredador.

Pero de inmediato hay que evitar, como previene Naomi Klein, que bajo los efectos del ‘capitalismo del shock’, los defensores del sistema -Gobiernos ultraliberales, fondos especulativos, empresas transnacionales, mastodontes digitales- consoliden su dominación y manipulen la crisis para crear más desigualdades, mayor explotación y más injusticias... Es preciso impedir que la pandemia sea utilizada para instaurar una Gran Regresión Mundial que reduzca los espacios de la democracia, destruya aún más nuestro ecosistema, disminuya los derechos humanos, neocolonice el Sur, banalice el racismo, expulse a los migrantes y normalice la cibervigilancia de masas.

Por el momento, sociedades enteras siguen confinadas en sus viviendas. Dóciles, asustadas, controladas, silenciosas. ¿Qué ocurrirá cuando se levanten los confinamientos ? ¿Qué habrán estado ruminando los pueblos durante su inédito ‘aislamiento social’ ? ¿Cuántos reproches han estado acumulando contra algunos gobernantes ? No es improbable que asistamos, aquí o allá, a una suerte de estampida revoltosa de ciudadanos indignados -muy indignados- contra diversos centros de poder acusados de mala gestión de la pandemia...

Algunos dirigentes ya sienten subir la furia popular... Y después de haber adoptado y defendido durante muchos años el modelo neoliberal, están tomando conciencia de los errores garrafales del neoliberalismo¹⁴⁴, tanto

políticos y sociales como económicos, científicos, administrativos... Ahora esos políticos están prometiendo a sus ciudadanos que, una vez vencida la pandemia, todo se va a enmendar para construir una suerte de ‘sociedad justa’. Proponen un nuevo modelo definitivamente más justo, más ecológico, más feminista, más democrático, más social, menos desigual... Seguramente, acuciados por la situación, lo piensan sinceramente.

Es muy poco probable que, una vez vencido el azote, mantengan semejantes propósitos. Sería una auténtica revolución... Y un virus, por perturbador que sea, no sustituye a una revolución... No podemos pecar de inocentes. Las luchas sociales seguirán siendo indispensables. Pasado el susto, los poderes dominantes, por mucho que se hayan tambaleado, se esforzarán por retomar el control¹⁴⁵. Con mayor violencia, si cabe. Tratarán de hacernos regresar a la vieja ‘normalidad’. O sea al Estado de las desigualdades permanentes. Pensemos en lo que ocurrió con la pandemia de la « gripe de Kansas » (mal llamada « española) que se extendió a todo el planeta entre enero de 1918 y diciembre de 1920. ¿Quién la recordaba antes de la plaga actual, aparte algunos historiadores? Todos la habíamos olvidado... A pesar de que infectó a unos quinientos millones de personas - la tercera parte de la humanidad de la época- y mató a más de cincuenta millones de enfermos...

¿Y qué pasó después? ¿Europa y Estados Unidos construyeron acaso la ‘sociedad justa’?... La respuesta es: no. Las promesas se desvanecieron. La mayoría de los supervivientes de la mortal gripe se apresuraron en olvidar. Un manto de amnesia recubrió el recuerdo. La gente prefirió lanzarse a vivir la vida con un apetito desenfrenado en lo que se llamó los « felices años veinte » (*the roaring twenties*). Fue la época del jazz, del tango, del charlestón, del triunfo de Hollywood y de la cultura de masas. Una euforia artificial y alienante que acabaría estrellándose, diez años después, contra el crack bursátil de 1929 y la Gran Depresión...

En aquel mismo momento, en Italia, una doctrina nueva llegaba al poder. Estaba destinada a tener mucho éxito. Su nombre: el fascismo... ¿Se repetirá la historia?

IGNACIO RAMONET

(La Habana, Cuba, 22 de abril de 2020.)

AGRADECIMIENTOS.

Mi reconocimiento más efusivo a las amigas y amigos –Lydia Castro, Camilo Pérez Casal, Miguel Mejía, Ferrán Montesa, Marisa Ros y Sandra Sarmiento- que tuvieron la enorme gentileza de releer mi texto -en tan poco tiempo y en medio de las turbulencias de esta cuarentena global-, de corregirlo, enmendarlo y de hacerme toda una serie de originales sugerencias que me permitieron enriquecer el manuscrito y, en mi opinión, mejorarlo considerablemente. Gracias.

NOTAS

- ¹ José Natanson, « Lo imposible », *Le Monde diplomatique Edición Cono Sur*, Buenos Aires, abril 2020.
- ² Entrevista a Germán Velásquez: « Han privatizado la OMS, la financiación privada condiciona sus decisiones », *Cadena SER*, Madrid, 25 agosto 2016. https://cadenaser.com/ser/2016/06/16/sociedad/1466079742_072124.html
- ³ A principios de abril de 2020, únicamente 9 países (en su mayoría archipiélagos) no tenían casos de covid-19 según las autoridades locales. *El País*, Madrid, 8 de abril 2020.
- ⁴ No existe (el 22 de abril de 2020) una terapia específica que ‘mate’ al virus o que lo vuelva inofensivo como lo consigue la triterapia contra el retrovirus VIH del Sida. Los tratamientos actuales contra el nuevo coronavirus buscan esencialmente a reforzar el sistema inmune del paciente para ayudarlo a reducir al patógeno.
- ⁵ Hugo Sigman, « La vacuna contra el coronavirus puede demorar de 6 meses a una año y medio », *Perfil*, Buenos Aires, 26 marzo 2020. <https://www.perfil.com/noticias/salud/coronavirus-hugo-sihman-vacuna-puede-demorar-6-meses-1-ano.phtml>
- ⁶ Yuval Noah Harari, « La mejor defensa contra los patógenos es la información », *El País*, Madrid, 22 marzo 2020.
- ⁷ Nombre oficial de la enfermedad, atribuido el 11 de febrero de 2020 por la Organización Mundial de la Salud (OMS) y que significa: **coronavirus disease 2019** (‘enfermedad por coronavirus 2019’, en español).
- ⁸ Significa: Coronavirus 2 del síndrome respiratorio agudo grave (SARS-CoV-2).
- ⁹ Manuel Ansedé, « ¿Salió el coronavirus de un laboratorio ? », *El País*, Madrid, 17 abril 2020.
- ¹⁰ Se ha identificado en cambio al paciente 1 en China: un hombre de 55 años residente en la provincia de Hubei fue el primer caso confirmado de covid-19 y se remonta al 17 de noviembre de 2019, semanas antes de que China alertase oficialmente al mundo.
- ¹¹ « China acusa al ejército de EE.UU. de instalar el coronavirus », *El País*, Madrid, 14 marzo 2020.
- ¹² *Clarín*, Buenos Aires, 18 abril 2020.
- ¹³ Las redes sociales en Estados Unidos han tratado de acreditar también la tesis (falsa) de que el científico estadounidense Charles Lieber -un genio de las nanotecnologías, profesor en la Universidad de Harvard-, fabricó y vendió a las autoridades chinas el nuevo coronavirus. La detención del profesor Lieber por orden del fiscal general del gobierno de Estados Unidos para el Tribunal de Distrito en Massachusetts, Andrew Lelling, el 28 de enero de 2020, acusado de haber recibido fondos de la Universidad de Tecnología de Wuhan (WUT) por su pretendida participación en el “Plan Mil Talentos” creado por China para reclutar científicos expatriados y extranjeros para sus universidades (lo cual obviamente no tiene nada que ver con el coronavirus) sirvió de pretexto a la *fake news* que ha circulado mucho... <https://observers.france24.com/fr/20200403-non-scientifique-americain-charles-lieber-covid-19-chine-etats-unis>
- ¹⁴ « Republican senator: It's time to hold China 'accountable' for the coronavirus », *Business Insider*, 12 marzo 2020.
- ¹⁵ « Un periodista de la TV argentina acusa a los judíos de crear el Coronavirus », *Aurora*, Israel, 3 abril 2020; y « Coronavirus: fuerte reacción ante la teoría conspirativa que difundió C5N », *La Nación*, Buenos Aires, 2 abril 2020.
- ¹⁶ Consúltase: « El coronavirus y sus bulos: 378 mentiras, alertas falsas y desinformaciones sobre COVID-19 », *Maldita.es*, 7 abril 2020.

<https://maldita.es/malditobulo/2020/04/07/coronavirus-bulos-pandemia-prevenir-virus/>

17 Amparo Tolosa, « Acotando el origen del coronavirus SARS-CoV-2 », *Genética Médica News*, Valencia (España), 1 abril 2020.

18 Kristian G. Andersen, Andrew Rambaut, W. Ian Lipkin, Edward C. Holmes, « The proximal origin of SARS-CoV-2 », *Nature Medicine*, 17 marzo 2020.

19 Roujian Lu, Xiang Zhao, Juan Li, Peihua Niu, Bo Yang, Honglong Wu *et al.*, « Genomic characterisation and epidemiology of 2019 novel coronavirus: implications for virus origins and receptor binding », *The Lancet*, Londres, 30 enero 2020.

20 Helen Briggs, « Coronavirus: cómo se estrecha el cerco sobre el pangolín como probable transmisor del patógeno que causa el covid-19 », *BBC News*, 27 marzo 2020.

21 Léase el excelente estudio de Artur Galocha y Nuño Domínguez, « Así infecta el coronavirus », *El País*, Madrid, 11 marzo 2020.

22 *El País*, Madrid, 14 marzo 2020.

23 Léase los dos artículos fundamentales de Tomás Pueyo, « Coronavirus: Por qué tenemos que actuar ahora » y « Coronavirus: el martillo y el baile », *Página 12*, Buenos Aires, respectivamente 16 y 21 marzo 2020.

24 *El Periódico*, Barcelona, 26 marzo 2020.

25 CNN en español, Atlanta, 3 abril 2020. <https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/altos-funcionarios-del-gobierno-trump-dijeron-el-ano-pasado-que-la-amenaza-de-una-pandemia-los-preocupaba/>

26 Causada por el virus H5N1 que también causó la gripe de Hong Kong de 1997 y la gripe de Kansas o « española » de 1918 y sus 50 o 100 millones de muertos.

27 Léase Ignacio Ramonet, « Los culpables de la gripe porcina », *Le Monde diplomatique en español*, Valencia (España), julio 2009.

28 Léase el texto completo del informe (en inglés): https://www.files.ethz.ch/isn/94769/2008_11_Global_Trends_2025.pdf

29 Ken Klippenstein, « Military Knew Years Ago That a Coronavirus Was Coming », *The Nation*, New York, 1 abril 2020.

30 *The Washington Post*, Washington, 10 mai 2018.

31 *El País*, Madrid, 31 marzo 2020.

32 En el prólogo del documento titulado « *Un Mundo en peligro: informe anual sobre la preparación mundial para las emergencias sanitarias* », elaborado por epidemiólogos y científicos de máximo nivel de todo el mundo, y firmado por Gro Harlem-Brundtland, exdirectora general de la OMS, y Elhadj As Sy, Secretario general de la Cruz Roja Internacional.

https://apps.who.int/gpmb/assets/annual_report/GPMB_Annual_Report_Spanish.pdf

33 Vincent C. C. Cheng, Susanna K. P. Lau, Patrick C. Y. Woo y Kwok Yung Yuen, de la Universidad de Hong Kong, « *Severe Acute Respiratory Syndrome Coronavirus as an Agent of Emerging and Reemerging Infection* », *Clinical Microbiology Reviews*, Washington, octubre 2007.

34 <https://www.investigacionyciencia.es/blogs/medicina-y-biologia/27/posts/en-2007-la-ciencia-predijo-esta-pandemia-nadie-hizo-caso-18485>

35 Declaración del 2 de diciembre de 2014, durante su visita al National Institute of Health (NIH) en Bethesda, Maryland.

<https://www.youtube.com/watch?v=GFQTYIRTJIE>

36 *BBC News Mundo*, Londres, 23 marzo 2020.

37 Debate, Barcelona, 2020.

38 *El País*, Madrid, 20 abril 2020.

- [39](#) Darío Aranda, « La dimensión ecológica de las pandemias », *Página 12*, Buenos Aires, 30 marzo 2020.
- [40](#) El Comité Permanente de la Asamblea Popular Nacional (APN), el máximo órgano legislativo de China, tomó el 24 de febrero pasado la decisión de prohibir totalmente el comercio ilegal y el consumo de animales salvajes, como medida para proteger la vida y la salud de la población. Cable de la agencia *Xinhua*, Pekín, 24 febrero 2020.
- [41](#) Byung-Chul Han, « La emergencia viral y el mundo de mañana », *El País*, Madrid, 22 marzo 2020.
- [42](#) *Ibidem*.
- [43](#) *Science Magazine*, 22 marzo 2020. <https://www.sciencemag.org/news/2020/03/cellphone-tracking-could-help-stem-spread-coronavirus-privacy-price>
- [44](#) Evgeny Morozov, *La locura del solucionismo tecnológico*, Clave intelectual, Madrid, 2014.
- [45](#) Max S. Kim, « La app que vigila a las personas en cuarentena por coronavirus », *MIT Technology Review*, 11 marzo 2020.
- [46](#) *Russia Today*, Moscú, 15 marzo 2020.
- [47](#) *La Nación*, Buenos Aires, 10 abril 2020.
- [48](#) *La Vanguardia*, Barcelona, 2 abril 2020.
- [49](#) *The Economist*, Londres, 26 marzo 2020.
- [50](#) https://www.lemonde.fr/pixels/article/2020/04/01/coronavirus-les-francais-favorables-a-une-application-mobile-pour-combattre-la-pandemie-selon-un-sondage_6035233_4408996.html
- [51](#) Léase Ignacio Ramonet, *El Imperio de la Vigilancia*, Clave intelectual, Madrid, 2016.
- [52](#) *La Vanguardia*, Barcelona, 11 febrero 2020.
- [53](#) *El País*, Madrid, 4 junio 2015.
- [54](#) Una medida de higiene propuesta por primera vez en 1847 por el médico húngaro Ignacio Semmelweis.
- [55](#) *South China Morning Post*, Hong Kong, 22 marzo 2020.
- [56](#) Pero esa victoria presagia lo que les puede pasar a otros países a partir de ahora. Porque, el 13 de abril 2020, las autoridades anunciaron la existencia de 265 nuevos casos importados por avión...
- [57](#) <https://chaohanoi.com/2020/03/04/why-vietnam-has-been-the-number-one-country-in-the-world-on-coronavirus/>
- [58](#) Vicente G. Olaya, « Escenas de una pandemia de hace 1 500 años que se repiten hoy », *El País*, Madrid, 11 abril 2020.
- [59](#) *El País*, Madrid, 2 abril 2020.
- [60](#) *Clarín*, Buenos Aires, 10 abril 2020.
- [61](#) Léase, « **Unos 50 vecinos de La Línea de la Concepción apedrean un convoy de ancianos enfermos por coronavirus** », *La Vanguardia*, Barcelona, 25 marzo 2020.
- [62](#) Léase, por ejemplo, *La Vanguardia*, Barcelona, 19 marzo 2020; cable *Europapress*, 19 marzo 2020; y *El País*, Madrid, 30 marzo 2020.
- [63](#) En España, el 86% de los fallecidos tiene más de 70 años de edad. *RTVE*, Madrid, 14 abril 2020.
- [64](#) Dan Patrick, vicegobernador de Texas. *El Mundo*, Madrid, 24 marzo 2020.
- [65](#) Maurizio Lazzarato, « ¡Es el capitalismo, estúpido ! », *El Salto*, Madrid, 11 abril 2020.
- [66](#) https://www.clarin.com/mundo/coronavirus-holanda-ancianos-debiles-hospitalizados_o_BV-kOz__z.html
- [67](#) <https://okdiario.com/salud/coronavirus-holanda-no-hospitaliza-ancianos-ni-debiles-5372513>

- [68](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) CNN en español, Atlanta, 3 abril, 2020.
- [69](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) BBC News Mundo, Londres, 11 abril 2020.
- [70](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) El País, Madrid, 12 abril 2020.
- [71](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) The New York Times, 6 abril 2020.
- [72](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) La Vanguardia, Barcelona, 26 marzo 2020.
- [73](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) Cubadebate, La Habana, 8 abril 2020.
- [74](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) Il Manifesto, Roma, 18 marzo 2020.
- [75](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) France 24, París, 15 abril 2020. <https://www.france24.com/es/20200415-el-personal-sanitario-encarna-el-heroe-C3%ADsmo-contra-el-coronavirus>
- [76](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) Albert Camus, *La Peste* (1947), traducción al castellano de Rosa Chacel, prólogo de José Manuel Caballero Bonald, Unidad Editorial, Madrid, 1999.
- [77](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) Entre los cuales: Andorra, Italia (dos brigadas, en Lombardía y Piemonte), Francia (en Guadeloupe, Martinica y Guyane), Catar, Angola, Togo, Antigua y Barbuda, Barbados, Belice, Dominica, Granada, Guyana, Haití, Honduras, Jamaica, México, Nicaragua, San Cristóbal y Nieves, Santa Lucía, San Vicente y las Granadinas, Surinam y Venezuela,
- [78](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) Tom O'Connor, « Cuba Uses 'Wonder Drug' to Fight Coronavirus Around World Despite U.S. Sanctions », *Newsweek*, 24 marzo 2020.
- [79](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) Hernando Calvo Ospina, « Une Internationale... de la santé », *Le Monde diplomatique*, París, août 2006.
- [80](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) Cuba cuenta con unos cien mil médicos activos, lo que representa 9 médicos por cada mil habitantes, la cifra más alta del mundo (por ejemplo Alemania, España y Suiza tienen 4/1000; Estados Unidos, Israel y Francia 3/1000).
- [81](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) El País, Madrid, 22 marzo 2020.
- [82](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) « Fragmentos del discurso pronunciado por Fidel Castro, en Buenos Aires, en mayo de 2003. », *Granma*, La Habana, 17 abril 2020.
- [83](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) José Natanson, « Coronavirus e hipertelevisión », *Página 12*, Buenos Aires, 28 marzo 2020.
- [84](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) Fernando Buen Abad, « Semiótica de la pandemia », *Granma*, La Habana, 26 marzo 2020.
- [85](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) https://www.dgcs.unam.mx/boletin/bdboletin/2020_318.html
- [86](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) <https://www.elmundo.es/tecnologia/2020/04/06/5e8b67bafc6c83372d8b4649.html>
- [87](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) El virus no está mutando: la Organización Mundial de la Salud asegura que el virus mantiene una estructura estable. Las variaciones en los síntomas entre personas afectadas están asociadas a patologías previas y la interacción del coronavirus con éstas. Léase *Juventud Rebelde*, La Habana, 18 marzo 2020.
- [88](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) « Bulos y falsos remedios para 'prevenir y curar' el coronavirus », *El Periódico*, Barcelona, 17 marzo 2020.
- [89](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) Existe un riesgo de muerte entre las 12-36 horas después de la ingestión de *metanol*.
- [90](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) https://es.qwe.wiki/wiki/Poynter_Institute
- [91](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) <https://semanariouniversidad.com/pais/infodemia-la-pandemia-de-noticias-falsas-sobre-covid-19-tambien-cobra-vidas/>
- [92](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) https://compromiso.atresmedia.com/levanta-la-cabeza/buenas-practicas/herramientas-detectar-fake-news_202001245e2a8b020cf20ef441ncffec.html
- [93](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) <https://chequeado.com/tag/falso-en-las-redes/>
- [94](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) <https://factual.afp.com/>
- [95](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) <https://firstdraftnews.org/>
- [96](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) <https://popup.news/>
- [97](https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/03/opinion-los-verdaderos-heroes-en-la-lucha-contra-el-coronavirus/) <https://www.infobae.com/politica/2019/07/13/fake-news-como-saber-si-una-noticia-es-verdadera-o-falsa/>

- 98** Rubén Velasco, « ¿Cansado de Twitter ? Prueba estas redes sociales alternativas », *Redes Zone*, 7 enero 2018. <https://www.redeszone.net/2018/01/07/alternativas-twitter/>
- 99** Facebook, Messenger, Whatsapp e Instagram, « las cuatro aplicaciones más descargadas en el mundo en los últimos diez años », pertenecen al grupo Facebook de Mark Zuckerberg, según « App Annie ». <https://www.xatakamovil.com/aplicaciones/facebook-dueno-cuatro-apps-moviles-descargadas-decada-app-annie>
- 100** « Así es WT:Social, la red social ‘antiFacebook’ sin anuncios ni *fake news* creada por el fundador de Wikipedia », *BBC News Mundo*, Londres, 20 noviembre 2019.
- 101** *La Vanguardia*, Barcelona, 6 abril 2020.
- 102** *El Periódico*, Barcelona, 19 marzo 2020.
- 103** Cable Europapress, Madrid, 21 marzo 2020.
- 104** Las descargas de Houseparty crecieron 735 veces durante la última semana de marzo 2020.
- 105** *La Vanguardia*, Barcelona, 11 abril 2020.
- 106** Graphics Interchange Format (GIF).
- 107** Durante la pandemia, Netflix sumó casi 16 millones de nuevos usuarios. Ahora tiene un total de 183 millones. *El País*, Madrid, 21 abril 2020.
- 108** Dominique Strauss-Kahn, « L'être, l'avoir et le pouvoir dans la crise », *Politique internationale*, París, 5 abril 2020.
- 109** *El País*, Madrid, 12 abril 2020.
- 110** « Coronavirus: "Estamos frente a una crisis generalizada del capitalismo democrático mundial y del no democrático, como el de China" », *BBC News Mundo*, Londres, 30 marzo 2020.
- 111** Según la Organización Internacional del Trabajo (OIT) 2,4 mil millones de trabajadores se han visto afectados por el cese de actividad de sus centros de trabajo y unos 195 millones han perdido su empleo, *Le Figaro*, París, 7 abril 2020.
- 112** Léase « Oxfam: el Covid-19 podría llevar a 500 millones de personas a la pobreza », *France 24*, París, 9 abril 2020.
- 113** *La Vanguardia*, Barcelona, 20 enero 2020.
- 114** *L'Express*, París, 16 mars 2020.
- 115** *The Wall Street Journal*, Nueva York, 27 febrero 2020.
- 116** *Les Echos*, París, 6 abril 2020.
- 117** *El País*, Madrid, 21 abril 2020.
- 118** *El País*, Madrid, 15 marzo 2020.
- 119** Henry A. Kissinger: « The Coronavirus Pandemic Will Forever Alter the World Order », *The Wall Street Journal*, Nueva York, 3 de abril
- 120** « EE UU y Europa movilizan 6 billones de euros para combatir el impacto económico del virus », *Cinco Días*, Madrid, 26 marzo 2020.
- 121** <https://www.causeur.fr/jacques-sapir-coronavirus-crise-economique-euro-175682>
- 122** Ignacio Ramonet, « Sadismo económico », *Le Monde diplomatique en español*, Valencia (España), julio 2012.
- 123** <https://www.elsaltodiario.com/coronavirus/entrevista-naomi-klein-gente-habla-volver-normalidad-crisis-doctrina-shock>
- 124** *Le Monde*, París, 8 abril 2020.
- 125** <https://www.lopinion.fr/edition/international/coronavirus-monnaies-matieres-premieres-pays-en-developpement-pris-215333>
- 126** *El País*, Madrid, 11 abril 2020.
- 127** <https://www.farodiroma.it/francisco-que-el-senor-permita-alcanzar-soluciones-practicas-e-inmediatas-en-venezuela-orientadas-a-facilitar-la-ayuda-internacional-a-la-poblacion-que-sufre-a-cause-de-la-grave-coyuntura-politica/>
- 128** *Le Monde*, París, 13 abril 2020.

- [129](http://www.amb-chine.fr/fra/zfzj/t1693080.htm) <http://www.amb-chine.fr/fra/zfzj/t1693080.htm>
- [130](#) Léase Marcelo Colussi, « Coronavirus, ¿fin de la globalización neoliberal ? », *Rebelión*, Madrid, 8 febrero 2020; y John Gray, « Adios globalización, empieza un mundo nuevo. O por qué esta crisis es un punto de inflexión en la historia », *El País*, Madrid, 12 abril 2020.
- [131](#) Léase Slavoj Žizek, « El coronavirus es un golpe a lo Kill Bill al sistema capitalista », [esferapública], 18 marzo 2020.
<http://esferapublica.org/nfblog/slavoj-zizek-el-coronavirus-es-un-golpe-a-lo-kill-bill-al-sistema-capitalista/>
- [132](#) En América Latina, podríamos citar, entre otros, a Jair Bolsonaro (Brasil), Lenín Moreno (Ecuador), Iván Duque (Colombia), Sebastián Piñera (Chile)...
- [133](#) Max Boot, « **The worst President. Ever** », *The Washington Post*, 9 abril 2020.
- [134](#) Abel Prieto, El rey desnudo, *Granma*, La Habana, 10 de abril 2020.
- [135](#) *BBC News Mundo*, Londres, 10 abril 2020.
- [136](#) *BBC News Mundo*, Londres, 9 abril 2020.
- [137](#) <https://www.telesurtv.net/news/venezuela-coronavirus-balance-segundo-dia-cuarentena-20200317-0026.html>
- [138](#) Léase « Estados Unidos despliega buques frente a Venezuela », *Deutsche Welle*, Berlín, 2 abril 2020.
- [139](#) Léase « Venezuela pionera en combatir el coronavirus en Suramérica », *TeleSur*, Caracas, 22 de marzo 2020.
- [140](#) *BBC News Mundo*, Londres, 9 abril 2020.
- [141](#) « Francia retira a sus soldados de Irak por el coronavirus », cable *EFE*, 26 marzo 2020
- [142](#) William Serafino, « Coronavirus y tormenta política en el Pentágono: Las claves de una crisis inédita », *Cubadebate*, La Habana, 14 abril 2020.
- [143](#) *BBC News Mundo*, Londres, 6 marzo 2020.
- [144](#) Atilio Borón, « La pandemia y el fin de la era neoliberal », *CLACSO*, 3 abril 2020.
<https://www.clacso.org/la-pandemia-y-el-fin-de-la-era-neoliberal/>
- [145](#) Serge Halimi, "¡Ahora mismo!", *Le Monde diplomatique en español*, Valencia (España), abril 2020.